

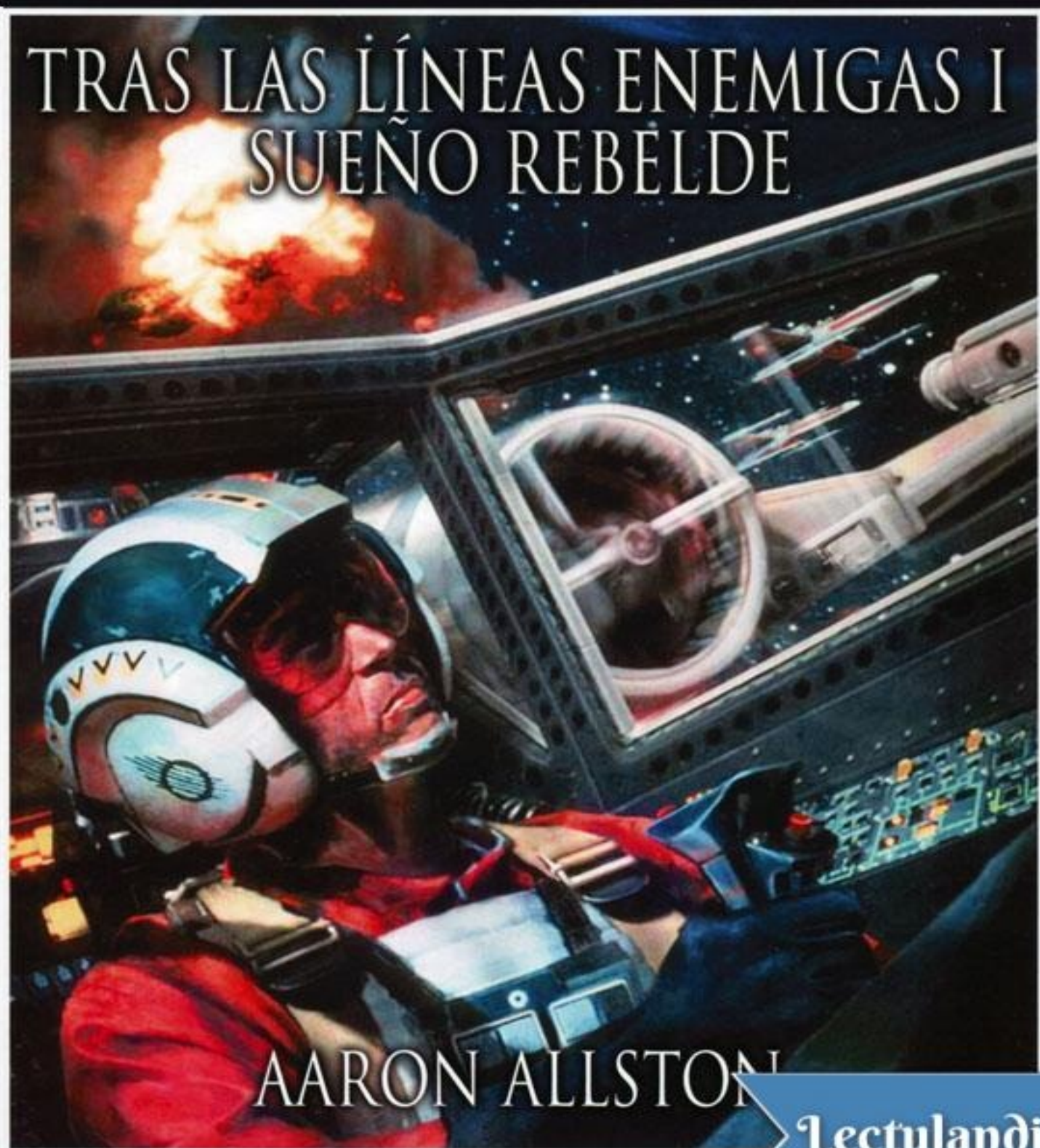
BIBLIOTECA

STAR WARS™



LA NUEVA ORDEN JEDI

TRAS LAS LÍNEAS ENEMIGAS I SUEÑO REBELDE



AARON ALLSTON

Lectulandia

En Borleias, los dirigentes de la Nueva República confían en detener a los yuuzhan vong. Leia y Han Solo saben que esta defensa no es real y están dispuestos a rebelarse contra el Senado para cambiar la política de guerra.

Por suerte, Luke Skywalker se infiltra en las líneas enemigas para frustrar los planes de ataque de los yuuzhan vong sobre Borleias.

Lectulandia

Aaron Allston

Tras las líneas enemigas I - Sueño rebelde

La Nueva Orden Jedi # 12

ePub r1.0

Ronstad 09.10.2013

Título original: *Enemy Lines I: Rebel Dream*

Aaron Allston, 2002

Traducción: Francisco Pérez Navarro

Diseño de portada: Dave Seeley

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias:

A mi Círculo Interno personal: Dan Hamman, Nancy Deet, Debby Dragoo, Sean Fallesen, Kelly Frieders, Helen Keier, Lucien Lockhart, y Kris Shindler.

A mis observadores: Luray Richmond y Sean Summers.

A los autores pasados y futuros de las novelas de la Nueva Orden Jedi (con gracias especiales a Elaine Cunningham, por sus esfuerzos más allá de los exigidos por el deber).

A Dan Wallace, por responder a mis preguntas.

A mi agente, Russ Galen.

A Shelly Shapiro y Kathleen O. David de la editorial Del Rey, y a Sue Rostoni de la Lucas Licensing.

DRAMATIS PERSONAE

Los Jedi.

Luke Skywalker: Maestro Jedi (humano).

Mara Jade Skywalker: Maestra Jedi (humana).

Jama Solo: Caballero Jedi (humana).

Kyp Durrón: Maestro Jedi (humano).

Corran Horn: Caballero Jedi (humano).

Tahiri Veila: Alumna Jedi (humana).

Alema Rar: Caballero Jedi (hembra twi'leko).

El Ejército de la Nueva República.

General Wedge: Antilles (humano).

Lando Calrissian: Comerciante (humano).

Coronel Tycho Celchu: (humano).

Comandante Eldo Davip: Capitán del *Lusankya* (humano).

Coronel Gavin Darklighter: Líder del Escuadrón Pícaro (humano).

Capitán Kral Nevil: Piloto del Escuadrón Pícaro (quarren macho).

Capitán Garik *Rostro* Loran: Líder del Escuadrón Espectro (humano).

Capitán Yakown Reth: Líder del Escuadrón Luna Negra (humano).

Iella Wessiri Antilles: Directora del Servicio de Inteligencia (humana).

Jagged Fel: Piloto del Escuadrón Soles Gemelos (humano).

Voort Piggy saBinring: piloto del Escuadrón Soles Gemelos, (gamorreano).

CYV 1-1A: (droide masculino).

Civiles.

Danni Quee: Científica (humana).

Wolam Tser: Holodocumentalista (humano).

Tam Elgrin: Operador de holocámara (humano).

Los yuuzhan vong.

Tsavong Lah: Maestro Bélico (yuuzhan vong macho).

Czulkang Lah: Comandante (yuuzhan vong macho).

Viqi Shesh: Exsenadora (humana).

Maal Lah: Comandante (yuuzhan vong macho).

Denua Ku: Guerrero (yuuzhan vong macho).

Wyrpuuk Cha: Comandante (yuuzhan vong macho).

Kadlah Cha: Guerrera (yuuzhan vong hembra).

Takhaff Uul: Sacerdote (yuuzhan vong masculino).

Ghithra Dal: Cuidador (yuuzhan vong masculino).

CAPÍTULO 1

Sistema Pyria, hace un mea: Operación de Borleias, día 1

Un dios no puede morir —aseguró Charat Kraal—. Por tanto, no tiene miedo a morir. ¿Quién es más valiente entonces, un dios o un mortal?

Charat Kraal era un piloto yuuzhan vong, una raza humanoide de poco más de dos metros de altura. Su piel, allí dónde no estaba cubierta por tatuajes geométricos, era pálida, toda ella surcada por líneas blancas y ligeramente reflectantes de viejas cicatrices. Hacía años que un contratiempo se cebó en su rostro, eliminando incluso la diminuta nariz característica de los yuuzhan vong, dejando únicamente el cartílago marrón y los agujeros horizontales de los senos nasales. Su frente se angulaba hacia atrás de forma menos pronunciada que en la mayoría de sus congéneres, dándole un aspecto más humano. Por eso, dos guerreros se mofaron de él; y por eso, tuvo que matarlos. Disimulaba ese rasgo cuanto podía, arrancándose pelo de la cabeza y añadiendo tatuajes en lo alto de su cráneo que atraían la mirada hacia lo alto, más allá de su ofensiva frente. Un día se ganaría un implante con el que ocultar aquella deformidad y así terminar con el problema.

Sobre el simple taparrabos de guerrero llevaba un encubridor oogolith, el traje de aislamiento transparente de los pilotos yuuzhan vong. Ambos eran criaturas vivas, diseñadas y engendradas para realizar únicamente las tareas que se les exigía: ayudar a los yuuzhan vong a alcanzar la gloria.

Estaba sentado en la cabina de su coralita, el caza con aspecto de roca espacial propio de su especie, pero en ese momento no llevaba puesta la capucha cognitiva, la criatura de aspecto semejante a una máscara que lo mantenía en contacto mental con su nave y le permitía pilotar y reaccionar con la rapidez del pensamiento en vez de la de los músculos. Como era una patrulla de rutina, la llevaba a un lado.

Penzak Kraal, su compañero de misión, y él estaban en órbita sobre el planeta Borleias, un mundo recientemente rescatado de los nativos infieles de esta galaxia, para poderlo utilizar como escala en el ataque yuuzhan vong contra Coruscant. Borleias era un mundo agradablemente verde, no atiborrado con las moradas muertas y costrosas de los infieles, ni contaminado con sus antinaturales implementos tecnológicos; sólo una base militar, ahora aniquilada, había afrentado a los yuuzhan

vong con la evidencia de la ocupación infiel.

La voz de Penzak Kraal surgió del pequeño villip con forma de cabeza situado en un lateral de la cabina del piloto. Aunque la mayoría de los coralitas no estaban equipados con villip, ya que confiaban en los mensajes telepáticos de los coordinadores bélicos yammosk en todo lo referente a las comunicaciones, las patrullas de larga distancia requerían comunicaciones directas.

—No seas idiota. Si un dios es el dios del valor, por definición tiene que ser más valiente que cualquier yuuzhan vong y que cualquier otro ser vivo.

—Entonces, me hago una pregunta. Digamos que pudieras convertirte en inmortal, como los dioses, pero seguir siendo un yuuzhan vong. Ya que nunca afrontarías la muerte, ¿podrías ser tan valiente como un yuuzhan vong? Podrías seguir matando eternamente, sí, pero nunca te arriesgarías a morir de verdad, nunca desafiarías a la muerte, nunca podrías elegir el momento y el lugar de esa muerte. ¿Qué es mejor entonces: ser valiente toda una vida o matar eternamente?

—¿A quién le importa? No tenemos esa elección. Pero, si la tuviera, creo que elegiría la inmortalidad. Vive el tiempo suficiente y podrás aprender de nuevo a ser tan valiente como un yuuzhan vong. Mata lo suficiente y quizá descubras cómo matar una estrella.

—Dicen... —empezó Charat Kraal en tono serio.

—¿Qué?

—Dicen que los infieles lo consiguieron. Que descubrieron cómo matar una estrella.

Oyó cómo Penzak Kraal siseaba de irritación; vio en el villip como se contraían los rasgos asimétricos de su compañero, mientras su boca adoptaba una expresión de desprecio.

—¿Y qué si lo hicieron? La matarían de la forma equivocada, con su mentalidad equivocada y sus aparatos equivocados. Y, como son idiotas, han debido perder el secreto; si no, ahora destruirían nuestras mundonaves una a una.

—También dicen... —Charat Kraal bajó el tono de voz instintivamente; algo estúpido, dado que nadie, excepto Penzak Kraal, podía escucharlo... dicen que los dioses les sonrían. A los infieles.

—Ridículo.

—¿Es que presumes de saber lo que piensan los dioses?

—Sólo quiero que manden aquí una de las naves de combate enemigas, y así poderla destruir para mi gloria personal.

A muchos kilómetros de distancia, lejos de Borleias, una nave de combate enemiga apareció de repente, apuntando hacia ellos. La nave aceleraba y crecía rápidamente de tamaño a medida que se les acercaba, en dirección a Borleias.

—¡Penzak, estúpido!

—Mis palabras no la han convocado, idiota —el villip se movió, ajustándose al rostro de Penzak, cambiando sus rasgos; éste se colocó su capucha cognitiva y Charat hizo lo mismo. El interior de la cabina de pilotaje pareció volverse transparente, permitiéndole ver en todas direcciones gracias a los sentidos del coralita, mostrándole la nave enemiga con un detalle impresionante.

No, *las naves*. Más y más de aquellas aborrecibles cosas de metal surgían del hiperespacio, apuntando hacia Borleias. Hacia Charat y Penzak.

Un instante después, Charat pudo sentir un zumbido a través de la capucha cognitiva, una señal reveladora de que Penzak enviaba un aviso al comandante del Dominio Kraal en Borleias.

La primera nave de la Nueva República, un triángulo agudo blanco, pasó sobre los dos coralitas cubriendo el sol y sumergiéndolos en las sombras. Aunque ni mucho menos tan grande como una mundonave yuuzhan vong, seguía siendo de un tamaño impresionante y pasó tan cerca de él que Charat tuvo la impresión de que alargando el brazo podría acariciar su casco con los dedos.

Penzak Kraal hizo virar en redondo su coralita hasta tomar el mismo rumbo de la nave fabricada. Charat lo imitó. Por encima de ellos vio los destellos de motores en el vientre de la nave anunciando el lanzamiento de los odiados cazas estelares infieles.

—¿Cómo podríamos hacerles más daño? —preguntó Charat.

—Sígueme hasta su interior mientras aún están lanzando sus cazas —respondió Penzak—. No entres en combate, sólo provócalos para que nos sigan. La nave no podrá dispararnos con los cazas tan cerca de ella. Entraremos en los muelles de lanzamiento y destruiremos las instalaciones. Después, destriparemos la nave desde el interior —elevó el morro y lo hizo girar hasta centrarlo en el vientre de la nave. Charat siguió su estela.

* * *

El *Mon Mothma*, uno de los nuevos cruceros de la flota de la Nueva República, un destructor estelar equipado con proyectores de gravedad capaces de interferir los saltos cortos de las naves yuuzhan vong, se dirigió directamente hacia Borleias desde el punto en que surgió del hiperespacio. No tenía tiempo que perder. Había trazado un rumbo directo hacia Borleias, y el proyector de gravedad del planeta los expulsó al espacio real en cuanto estuvieron lo bastante cerca. Ahora, ante ellos, tenían el mundo verdeazulado que venían a recuperar.

—No hay señales de ninguna mundonave yuuzhan vong en órbita —informó el oficial de sensores, un mon calamari de piel azul oscura—. Los dos coralitas están dando la vuelta para aproximarse a nosotros.

El general Wedge Antilles, un hombre delgado de rostro preocupado y ademanes

militares, comandante del destacamento de la flota, de la que el *Mon Mothma* era el buque insignia, asintió con la cabeza.

—Que los artilleros no les quiten ojo. Si intentan atacarnos, vaporizadlos. Control de cazas, continúe con el lanzamiento de los escuadrones de cazas estelares.

—Sí, señor.

A medida que los cazas de la Nueva República —Ala-X, A-9, Ala-B, Ala-E y muchos más— surgían de los hangares y giraban hacia el planeta, las pantallas de datos se iluminaban con nuevos blips coloreados. Wedge, de pie en su puesto de capitán, al fondo del espacioso puente de mando, ignoró esas pantallas. Prefería concentrarse en la visión de Borleias que llenaba el ventanal principal, situado en el arco frontal del puente.

«Espero que los vong hayan tenido tiempo de llegar a amar este mundo —se dijo—, porque pienso arrebatárselo. Así sabrán lo que significa perder algo que amas».

* * *

Luke Skywalker conectó sus impulsores. Su Ala-X rugió, ya fuera del hangar principal, perdiendo altitud relativa respecto al *Mon Mothma*. Tras él, once pilotos más del Escuadrón Soles Gemelos, el escuadrón temporal de Ala-X bajo su mando, formó a su alrededor.

—Soles Gemelos fuera —informó.

—Recibido, Soles Gemelos —respondió el que debía ser el controlador del puente del *Mon Mothma*—. Una advertencia: dos coralitas están maniobrando en vuestra ruta de vuelo.

Luke echó un vistazo a sus sensores. Dos blips rojos estaban girando y dirigiéndose hacia ellos.

—Escuadrón, seguidme. Le daremos a ese par el tratamiento que se merece.

Escuchó un coro de asentimientos y notó tensión en algunas voces, pero no alarma. Todos sus pilotos eran veteranos, supervivientes de los Sables, los Aturdidores y otros escuadrones que habían quedado reducidos a tríos, pares y pilotos solitarios a causa del ataque yuuzhan vong a Coruscant unos días antes. Dos de ellos formaban un trío junto a él: su esposa, Mara Jade Skywalker, y el exjefe de seguridad corelliano, expiloto y ahora Jedi, Corran Horn. Todos eran disciplinados y competentes. Y muchos querían venganza.

Luke entendía lo que sentían. Pocos días atrás, los vong, ayudados por su agente humana Viqui Shesh, casi lograron secuestrar a Ben, su hijo y de Mara; antes, habían matado a su sobrino Anakin y su sobrino Jacen estaba desaparecido. Esas pérdidas, sobre todo la de su aprendiz, Anakin, le provocaban un dolor que ahora podría aliviar.

En su juventud Luke también habría estado ansioso por vengarse, pero hoy día

sabía ignorar ese sentimiento. La venganza era una forma de pensar inmadura, una forma de pensar propia del Lado Oscuro, y hacía mucho tiempo que ya no era el muchacho inocente de rostro suave. Las cicatrices dejadas por los combates, más las arrugas propias de la edad, se acumulaban en su rostro correspondiendo con el peso de la experiencia y la calma de su espíritu.

Expandió su percepción para buscar a Mara. La encontró y casi retrocedió ante el contacto; era una presencia helada, concentrada totalmente en su misión.

Se encogió de hombros. La Maldad era mejor que otras alternativas. Mara, a pesar de su autocontrol, se sentía tan angustiada como él por la casi pérdida de Ben y la de sus sobrinos, y no sería ninguna sorpresa verla arder con deseos de venganza como un sable láser. El hecho de que no fuera así significaba que lo tenía controlado.

—Alerones en posición de ataque —ordenó Luke, accionando el interruptor que dividía las alas de su aparato para adoptar su perfil tradicional—. Primer y tercer tríos, sigan al líder; el resto, con sus compañeros de vuelo. Fuego a discreción.

Enlazó sus láseres para que los cuatro cañones disparasen a la vez con una sola pulsación del gatillo y apuntó al primer coralita.

Cuatro chorros rojos de destructora energía láser se dirigieron contra el enemigo...

No, *ocho* chorros. Los de Luke, que apuntaban al costado de estribor de la nave nunca alcanzaron el blanco; una oscuridad apareció ante ellos distorsionando el espacio como una lupa gigantesca y se tragó los láseres. Las cuatro lanzas de roja energía simplemente desaparecieron en su interior. Pero los disparos de Mara, lanzados contra estribor, impactaron en el coralita un instante después de que los de Luke desaparecieran. Sonrió abiertamente; ella debía de haber utilizado su propia habilidad con la Fuerza para observarlo, de otra forma no habría podido calcular el tiempo de forma tan precisa. Los láseres barrieron el casco del caza enemigo hasta que la distorsión giró sobre sí misma para interceptarlos; entonces, Luke disparó de nuevo, machacando la popa del coralita. A su descarga se unió la de Corran. El material del casco, semejante al coral, se sobrecalentó y derramó gotas al rojo vivo por toda su superficie.

Luke hizo que su Ala-X realizara maniobras evasivas, moviéndose a un lado y a otro, arriba y abajo, tan aleatoriamente como un insecto volador. Vio el contraataque de su objetivo, un resplandeciente proyectil surgido del cañón de plasma del coralita, y que pasó por babor, demasiado lejos para representar algún peligro. De hecho, no escuchó ningún grito de alarma de sus compañeros de escuadrón, ni súbitas y trágicas desapariciones de los blips de la Nueva República en sus sensores.

—No presentan batalla. Seguimos con la persecución —era Sol Gemelo Once, una mujer commenoriana llamada Tilath Keer. Luke vio los blips de los Soles Gemelos Cuatro a Seis y Diez a Doce girar para seguir al coralita, que volaba directo

hacia el *Mon Mothma*.

Luke sintió un pequeño cosquilleo, no supo si proveniente de la Fuerza o de sus años de experiencia en combate.

—Negativo —ordenó por radio—. No los persigáis, Soles Gemelos. Volved al rumbo original y a la formación junto al *Tiempo Récord*. *Mon Mothma*, esas naves son vuestras.

—Recibido, Gemelo Uno.

Luke dio media vuelta en dirección a Borleias. Vio como sus pilotos desistían de la persecución y volvían a cerrar la formación. En el momento en que los cazas estelares se alejaron de los coralitas, los cañones láser del *Mon Mothma* abrieron fuego. Una de las naves enemigas quedó destruida al instante, cuando el dovin basal fue incapaz de absorber todo el daño con su vacío; la nave quedó reducida a un destello resplandeciente, a partículas fundidas más pequeñas que una uña. La otra, aparentemente más hábil absorbiendo fuego enemigo, resistió toda una andanada, pero se desvió del *Mon Mothma* fuera de control, sin ningún peligro para el destructor estelar.

Luke agitó la cabeza ante el sacrificio vano del yuuzhan vong, ante la triste pérdida de vidas, y guió a sus cazas en una formación de cuña frente al *Tiempo Récord*.

Éste era un transporte armado de tropas. De casi 170 metros de eslora, lo formaban dos secciones de aspecto bulboso —la más grande alojaba el puente de mando y el personal; la más pequeña, los motores— conectadas por un estrecho tubo de acceso y su aspecto era increíblemente vulnerable, increíblemente frágil. Pero su capitán y propietario, un comerciante privado —seguramente un contrabandista, según Luke— se había ofrecido como voluntario al general Antilles durante la caída de Coruscant, asegurando que era la nave más rápida y más dura de su tipo. Ahora sus bodegas no transportaban bienes de consumo, sino soldados.

El comunicador de Luke siseó un momento a causa de la de estática, antes de dar paso a una voz de mujer:

—*Tiempo Récord* a líder de Soles Gemelos, todo dispuesto.

—Soles Gemelos a *Tiempo Récord*, vosotros marcáis el ritmo. No tendremos ningún problema en acudir donde más nos necesitéis.

El transporte se lanzó a toda velocidad, no muy rápido según el estándar de un caza estelar, pero sí para un carguero. Luke calculó su aceleración y plantó su Ala-X ante el puente de mando del carguero, con Mara y Corran a ambos lados. Otro trío de cazas se situó a babor del *Tiempo Récord*, un tercero a estribor y el último a popa del transporte.

Alrededor del Escuadrón Soles Gemelos, otros escuadrones de cazas, más fragatas, destructores, transportes y lanzaderas empezaron a acelerar hasta la

velocidad de combate.

Luke escuchó la voz del coronel Gavin Darklighter por el canal de comunicaciones:

—Escuadrón Pícaro a Borleias, hemos vuelto. Hace veinte años os dimos una patada en el culo... y ahora pensamos repetirlo.

Luke sonrió ampliamente.

Cuando los Soles Gemelos empezaron a descender hacia la atmósfera de Borleias, varios escuadrones de coralitas ascendían ya a su encuentro. Ligeramente mayores que los Ala-X y con una maniobrabilidad comparable, su aspecto era mucho más macizo. Se trataba de densas construcciones de coral yorik, de proa afilada que se iba ensanchando hasta la popa, con ásperas protuberancias que reflejaban sus orígenes orgánicos.

Luke decidió que hasta podían considerarse hermosos. Los que ascendían hacia ellos, y los dos que habían dejado para el *Mon Mothma*, compartían un mismo esquema de color, un rojo pastel y un plata perlado entremezclados en una pauta jaspeada. En la proa, incrustada en una especie de nicho, se encontraba la redonda forma rojiza del dovin basal, la criatura cuyos poderes gravitacionales transportaba al coralita de un punto a otro del espacio y también creaba los vacíos defensivos que absorbían el fuego enemigo, igual que un bantha de Tatooine absorbe agua. En su parte superior, justo delante del punto donde la nave era más ancha, se hallaba la cubierta de la cabina del piloto; ésta estaba teñida de azul.

Pero su belleza era irrelevante. En cuanto estuvieron al alcance de sus armas, abrieron fuego con los cañones de plasma, formas de vida que vomitaban materiales sobrecalentados capaces de perforar el casco de un caza estelar.

—Romped la formación y proteged el carguero —ordenó Luke. Y dando ejemplo, descendió rápidamente en relación con la superficie del planeta que tenía debajo y abrió fuego, confiando en que sus compañeros de vuelo lo siguieran, disparando de forma desincronizada a diferentes secciones de su objetivo para sobrecargar y confundir al dovin basal. Como la criatura defendía la nave interceptando los disparos de Mara, que apuntaban ligeramente por debajo de la línea central del coralita, no pudo desviar a tiempo el vacío para contrarrestar los láseres de Luke y de Corran, que fundieron el coral yorik alrededor de la cabina.

Pedazos hirvientes de uno de los objetivos de sus compañeros de escuadrón salpicaron el Ala-X de Luke. Oyó un chirrido de alarma de R2-D2, encajado en el alveolo del astromecánico situado tras la cabina, pero lo ignoró como un detalle irrelevante. Siguió descendiendo en espiral, variando la velocidad y la distancia cada medio segundo estándar, y vio las descargas de plasma pasar entre su caza y el de Mara.

De repente, los tres se encontraron por debajo de sus objetivos y ascendieron de

nuevo tras las popas de los coralitas. Los vacíos creados por las naves yuuzhan vong giraban a su alrededor, flotando ante ellas, dispuestos a absorber las infinitas cantidades de energía que les lanzaran.

Los primeros enfrentamientos entre los cazas coralitas y los de la Nueva República habían sido terribles para éstos últimos. Incluso pilotos veteranos vieron su vuelo desequilibrado por la increíble resistencia de las naves enemigas, por el fracaso de sus torpedos de protones y las descargas láser absorbidos por los vacíos, por la constancia de los daños provocados por los cañones de plasma, que seguían corroyendo sus vehículos tras pegarse a sus superficies.

Ahora las cosas eran diferentes. Los pilotos supervivientes habían cambiado de táctica y compartido información entre sus compañeros. La idea era sobrecargar los dovin basal, atacando a las naves desde varias direcciones a la vez, para asegurarse de dañar a los coralitas. Los pilotos de los cazas estelares tenían que evitar todo impacto de las armas enemigas, ya que cualquiera de ellos podría abrirse camino a través de los escudos y resultar letal.

Y a cada batalla, a cada momento, se creaban nuevas tácticas. Mara se colocó delante de Luke y Corran, volando de una forma extrañamente predecible, atrayendo el fuego de dos coralitas, hasta que repentinamente convirtió su trayectoria en algo errático, tan aleatorio como sólo un piloto que usara las habilidades de la Fuerza podría lograr y frenó en seco, viéndose adelantada por los enemigos y quedando tras ellos. Se deslizó hacia babor y, mientras dos chorros de plasma seguían su estela, invirtió el rumbo a estribor cruzándose ante un coralita; las dos bolas de fuego impactaron contra la nave enemiga, antes de que el piloto pudiera variar el rumbo.

El vacío del coralita cambió de posición para escudar el vientre del aparato y, en ese instante, Mara aprovechó para lanzarle una descarga conjunta de sus cuatro láseres.

El coralita estalló, ocultando el Ala-X de Mara a la vista, y Luke disparó contra el vientre del enemigo superviviente. Esperó que la confusión del piloto al haber alcanzado a su propio compañero, unida al sobreesfuerzo del dovin basal por escudar el coralita del ataque de Mara, hiciera que resultase momentáneamente vulnerable.

Tuvo razón. Sus láseres alcanzaron la parte inferior de la nave y se abrieron camino a través del casco. El coralita se desvió erráticamente expulsando fluidos que, a aquella altitud, se congelaban instantáneamente.

Verificó sus sensores. Dos coralitas menos. Mara se acercaba para reunirse con Corran y con él. Los monitores indicaban que su Ala-X seguía ileso.

Lejos, dos de sus Soles Gemelos habían desaparecido y el piloto de uno de ellos flotaba en el vacío. Luke esperó que su traje espacial lo protegiera hasta que un trasbordador de rescate llegara en su auxilio.

—Buena táctica, Mara —dijo para felicitar a su esposa.

—Siempre sabes qué decirme.

Luke sonrió antes de enfrentar un nuevo grupo de antagonistas.

* * *

Los escuadrones de cazas estelares se enfrentaron a los yuuzhan vong en tres puntos conflictivos de la órbita. Los Soles Gemelos aprovecharon la oportunidad y se colaron rugiendo en la atmósfera del planeta sin defensas, dirigiéndose al punto de lanzamiento de los cazas coralitas, que habían detectado gracias a sus sensores gravitacionales. No les extrañó que fueran las mismas coordenadas de la base militar de la Nueva República en Borleias. Luke no disfrutó al ver en lo que se había convertido la base bajo la ocupación yuuzhan vong.

Mientras volaban bajo sobre el dosel de la selva, Luke pudo observar la zona designada. No tenía el mismo perfil que la que estudiara en un holocubo. El edificio principal parecía más bajo y más ancho.

Pequeñas astillas de coral yorik ascendían del edificio, dirigiéndose hacia ellos. Sus sensores le indicaron seis.

—Al frente, Soles Gemelos —informó Luke—. Entablado combate con todas las naves a la vista. *Tiempo Récord*, es el momento de decidir si quiere reunirse con nosotros o seguir hasta el objetivo sin nuestra ayuda.

—Sol Gemelo Uno, aquí *Tiempo Récord*. Hemos venido a luchar. Nos veremos en la zona de desembarco.

—Recibido.

* * *

En la bodega del *Tiempo Récord*, Lando Calrissian, de pie junto a la rampa de acceso, intentó no parecer preocupado.

Estaba sudando y no le gustaba sudar. Le hacía pensar en el trabajo duro al que no era aficionado y que, simplemente, desmentía su imagen de alguien que era capaz de controlarse en todo momento.

Examinó las unidades de hombres y mujeres de la bodega. La mayoría formaban filas en asientos de respaldo alto, atados a ellos en previsión de las más que posibles turbulencias. Sus comandantes recorrían esas filas arriba y abajo, repartiendo instrucciones de último momento, consejos, ánimos, bromas e insultos.

Contempló sus tropas personales. Formaban un círculo de pie, sujetándose con una mano a un poste de metal situado en el círculo central y contemplándole a su vez. Parecían impasibles, sin miedo.

—¿Preparados? —preguntó.

—¡Preparados, señor! —respondieron al unísono.

Sabía que, una vez abandonaran aquella bodega, nunca volvería a ver a algunos de ellos. A diferencia de otros comandantes allí presentes, se sentía satisfecho de saberlo. Sus tropas servirían para un propósito.

La nave se estremeció cuando el fuego enemigo empezó a impactar en el *Tiempo Récord*. Lando vio miedo y hasta náusea en los rostros de algunas de las otras tropas.

No en las suyas. Seguían mirándolo fijamente, esperando.

* * *

Luke, con Mara y Corran a su lado, se colocó en la estela del *Tiempo Récord*. Hizo una mueca; había perdido su cañón láser de estribor y el motor de plasma. Su energía, maniobrabilidad y potencia de fuego se habían reducido considerablemente.

Delante, el *Tiempo Récord* estaba posándose sobre el dosel de la selva, o quizás sobre la zona de campo abierto que se extendía a partir de la base, desde su posición no podía asegurarlo. Pequeños estallidos de luz surgían de tierra y martilleaban el casco del transporte, tiñéndolo de negro. Aunque situado a popa del carguero, Luke creyó ver cómo el perfil del *Tiempo Récord* se llenaba de muescas a medida que los daños recibidos en combate iban minándolo. Entonces, el transporte giró a babor y Luke pudo comprobar que tenía razón: la proa había recibido un daño terrorífico de los cañones de plasma. Le sorprendería si ahora mismo fuera capaz de navegar por el espacio.

* * *

Tras la última sacudida y la vibración consiguiente, Lando supo que el transporte había aterrizado. Apenas podía oír nada por encima de las sirenas de alarma de la mayoría de sistemas. Aspiró profundamente por última vez y asintió con la cabeza en dirección a sus tropas, antes de presionar el botón en el panel que tenía a su lado.

La parte superior de la abertura de salida ascendió, desapareciendo rápidamente de la vista y la parte inferior descendió, convirtiéndose en una rampa. El aire cálido y húmedo del exterior inundó la bodega. Más allá de la rampa pudo ver campo, una extensión de terreno de correoso césped alto y, aún más allá, una especie de construcción yuuzhan vong rojiza, un enorme edificio cilíndrico con brazos radiando hacia el exterior a intervalos regulares.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Lando, y sus tropas soltaron la barra a la que se sujetaban. Lanzando un inarticulado grito de batalla, se lanzaron hacia la rampa

con los rifles láser preparados.

En cuanto llegaron a la cima de la rampa, sobre ellos empezó a llover fuego enemigo. Lando oyó cómo el casco de la bodega crepitaba mientras la munición se estrellaba contra él. Pero no, no era munición normal, se recordó, sino criaturas lanzadas por los yuuzhan vong: insectos aturdidores, insectos proyectiles de alta penetración e insectocortadores, capaces de perforar cualquier cosa que encontraran a su paso y, si fallaban, dar media vuelta para volver a atacar el objetivo.

Uno de sus hombres recibió una concentración masiva de insectos aturdidores, algunos de ellos en plena garganta. La fuerza de los impactos bastó para matarlo. El cuerpo del soldado se desplomó como un saco, mientras su cabeza rebotaba en el suelo de la bodega y rodaba hacia Lando.

Éste la detuvo con el pie, como un jugador haría con un balón y la miró desapasionadamente. Su primera baja del día. El droide bélico lo contempló fijamente, sin más expresión que la que mostrara un momento antes. Decidió que los daños no parecían demasiado graves, podría ser reparado fácilmente.

Los diecinueve droides ilesos descendieron por la rampa y pisaron el campo, dirigiéndose hacia el flanco derecho del gran edificio rojo. Su grito de guerra cambió de un simple rugido a unas palabras que Lando no entendió.

Pero sabía lo que significaban. Él mismo dispuso que instalaran aquel grito de guerra en sus tropas. Era una exclamación en idioma yuuzhan vong y significaba: «¡Somos máquinas! ¡Y somos mejores que los yuuzhan vong!».

* * *

En el puente del *Tiempo Récord*, el oficial de comunicaciones, un rodiano de escamosa piel verde, inmaculadamente limpia, y boca situada en la puntiaguda barbilla, anunció:

—Capitana, está funcionando. Responden a la provocación, están saliendo de sus escondites.

La capitana, una humana alta con su cobriza cabellera recogida bajo una gorra de oficial, se levantó de su sillón. Ese gesto sumergió su cabeza en el humo que se acumulaba contra el techo del puente de mando. Tosió, se agachó y terminó situándose junto al rodiano.

En la pantalla tenían una vista panorámica del escenario, gracias a la combinación de las distintas holocámaras situadas en el casco del transporte. Mostraba todo el terreno que circundaba al *Tiempo Récord*: selva a babor y campo abierto a estribor.

Las tropas droides de Lando Calrissian, una vez descendida la rampa, cargaban a campo abierto sin dejar de disparar, creando una pantalla defensiva a su alrededor. Guerreros yuuzhan vong aparecían por todas partes, surgiendo de la selva a toda

carrera e, ignorando al transporte, arremetían como animales salvajes enloquecidos contra los droides que los insultaban no sólo con palabras, sino con su mera presencia.

—Transmitid esa imagen a todos los vehículos y naves en nuestro campo de alcance —ordenó la capitana—. E informad al *Mon Mothma* que la táctica funciona. Decidles que... ¡oh, mierda!

En la pantalla, algo se acercaba desde el lado más alejado del edificio de los brazos radiales. Era una criatura viva, vagamente reptilesca, pero del tamaño de un edificio grande. Su piel era verde-azulada, pero sobre su cabeza y a lo largo de su espina dorsal crecían parches rojizos y plateados de coral yorik; de esa misma espina dorsal surgían placas enormes como velas, y cañones de plasma destacaban por docenas entre el coral yorik.

La voz de la capitana superó el bramido de su comandante:

—Que salgan de aquí todas las tropas ahora mismo, y que el personal no esencial de la nave también la abandone. Que todas las armas apunten a ese objetivo. Fuego a discreción. Y extraed de una vez este maldito humo. Para pelear necesitamos respirar.

Tenía que ser una de las criaturas con las que habían combatido en Dantooine. La capitana tuvo el presentimiento de que el *Tiempo Récord* no sobreviviría para elevarse de nuevo al espacio.

CAPÍTULO 2

Ocupación de Borleias, día 1

Las tropas surgieron de las bodegas del *Tiempo Récord* con su grito de guerra convertido en un rugido inarticulado. Lando dirigió a su guardaespaldas personal, uno de sus droides, mientras los demás soldados corrían hacia el edificio principal, desplegándose para establecer un perímetro o deteniéndose para preparar el equipo.

Por delante de él los droides estaban soportando un fuego intenso; su armadura de laminanium aparecía sembrada de pequeños cráteres, producto de los impactos de los insectos aturdidores, o manchada por los fluidos de los insectocortadores aplastados inofensivamente al chocar contra ella. Lando vio que un guerrero yuuzhan vong se lanzaba entre dos droides, con su oscura pero brillante armadura de cangrejo vonduun, fustigando con un anfibastón todo lo que encontraba a su paso a derecha e izquierda. El bastón, rígido, apuntaba a la sección media de un droide, pero éste lo sujetó con la mano libre tan velozmente que su movimiento pareció un borrón. El droide alzó su láser pesado y disparó, un estallido de energía que atravesó al guerrero vong.

Éste retrocedió en medio de convulsiones por el impacto del láser y cayó al suelo humeando.

Lando sintió un golpe en la espalda, no tan fuerte para ser de un insecto aturdidor pero sí lo suficiente para derribarlo de bruces sobre la hierba, al tiempo que oía a su guardaespaldas gritar:

—Al suelo, señor.

Una fracción de segundo después, ya disparaba contra el enemigo. Semierguido, Lando vio a un guerrero yuuzhan vong acercándose a la carrera y zigzagueando para evitar los disparos del droide.

Aún de rodillas, Lando apuntó a la derecha del enemigo y disparó a su vez, rociando de energía láser el espacio abierto, y después a la izquierda. Sus tiros flanquearon los del droide y el guerrero yuuzhan vong, ahora apenas a cinco pasos de ellos, resultó alcanzado en la rodilla. Cayó hacia delante, y derrapó hacia Lando y el droide con el anfibastón flexible azotando el aire.

Lando se puso en pie. El droide y él retrocedieron en ángulos divergentes sin dejar de disparar contra el guerrero caído. Éste se alzó, con la armadura teñida de negro en varios puntos, y movió su mano hacia atrás para lanzarles algo, pero uno de los láseres —Lando no estuvo seguro si fue el suyo o el del droide— le acertó en la garganta. Se desplomó de espaldas.

Lando asintió con la cabeza.

—Soy un hombre de negocios —aseguró.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que significa eso?

—Que odia estar aquí, señor.

—Exactamente.

Ambos rodearon el humeante cadáver para reunirse con el grupo principal.

Ahora, la bestia de armadura plateada ya asomaba por la esquina del edificio. Sus músculos, por debajo y alrededor de la coraza, ondeaban, y los cañones de plasma se inclinaban para apuntar directamente a Lando. O eso le parecía a él.

Se dejó caer a tierra y empezó a disparar.

* * *

Luke, Mara y Corran sobrevolaron la base a toda velocidad, percibiendo en una fracción de segundo el edificio yuuzhan vong, el *Tiempo Récord* y la tremenda bestia que lanzaba plasma contra el costado del transporte.

Luke suspiró. La última vez que se enfrentó a una de aquellas criaturas, a las que Jaina Solo llamaba cordis —por cordilleras—, y que después conocerían por su nombre yuuzhan vong, *rakamat*, y descubrió la mejor táctica para destruirla, quedó conmocionado durante horas. Ahora no podía permitirse ese lujo.

—Hagamos cuanto podamos para distraer a esa cosa de las tropas de tierra —ordenó—. Escuadrones Dos, Tres y Cuatro, dejad de jugar con los coris ahí atrás y acudid a la verdadera batalla.

Lideró a Mara y a Corran en un rizo que los llevara de vuelta a la zona comprometida. Los tres Ala-X empezaron a fintar antes de surgir del dosel selvático, mientras el plasma danzaba a su alrededor. Luke abrió fuego con sus láseres enlazados contra la enorme bestia y vio cómo eran tragados, junto a los de sus compañeros, por las defensas de vacío de la criatura. Un segundo después, volvían a sobrevolar la jungla.

* * *

Lando se arrastró con los codos murmurando:

—Soy demasiado viejo para esto, soy un hombre de negocios, soy demasiado viejo para esto, quiero una copa.

El ritmo de sus propias palabras le impedía ser plenamente consciente del sudor que goteaba de su frente, del miedo que irradiaba de él mientras los disparos de plasma pasaban a pocos metros por encima de su cabeza e impactaban en el casco del *Tiempo Récord*. Fuego de contraataque se cruzaba en dirección contraria, pesadas descargas de cañón que lo habrían vaporizado de rozarlo siquiera. Su droide se mantenía a su lado, avanzando lentamente para no dejar a Lando atrás.

Antes de darse cuenta, se topó con un círculo formado por seis soldados, cinco humanos y una twi'leko, pero sólo tres de ellos empuñaban armas.

—¿Dónde están vuestras pistolas láser? —preguntó, sorprendido.

La twi'leko de piel rojiza se acurrucó sobre su mochila.

—Somos ingenieros.

Uno de los otros, un hombre de rostro alargado con un rifle láser, la corrigió:

—Ellos son ingenieros —y disparó a las piernas de la gigantesca criatura que avanzaba en su dirección.

—¿Ingenieros? —preguntó Lando—. ¿Y tenéis explosivos?

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Y te estás escondiendo tras tus explosivos?

Ella volvió a asentir con expresión de desánimo, sugiriendo que comprendía la locura de su acto.

—Excava —ordenó Lando—. Un agujero no muy profundo, sólo lo suficiente como para que quepan todos tus explosivos.

—No —respondió el soldado del rifle—. Dejaremos atrás los explosivos y seguiremos sin ellos.

—No, vamos a excavar un agujero —insistió Lando a la twi'leko, que parecía congelada con la mano a medio camino de su pala, mirando alternativamente al soldado armado y a él.

El soldado dirigió una sonrisa a Lando, intentando congraciarse con él.

—Sólo soy un oficial sin mando activo, pero en el campo de batalla sigue siendo un cargo superior al de un paisano. Nos vamos.

Lando lo agarró por el cuello de la túnica y lo atrajo hacia él. El soldado no debía tener ni veinte años.

—Escúchame, mierda de bantha —escupió Lando—. Hice explotar una *Estrella de la Muerte* antes de que nacieras. En veinte segundos habré terminado de conversar con el general Antilles, que hizo explotar esa *Estrella de la Muerte* conmigo, volveré a ser el general Calrissian y tú te pasarás el resto de tu carrera militar limpiando retretes en Kessel. O bien puedes excavar. ¿Qué eliges?

El soldado lo miró un largo segundo, durante el cual las ráfagas de plasma que surcaban el aire sobre ellos empezaron a parecer líneas sólidas.

—Supongo que excavaremos, señor.

—Bien —Lando lo soltó. Miró a la ingeniera twi'leko y le señaló al soldado—. Dale tu pala.

—Sí, señor.

* * *

Lando tomó el rifle láser del soldado y ocupó su lugar en el perímetro. Disparó unas cuantas veces a los distantes guerreros yuuzhan vong y una a la criatura. Entonces, se giró hacia su guardaespaldas y sonrió.

—Éste es el tipo de negociaciones laborales que me encantan, ¿sabes?

El droide asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

En la última pasada de Luke y sus compañeros, en la que la mayoría de sus disparos fueron nuevamente absorbidos por los vacíos del rakamat aunque otros impactaron en el costado del edificio yuuzhan vong, vieron un grupo de soldados formando círculo directamente delante del rakamat. Los soldados parecían estar excavando un agujero.

—¿Qué opinas? —oyó que le preguntaba Mara—. ¿Idiotas?

—¿Excursionistas? —sugirió Luke.

—Es una idea.

Luke condujo a Mara y Corran hacia la base yuuzhan vong. Un segundo después, tres Soles Gemelos más se unieron a su formación.

—Me alegra veros —saludó Luke—. Dividíos y acercaos a la base desde el lado opuesto para llegar medio segundo después de nosotros. Sólo nos estarán esperando a nosotros tres. ¿Listos? Desplegaos.

* * *

El terreno era blando. Excavaron el agujero y tres ingenieros lo llenaron de explosivos en menos de un minuto. Los ocho se alejaron del agujero reptando en dirección al *Tiempo Récord*.

La twi'leko no reptaba, permanecía tumbada de espaldas en el suelo, a retaguardia de la columna, manipulando un detonador a control remoto mientras el droide de Lando la arrastraba por los pies disparando hacia atrás, hacia el rakamat y la zona de mayor concentración de infantería enemiga.

Lando, encabezando el grupo, oyó el rugido que producía el retomo de los Ala-X. Sabía que sus ataques contra la bestia eran inútiles, pero agradecía sus pasadas, ya que atraían la atención de las tropas enemigas y evitaban que su grupo estuviera bajo un fuego constante.

Tres Ala-X surgieron por la derecha, vomitando rayos láser sobre el costado izquierdo de la bestia. Varios vacíos aparecieron en ese costado, y Lando creyó ver cómo los rayos rojizos de los cazas de combate se doblaban realmente sobre sí mismos al entrar en aquella nada.

Entonces, tres Ala-X más llegaron por la izquierda, vertiendo sus láseres contra el costado derecho del animal. Los seis cazas se cruzaron en una demostración de dominio del vuelo y desaparecieron más allá del dosel de la selva.

Lando vio que el coral yorik se sobrecalentaba y explotaba, mientras la carne bajo el coral se transformaba instantáneamente en vapor.

Sangre negruzca se derramó por el flanco derecho del monstruo. La criatura rugió, un sonido entre un temblor de tierra y un trueno distante, y sus cañones de plasma buscaron en vano a los seis cazas. A pesar de todo, siguió avanzando hacia el *Tiempo Récord* y hacia ellos.

—Ya está —anunció la ingeniera twi'leko.

—Prepárate —advirtió Lando—. Intentaremos simultañarlo con la próxima pasada de los Ala-X... si consiguen regresar a tiempo.

La mujer se libró del droide de Lando y empezó a arrastrarse por su cuenta, como los demás.

De repente, Lando se encontró con dos tocones en su camino y alzó la vista. No eran tocones. Eran las piernas de un guerrero yuuzhan vong, vestido con su armadura de cangrejo vonduun. El anfibastón del guerrero estaba rígido como una lanza y su extremo apuntaba a la espalda de Lando. El guerrero lo sostenía en alto, dispuesto a clavarlo en su víctima.

La punta descendió y una forma oscura escudó a Lando de ella y del despliegue deslumbrante de plasma y energía láser sobre su cabeza. Oyó un grito humano y, abruptamente, el guerrero yuuzhan vong quedó tendido sobre la hierba, con los pies pataleando a escasos centímetros de su nariz. Uno de los soldados estaba sobre él, inmóvil, con el anfibastón sobresaliendo claramente de su espalda.

Desde su posición, Lando podía ver las juntas de la armadura del guerrero. Mientras éste intentaba quitarse de encima el cadáver del soldado, Lando apuntó con su rifle láser y disparó, alcanzando al guerrero allí donde no lo protegía ni la placa de la pierna ni la pectoral. Esta vez fue el yuuzhan vong quien gritó de dolor. El guerrero tironeó y se retorció de agonía, más allá del nivel que un yuuzhan vong podía soportar.

El guardaespaldas droide de Lando se interpuso entre el guerrero y él, y le dio una

patada al anfibastón. El golpe arrojó el arma lejos, aunque no sin que, flexible de nuevo, mordiera al droide; el ataque, tan rápido que el ojo de Lando no pudo seguirlo, no penetró la armadura del droide, aunque tampoco lo hubiera dañado de conseguirlo.

El droide se situó sobre el guerrero, apuntó cuidadosamente y empezó a disparar.

Lando miró hacia atrás. El gigantesco rakamat seguía tras ellos, todavía vertiendo sangre, pero había recuperado velocidad. Sabía que estaba herido, quizá moribundo, pero aún así estaba dispuesto a seguir cargando contra el *Tiempo Récord*.

La ingeniero twi'leko tenía el detonador en la mano y el pulgar sobre el botón.

—Espera —ordenó Lando.

Ella le dirigió una expresión angustiada, pero no protestó.

El rugido de los Ala-X reverberó por todo el campo y los presentes. Lando prestó una pequeña parte de su atención al cielo, guardando el resto para la criatura que se acercaba. Sus patas delanteras pasaron por encima del agujero donde enterraran los explosivos, y su cuerpo se situó sobre el montoncito de tierra que marcaba su posición.

Lando tragó saliva. Si tenía éxito, la bestia moriría. Era inocente, y a Lando le resultaba doloroso verla avanzar hacia él, hacia su muerte.

Maldijo a los yuuzhan vong. Era mejor eso que aceptar la responsabilidad por matar a tan tremenda criatura que, de no ser por sus controladores, nunca lo habría puesto en peligro.

El rugido de los Ala-X aumentó de volumen, y los cañones de plasma de la bestia desviaron sus ráfagas del *Tiempo Récord* hacia el cielo. Lando vio los cazas aparecer de dos direcciones, esta vez norte y sur, no este y oeste. Y contempló los láseres rojos que desaparecían en la oscuridad creada por el animal, mientras el plasma prendía en la parte inferior de un Ala-X y empezaba a corroerlo.

Entonces, los cazas desaparecieron, perseguidos por las descargas de plasma que enviaban destrucción tras ellos.

—¡Ahora! —gritó Lando.

Ni siquiera vio a la hembra apretar el botón; sólo fue consciente de la explosión, del fuego amarillento rojizo que, como si fuera algo producido por los yuuzhan vong, emergía bajo la bestia. Se tragó a la criatura y golpeó a Lando con calor y ruido. Enterró la cara en la hierba para escapar de aquel infierno.

Un segundo después volvió a mirar. La criatura se había desplomado de costado con el vientre destrozado y teñido de negro por la fuerza de la explosión. La sangre manaba a raudales de la herida pero, increíblemente, seguía viva, aunque su flanco apenas se alzaba al respirar.

Ya no disparaba contra los Ala-X o el transporte. Lando pudo ver y oír los láseres del *Tiempo Récord* disparando de nuevo, pero ya no concentraban su fuego en la criatura, sino en los guerreros yuuzhan vong que tenían a la vista.

El droide de Lando hacía lo mismo. Contempló atónito cómo disparaba una y otra vez contra el guerrero que había estado a punto de matarlo. El yuuzhan vong estaba muerto, con el cuello y la parte superior de su armadura calcinados por los insistentes disparos.

—Uno-Uno-A, deja de disparar —ordenó Lando—. ¿Qué te ocurre? ¿Se ha averiado tu software de reconocimiento de amenazas?

El droide lo miró fijamente.

—Sí, señor. Sospecho que sí, señor. Sigo registrando este guerrero como amenaza.

—Anula el control veintisiete-seis. Marca el objetivo como no amenaza.

—Entendido, señor —el droide dejó de disparar.

—Te llevaremos a reparar —le consoló Lando—. No te sientas mal. Has actuado bien.

—Sí, señor.

* * *

Cuando Wedge descendió en su lanzadera hasta la superficie del planeta, la situación estaba ya bajo control. Dio una pasada por encima de la base de la Nueva República en Borleias.

Mucho tiempo atrás fue una base imperial que albergaba cazas de combate TIE y tropas de asalto para defender una instalación cercana de investigación biológica, dirigida por el general imperial Evir Derricote. El Escuadrón Pícaro, en aquel momento comandado por el propio Wedge, llegó como punta de lanza en una misión que tenía por objetivo arrebatar aquel mundo de las manos de Derricote. La base imperial se convirtió en una base de la Alianza Rebelde, y más tarde, cuando los rebeldes tomaron Coruscant y se convirtieron en el gobierno legítimo de esa parte de la galaxia, en una base de la Nueva República.

Ahora era puro escombros. Wedge dudó de que cualquier pedazo de la estructura original tuviera más de dos metros de tamaño.

Allí donde se erigían los edificios principales, ahora lo hacía otra clase de construcción rojo pastel y perla de varios pisos de altura, con un centro redondo del que radiaban ocho extensiones a intervalos más o menos uniformes, como los brazos o las patas de una criatura marina. Wedge no tenía que preguntarlo, sabía que el edificio era algo orgánico, una criatura viviente engendrada por los yuuzhan vong para servir de habitáculo. ¿Lo habrían dejado caer sobre la antigua base como una bomba, aplastándolo todo, o había crecido desde el centro? Eso no podía saberlo.

Cerca del edificio, en medio de un inmenso charco de sangre negra, yacía una criatura gigantesca, otro de los recursos bélicos de los yuuzhan vong, el reptil del que

había informado el *Tiempo Récord*. Las tropas de Wedge le informaron que estaba muerta y otorgaban el mérito a Lando Calrissian y al grupo de ingenieros.

La estructura principal estaba rodeada por numerosos edificios más pequeños, con la forma curvada típica de las conchas de los artrópodos oceánicos y de algunos caracoles terrestres. Cada uno tenía el tamaño de una casa pequeña, estéticamente agradables por su color y su diseño curvo... mientras no pensara que alojaba a seres que mataban a otros seres sensibles sin piedad y se automutilaban por placer.

El resto de la antigua base estaba en ruinas, con las dependencias y los hangares convertidos en cascarones ennegrecidos a punto de derrumbarse. A Wedge le dio la impresión de que habían servido de blancos de prácticas para los lanzadores de plasma de los coralitas.

Por la zona pululaban tropas de la Nueva República. Hombres y mujeres muertos con uniformes de la Nueva República yacían desperdigados en diversos puntos del recinto; también podían verse muchos yuuzhan vong entre ellos. Wedge contempló cómo sus tropas llevaban a los prisioneros hasta zonas vigiladas por más soldados. Algunos de los prisioneros eran humanos y en sus frentes, incluso a esa distancia, podían distinguirse claramente los coralinos cuernos gemelos que los marcaban como esclavos; otros prisioneros eran yuuzhan vong, pero de pieles lisas, no marcadas por los extensos tatuajes o las cicatrices típicas de los pilotos vong; Wedge asumió que eran miembros de los Avergonzados, la casta paria de la sociedad vong, cuyos cuerpos rechazaban las modificaciones y que por ello jamás ascenderían en la jerarquía social de la raza.

La base era un desastre y, aunque la habían recuperado, la estructura yuuzhan vong situada sobre ella la convertía en un lugar que Wedge no quería utilizar como centro de operaciones terrestres. Podría contener innumerables trampas y peligros para los ocupantes de la Nueva República y, con toda seguridad, no serviría para los refugiados que empezarían a llegar desde la ahora ocupada Coruscant.

Conectó su comunicador.

—Pícaro Uno, aquí Antilles. Necesito una escolta, quiero revisar las instalaciones biológicas.

—Recibido.

Unos segundos después, dos Ala-X, uno perteneciente a Gavin Darklighter y el otro a su compañero de vuelo Kral Nevil, maniobraron hasta flanquearlo. Wedge viró hacia las instalaciones biológicas y aceleró. Poco después, flotaba sobre ella.

El laboratorio del general Derricote era un edificio largo, de varios pisos de altura, cuya fachada oriental daba a un escarpado precipicio, mientras que la occidental descendía gradual y estéticamente en forma de ladera; el piso superior formaba una estrecha cinta, suficiente para que un pasillo lo recorriera en toda su extensión y permitiera el acceso a un conjunto de habitaciones. El piso

inmediatamente inferior era más ancho, y el siguiente más todavía, de forma que el conjunto parecía una cuña gigantesca cuyo filo apuntaba al cielo. Oficialmente era un lugar donde Derricote conservaba y estudiaba muestras de raras especies de plantas procedentes del extinto mundo de Alderaan; secretamente, sirvió para diseñar una enfermedad mortal, el virus krytos, que afectaba y mataba a miembros de especies no humanas. Cuando la Alianza capturó Coruscant, las fuerzas imperiales se encargaron de extender ese virus por toda la galaxia conocida.

Desde las alturas, Wedge pudo darse cuenta que el edificio seguía intacto. La selva había crecido hasta sus mismos límites: los árboles lo rodeaban y los zarcillos cubrían los ventanales coloreados de turquesa, pero esos ventanales eran irrompibles; A Wedge no le sorprendería que Derricote hubiera utilizado transpariacero en vez de algún material inferior.

Wedge transmitió una imagen del lugar mediante una holocámara, agregando las coordenadas al chorro de datos que acompañaban la transmisión.

—*Mon Mothma*, ésta será nuestra base de operaciones terrestre. Quiero que organice una fuerza de ocupación y un grupo de ingenieros con nuestras reservas y los traslade aquí lo antes posible. Quiero que quemen todo un kilómetro de selva a lo largo de las caras norte, este y sur, y dos kilómetros al oeste. Con los yuuzhan vong huidos refugiándose en la selva, quiero una zona de seguridad lo más extensa posible. Una vez hecho esto, que las fuerzas terrestres entren en el edificio y eliminen a posibles yuuzhan vong emboscados y a todos los depredadores que encuentren a su paso. Después, le tocará el turno al personal de limpieza, a los técnicos para arreglar los generadores, y así sucesivamente. La zona situada al oeste será nuestro campo de aterrizaje.

Wedge continuó dando órdenes:

—Dé orden de que todos los yuuzhan vong muertos sean despojados del equipo que lleven encima para su estudio posterior, pero que sus cadáveres sean dejados allí donde hayan caído.

Eso no era un insulto por parte de Wedge. Los yuuzhan vong habían demostrado en diversas ocasiones la tendencia a recuperar los cadáveres de sus guerreros. Dejándolos en el campo de batalla, Wedge esperaba reducir el número de ataques a sus tropas, dado que no creía que lanzaran ninguno mientras intentaban recuperar a sus camaradas muertos.

—Mantenga un destacamento permanentemente de servicio para vigilar la base yuuzhan vong; entretanto, que otro destacamento, el personal de Danni Quee y los droides de Lando busquen a los vong que puedan ocultarse allí. Cuando toda la base esté evacuada que la vuelen los ingenieros.

Suspiró. Tras una breve tregua, tenía que volver a ocuparse de insignificantes detalles administrativos. Preferiría volver a combatir o retirarse de una vez.

Ocupación de Borleias, día 2

Un día después, el laboratorio biológico estaba asegurado y operativo.

Las fuerzas de ocupación no encontraron ningún yuuzhan vong emboscado dentro de la estructura, pero era obvio que el enemigo había estado allí en varias ocasiones, destruyendo maquinaria y aplastando mobiliario. Unos guerreros vandálicos. La mala noticia era que el generador del edificio estaba destrozado. Ahora, un pequeño carguero había aterrizado junto al edificio, y enormes y pesados cables se extendían desde el compartimiento de motores hasta el sótano del edificio. Varias unidades terrestres protegían el complejo.

El edificio ya estaba rodeado por seis kilómetros cuadrados de selva destruida. Habían utilizado fuego, láseres, exfoliantes, todo lo que tenían a mano. A la instalación biológica, de por sí un lugar de secreta fealdad, la rodeaba ahora una obvia fealdad. Salir del edificio era sumergirse en un ambiente cálido y húmedo, que hedía a vegetación quemada y no ofrecía a la vista nada más que naves chamuscadas necesitadas de reparaciones y la distante selva.

Luke, al volver de una patrulla de reconocimiento por todo el perímetro, en la que no encontró ningún yuuzhan vong —aunque sospechaba que estaban allí por el comportamiento de la fauna animal de Borleias—, descubrió que Wedge había solicitado su presencia para una reunión general de los principales oficiales y el personal aliado. Se unió a la multitud en el destrozado vestíbulo del laboratorio. Mara ya estaba allí con Ben en los brazos; a sus pies tenía un cochecito de bebé, improvisado a partir de una mochila, y en un tobillo llevaba una férula que inmovilizaba su articulación, secuela de la rotura de huesos sufrida al ser derribada durante la caída de Coruscant.

Luke se dirigió a una silla vacía junto a ella, pero Wedge le hizo una señal desde la cabecera de la mesa, indicándole otro asiento a su lado. Luke sonrió a Mara a modo de disculpa y ocupó el puesto señalado por su amigo.

—Nuestra estancia aquí será corta, pero más larga de lo que nos gustaría —anunció Wedge a la asamblea—. Habrá más batallas y me gustaría tener algunas cartas en la manga cuando lleguen los yuuzhan vong, así que quiero que penséis en ello. Comunicádselo a todos los oficiales, que me transmitan sus ideas... y no quiero que se deseche ninguna sin haberla estudiado a fondo. No es momento de pensar de forma conservadora.

Una oficial naval que Luke no conocía, una mujer con uniforme de teniente, pidió la palabra.

—¿Puedo hacerle una pregunta, general?

—Adelante —aceptó Wedge.

—¿Por qué queríamos quedarnos en el planeta? La guarnición habrá alertado a

sus comandantes de que los estábamos invadiendo. Los yuuzhan vong no tardarán en venir.

Wedge asintió con la cabeza.

—Bien, hay varias razones. La primera es ésta: Borleias —o mejor dicho todo el sistema solar de Pyria— es una importante encrucijada hiperespacial, una intersección de muchas rutas, y como tal está marcada en los ordenadores de navegación de casi todas las naves. Es inevitable que los refugiados que huyen de Coruscant pasen por aquí como primera fase de su huida. Y alguien tiene que ayudarlos. Muchos de ellos puede que viajen en naves dañadas y no podemos permitirnos que colapsen nuestras estaciones espaciales, no mientras las necesitamos para reparar naves de combate, así que tendrán que aterrizar en la superficie del planeta.

»Segunda, necesitamos recuperar el aliento. Dejamos Coruscant con el enemigo pisándonos los talones. Necesitamos parar, hacer inventario... y calcular la enormidad del desastre que hemos sufrido.

Por un instante, el rostro de Wedge reflejó una punzada de dolor que también sintió Luke. No pudo contactar con su esposa Iella, o con sus hijas, Syal y Myri, antes de que el deber le obligara a abandonar Coruscant. No saber qué les había pasado, la vergüenza de no ser capaz de compaginar los deberes hacia la Nueva República con los deberes hacia su familia, tenía que estar royéndole por dentro. Wedge tragó saliva con dificultad antes de que su expresión recuperase su aparente impasibilidad. Siguió hablando:

—Tercera, los yuuzhan vong vendrán aquí, sí. Eso es seguro. No pueden permitirse una guarnición enemiga tan cerca del planeta que acaban de tomar. Y cuanto más tiempo podamos atraer su atención, más tendrán otros para escapar de Coruscant y para que otros grupos de la flota, los que comandan Iblis y Kre'fey, se reúnan con nosotros.

»La cuarta y última es un problema de moral. Nuestra gente acaba de recibir un tremendo puntapié en los dientes, la pérdida de Coruscant, y tenemos que devolverlo. Si huimos de los nek o de los vong, no nos respetarán. Nos perseguirán, nos cazarán y nos aniquilarán. Sólo tenemos una oportunidad de sobrevivir, y es no cediendo terreno. Si clavamos nuestros talones aquí y le damos una bofetada a los yuuzhan vong en pleno rostro, puede que afectemos su moral. Y puede que aumentemos la nuestra. Luke, agradecería que tus Jedi no sólo fueran tan activos como les sea posible, sino que también se dejaran ver, que sirvan de constante recordatorio a nuestros hombres de la fuerza y la versatilidad que representan.

—Y nuestra misión más importante, proteger a la gente —añadió Luke—. Délo por hecho, general —Luke no señaló que una mayor presencia Jedi podría suponer más pérdidas a manos de la Brigada de la Paz; cada vez menos Jedi lograban alcanzar

las rutas de huida establecidas por Han y Leia. Pero era un riesgo necesario.

—Gracias —Wedge desvió su atención de Luke y la centró de nuevo en el conjunto de los reunidos—. Coronel Darklighter, quiero que el Escuadrón Pícaro se mantenga alerta en la órbita de Borleias.

—Sí, señor.

—Capitán Deavis, que por lo menos dos naves con buenos sistemas de sensores se sitúen junto al Corredor Coruscant-Borleias: una, a este lado del pozo gravitatorio de Borleias, para que las naves entrantes se vean obligadas a salir del hiperespacio; la otra, que se coloque allí donde sea más probable que una nave yuuzhan vong salga del hiperespacio, basándonos en sus tácticas anteriores —no esperó siquiera la confirmación de sus órdenes—. Capitana Birt, encárguese de los heridos mientras el *Tiempo Récord* está reparándose. Busque una sección de este laboratorio donde se pueda llevar a cabo la selección de heridos, los primeros auxilios y las cirugías. Coordínesse con la *Puerto Seguro*, nuestra fragata médica. Lando, el resto de las instalaciones son tuyas y actuarás de organizador. Booster, las comunicaciones; asegúrate de sacarle todo el partido posible al equipo que tenemos disponible y coordínate a través del *Ventura Errante*. Danni... ¿está aquí Danni Quee?

—Estoy aquí —Luke vio una mano ondeando en la parte trasera del grupo.

—Encárgate de todo lo relacionado con los vong: prisioneros, material y vehículos capturados. La prioridad, en mi opinión, será liberar a los prisioneros humanos de esas malditas cosas de coral. ¿Corran Horn?

—Aquí —otra mano ondeó por encima de las cabezas de los presentes. Hora no era más alto que Luke, y no siempre era fácil localizarlo entre un gran número de personas.

—Corran, Gavin recibió tu petición para incorporarte al Escuadrón Pícaro, y tanto él como yo te damos la bienvenida, pero de momento tengo otra misión para ti. Sabemos que hay yuuzhan vong en la selva y quiero que eches una mano en la seguridad de esta instalación. La combinación de tu experiencia como Jedi, jefe de seguridad corelliano y comandante de cazas estelares es justo lo que necesitamos. Entretanto, hasta que seas transferido al Escuadrón Pícaro, puedes continuar volando con los Soles Gemelos.

—Entendido.

—Tycho, quedas a cargo de los cazas estelares. Yo seguiré comandando las fuerzas espaciales de la armada. En media hora quiero los informes preliminares de situación cargados en mi datapad, y una reunión de oficiales y jefes de división en la sala de conferencias dentro de dos horas. Lando te dirá dónde se encuentra la sala de conferencias —Wedge dio una sonora palmada con ambas manos—. En marcha, gente.

La multitud se dispersó con rapidez militar, dejando únicamente a Wedge, Tycho,

Luke y Mara. Ésta se unió a los otros tres frente a la mesa.

—No me has asignado ninguna tarea —la voz de Luke era apacible—. Bueno, me has pedido que haga lo que ya pensaba hacer de todas maneras, pero no tenías nada específico preparado para mí.

Wedge le dirigió una mirada confusa.

—Luke, eres más o menos la luz que guía toda la operación.

Y no me refiero únicamente a la parte de la flota que tengo bajo mi mando. Los tres grupos buscan tu consejo. No puedo exigirte nada, ni a ti ni a los Jedi.

—Pero sí a un amigo.

Wedge pestañeó, antes de exhibir una leve sonrisa.

—Cierto. Y estaría encantado de hacerlo —se encogió de hombros a modo de disculpa—. Estamos tan faltos de recursos, que desearía que el *Ventura Errante* se quedara aquí. Ya se lo he pedido a Booster, pero eso significa que si los aprendices de Jedi se quedan a bordo...

—Ya no será un lugar seguro para ellos, lo sé. Me encargaré de eso. Tengo algunas ideas sobre dónde podemos recolocar a los estudiantes.

Las Fauces, pensó, con el refugio Jedi en construcción allí, con su pantalla de agujeros negros y enloquecidas interacciones gravitacionales sería lo mejor por ahora.

—Entonces, quisiera que te encargases de las fuerzas especiales, de las operaciones especiales en general. Mara, sé que es mucho pedir a una mujer con un bebé, pero...

Mara se irguió, sosteniendo a Ben.

—Confía en mí. Mi capacidad para el caos es ilimitada.

La sonrisa de Wedge se ensanchó.

—No he visto a ningún oficial de Inteligencia entre la multitud. Te agradecería que, de momento, actuases como nuestra Jefa de Inteligencia. Cuando consigamos a alguien competente, podrás trasladarte con Luke a la sección de fuerzas especiales y caos.

Luke dudó antes de hablar de nuevo.

—¿Has tenido alguna noticia de Iella o los niños?

Wedge negó con la cabeza.

—Ninguna. Pero si hay alguien en toda la Nueva República que pueda pasar de contrabando a dos niños y a sí misma...

—Es Iella, lo sé. Están bien, Wedge.

—¿Has...? —la voz de Wedge sonó repentinamente ronca—. ¿Eso significa que has percibido algo? Ya sabes, con tus percepciones de Jedi...

—Lo siento, pero no.

—Oh —Wedge se recompuso para volver a mostrarse impasible, pero Luke se dio cuenta de que, dentro de él, había muerto otra esperanza. Sintió una vergüenza

aplastante por haberle dado falsas esperanzas, aunque fuera inadvertidamente.

Wedge se levantó de su asiento.

—Sí, estoy seguro de que están bien —y abandonó la sala, seguido por Tycho.

—Es difícil de leer —susurró Mara—. ¿Cómo está?

Luke se encogió de hombros.

—Resiste gracias a toda esa disciplina militar, pero no saber nada de su familia le revuelve las tripas. Vamos, averigüemos de qué recursos disponen Operaciones Especiales e Inteligencia. Y necesitamos encontrar a alguien que pueda cuidar de Ben mientras cumplimos con nuestros deberes.

Mara negó con la cabeza.

—No pienso aceptar ningún deber que me separe de Ben, ya no. Mi vuelo de ayer fue el último. No podría resistirlo de nuevo.

—Mara...

—No. Escúchame bien, Granjero. Dejando aparte a Karrde y a ti, no hay nadie en quién confíe más que en Leia. Y ni siquiera ella pudo proteger a Ben. Viki Shesh se lo llevó y tuvimos que depender demasiado de la suerte para recuperarlo. No pienso perderlo de vista y punto. Mataré personalmente a cualquiera que intente arrebátarmelo de nuevo.

Luke la miró, pensando en su conducta siempre aparentemente tranquila y en la salvaje erupción de emociones que ocultaba, emociones que sentía a través de su vínculo con la Fuerza, y supo que hoy no ganaría esa discusión. Como en respuesta, Ben se despertó y estalló en llanto.

—Hablaemos más tarde de ese tema —dijo Luke.

Mara le regaló una suave y helada sonrisa.

—De acuerdo, siempre que te guste repetir la misma conversación con el mismo resultado.

CAPÍTULO 3

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Coruscant

Eran dos los guardias yuuzhan vong asignados para conducirla a su última entrevista, para conducirla a la reunión en la que sería condenada a muerte.

Los temía, porque cualquiera podía matarla si se le antojaba y ninguno tenía la más mínima consideración por su vida.

Los despreciaba, porque eran criaturas feas, anónimas, zánganos cuyos nombres nunca serían conocidos. En alguna parte, y quizá muy pronto, morirían en combate y serían olvidados.

Los envidiaba, porque el resto de sus vidas, por corto que fuera, probablemente sería más largo que el suyo.

Era Viqi Shesh. En otros tiempos senadora, representante de Kuat ante la Nueva República, también fue durante mucho tiempo espía de los yuuzhan vong, ofreciéndoles información crucial sobre el planeta Coruscant y el funcionamiento del gobierno de la Nueva República. Había servido larga y fielmente a sus nuevos amos.

Pero aquel largo y fiel servicio no significaba mucho para ellos. Cuando comenzó la invasión yuuzhan vong de Coruscant, intentó llevar a cabo un último encargo —el secuestro de Ben, el hijo de Luke y Mara Jade Skywalker—, y falló. Sus enemigos siempre fueron un paso por delante de ella y pusieron a salvo a aquel mocoso. Ella perseveró y estuvo a punto de recuperar al bebé, pero un contraataque de Lando Calrissian y sus droides bélicos la dejaron deshonrada y desvalida en manos de los yuuzhan vong. Sí, falló miserablemente.

Hasta ese momento, había confiado en recibir grandes recompensas de los yuuzhan vong por sus servicios y esfuerzos. En cambio, su premio fue ser arrestada y confinada en el Dominio Dal, la mundonave que servía como buque insignia a Tsavong Lah, Maestro Bélico de los yuuzhan vong.

Sentía dolor. Una neathlat, una especie de venda viviente, se aferraba a su antebrazo derecho —allí donde el guardaespaldas noghri de la princesa Leia le mordiera hasta el hueso—, y a su espalda, donde el sable láser de Leia la quemó. Las neathlat sanaban pero no calmaban el dolor, ése no era el estilo yuuzhan vong. Las vendas estimulaban las terminaciones nerviosas, provocando que el dolor de las

heridas fuera mayor.

Ya no tenía aliados. Nadie hablaría por ella. No había conseguido llevar a Ben Skywalker hasta los yuuzhan vong, y su traición a la Nueva República era pública entre los refugiados de Coruscant.

Pero no por eso estaba desarmada. No, mientras contara con su inteligencia y su experiencia política, tendría un arma que apuntar contra Tsavong Lah.

Los guardias la llevaron por un largo pasillo. Sus líneas no eran rectas, ni sus esquinas ángulos rectos. Las superficies presentaban un rojo moteado que recordaba al tejido muscular, olían a carne cruda, y Viki se obligó a no mostrar una clara expresión de aversión.

Estaban en una zona profunda de la mundonave yuuzhan vong. Debía estar muy lejos de los centros de mando porque no se cruzaron con nadie. Viki se alegró de seguir siendo capaz de pensar analíticamente.

Llegaron hasta una enorme cámara de paredes idénticas a las del pasillo, con un conjunto de dobles puertas marfileñas que custodiaban un par de guardias de la Pretoria Vong, semejantes a los que la acompañaban. Los guardias abrieron las puertas para permitirles el paso.

Más allá se adentraron en una sala oval del mismo rojo jaspeado. El suelo se inclinaba en una suave curva y, en su punto más bajo, había una abertura circular de unos tres metros de circunferencia. La abertura estaba rodeada de oscuridad; Viki descubrió que no podía enfocar aquella oscuridad, parecía de algún modo nebulosa y sobresalía casi medio metro del nivel del suelo.

Junto al agujero se hallaba Tsavong Lah, el gran proyectista y faro de la invasión yuuzhan vong de esta galaxia. Un ejemplo de yuuzhan vong de alto rango, lleno de cicatrices y tatuajes, con los labios hendidos en jirones que se agitaban cada vez que respiraba profundamente, y un cuerpo marcado por todas partes con escamas del color de la sangre, implantes que hablaban de su importancia. Su brazo izquierdo había sido reemplazado hasta el codo por una garra de radank, toda escamas y espinas rojizas, con dedos segmentados y articulados de una manera antinatural para un yuuzhan vong o un humano; también surgían espinas y escamas de la carne por encima de su codo, y pequeños puntos negros, insectos devoradores de carroña, pululaban a su alrededor. Ella reprimió un escalofrío. A pesar de todas las mutilaciones y condecoraciones de Tsavong Lah, lo encontraba atractivo —el poder y la ambición en los varones eran un atractivo para ella, una debilidad secreta—, pero la putrefacción que lo afligía y que amenazaba con robarle ambas cosas, su garra de radank y su poder, la repelía.

Los guardias y Viki se detuvieron ante Tsavong Lah, que giró la cabeza para fijar su mirada en ella.

—Puedes sentirte honrada —dijo el Maestro Bélico—. No es costumbre para

alguien de mi posición presenciar la eliminación de deshechos como tú.

Ella desvió la vista al pozo repleto de oscuridad. En los bordes de aquel borrón percibió un movimiento que de repente le pareció familiar. Era idéntico al de los pequeños puntos negros, los devoradores de carroña, que infestaban el brazo de Tsavong Lah. Reprimió una sensación de asco.

—¿Ése es el destino que has elegido para mí?

—Sí —el Maestro Bélico gesticuló hacia uno de los guardias—. Denua Ku te matará. Si te muestras cortés en estos últimos momentos de vida, te permitiré escoger la forma de morir. Puede romperte el cuello, apuñalarte con su anfibastón o hacer que te muerda. Después, tiraremos tu cuerpo al pozo. Las criaturas lo ignorarán durante cierto tiempo, hasta que empiece a emitir el hedor de la descomposición; entonces, caerán sobre él y lo devorarán lentamente hasta que no quede nada. Desaparecerás en la oscuridad, Viqui Shesh, dejarás de existir como si nunca lo hubieras hecho.

Viqui sintió un nudo en el estómago pero mantuvo su expresión tranquila, sin reflejar ninguna emoción.

—¿Por qué no me limito a saltar al pozo? Puedo ahogarme mientras tus bichitos inundan mis pulmones. Así, estas dos naderías sin nombre que me acompañan no tendrán que molestarse en participar.

Pudo sentir la ira en la creciente rigidez de la postura de los guardias, pero Tsavong Lah se limitó a abrir más los ojos y mirarla con una ligera sorpresa.

—¿Estás ansiosa por compensar tu fracaso?

—Por supuesto. Y si así me lo exiges, lo haré. Servirte es mi obligación. Pero estoy más ansiosa porque dejes de mentirme. Saltaría ahora mismo para terminar con esa particular tortura.

—Mentiroso. Una acusación interesante. Una ofensa deliberada —Tsavong Lah volvió a sonreír—. Una ofensa que puedes permitirte porque crees que no te espera nada peor que la muerte. Si eso es lo que crees, te equivocas.

—Digo que estás mintiendo por una razón: no vas a matarme porque haya fallado. Otros te han fallado y les has permitido vivir... porque eran leales y podías confiar en ellos. Vas a matarme porque crees que ya no soy valiosa para ti, porque no soy un recurso para ti.

Los rasgos de Tsavong Lah parecieron todo lo pensativos que sus cicatrices se lo permitían.

—Me siento impresionado... pero has acertado. Voy a matarte porque ya no eres un recurso valioso para mí, Viqui Shesh.

—Pero lo soy. Todavía conservo mi mejor arma, Maestro Bélico... mi cerebro. Lo he utilizado mientras estaba sentada en mi celda y he descubierto una amenaza para tu control de los yuuzhan vong, para tus planes de conquistar esta galaxia, para todo lo que deseas y consideras digno. Estás en peligro y ni siquiera lo sabes. Sólo yo

he descubierto el secreto.

—Dilo, entonces.

—No —miró a los guardias—. No, mientras estos indignos puedan oír mis palabras. No, mientras *cualquier* otro que no seas tú pueda oírlas.

Tsavong Lah gesticuló. Los guardias de Viqi la sujetaron por los brazos y, sin esfuerzo aparente, la alzaron del suelo hasta sostenerla encima del pozo. Pequeños puntos negros saltaron de él a sus pies, incluso a sus pantorrillas. Algunos fallaron y lo volvieron a intentar.

—Pueden oír todo lo que tengas que decirme —aseguró Tsavong Lah—. Son los últimos momentos de tu vida.

Viqi le devolvió la mirada, logrando ocultar en su voz el miedo que sentía.

—Tú y yo somos los únicos en esta sala de los que estoy *segura* que no somos tus enemigos. No diré lo que sé ante extraños, porque con ello podría firmar tu sentencia de muerte. Si muero ahora con mi secreto, es posible que puedas llegar a descubrirlo y sobrevivir. *Yo no te traicionaré*. Así que déjame caer.

Su expresión era feroz. El miedo que sentía era real, y ese miedo alimentaba una ferocidad real.

Tsavong Lah la estudió un largo momento; entonces, hizo un movimiento brusco a los guardias. Retrocedieron un paso, depositaron a Viqi sobre terreno sólido y la soltaron. Ella cayó torpemente, casi derrumbándose al aterrizar; un tropezón y habría caído en el pozo. Después, los guardias dieron media vuelta y abandonaron la sala.

Viqi sintió el primer y débil atisbo de esperanza. Ahora dominaba la situación, al menos de momento. Si podía aferrarse a aquella tenue ventaja, viviría.

Tsavong Lah la contempló fijamente.

—¿Y bien?

—Tu cuerpo rechaza la última modificación —comenzó, sus palabras surgían como un torrente—. Sé lo que estás pensando. Crees que tus dioses hablan contigo, que te señalan el camino correcto para su aprobación. Pero no es eso lo que está pasando.

»Estás siendo traicionado, Maestro Bélico. Por los cuidadores. Ellos te han puesto un miembro defectuoso. Amenazan con convertirte en un Avergonzado. No tardarán en actuar contra ti, militar y políticamente. Si haces todo lo que te digan, los problemas con tu miembro disminuirán. Pero si te niegas a plegarte a sus exigencias, los problemas reaparecerán. Serás su esclavo, Maestro Bélico.

Tsavong Lah guardó silencio. La expresión de sus ojos era ilegible.

Idiota desdeñable y predecible, ya te tengo. Viqi controló el júbilo que sentía, no podía permitirse el lujo de reflejarlo en su expresión.

En la celda había afinado sus habilidades para fabricar y anticipar la traición. No para deducir la fuente de los problemas que afligían a Tsavong Lah, sino para

preparar una acusación que los explicara, una historia que tomara mucho tiempo y esfuerzo refutar. Pensaba utilizar ese tiempo para buscar una manera de escapar de los yuuzhan vong.

—Un concepto interesante —reconoció el Maestro Bélico—. ¿Y si te equivocas?

—No me equivoco —Viqi le dedicó una expresión indiferente—. Simplemente ruego una oportunidad para probar mi teoría. Mátame *después* si quieres. Por lo menos, moriré victoriosa.

Tsavong Lah la estudió todo un minuto, antes de asentir con la cabeza.

—Veremos. Tendrás que realizar ciertas tareas hasta que tenga las pruebas en mis manos... o hasta que se me agote la paciencia.

Gritó unas palabras en su idioma, y los guardias volvieron para flanquear a Viqi. A un gesto del Maestro Bélico la sujetaron por los hombros, obligándole a dar media vuelta, y la condujeron hacia la puerta.

Cada paso ponía más distancia entre el pozo y ella, cada paso distendía la opresión con la que el miedo atenazaba su corazón, cada paso era un redoble que subrayaba las palabras que pulsaban en su mente: *Viva. Viva. Sigo viva.*

Ocupación de Borleias, día 3

El intercomunicador de Wedge zumbó, despertándolo. Sus pies resbalaron del escritorio y cayeron al suelo con un seco chasquido. Se irguió en su sillón, preguntándose por un momento dónde se encontraba y qué hacía allí.

Su despacho estaba oscuro, se había dormido antes de poder regresar a su alojamiento temporal. Recogió el intercomunicador y lo sostuvo ante él.

—Adelante —se frotó los ojos, preguntándose cuántos minutos habría dormido.

—General, aquí el *Mon Mothma*. Una de nuestras patrullas informa que un transporte escoltado por cazas ha entrado en el sistema.

—¿Yuuzhan vong o refugiado?

—Ninguno de los dos, señor. El oficial de comunicaciones dice que es un transporte oficial del Consejo de la Nueva República. Sus códigos de autenticación lo confirman.

Wedge frunció el ceño. Era inconcebible que el Consejo siguiera funcionando a cualquier nivel. Hasta la caída de Coruscant, los asesores elegidos por el Jefe del Estado Borsk Fey'lya fueron como una capa de lubricante entre la maquinaria trituradora del gobierno y él. Pero, con la muerte de Fey'lya durante la caída de Coruscant y el colapso del Senado de la Nueva República, Wedge había supuesto que el Consejo estaría desperdigado por las rutas espaciales, cada uno de sus miembros regresando a sus planetas natales para preparar defensas contra los yuuzhan vong.

—¿Han hecho algo más que pedir autorización para aterrizar?

—Sí, señor. Han... mmm, solicitado una reunión con usted y sus generales lo más pronto posible. Dicen que traen sus nuevas órdenes.

Wedge hizo una mueca de disgusto. Como si necesitara la interferencia de un grupo de políticos, ahora irrelevantes.

—Está bien. Sitúen dos escuadrones de cazas en círculo para iluminar una zona de aterrizaje lejos de las instalaciones. Dígale al Consejo que es un despliegue militar de honor. Si preguntan por qué nunca han oído hablar algo así, dígales que es una tradición del Escuadrón Pícaro. Si esto resulta ser un truco de los vong, los cazas están autorizados a atacar sin necesidad de confirmación. Si no lo es, traiga al Consejo hasta la sala de conferencias lo más rápidamente posible. Empiece a reaprovisionar y reparar su transporte inmediatamente... y envíe unos cuantos técnicos para que barran la nave y se aseguren que no nos reserva ninguna sorpresa. ¿Algo más?

—No, señor.

—Wedge, fuera.

Se levantó de su asiento con una sensación de intranquilidad. Una sensación que se repetía cada vez que los políticos tenían una sorpresa para él, una sensación que casi nunca demostraba ser equivocada.

* * *

Cuando Luke y Mara llegaron a la sala de conferencias —él con una taza de humeante chocolate en una mano y de café para Mara en la otra, ya que su esposa llevaba a Ben en los brazos—, ya estaba medio llena con los oficiales y consejeros de Wedge. Ocupaban alrededor de dos terceras partes de los asientos de la mesa principal y las sillas que había detrás; varios de los asientos situados frente a la mesa, los más cercanos a las puertas principales, permanecían conspicuamente vacíos. Wedge ocupaba la cabecera de la mesa, con Tycho a su lado. Hablaban entre ellos, aunque cuando Wedge descubrió a Luke, hizo una señal para que el Maestro Jedi acudiera a su lado.

Las expresiones de la mayoría sugerían que los habían despertado. Luke supo cómo se sentían.

Mara se dejó caer en la silla más cercana a Luke, junto a Lando. Éste parecía dolorido, con el ceño fruncido y los ojos inyectados en sangre.

—¿Resaca? —preguntó Luke.

Lando hizo una mueca de dolor.

—Deja de gritar.

—Podría silbar para que te trajeran un café.

—Si silbas, mi cabeza explotará y mis sesos se esparcirán por todas partes.

Mara agitó la cabeza.

—Nada de sesos. Sólo fragmentos de cráneo.

Lando le lanzó una mirada compungida. Luke sonrió y esperó a que Mara acomodase a Ben en su regazo para darle el café. Entonces, se reunió con Wedge y Tycho.

Desde el vestíbulo les llegó un resonar de botas, y un grupo de diez o doce personas entraron en la sala de conferencias.

Luke reconoció a algunas de ellas.

Pwoe, un quarren, fue el primero en entrar. Los quarren eran humanoides, pero solían enervar a los humanos y los casi humanos por su aspecto; se trataba de una especie acuática con una cabeza semejante a la de un calamar, de la que colgaban cuatro tentáculos allí donde los humanos tenían sus rasgos faciales inferiores. Como cultura, los quarren no se merecían una reacción así, pero, para Luke, el consejero Pwoe en concreto, sí que la merecía. Sabía que era un ser políticamente carnívoro y enemigo de los Jedi. A Luke no le sorprendería que Pwoe tuviera algo que ver, directamente o indirectamente, en la creación de la Brigada de la Paz, las fuerzas colaboracionistas que secuestraban Jedi y los entregaban a los yuuzhan vong. Hoy, Pwoe llevaba una túnica verde de cuerpo entero que contrastaba bien con su coriácea piel anaranjada. Mientras entraba en la sala, sus ojos turquesas la escrutaron cuidadosamente, deteniéndose un segundo en Luke para después seguir con el resto. Pwoe se sentó en la silla directamente opuesta a Wedge.

Chelch Dravvad de Corellia lo hizo a la derecha de Pwoe, y Fyor Rodan de Commenor a su lado. Ambos humanos, ambos de edad madura, con el aura confiada y artificial de los políticos desplegada herméticamente a su alrededor, tendiendo a fijar su atención en Pwoe en lugar de contactar visualmente con cualquiera de los presentes.

Niuk Niuv, el cuarto consejero en entrar en el cuarto, era un sullustano. Si alguna vez, hace mucho tiempo, los ingenieros biológicos hubieran decidido crear una raza que se pareciera a un muñeco de peluche, no les habría salido tan bien como un sullustano de cabeza redondeada, enormes orejas redondeadas, mandíbula con papada bamboleante y rasgos encantadoramente no humanos. Sólo los ewoks lograban arrancar más gritos de alegría en un niño la primera vez que los veía. Pero, al igual que los ewoks, los sullustanos podían ser enemigos peligrosos, y Niuk Niuv era peligroso incluso para un sullustano. Se opuso a los Jedi desde que se unió al Consejo, y ahora se sentó a la izquierda de Pwoe.

Niuv era el último miembro del consejo. Los restantes integrantes de la comitiva parecían ayudantes, con datapad en las manos y expresiones angustiadas en sus caras, y guardias de rostro impassible, con rifles láser en posición.

Luke se levantó al mismo tiempo que los demás, una muestra rutinaria de respeto

hacia los senadores y miembros del Consejo, pero sentía la ola de irritación que recorría a las personas ya presentes en el cuarto. Tantos guardias sugerían que el Consejo no confiaba en la seguridad de Wedge. Era un insulto. Luke no sabía si accidental o deliberado.

Wedge abrió la sesión:

—Consejeros, bienvenidos a Borle...

—General Antilles —Pwoe levantó una mano, interrumpiéndolo—, no sólo se dirige al Consejo sino al Jefe del Estado.

Wedge pestañeó, y su mirada se centró en el broche que cerraba la túnica de Pwoe. Era de oro, con el símbolo de la Nueva República rodeado de estrellas. Borsk Fey'lya lo llevaba de vez en cuando. Luke vio que Wedge luchaba por encontrar una respuesta. El ascenso de Pwoe a la posición de Jefe de Estado quizá no era producto de su propio deseo o imaginación; en aquellas inciertas circunstancias, bien podía tratarse de una simple realidad práctica.

—Felicidades por su ascenso —terminó diciendo Wedge. Hizo un gesto para que los demás se sentasen, y lo mismo hizo él—. ¿Dónde se encuentran los consejeros Cal Ornas y Triebakk, si puedo preguntarlo?

Pwoe extendió sus manos, un gesto de ignorancia.

—Ah, no lo sabemos. Sospechamos que perecieron durante el ataque a Coruscant.

—Dos tragedias más que añadir a la lista.

—Cierto.

Eso, potencialmente, eran malas noticias. Ornas, un senador representante del ahora disperso pueblo de Alderaan debido a la destrucción de su planeta, y Triebakk, un wookiee de Kashyyyk, eran seres sensatos que no sentían una aversión irracional hacia los Jedi. También suponían una influencia moderadora en el Consejo. Si estaban realmente perdidos, todos los miembros supervivientes del Consejo eran antagonistas de los Jedi, consejeros que a menudo habían argumentado en favor de encontrar una manera de acomodar a los yuuzhan vong en la galaxia, de terminar la guerra mediante la negociación.

Luke sintió una oleada de sospecha. ¿Habrían muerto realmente los dos consejeros perdidos en Coruscant? ¿O habían sido abandonados deliberadamente por estos burócratas, incluso empujados al vacío por una esclusa de aire? Agitó su cabeza, deseando alejar esos pensamientos.

Mara se inclinó hacia él, hasta que sus frentes casi se tocaron.

—Lo he captado —susurró—. Estaba pensando lo mismo.

—No se necesita la Fuerza para eso —añadió Lando, apoyándose en el respaldo—. Hasta yo puedo leerlo en la expresión de Luke.

—Shhh —susurró Luke—. O explotaré.

Lando se apresuró a alejarse de él.

Pwoe seguía mirando fijamente a Wedge; su lenguaje corporal transmitía una impaciencia evidente.

—Deberíamos empezar.

—Dentro de un minuto —ratificó Wedge—. Varios miembros de mi personal están todavía en tránsito —su rostro mostraba una leve sonrisa. Luke sabía que no era más que una fachada, una máscara que ocultaba su agitación, su irritabilidad.

Pwoe clavó en él una mirada admonitoria.

—Creí que ya estarían preparados. El tiempo es vital.

Oyeron pasos en el vestíbulo. Booster Terrik entró y se sentó a la mesa, cerca de Tycho. Más ruido de pies corriendo, y Danni Quee derrapó a través de las puertas, haciendo juegos malabares con datapad y pantallas portátiles; llevaba el rebelde cabello rubio atado en una coleta descentrada. Se deslizó hasta un asiento cerca de la puerta, directamente detrás de Corran Horn, y miró a Wedge.

—Lo siento —se disculpó.

—No hay nada que sentir —aseguró Wedge, e hizo una indicación a los guardias del Consejo—. Las puertas.

Los guardias miraron a Pwoe y, tras recibir su beneplácito, cerraron las puertas.

—Ya podemos empezar —dijo Wedge.

—Sí, claro —corroboró Pwoe, asintiendo con la cabeza—. En primer lugar, quiero tranquilizarles y asegurarles que el gobierno de la Nueva República está en pleno funcionamiento. Debido a la tragedia caída sobre nosotros con la muerte de Borsk Fey'lya y la diáspora temporal del Senado, el Consejo ha asumido las riendas del poder. Ahora estamos desarrollando planes para reorganizar nuestras fuerzas armadas y recuperar Coruscant. Mantenemos contacto con los gobiernos planetarios de toda la Nueva República, qué están reconociendo nuestro liderazgo y esperando órdenes.

Luke y Mara intercambiaron una mirada. Ella tomó un sorbo de café e hizo una mueca, como si la razón fuera el amargor de la bebida. Wedge respondió a la declaración de Pwoe con una inclinación de cabeza.

Pwoe aguardó, como si esperase algo más. Al no obtenerlo, y tras un incómodo silencio, continuó:

—General, deseamos felicitarlo por su éxito aquí, en Borleias.

—Gracias... pero todavía no hemos tenido éxito. Hemos tomado esta instalación gracias al empleo de una fuerza militar aplastante, lo cual no nos dice nada sobre el otro bando del conflicto.

—Sí, claro. Aún así, necesito oír los detalles de lo que ha conseguido aquí.

Mostrando escasa emoción y ninguna palabra más alta que la otra, Wedge informó a los miembros del Consejo de la situación en Borleias. Luke vio como los consejeros asentían y susurraban entre sí mientras hablaba.

Cuando Wedge terminó, Pwoe volvió a tomar la palabra:

—Ha hecho bien tomando la iniciativa y anticipándose a las necesidades de la Nueva República. No es que esperase menos de usted. Ahora necesitamos encajar su operación en la estructura de mando de la Nueva República para que se coordine con el resto de nuestra respuesta a este desastre. Sien Sovv sigue siendo Comandante Supremo de nuestras fuerzas armadas, y usted seguirá recibiendo órdenes de él. Éstas son las primeras.

Niuk Niuv lanzó una tarjeta de datos por encima de la mesa. Wedge la cogió y la introdujo en su datapad.

—Ya que aquí se encuentran sus propios consejeros, compartiré sus órdenes con ellos —anunció Pwoe.

La expresión de Wedge era impasible, pero en sus ojos se advertía un brillo de reproche. Anunciar las órdenes de un líder a sus oficiales subordinados de aquella manera, era cuestionar la competencia de ese líder, negarle el derecho a limitar la información según su criterio.

Pwoe ignoró a Wedge y continuó:

—Lo que necesitamos de usted, general Antilles, es que convierta Borleias en una fortaleza que resista la contraofensiva yuuzhan vong, incluso más allá del momento en que cese la riada de refugiados que lleguen de Coruscant. Los yuuzhan vong no podrán tolerar la idea de una base militar de la Nueva República tan cerca de Coruscant, situada en una encrucijada hiperespacial tan importante y lanzarán sus tropas contra Borleias. Esa diversión nos dará un tiempo crucial para reagruparnos y, más tarde, acudir en su ayuda y relevarlo. Una vez lo hagamos, utilizaremos Borleias como base para recuperar Coruscant. Debe resistir aquí a toda costa. ¿Podemos contar con usted?

En vez de contestar, Wedge preguntó:

—¿Con qué fuerzas y material contaré para esa misión?

Pwoe pestañeó.

—La mayoría del Tercer Grupo de la Flota está actualmente lejos de aquí, ¿es eso correcto?

—Sí. Reagrupándose en el espacio profundo, embarcados en distintas misiones, coordinándose con otros grupos de la flota, etc. Para el tipo de misión que describe, tendré que llamar a distintos destacamentos.

—Ni hablar. Se infravalora, general. Le dejaremos la mayor parte del material que tiene actualmente en el Sistema Pyria, eso debería bastar hasta que sea relevado. Por supuesto, puede reclutar fuerzas adicionales que lleguen de Coruscant y a voluntarios que quieran unirse a usted.

—Consejero Pwoe, me temo que tendré que rechazar su misión —se lamentó Wedge.

Todos los susurros de la sala de conferencias se detuvieron en seco. Luke tuvo una cierta sensación de irrealidad. A través de los años, había visto a Wedge reinterpretar órdenes y retorcerlas un poco para conseguir el mejor resultado en beneficio de la Alianza y de la Nueva República, pero nunca *rechazar* una orden directa como acababa de hacer.

Pwoe se irguió, pareciendo repentinamente más alto y más hinchado. Su voz se hizo más profunda, proyectándose mejor en las esquinas más alejadas de la cámara.

—Quizás he cometido un error planteando mis palabras como una solicitud, general Antilles. Debe comprender que, en realidad, constituyen una orden.

Wedge asintió con la cabeza.

—No obstante, me niego a obedecerla.

—Como oficial de la Nueva República, no puede hacerlo.

—Entonces, presento mi dimisión.

—En este período de crisis, eso podría interpretarse como un acto de traición —escupió Pwoe. Luke podía captar la sensación de ultraje emanando del quarren, pero no por los motivos aparentes: Pwoe se sentía ultrajado porque estaban negándose a reconocer su autoridad, no porque creyera realmente en su acusación de traición.

Por primera vez desde que comenzara la reunión, Wedge sonrió. A Luke le pareció incluso que estaba conteniendo una carcajada. Pero la sonrisa no era alegre. Luke imaginó, gracias a la visión de la Fuerza, a Wedge desenfundando su láser y disparándolo directamente al rostro de Pwoe. La mano de Luke se movió automáticamente buscando su sable láser, antes de comprender que esa visión no correspondía a lo que Wedge tenía intención de hacer... sólo a lo que le *gustaría* hacer. Luke se sobresaltó ante la violencia que Wedge era capaz de mantener bajo control.

Wedge se limitó a decir:

—Traición. Una acusación muy curiosa dadas las circunstancias. Pero no necesitamos entrar en ese debate... o en la legitimidad de su ascenso a Jefe de Estado, ya puestos. En lugar de eso, haré un trato con usted, consejero Pwoe. Voy a mencionar un conjunto de fuerzas militares y de privilegios. Démelos para esta misión, y la aceptaré. Si no está de acuerdo, transmitiré mi dimisión antes de que pueda dar cien pasos.

El ultraje rezumaba en la voz de Pwoe.

—Usted no puede dictar condiciones a su superior.

—La verdad es que, dadas las circunstancias, sí puedo.

Pwoe se volvió hacia Tycho, sentado al lado de Wedge.

—Coronel Celchu, lo asciendo a general. Sus órdenes son las que acabo de describir a este traidor... —su voz se fue apagando al ver que Tycho agitaba la cabeza.

Pwoe aspiró larga, profundamente. Sus ojos se movieron a un lado y a otro, evaluando a los oficiales presentes en la sala. Al no encontrar en ellos ninguna simpatía, se obligó a relajarse y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Bien. Entonces, siempre con espíritu de cooperación, estoy dispuesto a escuchar sus peticiones.

Wedge empezó a contar con los dedos.

—Primero, todo el material actualmente existente en el Sistema Pyria, incluidas las fuerzas que podamos recuperar en nuestra retirada de Coruscant y las que se encuentren en tránsito hacia aquí, permanecerán bajo mi mando para esta operación.

Aunque los consejeros no pudieron verlo, Luke se dio cuenta que Wedge le daba una patadita a Tycho bajo la mesa. Éste abrió su datapad y empezó a teclear, lanzando ocasionales miradas a Wedge, como si estuviera transcribiendo las palabras del general, pero Luke estaba seguro que Tycho realizaba una tarea muy diferente.

—Segundo, quiero el *Lusankya*.

Pwoe casi se cayó de su silla.

—¿La nave más poderosa que nos queda en nuestra armada? Creo que no.

—Y yo creo que sí. Y, dado que cuando los yuuzhan vong decidan sitiar el Sistema Pyria, conseguir suministros resultará algo problemático, necesito hacer provisión de tres meses de comida, material médico, combustible y munición para toda mi fuerza. Les daré tres días de tiempo, a partir del momento en que ustedes partan del sistema, para que hagan esa entrega. Si no cumplen su parte, nos iremos de aquí. Y una cosa más.

La voz de Pwoe era puro hielo.

—Siempre hay una cosa más.

—Quiero tener derecho para comunicarme directamente con cualquier oficial de las fuerzas armadas e invitarlos a que se unan a nosotros, y el derecho a aceptar su traslado sin tener que pasar por todo el trámite burocrático.

—Antilles, está obviamente trastornado. Tendría que haberse retirado hace años.

—Me retiré, Pwoe. Y debería seguir retirado. Si el Consejo Asesor hubiera cumplido con su parte en esta guerra con los yuuzhan vong de una forma competente, debería seguir retirado —Wedge mostró las palmas de sus manos como diciendo: *Pero aquí estamos*—. ¿Y bien?

—Peticiones rechazadas, claro.

—Como quiera. Cuando termine esta reunión, ordenaré a todas las fuerzas presentes en Borleias que abandonen el planeta. Para el momento en que usted pueda reunir otra fuerza de ocupación, este mundo ya será de los yuuzhan vong. Y no, no me estoy marcando ningún farol.

Pwoe y Wedge se miraron fijamente, mientras los cuchicheos recorrían de nuevo la sala de conferencias. Por fin Pwoe dijo:

—Un momento.

—Puede tomarse dos.

Las cabezas de Pwoe y los otros dos miembros del Consejo Asesor se aproximaron hasta casi tocarse para deliberar. Wedge hizo lo propio con Tycho. Los murmullos subieron su volumen.

Luke se echó hacia atrás para poder hablar en privado con Mara y Lando.

—A veces desearía tener la visión política de mi hermana o la vuestra. ¿Qué está haciendo Wedge?

—Pwoe miente —aseguró Mara—. Quiere que Wedge se quede en Borleias para que los yuuzhan vong vengan aquí y lo aplasten, porque él no enviará refuerzos a este planeta. No vendrá nadie. Nos derrotarán y todo el mundo morirá.

Luke frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué quieren que nos quedemos?

—Porque eso dará tiempo al Consejo Asesor para regresar a su hogar y realizar sus preparativos allí. Preparativos para la guerra o para conseguir el mejor trato posible con los yuuzhan vong. Y los miembros supervivientes del Senado dispondrán del mismo tiempo. Y si ellos hacen bien su trabajo y convencen a Wedge de que combata ferozmente, puede que los yuuzhan vong se impresionen lo suficiente con esta pequeña batalla como para obtener buenas condiciones en esas negociaciones.

Luke echó un vistazo a Wedge.

—Así que sólo negocia disponer de suficiente fuerza militar como para permitirnos ganar el máximo tiempo posible.

—Exacto.

—Pero todo el que se quede aquí, morirá. Y morirá inútilmente. Sólo que morirá un poco más tarde de lo previsto.

—Exacto.

—Si lo sé, no pregunto.

A Mara se le escapó una ligera sonrisa.

—Si está negociando, es que tiene un as en la manga. Ya lo sabes.

Los agrupados miembros del Consejo separaron sus cabezas, y Pwoe se volvió de nuevo hacia Wedge. Las conversaciones de la sala cesaron bruscamente.

—General, deploro sus métodos y su arrogancia. No creo que espere mucho de su carrera militar una vez cumpla esta misión.

Wedge asintió. Su expresión era amable, solícita... o casi. Luke sospechó que en realidad se burlaba de esas emociones.

—Pero acepta.

—Sí, aceptamos. Pero, para mí es un placer relevarlo del mando del Grupo Tres de la flota, aunque deba dejarle su cargo y su mando actuales de esta guarnición.

—Una vez que sus órdenes, confirmando las condiciones que he especificado, se

transmitan por la HoloRed a todas nuestras fuerzas armadas, podrá considerar que yo también he aceptado el trato —Wedge echó un vistazo al datapad de Tycho—. Pero le recomiendo que se dé prisa. El Escuadrón Pícaro informa del avistamiento de lo que podría ser una nave exploradora yuuzhan vong. Este planeta será muy pronto zona de guerra —se irguió y miró a su alrededor—. Esta reunión ha terminado. Dentro de cinco minutos celebraremos otra para planificar una operación rápida —hizo un gesto a Luke, Mara, Lando, Booster y otros, indicando que les esperaba en esa reunión.

Repentinamente liberados de sus responsabilidades, los miembros del Consejo miraron a Wedge con incertidumbre, pero éste ya no les prestaba ninguna atención. El guardia al que Wedge se dirigiera al principio de la reunión abrió la puerta de nuevo y Pwoe los encabezó en su retirada. Luke pudo captar la irritación y la autosuficiencia del quarren.

Autosuficiencia. Pwoe estaba seguro de sí mismo porque suponía que Wedge moriría muy pronto. Sintió cómo la rabia se alzaba dentro de él. Agitó la cabeza y dispersó la rabia, no interiorizándola, simplemente liberándola, dejando que se disipase.

Mara sonrió.

—Lo he sentido.

—Es difícil ser un Maestro Jedi sereno todo el tiempo.

—No te quiero sereno *siempre*, Granjero.

* * *

Gavin Darklighter se acercó a Wedge, y oyó que el general le susurraba a Tycho:

—¿Qué resultados hemos obtenido?

—Todas las naves del Tercer Grupo de la Flota dentro de un radio de cuatro horas de Borleias están de camino hacia aquí a través del hiperespacio —respondió Tycho.

—Buen trabajo.

Gavin se inclinó sobre su comandante y le habló también en voz baja.

—General, ninguno de los Picaros en patrulla me ha informado que haya detectado un explorador yuuzhan vong.

—Claro que sí, hace cinco o seis horas. En órbita alrededor de Borleias.

Gavin frunció el ceño, intentando recordar.

—Un momento. Se referían simplemente el casco calcinado de un coralita. Uno de los que vaporizamos durante nuestro ataque.

—Exacto. Un coralita puede utilizarse como explorador, ¿no?

—Oh, sí, claro.

—Y el Escuadrón Pícaro informó de su avistamiento.

—Sí, claro —la expresión confusa de Gavin se transformó en una sonrisa

compungida. Miró hacia la parte opuesta de la sala, dónde los últimos miembros del Consejo Asesor estaban saliendo a toda prisa y muy nerviosos, a juzgar por su lenguaje corporal—. Señor, que pueda engañar de esa forma sin mentir realmente, es algo que jamás podré asimilar.

* * *

Minutos después de que el transportador del Consejo Asesor abandonase la órbita, Wedge ordenó que cerraran las puertas de la sala de conferencias y que los guardias no dejaran que nada ni nadie los interrumpiera. Miró las caras de los presentes: Tycho, Luke, Mara, Lando, Booster, Danni, Gavin y Corran.

—¿Alguien no tiene claro lo que acaba de suceder? —preguntó.

Luke tomó la palabra.

—¿Estamos seguros, *completamente* seguros, que acabamos de ser lanzados a los nek?

—Piénsalo así, si quieres —respondió Wedge—. Pwoe acaba de cederme la mayor nave de guerra superviviente y con suficiente material como para disminuir notablemente la habilidad de la Nueva República para defenderse de los yuuzhan vong. Desde una perspectiva política fríamente analítica, ¿merecen tal sacrificio las vidas de los refugiados de Coruscant o la importancia militar de Borleias?

—No.

—Entonces, lo único que podemos deducir es que el llamado Consejo Asesor ha perdido todo interés en la Nueva República. Esa panda de cómplices ha llegado a la conclusión de que vamos a perder y que los yuuzhan vong van a convertirse en la fuerza dominante de esta galaxia. *Se han rendido*. Y considerando el poder político que ostentan, su rendición bien puede considerarse la rendición de la Nueva República.

—Supongo.

—Bien; volvamos a Borleias. Estamos peor de lo que pensábamos —siguió Wedge—. Antes pensábamos destruir este pedrusco, reunirnos con Bel Iblis y Kre'fey, y planear conjuntamente cómo ayudar a la Nueva República. Ahora, no podemos. Me gustaría mucho escuchar cualquiera idea sobre cómo neutralizar el daño que el Consejo Asesor parece dispuesto a provocar en nuestras posibilidades de supervivencia, tanto en Borleias como en el conjunto de la galaxia.

—Antes de eso... —Luke frunció el ceño a su viejo amigo—. Wedge, si no tenemos esperanzas de salir de aquí con vida, ¿por qué has aceptado la misión?

—Bueno... En cierto sentido, el consejo tiene razón. Pyria tiene que ser defendido, hay que frenar a los yuuzhan vong. Y si me permites ser un poco presuntuoso, no creo que encuentren a nadie con tanta experiencia como yo para

reemplazarme. De encontrarlo, sería un comandante que obedecería sus órdenes con lealtad ciega y esta guarnición sucumbiría igualmente a manos de los yuuzhan vong —Wedge se encogió de hombros—. No planeo morir aquí, Luke. Y aunque no creo que podamos conservar Borleias, sí podemos plantear una batalla que haga que los niños vong lloren en sus cunas —volvió a dirigirse a todos los presentes en la sala—. Volviendo a mi pregunta original...

Nadie habló al principio. Por fin, Luke se aclaró la garganta.

—Hay dos estilos básicos de lucha: duro y blando. En tiempos de la Alianza Rebelde utilizamos el blando, y con la Nueva República usamos el duro. Se espera de nosotros que nos quedemos aquí y luchemos duro, pero me parece que no funcionará. Creo que ese modelo también se puede aplicar a nuestra política. Si utilizamos el estilo duro, estamos perdidos.

Wedge asintió con la cabeza, pero Lando parecía desconcertado.

—Lo que estás diciendo es que... ¿qué estás diciendo exactamente?

—Lo que estamos diciendo —intervino Mara—, es que deberíamos dejar de atacar a los yuuzhan vong al estilo de la Nueva República. Ataquemos como la Alianza Rebelde, tanto aquí como en el más amplio teatro de la guerra.

—Pero la Alianza Rebelde ya no existe —apuntó Danni—. Se convirtió en la Nueva República.

—Exacto —corroboró Luke, aspirando profundamente—. Lo que estoy proponiendo, es que ha llegado la hora de crear una nueva Alianza Rebelde. Una que no esté sometida a las tradiciones y la cortedad de miras del actual gobierno de la Nueva República, algo diferente.

—Eso es traición —sentenció Booster—. Me gusta.

—Una nueva resistencia —añadió Wedge, dirigiendo una mirada de complicidad a Luke—. Pero tendría que ser una resistencia secreta. No podemos declararnos independientes de la Nueva República y salir a combatir contra los yuuzhan vong. Unidades secretas en emplazamientos secretos. Llevar a cabo operaciones al margen del Alto Mando de la Nueva República.

—Exacto —dijo Mara—. Pero si decidimos actuar de esa manera, tú serás el eslabón débil, Wedge.

Tycho frunció el ceño.

—¿Puedes explicar eso?

—En estricto sentido legal, Tycho, eso es traición. Wedge ya ha demostrado que está dispuesto a interpretar las reglas, apropiarse de una parte considerable de las fuerzas armadas de la Nueva República y utilizarla de una manera incluso contraria a sus órdenes. Pero esto va más allá. Estaría apropiándose de material y municiones de la Nueva República para entregárselas, no prestárselas, a una fuerza militar privada. Aunque tengamos éxito, podría terminar con un sello de traidor en todos los archivos

históricos. ¿Te atreverás a tanto, Wedge?

Wedge pareció preocupado y no respondió de inmediato. Los otros guardaron un respetuoso silencio. Finalmente, buscó los ojos de los demás antes de hablar:

—Creo que estamos al borde de aniquilación. No sólo del gobierno, sino de toda nuestra cultura, de toda nuestra historia. Si los yuuzhan vong ganan, puede que no nos aniquilen, pero nos devorarán y nos digerirán. Nos *convertiremos* en yuuzhan vong, y todo aquello por lo que hemos luchado, todo aquello a lo que hemos aspirado, desaparecerá. Seríamos como un holograma al que le cortan la energía repentinamente. Desapareceremos sin dejar rastro —su voz se endureció—. No permitiré que algo así les pase a mis hijas o a vuestros hijos. Así que ahí queda mi propuesta.

Desenfundó su láser y lo empujó hacia el centro de la mesa de conferencias.

—¿Alguien necesita un láser? Aquí está el mío. Estoy dispuesto a jugarme mi carrera, porque no hay nadie en este cuarto por el que no esté dispuesto a jugarme la vida o ponerla en sus manos. Y os propongo crear esa Resistencia. De momento, no admitiremos a nadie al que no confiemos nuestras vidas o las de nuestros hijos. Estableceremos contactos, bases y células al estilo de la vieja Alianza Rebelde. Mientras la Nueva República se enfrenta con nuestros enemigos, allí donde son más fuertes, nosotros atacaremos donde sean más débiles. Y si la Nueva República finalmente cae, o cuando lo haga, golpearemos a los yuuzhan vong de ambas maneras mezclando los estilos duro y blando. ¿Todos de acuerdo?

Los miró a los ojos uno a uno.

Todos asintieron con la cabeza o levantaron una mano. Todos, menos Booster, que balbuceó:

—*Supongo* —los demás rieron.

—Está bien —Wedge se echó hacia atrás en su silla—. A partir de ahora, somos el Círculo Interno. Todo el mundo pensará que sois mis consejeros, no el núcleo de una nueva Resistencia. Si creéis que a alguien puede interesarle la traición que estamos planeando, que informe al resto... y votaremos incorporarlo al Círculo Interno. Otros que conocemos y en los que confiamos, como los Solo, se nos unirán en cuanto lleguen... si llegan.

»Ahora, pensemos sobre el estilo de combate. Los yuuzhan vong van a atacarnos aquí, en Borleias. Necesitamos atraerlos, concederles algún éxito que no merezcan, para que se crezcan y confíen en que pueden superar nuestras tácticas, tácticas que abandonaremos cuando nos convenga. Necesito un yo y necesito un ellos.

Se giró hacia Tycho, y éste aspiró profundamente.

—Bien, puedo ser ellos pero también puedo ser tú. Y, por supuesto, tú puedes ser tú mejor de lo que puedo ser yo. Pero, si tú eres ellos y yo soy tú, los dos podremos pensar de forma creativa.

—Bien pensado —corroboró Wedge.

—Yo me he perdido —aseguró Lando.

—Es un juego táctico —explicó Wedge sonriente—. Cuando decidan enviar un comandante militar serio contra nosotros, lo que harán antes o después, ese comandante analizará nuestras tácticas para preparar la mejor estrategia posible. En otras palabras, para tener una idea de lo que hará, debemos averiguar si es capaz de predecir nuestras tácticas. Así podremos hacer lo que espera de nosotros y reforzar sus prejuicios sobre nuestras habilidades estratégicas.

—Para cambiarlas cuando nos convenga y darle una sorpresa —concluyó Lando.

—Exacto. Así, en nuestras sesiones de planificación, Tycho será el general Antilles, y yo seré el comandante Yuuzhan Vong. Veremos dónde nos lleva eso.

—Ahora lo entiendo —aceptó Lando—. De hecho, lo entiendo mejor de lo que te crees. Estás jugando al sabacc.

Wedge pensó en su afirmación pensativo.

—Supongo que sí. Y con las mayores apuestas que haya visto en mi vida.

CAPÍTULO 4

Ocupación de Borleias, días 4 y 5

Por primera vez en años, Luke tuvo que enfrentarse a un antagonista cuya misma naturaleza hacía que flaquearan su valor y su resolución: la burocracia.

Las reuniones eran una de las armas más feroces de sus oponentes. Podía pasarse una hora, dos, tres, discutiendo tácticas de combate espacial contra los yuuzhan vong con el coronel Celchu y todos sus consejeros militares, y después tenía que afrontar otra reunión igualmente larga, tediosa y agotadora con los científicos para estudiar la razón de que los yuuzhan vong y sus criaturas fueran invisibles a la Fuerza. Luke aprendió a aliviar su frustración tomando las riendas de las reuniones y dirigiéndolas junto con otras actividades: ejercicio, inventarios de suministros, sesiones de entrenamiento para los estudiantes Jedi a bordo del *Ventura Errante*...

Y, a pesar de todo, los planes progresaban, mientras el Círculo Interno organizaba la estructura de una Resistencia que pudiera permanecer oculta a los yuuzhan vong y desstriparlos cuando llegara el momento.

Similar a la estructura clandestina Jedi que Leia y Han organizaran, la Resistencia era más amplia en naturaleza y mayor en número. El Círculo Interno enviaría a uno o dos miembros de confianza a cada mundo posible. Esos miembros organizarían células de resistencia, y cada célula crearía a su vez más células. Así, ningún miembro de una célula conocería las identidades de más de dos miembros de la Resistencia que no fueran de su propia célula, la mejor manera de contener el daño si una célula fuera descubierta. Cada célula intentaría establecer una base que los yuuzhan vong no pudieran encontrar, un lugar donde guardar vehículos, armas, herramientas, droides, todo lo que la Resistencia necesitaría cuando llegara el momento de enfrentarse a los invasores.

La existencia del Círculo Interno era conocida en toda la flota de Wedge y su apodo era Los Internos, pero creían que sólo eran sus consejeros militares. Sus verdaderas intenciones permanecían secretas.

Luke ofreció todos los conocimientos y las tácticas a su alcance, que resultaron ser mayores de lo que él mismo creía.

En los años pasados desde que se convirtiera en Maestro Jedi —y los años en que

fue el *único* Maestro Jedi de toda la galaxia— había buscado incansablemente todo conocimiento de los Jedi anterior al ascenso del Emperador Palpatine al poder. Palpatine y Darth Vader, su siervo y mano derecha, el propio padre de Luke, intentaron destruir sistemáticamente a los Jedi y erradicar todo recuerdo de su existencia. Luke quiso recuperar esos recuerdos y el conocimiento reunido por los Jedi. Buscó todo rastro posible de sus antecesores, fragmentos aquí y rumores allá, y aprendió a recorrer aquellos senderos hasta el fondo. La mayoría no lo condujo a ninguna parte, ya que los Jedi que habían conseguido desaparecer o desvanecerse temporalmente, fueron finalmente encontrados por los sicarios de Palpatine y aniquilados.

Pero, buscando cómo sobrevivieron los Jedi a las persecuciones y purgas iniciales del Emperador —cómo habían pasado a la clandestinidad, borrado sus identidades oficiales, ocultado los poderes derivados de la Fuerza, pasado de contrabando sus sables láser y eludido a sus inquisidores— Luke acumuló, aún sin darse cuenta, un tremendo conocimiento de esas técnicas a nivel teórico. Ahora, en las reuniones y las sesiones de grabación, vertía toda esa información y la agregaba al archivo de Inteligencia de Mara, convirtiéndose en parte de un manual para las células de la Resistencia, tal como sus aliados y él habían hecho al establecer el movimiento clandestino Jedi por toda la galaxia.

Poco a poco, al comprender todo el bien que podía aportar a la causa de la Resistencia, Luke se resignó e incluso llegó a sentirse cómodo con aquellas reuniones. Además, mantenían su mente alejada de las preocupaciones y el dolor que podía sentir creciendo dentro de él.

Hacía más de veinticinco años, cuando tío Owen y tía Beru murieron muy lejos de allí, en el insignificante Tatooine, Luke se encontró sólo; rodeado de nuevos amigos, pero sin familia. Después, con el tiempo, consiguió reunir una nueva en tomo a él, aunque su padre quedara excluido; Anakin Skywalker murió meses después de revelar su verdadera identidad. Pero en Leia Luke encontró a su verdadera hermana; y después, su amigo Han Solo se convirtió en su cuñado. Luego llegaron los hijos de éste, Jacen, Jaina y Anakin Solo. Más tarde, la relación de Luke con Mara evolucionó de un odio asesino por parte de la mujer a un amor mutuo; amor y un vínculo expresado a través de la Fuerza, que diluía los límites que separaban sus respectivos pensamientos y esperanzas, y que culminaron en su matrimonio. Por fin llegó Ben, nacido hacía pocos meses, y la familia de Luke aumentó a ocho miembros. Todos ellos consideraban Coruscant como su hogar.

Ahora, ese «hogar» era un campo de batalla conquistado. Su familia, reunida con tanto sacrificio y esfuerzo a lo largo de tantos años, se diseminó. El joven Anakin Solo estaba muerto, y todas las esperanzas que Luke invirtiera en él murieron con el chico. Jacen seguía desaparecido, y la mayoría estaba convencida de que también

había muerto. Jaina no había acudido a Borleias, se hallaba embarcada en una misión personal de venganza, y tales misiones solían acabar en desastre, en el Lado Oscuro de la Fuerza o en la muerte... o en las tres. Han se recuperaba de una herida en una base secreta Jedi, y Leia lo acompañaba. Los únicos que Luke tenía a su lado en el día a día eran Mara y Ben, y los tres vivían rodeados de enemigos.

Cada vez que Luke se topaba con aquella realidad, la apartaba suavemente de sus pensamientos conscientes y meditaba, concentrándose en su propósito, en su tarea, en aquellos a los que amaba. Pero esas técnicas Jedi sólo aplazaban sus preocupaciones un cierto tiempo; las preocupaciones subsistían, esperaban pacientemente para exigir atención y corroer su confianza. Eran los yuuzhan vong de su propia mente.

* * *

Luke estaba rodeado de follaje y por un momento pensó que se hallaba de patrulla por las selvas de Borleias, pero un segundo después comprendió que el aire era todavía más húmedo que el de ese planeta, y que las plantas y los árboles que lo circundaban no pertenecían a Borleias. Éstos eran más oscuros, más grandes; sus ramas goteaban, mientras opacas piscinas de agua ocultaban los furtivos movimientos de sus habitantes.

Dagobah. Era el mundo donde entrenó con Yoda hacía toda una vida.

Así que era un sueño. Agitó la cabeza. No, en sus sueños no solía estar tan lúcido. Era una visión entonces, una visión a través de la Fuerza.

Giró sobre sí mismo y enfrentó la apertura de la cueva. Allí había confrontado una visión de Darth Vader, de sí mismo con el distintivo uniforme de Vader. Ahora no había ningún Yoda que le advirtiera en contra de empuñar armas en aquel lugar maligno, y Luke sintió tristeza porque esta visión no le proporcionara siquiera el placer momentáneo de ver a su viejo Maestro en un contexto donde su presencia parecía apropiada.

Luke descubrió que vestía de negro y un sable láser colgaba de su cintura. Se lo quitó, lo dejó sobre la rama de un árbol y entró en la cueva.

Dentro, sólo encontró oscuridad y silencio. Pero sabía que allí, a pocos pasos de él, había algo, una oscuridad más profunda. No podía verla ni oírla, pero sí sentirla con la Fuerza. Caminó hacia ella y sintió que se movía a un lado para intentar rodearlo.

De repente, lo rozó. Fue un contacto que lo enfermó, que despertó los grandes odios de su vida —hacia Darth Vader, hacia el Emperador, hacia él mismo cuando descubrió que había descendido demasiado lejos por el camino del Lado Oscuro—, pero Luke siguió adelante.

Emergió a una luz más brillante que la que viera un momento antes, en el exterior.

Ahora estaba rodeado de edificios, construcciones tan altas que el cielo apenas era visible como una astilla de luz, superficies de durocemento, deslizadores destrozados y gigantescos bloques de ruinas irreconocibles, todo cubierto por una especie de alga verde y unas hierbas ondulantes de un color verde más pálido. A sus pies, un cuerpo humano estaba cubierto del mismo material.

La oscuridad que perseguía se encontraba más lejos, en una estrecha abertura entre los rascacielos, todavía invisible al ojo desnudo, todavía nauseabundamente tangible en la Fuerza.

La oscuridad giró como un tornado, aumentó de tamaño, rozó contra los edificios del otro lado y, cuando las tocó, las algas y la hierba cambiaron, produciendo de repente frutos enormes, malformados, tan negros y oleosos como un aceite usado. Todas las superficies visibles quedaron cubiertas por los frutos y, mientras él los miraba, empezaron a caer de los tallos. Chocaron contra el suelo y lucharon por desarrollar pies, alejándose en todas direcciones con la torpeza de bebés.

Y cada uno de ellos se llenó de sufrimiento, se llenó del Lado oscuro, ansiando la ruina.

Uno abrió su boca y lanzó un lamento penetrante. Después, otro lo imitó. Y otro más. Y un cuarto. De repente, el aire se llenó con sus lamentos.

Una mano aferró el hombro de Luke y él abrió los ojos. Mara lo estaba sacudiendo con el rostro blanco como el papel. El aire aún estaba lleno de lamentos pero eran los de Ben; Mara lo sostenía lejos de Luke, como protegiéndolo de él.

—¿Qué era? —preguntó ella.

—Una visión —Luke controló su respiración y descubrió que parte de su visión persistía, que la energía oscura y su malicia todavía lo envolvían. Ben, tan sensible a la Fuerza como sólo puede serlo el hijo de dos eminentes Jedi, lloraba en protesta.

—La maldad reina en Coruscant. La tremenda maldad del Lado Oscuro.

Ocupación de Borleias, día 5

El holograma mostraba una vista familiar: los edificios de una parte de Coruscant iluminados por la luz del día. Los enormes bloques y las jaspeadas nubes anaranjadas del cielo eran típicas del planeta, aunque las vistas planetarias podían ser innumerables y ninguno de los presentes identificaba qué parte concreta de Coruscant estaban contemplando.

Sin embargo, todo era distinto. Los rascacielos más distantes parecían ser una sombra uniforme de verde, y la razón se hacía evidente en los que se hallaban en primer plano: todos estaban cubiertos por un material que parecía un alga verde. De las algas emergían hierbas, ramas de árbol y hongos con sombreros en forma de paraguas. Vistos de cerca, sus colores variaban; sólo la distancia hacía que parecieran

de un solo color.

Luke encontró el holograma desasosegante. Las algas y la hierba eran idénticas a las de su visión.

En la oscurecida sala de conferencias, un hombre se interpuso ante la holoproyección. Bajo la luz que lanzaba esa proyección, su rostro era luminoso, con el verde de las algas prestando color a una piel pálida, un pelo blanco, un bigote y una barba, y dándole un aspecto no humano. La edad había afilado sus rasgos, pero no hasta el punto de parecer demacrado. Sus ropas eran negras y lo cubrían por completo, a excepción de la cabeza y las manos, dejando a los espectadores con la impresión que aquellas partes del cuerpo flotaban libremente en la sala.

Pero no era una imagen escalofriante. Muchos de los presentes habían visto esa cara durante años. Wolam Tser era un historiador político, cuyos holodocumentales mostraban todas las fases del desarrollo de la Nueva República, desde que fuera la Alianza Rebelde pobremente fundada y caóticamente desorganizada.

—He querido detener aquí la imagen un momento —dijo Wolam, con su familiar acento de clase alta a los asistentes a la proyección—. Así podrán ver lo que está pasando en la superficie de Coruscant. Ha comenzado una especie de cambio planetario.

Esos crecimientos cubren buena parte de la superficie y se extienden con una rapidez increíble. Un día antes de la grabación, todo lo que ven en esta imagen era durocimiento. El material verde más oscuro, esa especie de suciedad pastelosa, segrega ácidos que atacan la composición química del durocimiento. Los hongos, según sospecho, están relacionados con los hongos explosivos de Yavin 4; cuando los golpeas, estallan. Los vegetales más robustos tienen raíces que penetran profundamente en las superficies sobre las que se enraízan. Para abreviar, están destruyendo rápidamente las superficies construidas de Coruscant... y, claro, esas superficies ocupan casi cada centímetro cuadrado del planeta. El aire, aunque esta imagen no lo sugiere, se está volviendo cada vez más nocivo, y la escasa población restante se ha refugiado en los niveles más bajos de la ciudad, apiñándose en torno a los acondicionadores de aire que les proporcionan la atmósfera adecuada.

—¿Qué hay de las incursiones yuuzhan vong? —preguntó Luke.

Wolam miró en su dirección, entornando los ojos en un esfuerzo inútil para penetrar las sombras.

—Ésa es sin duda la voz del Maestro Skywalker, ¿verdad?

—Sí.

—De hecho, los yuuzhan vong están realizando incursiones en esos niveles bajos. Algunos parecen tener un objetivo, como la destrucción de los acondicionadores de aire, mientras que otros parecen ser simples expediciones de caza, nada más. Pero lo más temible no son esos ataques; lo peor llega cuando los yuuzhan vong se marchan

de una zona. La evacúan hasta una distancia de muchos kilómetros, y entonces pasa esto —Wolam extrajo un pequeño aparato y presionó uno de los botones.

La imagen congelada cobró repentinamente vida, aunque nada sucedió excepto el movimiento de las plantas terraformadoras debido a la acción del viento y un breve relampagueo en una de las nubes.

Entonces, algo cambió. Parte de esa nube se hizo más brillante y algo surgió de ella, un puntito llameante que dejaba un rastro oscuro y que caía en ángulo hacia la superficie del planeta.

El punto desapareció tras los edificios más distantes. Durante un momento, no ocurrió nada más que la dispersión en la atmósfera del humo que había ido dejando aquel punto.

De repente, una llamarada de luz excedió la capacidad de la holocámara para grabar. La imagen ardió por la brillantez, y después regresó.

Los edificios seguían en pie, tanto los que se encontraban en primer plano como los más distantes, pero había algo tras ellos: una alta columna de humo que se elevaba hacia lo alto, recordando de cierta manera la forma de los hongos.

Y algo más avanzaba hacia la holocámara: una onda de choque. Cerca de la columna de humo, los edificios temblaron y desaparecieron. La oleada de destrucción, un nítido y distintivo semicírculo, avanzó recorrió kilómetros de distancia más deprisa de lo que podría hacerlo un caza estelar, erradicando cuanta estructura se cruzaba en su camino. Cuando la oleada se acercó a la holocámara, Luke pudo oír como el público lanzaba un suspiro y se echaba hacia atrás, como si de esa forma pudiera poner distancia entre ellos y la ola.

La visión de Coruscant tembló y fundió en negro.

Alguien encendió las luces y el cuarto volvió a ser una cómoda sala de reunión en vez de una visión de muerte.

Wolam, en la cabecera de la mesa, a la izquierda de Wedge, era el único que estaba de pie.

—Esto casi le costó la vida a Tam, mi operador de holocámara —señaló a un hombre situado al fondo de la sala, lo bastante joven y voluminoso como para parecer incómodo en una silla normal—, Tam estuvo inconsciente dos días antes de encontrar la forma de reunirse conmigo, y enfermo durante días por haber respirado tanto aire tóxico. Aún sufre los efectos.

—¿Qué clase de arma usaron para lograr ese resultado? —preguntó Wedge.

Wolam le dedicó una sonrisa amarga.

—Las nuestras. Ésa era una plataforma de defensa golana. Hace pocos días, defendía Coruscant contra los yuuzhan vong. Después, tras ser destruida, fue arrancada de su órbita para lanzarla sobre la superficie del planeta. No puedo estimar... —se detuvo, y su rostro no dio ninguna pista del motivo de su duda, pero

Luke sintió una súbita llamarada de dolor procedente del hombre—. No puedo estimar cuántos seres murieron por culpa de la explosión. Millones, decenas de millones, cientos de millones... La zona de impacto estaba a un par de cientos de kilómetros al sudoeste del palacio imperial. Están derribando las estaciones espaciales y los satélites uno tras otro. Y, dado que sólo unos millones de ciudadanos de Coruscant han conseguido escapar del planeta, la inmensa mayoría está en peligro mortal. A corto plazo, debido a la caída de los satélites; y a largo, por los cambios planetarios.

—Agradecemos la información que nos ha traído —dijo Wedge—. Ya hemos entregado las filmaciones a nuestro equipo de científicos especializados en técnicas yuuzhan vong —consultó el datapad que tenía ante él—. ¿Los daños que sufrió su lanzadera se produjeron durante su salida de Coruscant?

Wolam asintió con la cabeza:

—Una de las razones por las que tardé varios días en salir, fue que decidimos formar un convoy para salir en masa. La idea era que, como las naves equivalentes a nuestros cazas, como quiera que se llamen, nos perseguirían inevitablemente, un grupo compacto tendría más posibilidades de sobrevivir —pareció disculparse—. Mi nave fue una de las pocas que lo consiguió.

—Ahora mismo la están reparando. Su lanzadera estará lista dentro de un día o dos y podrá partir con el próximo lote de refugiados. Naturalmente, nuestros cazas estelares protegerán el convoy.

Wolam paseó su mirada por todos los presentes. Luke vio que su atención se centraba el más breve de los momentos en algunas de las caras, incluida la suya. Entonces, volvió a centrar su atención en Wedge.

—Si fuera posible me gustaría quedarme. Soy un historiador, y aquí es donde se está haciendo historia. No queremos abusar de sus recursos, así que podemos alojarnos en mi propia lanzadera.

—Está bien —Wedge se puso en pie—. Ahora, volvamos al trabajo. Lamento las malas noticias de hoy, pero tenemos que mantenernos informados.

* * *

Durante el abandono de la sala, Tam aceptó las felicitaciones de muchos de los presentes por aportar una información valiosa y por sobrevivir. Él se limitó a responder con breves inclinaciones de cabeza, incómodo entre tantas personas —entre tantas personas *famosas*— y se marchó tan rápidamente como pudo. Su tamaño, porque era lo bastante alto como para rozar el marco de la puerta, y su volumen, que haría sonreír de satisfacción al dueño de un equipo de bolagolpe, actuaban en su contra: sus piernas tropezaron con varias sillas y empujó inadvertidamente a varias

personas más pequeñas mientras trastabillaba en dirección a la puerta. Logró salir al vestíbulo donde, por lo menos, el tráfico de personal iba en su misma dirección, y momentos después llegó al exterior, aspirando agradecido el aire húmedo y caluroso de Borleias.

—No te gustan mucho las multitudes, ¿verdad? —la que hablaba, mujer, joven, llegó hasta él mientras se recuperaba.

Le echó un vistazo y su estómago volvió a rebelarse. Tenía razón, no le gustaban las multitudes, y las mujeres atractivas tampoco ayudaban mucho. Hacían que el corazón se le desbocara y las palabras se le atragantaran. Ésta era delgada y llevaba su cascada de rizos rubios atada atrás, en una cola de caballo. Sus ojos eran de un azul muy vivo y sus rasgos iluminaban cualquier habitación en la que entrara.

Tam tardó un segundo en recordar lo que había dicho. Consiguió esbozar una sonrisa que, esperó, fuera agradable.

—Es cierto. Soy un operador de holocámara, no un chico de ciudad. Cómo dejé que Wolam me persuadiera para regresar a Coruscant con él, todavía me tiene confuso.

—Sospecho que es bastante persuasivo.

—Lo es —Tam pensó furiosamente, intentando recordar lo que la gente normal hacía en este tipo de situaciones, y terminó tendiéndole la mano—. Tam Elgrin.

—Danni Quee —respondió ella, estrechándosela.

—Conozco ese nombre, es casi famoso —hizo una mueca de disculpa—. Esto... creo que he metido la pata.

Por su sonrisa parecía más divertida que ofendida.

—Perdona, Tam, pero querría hacerte una pregunta. ¿Tienes grabaciones que Wolam Tser no nos haya mostrado? ¿Cualquier cosa referente a los yuuzhan vong?

—Yo... —sintió que el dolor de cabeza atacaba de nuevo, pero lo ignoró. No le habían dicho que no compartiera sus grabaciones. Wolam Tser podría sentirse molesto, pero en estos tiempos de guerra, cuando era vital compartir toda clase de información sobre el enemigo, probablemente no le importaría—. Sí, tengo algunas grabaciones de una partida de caza yuuzhan vong en los niveles medios de Coruscant. Estaba con un grupo de personas, pero tuve que dejar de grabar y huir. Yo iba de los primeros y los yuuzhan vong cayeron sobre los más rezagados, por eso logré escapar —se encogió de hombros, antes de quitarse del hombro la bolsa que siempre llevaba con él, en la que guardaba su holocámara principal, la auxiliar en miniatura, las grabaciones y las cintas vacías. Encontró la cinta que estaba buscando y se la entregó a la chica—. Es ésta. Me gustaría recuperarla.

—Haré una copia y te la devolveré enseguida. Puede que hoy mismo.

—Gracias.

—Encantada de conocerte —le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia uno de los

edificios.

—Igualmente —capaz por fin de que su corazón latiera a un ritmo normal, se alejó de allí.

El medio kilómetro más próximo al edificio, la zona quemada que antes fuera selva, estaba atestado de naves y vehículos de todas clases; estaban construyendo dos enormes zonas de aterrizaje vertiendo duro cemento y levantando paredes prefabricadas de metal. A su alrededor pululaban lanzaderas y cazas estelares, deslizadores y aerodeslizadores, transportes y un enorme carguero con graves daños en la proa.

Tam sacó su holocámara y se tomó unos momentos para grabar la escena. Algún día, si la Nueva República sobrevivía, la gente querría saber cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

El dolor de cabeza aumentó tan repentinamente, que le dio la impresión de que le hubieran clavado un puñal. Dejó escapar un grito ahogado, se cogió la cabeza con las dos manos y se esforzó por mantener el equilibrio.

Sabía a qué se debía aquel dolor: no estaba obedeciendo. Sus instrucciones eran claras. Dejó caer la holocámara dentro de su bolsa.

Caminó tambaleándose entre las naves hasta llegar a la suya. La de Wolam, en realidad.

Su función era la de una lanzadera, pero no su diseño. Había comenzado su carrera como un bombardero Skipray construido por la compañía Sienar, un desgarrado artillero imperial para cuatro tripulantes, con una proa que parecía un excéntrico piñón de árbol de levas, con la parte más delgada apuntando hacia delante y ampliada con un par de alas fijas angulándose hacia abajo. Dicha proa estaba unida a una popa que era poco más que un eje grande. Las aletas estabilizadoras iban montadas en ese eje, aletas que podían girar hasta quedar horizontales para el aterrizaje o el despegue verticales y para estabilizar un vuelo atmosférico.

Como nave de guerra iba muy bien armada. Pero hacía años, desde que Wolam Tser la robara para escapar con grabaciones de la construcción de ciertas bases imperiales que el Imperio quería confiscar, que había sido modificada. Quitaron los tubos de torpedos de protones y los de misiles de impacto, en beneficio de más espacio para cargamento y camarotes. La torreta superior de los cañones láser se sustituyó por una pequeña cúpula de transpariacero que ofreciera una vista de las estrellas. Los controles se simplificaron, logrando que bastara una tripulación de dos personas en lugar de cuatro.

Tras la cabina de control, el espacio donde antes se almacenaban los misiles estaba ahora ocupado por dos pequeños camarotes, uno para Wolam y otro para su operador de holocámara.

Tam ofreció una sonrisa falsa y un saludo a los mecánicos que soldaban placas de

metal sobre los agujeros de las alas, reparando el daño recibido cuando una de las naves que viajaba con ellos explotara, alcanzada por el fuego de un coralita. Subió por el ala de babor hasta la escotilla principal y entró apresuradamente.

Sólo podía mantener a raya el dolor de cabeza si se daba prisa.

No se detuvo en la cabina de mando sino que se dirigió a popa por el pasillo, llegando en dos pasos ante la puerta de su atestado camarote. Entró en tromba «deprisa, deprisa» y selló la puerta tras él.

Levantó el colchón de su litera para revelar el compartimiento situado bajo ella. Dentro había una roca grande, casi esférica... Un recuerdo de Corellia, le había dicho a Wolam.

Mintió, claro. Tenía que hacerlo.

Dejó la piedra, mucho más ligera de lo que parecía, sobre su litera y golpeó suavemente su superficie tres veces. Un momento después volvió a golpearla dos veces.

La piedra se hendió a lo largo de una invisible costura central. Se abrió como un bivalvo marino, pero, en lugar de revelar un interior carnoso y quizá una perla, únicamente mostró una amorfa masa de un material viscoso.

Su estómago protestó ante la idea de volverla a tocar, pero Tam lo hizo hasta encontrar la ligera protuberancia. La acarició, sintiendo como aquella cosa viva reaccionaba a su contacto. Retiró la mano y la frotó contra los pantalones, aunque no tenía ningún residuo en los dedos.

Momentos después, el material se expandió y adoptó la forma de una cabeza humana. Tam no creía que fuera la cabeza de una hembra yuuzhan vong; la frente era demasiado alta y pronunciada, y los rasgos no parecían irregulares por las mutilaciones.

El villip lo miró con el rostro de su controlador.

—Informa —ordenó, con una voz sin acento.

Tam notó que su dolor de cabeza se desvanecía hasta casi desaparecer, pero el nudo de su estómago y la confusión de sus emociones le impidieron que disfrutara del alivio que habría sentido en otras circunstancias.

—Estamos en Borleias —comenzó.

Ocupación de Borleias, día 6, antes del amanecer

Oyó un golpe seco en la puerta. Wedge abrió los ojos momentáneamente desconcertado, sin saber dónde se encontraba ni lo que debía estar haciendo.

Seguía en su oficina, en su silla, se había vuelto a dormir allí. No podía permitírselo. Cada segundo que perdía podía morir más gente.

Se frotó los ojos y se giró hacia la puerta.

—Adelante.

La puerta se deslizó a un lado y desapareció en la pared, pero no había nadie en el pasillo más allá del umbral. Un segundo después, un visitante asomó la cabeza por un lado de la abertura.

El hombre era de estatura media y calvo. Wedge sabía que afeitado, no prematuramente calvo. El bigote y la perilla, bien recortados y negros, le daban una apariencia siniestra, pero su sonrisa, combinada con un humor retorcido, dispersaban toda sensación de temor. Era atractivo como sólo podían serlo los famosos, los hombres de negocios de más éxito y los delincuentes.

Wedge se levantó para recibirlo.

—¡Rostro! Temía que te hubiésemos perdido en Coruscant. Entra.

Garik *Rostro* Loran, líder del grupo de Inteligencia conocido como los Espectros, agitó su cabeza.

—Después. Ahora sólo he venido a entregar un paquete.

—¿Qué paquete?

Ella surgió de detrás de Rostro, entrando en el despacho a la carrera. Era alta, de la misma estatura de Wedge, y delgada, de melena rubio oscuro, ahora atractivamente veteado de gris.

De joven había sido de una belleza extraordinaria; ahora, para él, las leves arrugas producidas por la risa y las preocupaciones, acentuaban su belleza en lugar de menoscabarla.

De repente, Wedge estaba al otro lado del escritorio —no sabía si había corrido o saltado— y la estrechaba entre sus brazos.

—¡Iella...!

Se produjo más ruido que el de dos voces gritando «¡Papá!». Wedge soltó a su esposa, se agachó y abrazó a sus dos hijas de cabello castaño y ojos azules, aparecidas mágicamente junto a Iella; se puso en pie con una en cada brazo, Syal en el izquierdo y Myri en el derecho.

Unos días antes, cuando las cogió en brazos en su residencia de Coruscant, se quejó de que estaban creciendo mucho y ya pesaban demasiado para él. Ahora, con los bracitos alrededor de su cuello, apenas sentía su peso.

Hacía un momento sólo tenía una misión. Ahora volvía a tener un futuro, un futuro que podía abrazar, y ver, y oler, y oír. Wedge buscó a Rostro con la mirada, pero éste había desaparecido mientras la atención se centraba en otra parte, y la puerta se estaba cerrando.

* * *

Yacían en la oscuridad del cuarto de Wedge. La luz de la luna penetraba a través

del transpariacero turquesa, lanzando sombras de azul en la cama, las paredes y su propia piel.

—No es lo mismo mientras estás viendo cómo tu hogar se muere —dijo Iella con voz pensativa. Contempló fijamente el techo teñido de azul como si mirara a lo lejos, más allá de él, a Coruscant—. No es como si descendieran sobre Corellia. Ver como las plataformas orbitales caen sobre la ciudad, saber que millones de personas están muriendo con cada impacto, pensar que los pocos que logran escapar al espacio en naves privadas abandonando sus hogares son los afortunados... Coruscant está muriendo, Wedge, no sé si podría describir un cataclismo así.

—No tienes que hacerlo —sugirió él—. Sé lo que es tener que dejarlo todo atrás, tener que decirte a ti mismo: *No puedo encontrarlos, no puedo ayudarlos, no puedo proteger a mis seres queridos y mantenerlos con vida.*

Ella le devolvió una sonrisa.

—¿No confiabas en que lográsemos salir vivos de Coruscant?

—Sí. Pero esa confianza no evitaba que la preocupación me devorara por dentro.

Iella lo besó y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué haremos ahora?

—Bueno, acabas de ser ascendida a Jefa de Inteligencia de esta operación, lo que liberará a Mara para que haga sufrir a los vong en su inimitable estilo. Necesitaré que hagas circular rumores entre nuestro personal para ver si llega hasta los yuuzhan vong, y así averiguar si hay algún traidor entre nosotros. Quiero descubrirlos lo antes posible y utilizarlos para nuestros propios planes... o eliminarnos como amenaza.

—¿Aquí o en algún otro asentamiento?

—Aquí —y le explicó la reunión con el Consejo.

Iella permaneció mucho tiempo callada, pensando en lo que había dicho.

—Wedge, estás haciendo lo que nunca te gustó hacer: luchar en una guerra de dos frentes, los yuuzhan vong por una parte y el Consejo por la otra.

—El Consejo no sabe que estamos en guerra con él —sonrió Wedge.

—Ellos saben que están en guerra con nosotros, aunque no saben que *nosotros* lo sabemos. Pero lo averiguarán antes de lo que te imaginas. Incluso sin Borsk para liderarlos, son un montón de políticos muy listos. Eso significa que los espías yuuzhan vong no son los únicos de los que tienes que preocuparte. Una de mis tareas será filtrar la información gota a gota y ver cómo responden nuestros supuestos *aliados*... así podremos utilizarlos para nuestros propios fines o eliminarnos como amenaza.

—Sabía que me casé contigo por alguna razón.

—Por lo menos dos razones.

—No me hagas cosquillas.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Coruscant

El villip enfrentaba a Viqu Shesh con un rostro humano de huesos grandes, pero el ángulo en el que inclinaba su cabeza sugería miedo y dolor.

—No estoy en posición de descubrir ningún secreto —protestó el villip—. Tengo que permanecer junto a Wolam Tser, grabando sus observaciones y entrevistas.

La voz de Viqu parecía un ronroneo, y esperó que el villip pudiera transmitir todos los tonos y matices. Su voz excitaba a los hombres, los hacía desearla y la idea de que ese deseo atormentase al hombre la divertía.

—Has conocido a Danni Quee. Hazte su amigo, su amante si hace falta y sé que eres capaz. Convéncela de que confíe en ti. Ofrécete voluntario para toda clase de trabajos cuando Tser no te necesite. Puedes hacer chapuzas electrónicas, ¿verdad?

La voz de Tam parecida dolida.

—Sí.

—Consigue un trabajo de ese tipo, y podrás colocar grabadores y transmisores en equipos situados en posiciones vitales. Iella Wessiri es lo bastante buena para encontrar todo lo que *tú* escondas, así que no intentes recoger la información; en cambio, deja receptores en lugares donde puedan culpar a gente de su estructura de mando, a gente en los que Antilles y Skywalker no confíen plenamente. Provoca su paranoia. ¿Entendido?

—Entendido.

—Pues demuéstalo, idiota.

Viqu acarició el villip y éste se contrajo, cortando la comunicación.

Ella suspiró y se despezó. La piel de su espalda todavía estaba curándose y protestaba, pero no permitió que ese pequeño dolor aflorara en su rostro. Entonces se giró y el material bulboso que le servía de silla se acomodó a su movimiento. Ella se enfrentó a su propio controlador.

Vestía el taparrabos de un guerrero y empuñaba su anfibastón. Tenía la nariz aplastada hasta parecer plana, una mutilación extrañamente simétrica para un yuuzhan vong, y le faltaba parte del labio superior revelando los dientes. Su piel estaba extensamente decorada con tatuajes.

Pero su mutilación más extensa era una sola y larguísima cicatriz, de un rojo radiante allí donde era visible. Aunque a veces se oscurecía hasta un castaño opaco, siempre destacaba poderosamente contra su piel. Empezaba en la parte alta de la calva cabeza, descendía por la mejilla derecha hasta la barbilla y ascendía por el lado contrario para volver a descender poco antes de llegar al ojo izquierdo. Seguía cuello abajo y le cruzaba el pecho antes de desaparecer bajo el arnés. Emergía por el muslo derecho y terminaba en un círculo alrededor de la rodilla. Debía ser una de sus primeras decoraciones, porque el resto de los tatuajes corrían paralelos a ella sin cruzarla nunca.

Se llamaba Denua Ku y, por las pocas palabras que habían intercambiado, Viqi sabía que no estaba al tanto de las operaciones de Inteligencia. Sólo estaba aquí para vigilarla, no para ayudarla en su misión. Le dedicó una sonrisa, todo desprecio y burla.

—Ya está —confirmó ella.

—Entonces, volverá a sus aposentos —sus voces sugerían el desprecio mutuo que se profesaban, incluso a través del tizowym, el traductor orgánico que los yuuzhan vong habían implantado en la oreja de Viqi Shesh.

—Estoy harta de mis aposentos. Empleo menos de media hora diaria en manejar a ese idiota y me paso el resto del tiempo en una habitación que huele como las tripas de un bantha a medio cocinar. Quiero hacer algo.

Denua Ku no dijo nada y Viqi lo tomó como una buena señal. Si tuviera órdenes estrictas de mantenerla en sus aposentos, habría exigido de inmediato que fueran allí. Pero tampoco iba a ofrecerle ninguna clase de distracción; tendría que buscarla por sus propios medios.

Sabía que nunca aceptarían algo que implicara acercarse a una nave espacial o a los pilotos, así que debía buscar una manera de acceder a otras secciones del mundonave, secciones donde pudiera ver a otros yuuzhan vong... o incluso algunos prisioneros.

—Quisiera aprender cómo crecen los coralitas, los edificios y las armaduras, como crece todo. Supongo que necesitaré una especialidad para cuando los yuuzhan vong dominéis toda la galaxia y ya no necesitéis una división de Inteligencia — Denua Ku no contestó, así que agregó—: Transmita mi petición al Maestro Bélico, tengo la impresión de que la aceptará.

* * *

Era la hora de los devoradores de carroña, o eso pensaba Tsavong Lah de la hora en que permitía que los visitantes lo molestaran con sus variadas peticiones, la hora en que solucionaba las dificultades de los visitantes para que no se acumularan como

la carroña. Distrajo su atención de esos pensamientos para centrarse en los problemas de su nuevo brazo.

El guerrero Denua Ku se presentó con la petición de Viqi Shesh. Tsavong Lah la autorizó. La humana nunca abandonaría su estilo manipulador para averiguar algo con lo que conseguir un trato más provechoso.

En la pequeña cámara de recepción se encontraba Maal Lah, pariente suyo y uno de sus mejores consejeros militares. Los rasgos de Maal Lah eran sorprendentemente regulares, su mandíbula mantenía un perfil intacto, aunque su cara estuviera decorada meticulosamente con una red de remolinos azules y rojos.

—¿Sí, mi siervo? —preguntó el Maestro Bélico.

—He descubierto algo curioso —señaló Maal Lah—. La flota infiel que nos ha arrebatado Borleias todavía no ha empezado a retirarse. Y los guerreros supervivientes del Dominio Kraal informan que los manipuladores de herramientas están excavando el terreno como preparándose para un asedio.

—Desde un punto de vista militar, tiene poco sentido —concedió el Maestro Bélico—. No pueden creer en serio que son capaces de resistir, ni que recibirán refuerzos —consideró el tema—. Envía la flota de Wyrpuuk Cha para aplastarlos. El Dominio Kraal desprecia al Dominio Cha; tener que admitir una deuda ante los Cha será un castigo adicional por dejarse arrebatarse Borleias.

—Sí, Maestro Bélico.

—¿Algo más?

—No, Maestro Bélico.

Maal Lah se retiró.

El siguiente en pedir audiencia fue Takhaff Uul, un sacerdote. Bien situado en el escalafón de la orden de Yun-Yuuzhan, el gran dios de los yuuzhan vong, Takhaff Uul era joven para su cargo; otros de su misma edad, en la misma secta, eran sacerdotes de bajo nivel, sirvientes y ayudantes de sacerdotes más importantes, mientras que él ya era un intérprete muy respetado de la voluntad del dios. Sus tatuajes no eran diseños geométricos o exageraciones de sus propias deformidades, sino globos oculares, pequeñas garras y tentáculos, todos con detalles muy realistas, como sugiriendo haber recibido docenas de trasplantes en su corta vida. Hizo una profunda referencia ante el Maestro Bélico.

—Habla —ordenó Tsavong Lah.

Takhaff Uul se incorporó.

—Vengo a hablarte indebidamente por obviar a mi alto sacerdote, para traer las palabras directamente a tus oídos. Por eso, si mis palabras te desagradan, estoy preparado para morir.

—Siempre tendrías que estar preparado para morir —respondió Tsavong Lah—. No deberías intentar predecir cuándo me desagradarán tus palabras.

—Sí, Maestro Bélico.

—Dime lo que pasa por tu mente.

—No se trata de mi mente, sino de la voluntad del Creador, Yun-Yuuzhan. Las visiones durante mis sueños de anoche me llevaron a pensar en ti y en tu... aflicción.

Tsavong Lah alzó su garra de radank y estudió los dedos. Con ese miembro podría destrozarse la garganta de un guerrero yuuzhan vong... suponiendo que el miembro no se desprendiera de él por la violencia del gesto.

—¿Qué dijo de mí?

—Sólo que tu empeño en esta guerra proporciona mucho placer al corazón asesino de Yun-Yammka.

—¿Qué relación tiene eso con mi brazo?

—Eso no lo dijo, Maestro Bélico. Sentí —y es tan sólo la intuición de un sacerdote—, que el Creador cree que lo mantienes separado de la gloria que estás logrando, que no recibe su debida porción, que está disgustado.

—¿Y cómo crees que podemos corregirlo?

—Con una dedicatoria, Maestro Bélico, con un regalo. Algo que ofrecer exclusivamente a Yun-Yuuzhan. Todo un mundo consagrado al Creador, y a sus sacerdotes y sus preocupaciones.

—Pero los sacerdotes de Yun-Yuuzhan ya tienen su lugar en todos los dominios y colonias.

—Sí, Maestro Bélico, sé que tienes razón. Pero, ¿quién puede pretender que conoce la mente de un dios? Yo sólo interpreto los sueños que tengo y espero no equivocarme.

—Pensaré en ello.

Tsavong Lah hizo un gesto de despedida con su garra de radank, y el joven sacerdote se retiró.

En cuanto desapareció, Tsavong Lah hizo una señal con la cabeza hacia uno de sus guardias de confianza, que sólo el Maestro Bélico y ellos entendían. El guardia siguió a Takhaff Uul hasta el umbral de la cámara. Cuando el sacerdote ya se alejaba por el pasillo, el guardia habló en voz baja con otro guardia y regresó a su posición tras el asiento de Lah.

El Maestro Bélico se encargó de otro par de asuntos administrativos, antes de que el guardia que había seguido a Takhaff Uul volviera y se presentara ante él.

—¿Y bien?

—Ha ido directo a los aposentos de Ghithra Dal, el cuidador —informó el guardia.

Tsavong Lah se sentó largos momentos en silencio. Ghithra Dal era el cuidador que le había colocado su garra de radank.

Viqi Shesh podía tener razón.

Tendría que averiguarlo.

Ocupación de Borleias, día 9

La flota de Wyrpuuk Cha frenó al llegar a los límites exteriores del Sistema Pyria. El distante sol del sistema era visible a través de la concha ambarina que servía de ventanal en el puente, pero Wyrpuuk Cha no le prestó ninguna atención, concentrándose en cambio en la nube de insectos brillo que flotaban sobre la negra depresión semiesférica situada en la parte trasera del puente de mando.

Los insectos, capaces de mantenerse inmóviles en vuelo, brillando u oscureciéndose según las órdenes mentales del yammosk de la flota, formaban modelos brillantes o sombreados en aquella depresión. Un racimo esférico de ellos representaba el sol del sistema y otros, formando esferas más pequeñas, los planetas del sistema. Innumerables y resplandecientes ácaros de una especie similar, demasiado pequeños para verlos a simple vista de no ser por su luz azulada, se agrupaban para representar los cruces de senderos iónicos que decoraban el sistema solar, indicando la circulación de las odiadas naves de metal enemigas.

Otros insectos brillo volaban en solitario o formando manchas pequeñas e irregulares. Wyrpuuk Cha sabía que esas manchas representaban naves enemigas. Conocían su localización gracias a las transmisiones de villip de los yuuzhan vong refugiados en la jungla de Borleias y a los sentidos gravitacionales del yammosk, pero la información era incompleta; los elementos de la flota que estuvieran demasiado cerca de los pozos de gravedad no serían perceptibles, ni las naves situadas en puntos muy distantes, dentro o fuera del sistema solar. El enemigo podía tener centenares de naves esperando; tomaría tiempo y sacrificio descubrirlas todas y destruirlas.

Tiempo tenía, y muchos guerreros deseosos de sacrificarse. Dependiendo de las fuerzas enemigas y de sus comandantes, la batalla sería más o menos larga, más o menos encarnizada, pero Wyrpuuk Cha acabaría tomando este sistema.

La pregunta crucial era si podría tomarlo lo bastante rápida y eficazmente como para ganarse el favor del Maestro Bélico Tsavong Lah. No podía permitirse el lujo de tardar demasiado o gastar demasiados recursos. Hablando estratégicamente, necesitaba mostrarse e invitar a su enemigo a que atacara, para destriparlo mientras sus fuerzas estuvieran demasiado desplegadas, desequilibradas y fuera de posición. Podía permitirse el lujo de utilizar el truco una vez, quizá dos.

—No han restablecido las plataformas de defensa orbitales alrededor del planeta —era una voz de hembra y pertenecía a Kadlah Cha, una analista militar de su propio Dominio.

Le echó una mirada. Su tatuaje facial era sorprendente hasta para las normas

yuuzhan vong: oscuridad alrededor de los ojos y bajo su labio inferior, sugiriendo a primera vista que sus rasgos estaban groseramente exagerados. Sus decoraciones eran una copia de su propio rostro, aunque acentuado con cicatrices de guerra y una tajo en el centro de su labio superior que le llegaba hasta casi la nariz y que hacía de labio leporino artificial, desnudando perpetuamente sus dientes superiores.

—Entonces, habrán situado un campo de minas alrededor de Borleias, y simulado un escudo con sus naves de metal.

—No, comandante —se acercó a la depresión de los insectos brillo y extendió las manos hacia ella, apartando algunas imágenes a un lado y acercando el racimo esférico que representaba Borleias. Los insectos desechados volaron hacia la esfera, ampliándola y añadiendo detalles que representaban las naves en órbita del planeta—. ¿Ve? Tienen las naves principales en lo que parece una órbita geosincrónica sobre un punto concreto del planeta, no lejos del asentamiento del Dominio Kraal, y otras naves en órbitas más típicas. Nada más. Y los Kraal informan que no están instalando generadores terrestres excepto en ese lugar.

—Una defensa desesperada en un solo punto —Wyrpuuk Cha evaluó la situación. Metió la mano en la depresión y gesticuló para devolver la imagen a su ampliación anterior—. Y mira esto. Recientes y repetidos viajes hasta esta órbita sobre el sexto planeta, una órbita que corresponde a una de sus lunas. Todavía no hay ninguna indicación de naves. ¿Una base oculta de algún tipo? No están protegiendo el mundo principal de intrusiones que puedan dejar caer materiales que reformen el planeta, eso quiere decir que el mundo en sí no les interesa... sólo lo que han encontrado en ese punto concreto. Debemos averiguar lo que están protegiendo ahí y en esa luna.

* * *

La alarma despertó a Wedge e Iella. Era chillona, penetrante, distinta de la que suele colocar el ejército en sus instalaciones; tenía que ser algún tipo de alarma de peligro biológico del equipo original de la estación. Wedge tanteó en la mesita que había junto a la cama en busca de su intercomunicador y descubrió que ya estaba emitiendo una señal sonora que ahogaba la alarma.

—Aquí Antilles.

—Tenemos una intrusión masiva yuuzhan vong —la voz del oficial de comunicaciones parecía extrañamente desinteresada en contraste con la importancia del mensaje—. Docenas de naves de guerra están entrando en el sistema procedentes de Coruscant. Ninguna señal todavía de lanzamiento de coralitas.

—Enviad una alerta a todo el sistema. Voy inmediatamente.

—Wedge se levantó con la mente despejada y concentrada en su tarea, y empezó a vestirse.

Vio que Iella ya se había puesto un mono. Selló la costura principal del traje y preguntó:

—¿Cuál es el plan para hoy?

—Malas tácticas. Vamos a dejar dejando un agujero en nuestra cobertura de la cuarta luna de Pyria Seis. Nos enfrentaremos a todo lo que lancen contra Borleias, pero permitiremos que nos expulsen de esa luna. Dirigiré la coordinación desde tierra y dejaré patente que estoy coordinando desde tierra. Eso reforzará la impresión de que aquí abajo también hay algo importante.

Ella lo ayudó a sellar su traje y le dio un beso rápido.

—Odio que vayas a perder una batalla, aunque lo hagas a propósito.

—¿Por qué?

—Porque eres un mal perdedor.

Él le hizo una mueca.

—Últimamente intento ser un muy, muy mal perdedor.

CAPÍTULO 6

Ocupación de Borleias, día 9

Saba Sebatyne, una Caballero Jedi del pueblo barabel, se abrió camino a través de la lista de preparativos del bombardero de los Caballeros Salvajes. Sus dedos se movían con destreza y seguridad para ser una criatura grande y voluminosa. Los barabeles eran reptilianos y cubiertos de escamas, sus grandes ojos estaban protegidos por fuertes y protuberantes arcos ciliares, pero sus rostros resultaban inexpresivos.

Danni Quee miró a Saba de reojo. Su posición en la nave, operadora de sensores y a veces del armamento, no requería tanta preparación como la de Saba. La eficacia y velocidad de la barabel seguían intactas, pero Danni sabía lo mucho que había sufrido recientemente: la pérdida de Eelysa, su Maestra Jedi, provocada por un monstruo criado por los yuuzhan vong y que en Corellia llamaban *voxyn*; y después, la de dos de sus parientes, compañeras de nidada de su propio hijo, durante la exitosa pero costosa misión de Anakin Solo para destruir a la reina de los *voxyns*, la fuente de la que clonaba toda la especie. Pero los barabeles eran muy diferentes de los humanos en sus expresiones de dolor y pesar, y no compartían ese tipo de emociones, así que Danni no podía ofrecerle sus condolencias.

Saba terminó de repasar la lista.

—Control de pilotos, preparado —informó.

—Control de sensores, preparado —añadió Danni automáticamente. Y el otro Caballero Salvaje de a bordo hizo lo mismo. Técnicamente, Danni no formaba parte de los Caballeros Salvajes, ni siquiera de los Caballeros Jedi como los demás, pero había volado con ellos en muchas ocasiones y, cuando sus proyectos científicos no la mantenían ocupada, los ayudaba a bordo de su bombardero.

Saba informó de la disponibilidad del escuadrón e inmediatamente recibió órdenes para la unidad. Con un siseo, desvió su atención de la pantalla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Danni—. Si es que puedes contármelo, quiero decir.

—Nosotros defenderemos y nosotros perderemos. Y nosotros abandonaremos —escupió Saba—. Actuaremos como escudo. Táctica conservadora. Ésta es cazadora. Ésta no sabe cómo defender o huir.

—Ésta es una científica —replicó Danni—. Ésta no sabía cómo matar.
Saba miró a Danni, antes de centrarse en la pantalla.
—Danni puede volver a utilizar gramática humana ahora.

* * *

El Escuadrón Soles Gemelos, el Escuadrón Pícaro y los Caballeros Salvajes despegaron de la superficie de Borleias. El combustible necesario para alcanzar la órbita, aunque no suponía una parte sustancial de la capacidad de los cazas, podía echarse en falta en fases posteriores de la batalla, pero Luke estaba de acuerdo con Wedge en permitir que los yuuzhan vong descubrieran y siguieran el lanzamiento de tres importantes escuadrones de la Nueva República desde la superficie del planeta, para reforzar la impresión de que aquél era un puesto significativo.

Cuando alcanzaron la órbita alta, los astromecánicos y ordenadores de a bordo recibieron órdenes detalladas. Luke las repasó y asintió con la cabeza. Los Soles Gemelos debían mantenerse en órbita geosincrónica sobre la instalación biológica y vaporizar todo lo que lanzaran contra ella. El Escuadrón Pícaro se situaría sobre la luna de Borleias, atento a todo objetivo prometedor que se les presentase. Los Caballeros Salvajes reforzarían la estación lunar de Pyria VI.

—Soles Gemelos en posición —anunció—. Picaros, Caballeros, buena caza.

—Buena caza —era la voz de Saba Sebatyne, más chillona que de costumbre por las limitaciones del intercomunicador. Sus cazas y bombarderos se lanzaron a toda velocidad hacia Pyria VI. Gavin Darklighter respondió con un simple clic de su comunicador, antes que el Escuadrón Pícaro virase hacia la luna de Borleias.

Echó una mirada detrás de él, a babor y estribor. A babor, Corran Horn esperaba con una calma que nunca disfrutara como piloto de un Ala-X, una calma que sólo logró al convertirse en Caballero Jedi. Pero a estribor, donde tendría que haber estado Mara, estaba Zindra Daine. Era una piloto corelliana verde como la hierba, apenas una adolescente, no una Jedi. Luke hizo una mueca ante la idea de que Corran y él tuvieran que cubrir a una novata. La ausencia de Mara se dejaría notar hoy y en misiones subsiguientes. Aunque simpatizaba con su deseo de quedarse con Ben, de protegerlo contra todos los peligros posibles, deseó que Mara acabase por comprender que ese deseo era irracional, una misión imposible, y que su ausencia del campo de batalla podía provocar la pérdida de buenas personas.

Wedge estaba en el centro del cuarto de control, de pie ante el holograma. Era una sala poco acogedora con forma de rombo y techo curvo, situada a dos docenas de metros bajo el laboratorio biológico. Había sido diseñado como refugio antiaéreo, pero ahora estaba atestado de consolas móviles y operadores.

Las paredes de durocemento de la cámara, no pensadas precisamente para

favorecer la acústica, resonaban con el ruido, las voces de los oficiales militares cumpliendo con sus deberes, los pitidos y clics de los ordenadores que exigían la atención de sus operadores, las transmisiones en directo de los jefes de unidad desde sus posiciones en la zona de batalla. Wedge lo ignoró todo y se concentró en el holograma táctico que se actualizaba constantemente.

Mostraba el sol de Pyria en un extremo con Borleias un poco alejado, Pyria VI más lejos todavía, y los límites del sistema solar en el extremo opuesto. Los blips rojos que representaban la fuerza invasora de los yuuzhan vong se arracimaban en el borde y se expandían hacia las lunas y los planetas.

—Picaros en posición —informó Tycho. Era incapaz, a diferencia de Wedge, dirigir sentado las operaciones. Se hallaba de pie ante la consola que coordinaba las acciones de los cazas estelares—. Los cazas situados sobre la luna objetivo esperan. Esperamos el ataque vong dentro de dos minutos.

—Mantengan los cazas en movimiento —ordenó Wedge—. Que vuelen de forma errática. Podrán volver a formar en su momento, pero tiene que parecer que los han pillado desprevenidos.

—Recibido —Tycho volvió a su pantalla.

La atención de Wedge se centró en el holograma. Algunas naves estaban inactivas, lejos de la acción, pero supervisando la situación con sus sensores, preparados para acudir allí dónde se necesitaran refuerzos. Fragatas, cruceros y otras naves importantes se situaban sobre Borleias. Las unidades de cazas maniobraban para afrontar la llegada de los enemigos.

La principal fuerza yuuzhan vong mantuvo una formación cohesionada, manteniendo una fuerza de reserva cerca del punto por el que entraran en el espacio de *Pyria*. Wedge sabía que las unidades que se movían contra las fuerzas de la Nueva República sólo eran sondas para probar la potencia de las defensas. En esta batalla no se trataba de ganar o perder, sino de reunir información sobre las capacidades enemigas.

—Pyria Seis informa de un contacto —anunció Tycho.

* * *

El capitán Yakown Reth no era un hombre feliz.

Por si no bastara con el constante ir y venir de todos los oficiales de confianza de Wedge Antilles, le habían asignado el poco prometedor deber de proteger una lanzadera repleta de científicos, ingenieros y especialistas en construcción para erigir un hábitat bajo tierra en una luna sin aire. Sí, cierto que también le cedieron dos escuadrones de cazas estelares para defender la base, pero sus Ala-E no estaban equipados con torpedos de protones —el jefe decía que andaban cortos de

suministros— y Reth ni siquiera estaba autorizado a saber qué hacía el personal científico.

Y ahora, mientras los coralitas yuuzhan vong se lanzaban contra él, tenía que proteger aquella estúpida instalación dirigida por el coronel Celchu y ordenar que sus naves despegaran únicamente tras una segunda revisión. Sus fuerzas se movían en el espacio como una chusma indisciplinada. Si el General Antilles supervisaba lo que sucedía, asumiría que Reth era un idiota.

Finalmente, mientras los blips en las pantallas sensoras entraban en el campo de tiro de sus cazas, los dos últimos Ala-E del Escuadrón Verde se situaban en formación y anunciaban estar dispuestos.

—Recordad, sin heroicidades individuales —ordenó Reth—. Tenemos que sobrecargar sus defensas y complementar las nuestras. A mi orden, romped la formación por escuadras: tres, dos, uno... ahora.

Llevó su propia orden a la práctica y descendió unos cuantos cientos de metros sobre el dentado y poco atractivo paisaje lunar que estaba protegiendo. Verde Dos y Verde Cuatro lo siguieron en una formación imprecisa, nada sorprendente para un grupo formado por pilotos de unidades disgregadas en la huida de Coruscant. Pero era molesto, hacía que parecieran descuidados.

Los coralitas estaban demasiado lejos todavía para ser localizados a simple vista, pero rastros de un rojo resplandeciente se lanzaban sobre el Escuadrón Verde. Reth se acercó un poco a Verde Dos, su compañero de vuelo, y vio a Verde Tres y Verde Cuatro apiñarse para solapar sus escudos. Hizo una mueca. Que unos pilotos poco familiarizados actuando juntos volaran tan próximos, era tan desagradable para él como la idea de intercambiar uniformes sin lavarlos previamente.

—Acelerad al máximo —ordenó—. Nos cruzaremos con ellos y daremos la vuelta. Láseres en fuego intermitente. Yo designaré un blanco y todos lo atacaremos a la vez. ¿Preparados?... Ahora —centró su retícula en un coralita. No el primero, el más cercano, sino el tercero, y abrió fuego.

Los láseres rojizos surgieron de la proa de su Ala-E y de la de sus hombres, una llovizna irregular de energía más que una descarga concentrada. Reth odiaba la nueva táctica de disparos intermitentes. Sabía que así quizá sobrecargarían y destruirían las defensas de vacío de los coralitas, pero impedía que los láseres impactaran con una potencia satisfactoria.

Un chorro de proyectiles de lava alcanzó su formación. Tres o cuatro golpearon los escudos superpuestos de los Ala-E, y los sensores de su vehículo acusaron los impactos con sonoros pitidos de advertencia. Su pantalla de diagnóstico no se iluminó y los sensores mostraron su blanco, seguido por lo que parecía la cola de un cometa compuesta por pedazos de coral yorik arrancados por sus láseres.

Aunque el coralita seguía siendo peligroso, Reth cambió de objetivo centrando su

fuego y el de sus compañeros en otra nave enemiga. El nuevo coralita era visible en la distancia, y pudo ver los láseres que impactaban en sus bordes y en la cubierta de la cabina; aunque sus defensas lograron neutralizar varios disparos, otros esquivaron la singularidad y penetraron en el casco. La nave se volvió de repente tan luminosa como el distante sol pyriano, y un instante después desapareció.

Reth esbozó una sonrisa de satisfacción. De momento, todo iba bien.

* * *

—Los sensores muestran una formación dando la vuelta alrededor de la luna para dirigirse contra nosotros —la voz tranquila y controlada era la de Corran, y llegaba a través del comunicador privado de Luke, no el de su Ala-X. El caza de Corran estaba varios cientos de kilómetros por detrás del Escuadrón Soles Gemelos en órbita lunar, sirviendo de retaguardia.

Luke asintió con la cabeza. Los sensores principales de las estaciones de tierra mostraban una columna de coralitas y de los análogos de las fragatas humanas en ruta de aproximación directa a Borleias, pero los yuuzhan vong, obviamente, habían descubierto a los Soles Gemelos y enviado un destacamento que circunvalase la luna para atraparlos entre dos fuerzas.

—Vuelve aquí —le ordenó a Corran—. Prepárate a soltar las bombas-sombra.

Los demás pilotos de los Soles Gemelos no eran Jedi, incapaces de utilizar las bombas-sombra —torpedos de protones sin sus unidades de propulsión, empujados simplemente por los poderes mentales de los Jedi—, así que tenía que transmitirles esas órdenes. Conectó el comunicador de su caza de combate en la frecuencia del escuadrón:

—Preparaos para seguirme —cambió a la frecuencia que compartía con Corran y Zindra—. Treinta segundos antes de que nuestros perseguidores estén al alcance de nuestras armas, aceleraremos directos hacia la columna enemiga... pero Corran y yo dejaremos las bombas-sombra detrás de nosotros.

Corran y Zindra respondieron con sendos clics del comunicador.

Los sensores mostraban a las naves yuuzhan vong muy por delante de ellos, cruzando el plano de la órbita lunar para acercarse a Borleias. Luke podía ver las luces de posición, o su equivalente orgánico, de la fragata yuuzhan vong. Corran estaba mucho más cerca, aproximándose rápidamente desde la retaguardia y, ahora, Luke detectó los primeros blips indicativos del destacamento perseguidor surgiendo detrás de Corran.

—Soltad las bombas-sombra —ordenó, acelerando al máximo y soltando las suyas.

El Escuadrón Soles Gemelos rugió, dejando la órbita lunar y dirigiéndose

directamente hacia la principal columna yuuzhan vong. Para que el truco funcionase, su curso tenía que ser absolutamente directo.

Como sus percepciones a través de la Fuerza eran irrelevantes contra estos enemigos, Luke dependía de los sensores, que mostraban a sus perseguidores reduciendo implacablemente la distancia que los separaba, la débil transmisión de las bombas-sombra y la columna enemiga que tenían enfrente, acercándose más y más.

—Han abierto fuego —informó Zindra, con la excitación de una novata en su voz, y Luke vio las llamaradas de los distantes cañones de lava en su visión periférica.

Luke empezó a dar bandazos a un lado y otro, con su atención dividida entre el control de su Ala-X y las bombas-sombra que había lanzado.

Los coralitas que los perseguían eran aproximadamente una treintena; a aquella distancia era difícil calcular el número exacto, y se acercaban al punto donde el Jedi soltara las bombas-sombra en formación cerrada, veloz. Luke situó mentalmente las bombas-sombra formando una línea, cada una a pocos kilómetros de la otra, y sintió que se separaban y alineaban a la espera de las naves.

No captó el paso de los coralitas junto a la primera bomba, la más alejada, la Fuerza no los detectaba. Pero los sensores mostraron que la línea de naves se sobreponía a la de las bombas-sombra. Esperó hasta que el coralita más retrasado llegase hasta la bomba principal, extendió la mano y la cerró con un pequeño empujón de sus poderes.

La limpia línea de coralitas se convirtió en una masa confusa que pronto empezó a desvanecerse. Donde había una treintena de naves perseguidoras, la mitad dieron media vuelta para buscar la misteriosa nave que los atacaba.

Luke tuvo que frenar porque el Ala-X de Zindra estaba directamente sobre él y su masa le impedía una visión directa de la batalla, pero sabía que se encontraban en medio de la principal columna de coralitas. Tuvo que maniobrar para esquivar al enemigo, manteniendo su atención centrada en las bombas-sombra. Corran se situó a babor, superponiendo sus escudos a los de Luke para proporcionarle apoyo adicional, esperando pacientemente que Luke pudiera recuperar su atención y centrarse en los enemigos que tenían delante.

La voz de Zindra se dejó oír por el comunicador:

—¡Gran explosión! Esto... ¿vamos a hacer algo con esa fragata que tenemos delante?

Luke suprimió el impulso de hacer chirriar los dientes.

—Sí, lo haremos —respondió, forzando sus impulsores. Corran y él maniobraron hasta situarse delante de Zindra—. Yo os guiaré. Seguidme.

Luke trazó un rumbo directo hacia la fragata. Corran y Zindra lo siguieron.

* * *

Saba disparó y la pulsación de los cañones de iones de los Caballeros Salvajes trazó un surco a lo largo de la formación coralita, provocando que se dispersaran sin control; las naves viraron y se alejaron de la principal zona comprometida de la luna de Pyria VI.

El bombardero se estremeció. Saba verificó su pantalla de diagnóstico, no vio nada significativo y le echó un vistazo a Danni en los sensores principales. Ésta agitó la cabeza.

—Ningún daño. Pero... bueno, es una buena excusa.

Saba siseó molesta, pero dijo:

—Hazlo.

Danni activó un mando de la consola. Saba, infeliz, agregó un pequeño temblor al movimiento del bombardero mientras viraba hacia otro par de coralitas.

—Caballero Salvaje Uno, aquí Líder Verde. Está perdiendo atmósfera. Repito, está perdiendo atmósfera. ¿Puede oírme? Cambio.

Saba miró los controles con tristeza. Claro que estaban perdiendo atmósfera. A popa habían añadido un par de nuevas válvulas exactamente para eso, para que arrojaran una mezcla de oxígeno y nitrógeno comprimidos que sugiriera que habían sido alcanzados.

Danni activó su comunicador.

—Líder Verde, Aquí Salvaje Uno. Hemos recibido varios impactos. Perdemos... Están afectando a nuestros motores... —su voz parecida doliente, y agregó unas cuantas toses a su actuación—. Humo en la cabina...

—Salvaje, retírese. Aterrice, nosotros resistiremos aquí.

—Gracias, Líder Verde. Los Caballeros Salvajes nos... —Danni pulsó el botón del comunicador y agregó innecesariamente—: nos retiramos —miró a Saba con expresión de culpabilidad.

Ésta siseó de nuevo y puso rumbo a Borleias.

En los siguientes minutos, los demás miembros de los Caballeros Salvajes harían lo mismo. Aunque sólo recibieran daños menores, se comportarían como si fueron mucho más graves y los obligaran a regresar a la base. En el momento pactado, las demás unidades que defendían la luna de Pyria VI informarían de que su situación era insostenible y abandonarían su puesto.

Era el plan, pero tenían la impresión de perder la batalla. Sentían como si abandonaran a sus camaradas.

Y eso era algo que Saba Sebatyne no hacía nunca. De ser humana, la presión que ejerció sobre los mandos habría hecho que sus nudillos se quedaran blancos.

* * *

El capitán Reth sonrió ampliamente tras la partida de la líder de los Caballeros Salvaje. El abandono de la lancha debilitaba su posición, pero la todopoderosa líder Jedi de ese famoso escuadrón huía de la batalla con la cola entre las piernas, y él, el comandante del humilde Escuadrón Verde seguía luchando.

Devolvió su atención al enemigo. No pensaba recibir sus medallas a título póstumo.

* * *

—Análisis —exigió Wyrpuuk Cha.

—Los hemos cogido desprevenidos —informó Kadlah Cha, situándose a su lado y señalando la zona de combate más distante de Borleias—. Su apoyo era insuficiente. No importa lo que decidan lanzarnos, podremos incorporar más y mejores naves de la flota de reserva.

—Bien. Adelante.

Ella indicó la batalla principal sobre Borleias.

—Aquí, la situación no es tan prometedora. Sus defensas terrestres son feroces y estamos perdiendo demasiadas fuerzas, coralitas sobre todo, a un ritmo mayor del que ellos pierden fuerzas análogas.

—¿Han mostrado tácticas nuevas? ¿Armas nuevas quizá?

Ella negó con la cabeza.

—Luchan con mucho espíritu, pero no parecen tenemos reservada ninguna sorpresa. Podemos quebrantar ese espíritu —comentó Wyrpuuk Cha—. Interrumpe de momento el ataque a Borleias y sigue atacando su avanzada lunar hasta que caiga. Utilizaremos ese puesto como escala. Interroga a todos los prisioneros que encuentres allí y arráncales toda la información posible para ser enviada al Maestro Bélico.

—Así se hará.

* * *

—Llegada en tres... dos... uno... ¡ahora!

Cuando el navegante dejó de hablar, el remolino de líneas en el ventanal delantero del *Lusankya* se contrajo hasta convertirse en estrellas fijas, una de ellas lo bastante cercana para ser una esfera reconocible y no un simple punto de luz.

El comandante Eldo Davip, casi dos metros de curtido militar de la armada

espacial embutidos en un uniforme de oficial, agitó la cabeza poco satisfecho con los resultados. La tripulación del puente, la mayoría de sus miembros recién incorporados al *Lusankya*, no había demostrado una competencia fiable hasta el momento y encima, ahora, emergían del hiperespacio mucho más lejos del planeta Borleias de lo que él les indicara.

Entonces, frunció el ceño. Delante de él, algunas estrellas desaparecían y otras reaparecían como objetos en movimiento. ¿Tenía el sistema un cinturón de asteroides? Se giraba hacia el navegante para preguntárselo, cuando el puente atronó con las sirenas de alarma y las exclamaciones de sorpresa de sus oficiales.

—¡Es una trampa! —era el operador de sensores, un humano de Coruscant cuya excitación no lograba ocultar el acento de clase alta que traicionaba su origen—. ¡Estamos rodeados de naves vong!

Davip miró la pantalla más cercana a su puesto de comandante, al fondo de la pasarela del segundo nivel del puente. Mostraba la posición del *Lusankya* y del *Halcón Milenario*, claramente señalado bajo él, pero las dos naves espaciales estaban rodeadas por los blips de docenas de naves, la mayoría naves de guerra, todas rojas señalizando que eran enemigas o parpadeando del amarillo —que significaba origen desconocido— al rojo.

El horror de la situación se aferró a la garganta de Davip, ahogándolo por un breve momento. Entonces, las órdenes que necesita impartir, que tenía que impartir, forzaron la obstrucción:

—¡Alzad los escudos! ¡Que todas las baterías disparen a discreción! ¡Fuego a voluntad! ¡Lanzad todos los escuadrones!

* * *

En cuanto completaron la salida del hiperespacio, Han Solo frunció el ceño ante la lectura de sus instrumentos.

—Hemos llegado un par de segundos demasiado pronto.

Leia, pareciendo absurdamente pequeña en el desproporcionado asiento del copiloto del *Halcón Milenario*, señaló el ventanal de la cabina. La parte inferior del *Lusankya* colgaba sobre ellos como un techo irregular.

—No es un error. Sus ordenadores de navegación nos habrán enviado datos equivocados.

—No, estoy detectando anomalías gravitacionales ahí fuera. Nos hemos visto arrancados del hiperespacio por la presencia de... —los ojos de Han se abrieron desmesuradamente y se abalanzó sobre los mandos del *Halcón*, enviando al antiguo carguero en un picado espiral que sus fabricantes originales nunca pensaron que pudiera realizar. Gritos de sorpresa, y un par de excitada alegría, estallaron en el

compartimiento de pasajeros.

Un resplandeciente sendero de fuego, eyectado por un cañón de plasma yuuzhan vong rasgó el espacio donde estaba el *Halcón* una fracción de segundo antes. Han gritó para que lo oyeran en toda la nave:

—¡A las armas! ¡Estamos en medio de una flota vong!

* * *

Wyrpuuk Cha asintió, satisfecho con los resultados que estaba viendo.

Los insectos brillo se agitaron, cambiando rápidamente de posición en su representación de la flota de reserva. Mientras se producía el cambio, Wyrpuuk Cha frunció el ceño. Algo triangular, algo con la forma aproximada de uno de los odiados destructores estelares imperiales del enemigo aparecía situado en medio de su flota; pero era mucho más grande, tanto, que se preguntó si la representación de los insectos brillo respetaba las proporciones.

Dirigió su mirada al ventanal del puente. A babor, aparentemente lo bastante cerca para poderla tocar, se extendía una inmensa oscuridad, decorada por las luces azuladas de un inmenso destructor estelar.

Sobresaltado por un repentino pánico, Wyrpuuk Cha abrió la boca para dar órdenes.

El superdestructor estelar entró en erupción, como si encauzara una explosión interna a través de innumerables puntos de su casco.

Wyrpuuk Cha no sabía el número, no sabía cuántos cientos de baterías láser llevaba la nave, ni tenía la menor idea de sus cientos de cañones de iones. Todo lo que supo era que, mientras tenía que forzar la voz para hacerse oír por encima del aullido de las alarmas que emanaba de las paredes del puente, mientras sus gritos inarticulados indicaban cuánto daño y en qué puntos estaba sufriendo su matalok —la nave análoga a los odiosos cruceros mon calamari de los fabricantes de herramientas—, mientras el suelo del puente se estremecía bajo sus pies, mientras que no podía distinguir nada del exterior por los ventanales debido a la intensidad del fuego de la monstruosidad enemiga, no había manera alguna —a no ser una personal bendición de los dioses— de que el vacío proyectado por los dovin basal de su nave pudiera proteger al matalok del incalculable daño dirigido contra él.

Volvió a girarse para gritarle una orden al piloto, una orden para alejarse directamente del superdestructor enemigo y concentrar todos los vacíos en la popa. Pero, antes de que pudiera hablar, captó una cegadora llamarada por su visión periférica y todos los ruidos cesaron. Wyrpuuk Cha se volvió hacia proa.

Allí no había nada, sólo estrellas y llamaradas de fuego envolviendo las naves de su flota. Los asientos de su intérprete del yammosk y su oficial de villip habían

desaparecido, así como el suelo, las paredes y el techo del puente, todo volatilizado a sólo un paso de los pies de Wyrpuuk Cha.

Aunque no era verdad que todo sonido hubiera cesado. En sus oídos podía sentir un rugido, un dolor, sólo que no era ninguno de los sonidos de la batalla que llegaba hasta él unos momentos antes.

Sintió frío, un frío tan intenso y repentino, que se dobló involuntariamente sobre sí mismo hasta convertirse en una pelota. Y, abruptamente, se encontró flotando hacia delante, más allá de los escasos restos del puente, hacia el vacío estrellado.

* * *

—Los Caballeros Salvajes están fuera de la zona en conflicto —informó Tycho. Se acercó al holograma que representaba las zonas de la batalla en el espacio pyriano, y gesticuló sobre un brillante racimo de vividos y coloristas blips—. Los yuuzhan vong están concentrando sus esfuerzos en la luna de Pyria Seis, pero se muestran cautos. No intentan nada particularmente atrevido, sólo desgastarnos.

—Muy bien —aceptó Wedge. Se mantenía de pie al lado de su silla, sabiendo que su voz y su rostro apenas expresaban sus emociones; siempre actuaba así cuando calculaba a una escala estratégica. Parecía distante, inhumano.

Pero no podía concentrarse. Algo iba mal, algún ruido de fondo estaba fuera de lugar, y Wedge se volvió hacia Tycho para señalar la incongruencia.

Allí estaba, era una de las oficiales de comunicaciones. Durante todo un minuto su voz había ido subiendo de tono, no de alarma sino de confusión, mientras hablaba con el líder de la unidad que tenía asignada. Ahora, Iella miraba por encima de ella, apoyada en su hombro, mientras la oficial esperaba. Ambas mujeres tenían una expresión perpleja. A Wedge no le gustaban las cosas que dejaban perpleja a Iella.

Ella alzó los ojos y captó la mirada de su marido. Alzó la voz para hacerse oír por encima del clamor de la sala.

—El superdestructor estelar *Lusankya* informa que acaba de entrar en el sistema junto al *Halcón Milenario*. Se encuentran en medio de la flota de reserva de los yuuzhan vong. Aunque está sufriendo daños, el *Lusankya* ha infligido muchos más al enemigo. Necesita escolta para atravesar las líneas enemigas.

El volumen de las voces decayó considerablemente. Wedge oyó a Tycho gritar:

—¿Qué?!

—Confirmad la identificación de la nave —ordenó Wedge, controlando a duras penas su voz y acercándose a Tycho—. Amplia esa parte de la zona de combate.

Tycho manipuló los mandos de su consola y la zona del espacio que mostraba el holograma se contrajo y se hizo a un lado. El resultado fue que otra parte se agrandó de repente hasta dominar el holograma. Wedge pudo ver que la cerrada formación de

la flota de reserva se había vuelto borrosa, difusa, y que, en medio los blips rojos había dos verdes, uno grande y otro pequeño.

—Identificación confirmada —anunció Iella—. Son el *Halcón Milenario* de Han Solo, jurando como un loco, y el *Lusankya*, al mando del comandante Davip.

—¿El comandante Davip? —Wedge agitó la cabeza y se tragó la siguiente pregunta: ¿Por qué Davip, un capitán cuya carrera se caracterizaba por su constante indecisión, era ahora comandante en vez de cocinero de galeras? ¿Y por qué una nave de la importancia militar del *Lusankya* no contaba con un almirante? ¿Quién era responsable de ese nombramiento? Ya no importaba—. ¿Quién no ha entrado en combate y se halla lo bastante lejos del sol como para poder efectuar un microsalto hasta esa zona?

—El *Mon Mothma* y el *Sueño Rebelde* —respondió Tycho, sin molestarse en consultar el holograma o su consola—. En un par de minutos, podemos tener otras seis naves preparadas para saltar.

—Danni Quee informa de la muerte de dos yammosk —gritó Iella—. Los yuuzhan vong ya no combaten coordinados.

—Bien —Wedge bajó la voz—. Claro que, no necesitan estar coordinados para destruir al *Lusankya* y al *Halcón*.

Tycho asintió con la cabeza.

La táctica necesaria encajó en la mente de Wedge. En menos de un segundo la evaluó, rechazó sus debilidades como no pertinentes debido al confuso estado actual de los yuuzhan vong, y decidió que probablemente podría usar la misma táctica de nuevo —una sola vez— más tarde.

Indicó una zona del holograma cercana al espacio aéreo de la flota de reserva yuuzhan vong, dentro de la zona en conflicto, pero en el lado más alejado de Borleias.

—Que el *Mon Mothma* haga un microsalto y aparezca aquí. Cuando llegue, que transmita una señal en las frecuencias abiertas de la flota y se defienda. Un minuto después, que active sus proyectores de gravedad y los mantenga durante un minuto.

Tycho volvió a su consola y Wedge se dirigió a toda la sala, haciendo que el clamor general bajara de volumen.

—Atención. Todas las naves y cazas equipados con motor hiperespacial que puedan librarse de sus enemigos en los próximos dos minutos, que hagan lo mismo. Informad al Escuadrón Pícaro y al Escuadrón Soles Gemelos que abandonen sus misiones actuales, y que salten en dirección a la señal que están a punto de recibir. Los proyectores de gravedad los sacarán del hiperespacio cerca del *Halcón* y del *Lusankya*. Sus órdenes son formar en torno al *Lusankya* y escoltarlo hasta Borleias. En marcha, gente.

Tycho se irguió en su consola.

—El *Mon Mothma* acaba de saltar.

—Bien —Wedge suspiró y bajó la voz—. Tycho, vamos a conseguir una tremenda victoria que no queríamos.

—Lo pondremos en su biografía, general —respondió Tycho con una fugaz sonrisa—. El general Antilles era tan bueno que no podía fallar aunque lo intentase.

—Muchas gracias.

Ocupación de Borleias, día 9

Han hizo que el *Halcón* se zambullera hacia el *Lusankya*. Fue como zambullirse en un volcán en erupción; el casco del *Lusankya* parecía incandescente con los disparos de los cañones de iones y las baterías láser, convirtiendo el espacio que lo rodeaba en una zona tan cegadora como letal.

Pero también era una zona segura para el *Halcón*, comparada con lo que tenía a su cola: media docena de coralitas, media docena de pilotos determinados y vengativos. Sus cañones de plasma eyectaban descarga tras descarga contra sus ventanales y martilleaban sus escudos.

Los cañones de popa del *Halcón Milenario* también disparaban, lanzando cargas letales contra sus perseguidores. Los gritos que llegaban desde los accesos a las torretas hacían creer que Ganner y Alema Rar se lo estaban pasando en grande. Han dedujo que los demás pasajeros Jedi, todos supervivientes de la incursión de Anakin en el mundonave yuuzhan vong sobre Myrkr, los alentaban con gritos de ánimo.

Mientras el *Halcón* se acercaba al *Lusankya*, Han dejó de oír aquellos gritos; el estallido de los láseres y las explosiones se sucedían lo bastante cerca de la nave como para sacudirla y hacer temblar sus escudos. En alguna parte, a popa, parte de la maquinaria se liberó de sus amarres y cayó sobre la cubierta del *Halcón*; mientras Han seguía realizando maniobras desesperadas, podía escuchar el sonido distintivo de los impactos metálicos contra los mamparos.

—Las reparaciones serán caras —comentó Leia.

Han le lanzó una mirada de dolor. De repente, salieron de la zona letal, a popa del *Lusankya*, donde los láseres del superdestructor ya no se entrecruzaban por encima de sus cabezas.

Los sensores no mostraron ninguna nave en la cola del *Halcón*, aunque sí otras a varios segundos de distancia, acercándose cada vez más. Han dejó escapar un suspiro de alivio:

—Si nos vuelven a perseguir, repetiremos la maniobra. Esos tipos son buenos.

—¿Quiénes? —preguntó Leia, frunciendo el ceño.

—Los artilleros del *Lusankya*. Han eliminado a nuestros perseguidores sin

rozarnos siquiera.

—Han, también nos apuntaban a nosotros. Vi moverse las baterías para seguir nuestro curso, sólo éramos otro borrón para ellos. Tú simplemente las esquivaste, los coralitas no.

—Oh —Han giró para situarse a babor, lejos de los coralitas. Rodeó al *Lusankya* hasta alcanzar una distancia casi segura y vio que la nube de cazas que lanzara el destructor estelar se enfrentaba a los yuuzhan vong—. Entonces, *no* la repetiré.

—Vale.

—¿Tienes un vector de salida para nosotros?

Ella consultó de nuevo los sensores de a bordo.

—Hemos caído casi en medio de su flota. La pantalla más delgada entre nosotros y el espacio seguro es volver por donde hemos venido —señaló la ruta que los había llevado hasta allí. Entonces, miró con más atención la pantalla—. Recibo señales amigas. Están llegando un destructor estelar y otras naves.

Han lanzó al *Halcón* hacia ese rumbo con un giro tan cerrado que Leia y él, y probablemente todos los pasajeros, se vieron aplastados contra el acolchado antiaceleración. Gritó, tarde, por encima de su hombro:

—¡Sujetaos!

* * *

Luke sacó al Escuadrón Soles Gemelos de la órbita de Borleias a máxima aceleración y borró la sonrisa de su cara. Hacía un momento estaba tan cerca de sentirse feliz como puede estarlo alguien atrapado en medio de un tiroteo. El enemigo parecía descoordinado, señal que sus yammosk habían muerto y que tendrían que retirarse del campo de batalla, mientras que Luke no había perdido un sólo piloto en la refriega. El trabajo estaba prácticamente completado. Pero la extraña naturaleza de las nuevas órdenes sugería que apenas comenzaba.

Un pitido de R2-D2 lo alertó de que el *Mon Mothma* transmitía una señal. Luke viró para orientarse directamente hacia la transmisión, mientras su astromecánico trazaba una ruta hiperespacial hasta la señal. Pulsó el botón de su comunicador para cambiar a la frecuencia del escuadrón.

—Informad —anunció, añadiendo—: Líder preparado.

—Dos —Corran situó su Ala-X a babor de Luke.

—Tres —era Zindra, a estribor.

—Seis.

—Cuatro.

Cuando el resto de los once pilotos terminó la ronda, Luke hizo una pausa de cinco segundos para coordinarse con los demás escuadrones.

—Si los tenéis localizados, mantened la formación cerrada.

La cuenta atrás llegó a cero. Los Soles Gemelos saltaron al hiperespacio para regresar al espacio real casi inmediatamente, un salto de menos de dos segundos. Luke vio ante él al *Mon Mothma*, con su puntiaguda proa apuntando en su dirección, hacia Borleias. Pequeñas motas rojas cercanas al destructor estelar sugerían que estaba siendo atacado por corallitas, pero antes de que Luke pudiera dirigir su escuadrón contra ellos, R2-D2 emitió una señal sonora indicativa de nuevas órdenes.

Luke echó un vistazo al texto garrapateado y llevó a su escuadrón hacia la flota Yuuzhan Vong que tenían tras ellos.

—Bien, gente, tenemos que recoger al *Lusankya* y abrirle un agujero para que pase. Que nada se interponga en su camino.

* * *

El Escuadrón Pícaro salió de su microsalto cerca del *Mon Mothma*. Los cazas del destructor estelar ya habían asegurado el espacio circundante, y algunos aceleraban para acudir en ayuda del *Lusankya*.

Gavin lideró el giro completo de los Picaros para colocarse en su misma dirección. Su comunicador crepitó:

—Oh, los Soles Gemelos se nos han adelantado —era Volu Nyth, una humana de Kuat, una Pícara nueva.

—¡No quiero charla innecesaria! —cortó Gavin. Después, bajó el tono—. Además, estábamos más lejos que ellos.

* * *

Han se tragó una maldición mientras lanzaba al *Halcón* a través de una desconcertante serie de maniobras a derecha e izquierda, y de arriba a abajo, diseñadas para dificultar la puntería de sus perseguidores. De los ocho.

Lo que le hacía infeliz no sólo era el peligro que corrían su nave, su esposa y sus pasajeros.

Es que empezaba a cansarse.

Veinte años atrás habría disfrutado de una batalla como aquella; ahora, estaba sudando y sentía cierta fatiga en los brazos.

—Llegan amigos —anunció Leia. Tenía que gritar a causa de los continuos disparos de los cañones del *Halcón*.

Han revisó los sensores e hizo pequeños ajustes en la trayectoria; pequeños, pero tan abruptamente ejecutados que Leia se vio sacudida con violencia. De no ser por el

arnés del copiloto, hubiera salido despedida de su asiento. Él hizo una mueca, tenía que cambiar ese asiento por otro a escala humana.

—Lo siento —dijo, pesaroso.

La señal se dividió en cuatro señales más pequeñas, cada una de ellas compuesta de tres blips, lo que probablemente significaba que se trataba de unidades de Ala-X. Mientras el *Halcón* se acercaba, se desplegaron en una formación de ataque y abrieron fuego.

Sus láseres pasaron tan cerca del *Halcón*, que Han estuvo seguro que habían hecho saltar la pintura del casco. Un segundo después, los Ala-X se cruzaron con ellos y desaparecieron, así como cuatro de los coralitas que los perseguían.

Cinco. La torreta superior del *Halcón* se apuntó otro tanto y, de repente, los coralitas quedaron reducidos a tres.

—¿Quién ha sido? —gritó Han.

—¡Yo! —la voz era femenina. Así que era Alema la que ocupaba la torreta superior y Ganner la inferior.

—Con tres podemos —sentenció Han. Esta vez se acordó de gritar «¡Sujetaos!», antes de efectuar un giro vertical. Se vio empujado contra el respaldo de su asiento, mientras los compensadores de aceleración no conseguían neutralizar los efectos de la maniobra.

Cuando la fuerza de la aceleración alcanzó su punto máximo, miró de reojo a su esposa, esperando verla aplastada, inmóvil contra su propio respaldo, pero la verdad era que estaba inclinada hacia delante a pesar de la tremenda aceleración. Ella le dirigió una mirada divertida, incluso burlona.

Tenía que ser una técnica Jedi, algo parecido a levitar piedras. Intentó componer una expresión celosa y gritó por encima del hombro:

—¡Alema, espera la explosión de los misiles antes de disparar, uno-dos-tres!

—¡Entendido!

Cuando los tres coralitas volvieron a ser visibles, Han se dio cuenta que apenas viraban para lanzarse en persecución del *Halcón*; la maniobra de los Picaros, reduciendo su número a la mitad, había confundido y retardado a los yuuzhan vong un fatal momento.

Han armó el lanzamisiles de impacto del *Halcón*, y disparó contra el primer coralita. A esa distancia pudo disparar de nuevo contra el segundo, y una vez más contra el último, antes de que el primer misil explotara.

Entonces, estalló. Una explosión que debería convertir la nave en añicos de coral yorik, pero que en realidad fue absorbida por el vacío proyectado por su dovin basal.

Pero el disparo de Alema Rar con el láser de la torreta superó el vacío y perforó la armadura de coral de la nave. El coralita explotó cuando sus mecanismos internos se sobrecalentaron y sus fluidos se convirtieron instantáneamente en vapor y gas.

El segundo proyectil de Han detonó con el mismo resultado, y el segundo disparo de Alema penetró en la cubierta ambarina de la cabina. Ésta salió volando como si el piloto quisiera eyectarse, pero Han sabía que aquellas naves no tenían mecanismo de eyección.

No quedó piloto, sólo un cráter ennegrecido allí donde habían estado su cuerpo y su asiento.

El piloto de la tercera nave, más rápido de reflejos, viró y se alejó del *Halcón*, presentando un perfil más reducido, maniobrando desesperadamente para evadir el ángulo de tiro de la torreta. La onda explosiva del proyectil se acercaba a su popa, cuando el láser de Ganner penetró por la parte inferior del casco, atravesando el vehículo y emergiendo de nuevo por la parte superior. Todavía con capacidad de vuelo, por increíble que pareciera, la nave aceleró arrastrando una estela de fragmentos, fluidos corporales congelados por la exposición al vacío.

—¿Los Picaros? —preguntó Han. Le faltaba el aliento.

—Llegando al *Lusankya* —dijo Leia—. Tenemos otra nave amiga delante.

De hecho, otro destructor estelar imperial se interponía en su camino, un modelo más viejo que el *Mon Mothma*; maniobraba para trazar un curso que lo acercara al *Lusankya*.

—¿Qué dices si aparcamos en su bodega de lanzamiento y descansamos un minuto?

—Tú eres el capitán —sonrió ella.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que nunca dices eso cuando discrepas con algo.

Mientras se acercaban al destructor estelar, Leia dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Han, es el *Sueño Rebelde*.

Sorprendido, Han miró la nave que tenían delante. El *Sueño Rebelde* había sido el buque insignia de Leia. Nunca estuvo al mando, ya que siempre había tenido un oficial naval como capitán, pero siempre estaba a su disposición y le aportaba autoridad mientras dirigía las negociaciones entre la Nueva República y los sistemas planetarios no alineados. El *Halcón Milenario* llegó a permanecer varios meses en una de las bodegas del *Sueño Rebelde*, mientras Han lideraba un ejército contra un señor de la guerra rebelde.

La expresión de Leia era abierta, pensativa, y los años parecieron desaparecer de su rostro mientras recordaba aquellos viejos tiempos.

—¿Qué opinas, Han? Parece estar en perfectas condiciones.

—Sí, perfecta.

Leia lo miró de reojo y se dio cuenta que su marido no estaba contemplando la nave. Se ruborizó, pero parecía divertida.

—Han, céntrate en el trabajo.

—Perdona, me hago viejo y me distraigo fácilmente —Han mantuvo su expresión exultante, victoriosa. Por un segundo, había distraído a Leia del dolor que la consumía desde que perdiera a Anakin y a Jacen. Si pudiera conseguirlo de vez en cuando, el veneno de ese dolor no poseería a Leia, no se la llevaría de su lado.

—Sí, claro. Viejo. Por supuesto.

* * *

—El *Lusankya* ya tiene su escolta —informó Tycho—. Y con la escolta manteniendo a raya a los cazas y fragatas yuuzhan vong, se abre camino a través de su flota.

Wedge asintió con la cabeza. El holograma rubricó las palabras de Tycho un segundo después.

Ninguna nueva nave amiga había aparecido cerca del *Mon Mothma* desde hacía un par de minutos: había dejado de interceptar generadores de campos gravitatorios.

—Ordena *Mon Mothma* que se coloque a retaguardia de nuestras fuerzas, y que las vigile de cerca. Los vong se lanzarán sobre cualquier rezagado; no necesitan un yammosk para eso.

El holograma mostraba que la flota yuuzhan vong, antes desplegada y difusa, se contraía poco a poco como si se centrara en torno al *Lusankya*. Pero sin la coordinación de sus yammosk, los yuuzhan vong eran incapaces de organizar una táctica sofisticada o de concentrar el fuego sobre las naves principales de la Nueva República. Mientras Wedge miraba, el número de naves yuuzhan vong disminuía. Sintió una impaciencia profesional hacia el comandante enemigo, o quienquiera que se encargara de la flota si éste había muerto; si no reconocía la derrota y ordenaba la retirada, bien podía terminar perdiendo toda su flota.

Entonces, sucedió. Primero fue un crucero de clase Matalok el que se desgajó del grupo principal; después, el análogo de una fragata y dos o tres escuadrones de coralitas; y, de repente, la batalla terminó. Todas las naves capitales yuuzhan vong se retiraron al límite exterior, sólo unos cuantos coralitas y cazas estelares siguieron combatiendo, cuando algunos pilotos yuuzhan vong prefirieron una fútil pero honorable muerte a una retirada.

—Ordena que la flota regrese —dijo Wedge. Y ofreció a Tycho una amarga sonrisa—. Nosotros también necesitamos celebrar nuestra victoria.

Tycho lo miró, inexpresivo.

—Ya estoy mareado.

* * *

Han Solo bajó la rampa del *Halcón*, con un brazo rodeando la cintura de Leia y el otro levantado, devolviendo el saludo y los vítores de los pilotos y el personal de Borleias, reunidos en el hangar.

—¿Por qué están tan contentos? Quiero decir, yo lo estoy, pero actúan como si hubiera ganado la batalla yo solito.

Leia le dedicó una sonrisa, la mejor que le había dedicado desde... Han alejó aquellos recuerdos.

—Has aparecido en medio de una flota yuuzhan vong y salido sin un arañazo —explicó ella—. El famoso Han Solo. Les has recordado que podemos ganar.

—Ah.

—Además, ganas todas tus peleas solito. Pregúntaselo a tus admiradores. Buscaré un historiador que sepa apreciar un buen soborno, y mañana serás el hombre que le dijo al *Lusankya* que saliera del hiperespacio donde lo hizo, el hombre que hizo estallar el buque insignia enemigo con sólo una pistola láser.

—Ni te atrevas.

Ante ellos, los pasajeros del *Halcón* se movían entre la multitud, guiados por los oficiales de Wedge Antilles. Muchos de ellos eran Jedi, pero no todos habían experimentado ser el objeto de la atención de una multitud eufórica.

El primero era Ganner, el Caballero Jedi de cabello oscuro y excesivamente guapo; saludaba a la multitud con la desenvoltura de Han, pero sin su consciente ironía, y la sonrisa que dedicaba a algunas de las chicas era más que sugestiva. A su lado, Alema Rar, la twi'leko de piel azul, hábil organizadora de rebeliones y espionaje, había pasado largos períodos disfrazada de bailarina, y ahora demostraba sus dotes mientras sonreía al público. Detrás iban Zekk, el pilludo callejero que se entrenó como un Jedi Oscuro antes de unirse a la academia de Luke en Yavin 4, y Tessa Sebatyne, uno de los hijos de la barabel Saba.

Los últimos, a excepción de Han y Leia, eran Tahiri Veila y Tare, dos preocupaciones para los Solo. Han agitó la cabeza. No, no eran una preocupación, eran un verdadero dolor de cabeza.

Tahiri, una estudiante Jedi delgada y rubia, era una de las mejores amigas de Anakin Solo. En las últimas semanas, incluso meses, se convirtieron en íntimos y a punto estuvieron de ser algo más. Anakin la rescató de los yuuzhan vong y le ayudó a superar el lavado de cerebro que casi la convenció de que era una yuuzhan vong.

Y entonces, Anakin murió. Esta vez, Han no pudo apartar esos pensamientos de su mente y sintió que algo le oprimía el corazón; el dolor casi le hizo tropezar. Miró de reojo a Leia; también tenía la vista fija en Tahiri, y en sus ojos se reflejaba la misma desolación que sentía él.

Aunque vestida con una túnica Jedi, Tahiri iba descalza como siempre. Ahora, su postura reflejaba poca fuerza u orgullo; la muerte de Anakin la afectaba tanto como a

los padres del chico y caminaba en silencio. Antes nada podía callarla, como no fuera una orden de Luke Skywalker.

Tahiri había pasado un brazo por los hombros de Tare y lo guiaba, transmitiéndole seguridad. Tare tenía doce años, y era un muchacho de Coruscant, participante involuntario en los planes de secuestro de Ben Skywalker por parte de Viqi Shesh. Ésta lo había escogido debido a su extraordinario parecido al Anakin de pocos años atrás, un parecido que hacía que Han sintiera un nudo en el estómago cada vez que miraba el pelo castaño perpetuamente enmarañado del muchacho, sus fríos ojos azules y su expresión abierta.

Ver al chico lo hería en lo más profundo de su ser, pero sería cruel y erróneo abandonarlo, rechazarlo. Era un problema que Han no podía resolver con un láser.

Han vislumbró una cabeza rubia que se agitaba, como si su dueño estuviera abriéndose camino entre la multitud.

—Ahí llega un piloto —avisó a Leia.

Y Luke Skywalker se reunió con ellos, exhibiendo su sonrisa juvenil y contagiosa, y abrazando a Han y Leia.

—Has elegido un buen momento para visitarnos —saludó Luke.

—Échale la culpa a tu hermana —protestó Han—. Transmitimos por la holoRed que queríamos saber si todavía estabas en Borleias. Conseguimos la confirmación y una invitación para acompañar al *Lusankya*. Y ella dijo: «Vamos con el *Lusankya*, así nuestros pasajeros viajarán más seguros».

Leia le dirigió una fría mirada.

—Disfruta de las raras ocasiones en que tienes razón —entonces, ella vio algo y su expresión volvió a alegrarse—. ¡Mara!

Se liberó de Han para abrazar a su cuñada.

—Oye —comenzó Luke—, Wedge ha preparado habitaciones para vosotros. Tenéis tiempo de refrescaros un poco, pero tenemos que hablar.

—¿Tenemos? ¿Quiénes? —preguntó con curiosidad.

—Los Internos.

* * *

Lo más resumidamente posible, Han y Leia narraron lo sucedido en el cúmulo estelar Hapes tras la partida de Luke y Mara... y la terrible deriva de Jaina hacia el Lado Oscuro de la Fuerza y la ayuda inesperada de Kyp; la escaramuza que le produjo a Han una fractura de cráneo de la que apenas se estaba recuperando; los intentos de Ta'a Chume por desplazar a su nuera Teneniel Djo y persuadir a Jaina Solo para casarse con Isolder, el marido de Teneniel.

—La situación no está resuelta —confesó Leia—. Pero Han y yo no pudimos

hacerlo mejor. Confiemos en que Jaina tome la decisión correcta.

Se encontraban en el vestíbulo de la instalación biológica y no en la habitual sala de conferencias de los Internos. Con Han y Leia estaban Wedge, Iella, Luke, Mara y Lando, un grupo de amigos íntimos. Todos parecían encantados de volver a ver a Han y Leia, pero también tensos y algo distraídos.

—No estás actuando como alguien que acaba de conseguir una importante victoria militar, Wedge —comentó Leia.

Wedge mostró una cara malhumorada.

—Es el tipo de victoria que puede costarnos la guerra. Esperábamos un comandante yuuzhan vong razonablemente hábil, con una flota de tamaño mediano, y sospecho que es lo que obtuvimos. Sólo pretendíamos resistir tanto tiempo como fuera posible, pero, hoy, las circunstancias nos han obligado a derrotarlo. El próximo comandante que envíen será mucho más duro y nos pondrá las cosas mucho más difíciles. Pero habéis llegado en buen momento, necesitamos vuestras habilidades.

—Querrás decir las habilidades de Leia —puntualizó Han—. Sin ella, no creo que haya manera de que la Nueva República pueda mantenerse unida.

—Las habilidades de ambos —insistió Wedge—. Porque la Nueva República está muerta. Es una masa hiperdesarrollada con un sistema nervioso descentralizado; las extremidades aún no han comprendido que el corazón ya no late.

Leia y Han intercambiaron una mirada.

—Bien, te escuchamos —suspiró Leia.

CAPÍTULO 8

Mundonave yuuzhan vong. Órbita de Coruscant

Maal Lah hizo una pausa frente a la puerta de la cámara del rastreador medular. Miró al guardia que lo había conducido hasta allí como preguntándole: «¿Seguro que es aquí?». El guardia bajó la vista, bien porque no se atrevía a mirar a un superior a los ojos o porque sabía el destino que le aguardaba más allá de la barrera. Maal Lah no lo sabía.

Cuando éste avanzó, la barrera se retrajo y una boca similar a la de un pez se abrió ante él. Entró en la cámara.

Era un lugar de conocimiento y entrenamiento. El rastreador espinal era pariente del inductor medular, que trazaba senderos neuronales en la mente de los sujetos hasta llegar a ciertos temas y canalizar dolor hacia esos senderos para impedir que el individuo pensara en ellos. El rastreador también trazaba senderos neuronales, pero sólo determinaba con qué eficiencia se transmitían las señales a lo largo de esos senderos y provocaba dolor a los receptores con precisión milimétrica, permitiendo al sujeto evaluar hasta qué grado los tejidos seguían dañados o desequilibrados, una vez la curación parecía completada.

La cámara estaba escasamente iluminada, con un brillo bioluminiscente que se reflejaba en las paredes rojas y negras de coral yorik, sugiriendo espesas manchas de sangre medio reseca. Podía ver una mesa central rematada por un óvalo gris, la terminal cuidadosamente diseñada del rastreador medular, inclinada de forma que uno de sus extremos casi tocaba el suelo. Un macho de la casta cuidadora se encontraba de pie junto a la mesa; Tsavong Lah yacía en ella, con los pies hacia el suelo. Estaba completamente vestido, pero su brazo izquierdo descansaba sobre la superficie de la mesa, semejante al cuero, y Maal Lah supo que la visita del Maestro Bélico era puramente médica. El rastreador espinal estaba evaluando el estado de la garra de radank unida a su brazo. No parecía peor que la última vez que la viera Maal Lah, pero tampoco mejor. Quizás el Maestro Bélico deseaba comprobar si seguía deteriorándose o no para poder informar a los demás, para borrar toda posible especulación sobre el rechazo del injerto.

Tsavong Lah lo miró sin mover la cabeza y le hizo una señal para que se acercase.

El cuidador se retiró a un lado de la sala para que pudieran hablar privadamente, pero Maal Lah podía sentir sus ojos clavados en él.

—Requiero tu visión, siervo mío —exigió por fin Tsavong Lah—. Una interpretación de los acontecimientos.

Maal Lah asintió en silencio. Prefería no hablar antes de que lo hiciera su Maestro Bélico, ya que aquellos que lo hacían, incurrían inevitablemente en la ira de Tsavong Lah; Nom Anor solía ser el receptor habitual de esa ira.

—Envié la flota de Wyrpuuk Cha a Borleias para recuperar el planeta de manos de esos infieles. Asumimos que la guarnición sólo pretendía morir con dignidad.

»Pero resultó ser una trampa. Los infieles demostraron una extraña precisión, atrevida y salvaje, con un plan brillantemente concebido y ejecutado. Transportaron su mejor nave espacial, una que nosotros no sabíamos que formase parte de la flota de este sector, hasta el corazón de la formación de Wyrpuuk Cha y la usaron para destruir ambos yammosk. Esa nave espacial se convirtió en un señuelo para nuestra flota que la atacó masivamente, permitiendo que otras naves de refuerzo enemigas pasaran casi inadvertidas y cayeran sobre nosotros desde todas partes —el Maestro Bélico calló un largo segundo—. Toda la flota ha sido destruida. El sucesor al mando de Wyrpuuk Cha está trayendo a los escasos supervivientes. Un piloto del Dominio Kraal dirigió parte de esos supervivientes contra los infieles para facilitar su huida. Por supuesto, al seguir luchando, desobedecieron una orden directa del sucesor designado.

»Ya he preparado un nuevo plan de acción, pero escucharé tus ideas.

Maal Lah permaneció callado unos momentos. Tsavong Lah no aceptaría ideas que no estuvieran meditadas a fondo, pero se sentiría incómodo si el silencio se prolongaba. Finalmente, dijo:

—Si la emboscada fue llevada a cabo de forma tan precisa como la describe, se trata indiscutiblemente del trabajo de su mejor estrategia táctica, Garm Bel Iblis.

—No. Bel Iblis parece estar al mando de todo un grupo de la flota, pero en otra sección del espacio. Las naves del sistema pyriano parecen estar comandadas por Wedge Antilles.

Maal Lah calló otra vez, mientras le daba vueltas a la nueva información.

—Necesitaré evaluar los informes de los supervivientes, pero parece inevitable que la emboscada fuera planeada por Bel Iblis. Eso significa que trabaja muy estrechamente con Antilles y que los infieles otorgan una gran importancia a ese asentamiento. Antes de destruirlo, debemos descubrir porqué. Y entonces, destruirlo tan completa, tan salvajemente, que todo infiel que alguna vez sonriera ante el éxito de esa emboscada, tiemble de miedo.

—Sí.

—Eso significa que debe llevar a cabo la conquista de Borleias personalmente.

Tsavong Lah agitó la cabeza.

—No puedo hacerlo. Exigiría demasiada atención por mi parte y debo dividirla entre otros puntos de conflicto. Pero tienes razón, Borleias necesita el toque de un Maestro Bélico.

Maal Lah frunció el ceño sin comprender, hasta que descubrió la importancia de las palabras de Tsavong Lah.

—No aceptará.

—Lo hará.

—Creo que es la mejor opción posible... si puede ser persuadido.

—Prepara una nave que me transporte al Dominio Lah.

—Así se hará.

Maal Lah tomó el tono del Maestro Bélico como una despedida y dio media vuelta. Sintió un repentino picor en las viejas cicatrices de su espalda, cicatrices infligidas por aquél cuyos servicios Tsavong Lah estaba a punto de reclamar.

* * *

Cuando Maal Lah hubo salido, el Maestro Bélico gesticuló hacia el cuidador para que reasumiera su tarea.

—¿Cuál es la conclusión?

El maestro cuidador Ghithra Dal se tomó un momento para meditar su respuesta.

—No parece haber ningún cambio. El tejido donde la garra de radank se une a la carne original sigue deteriorándose, no sanando.

—¿No hay rastro de rechazo en mis otros injertos?

—Ninguno.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé.

—Aunque tus conocimientos de cuidador te fallen, sigues teniendo instintos, opiniones. Dámelas. No temas mi ira, puedo distinguir entre los hechos y las opiniones.

—Si tuviera que ofreceros una opinión, Maestro Bélico, sería que la verdadera causa de esta enfermedad no radica en la ciencia de los cuidadores... sino en la voluntad de los dioses.

Tsavong Lah sintió un leve estremecimiento, mientras otro dato encajaba en el modelo que Viqi Shesh había sugerido.

—¿Qué dioses? —preguntó.

Ghithra Dal agitó la cabeza, sugiriendo que no estaba seguro.

—Cualquier dios podría manifestar su enojo de esta manera. Pero, según mi experiencia, el más probable es Yun-Yuuzhan. Y si pudiera atreverme a sugerir un

curso de acción...

—No temas, Ghithra Dal. Haz tu sugerencia.

—Recomendaría que hablase con los sacerdotes de todos los dioses y les pregunte cuál, de entre los grandes, puede estar enfadado. Es una pregunta para los sacerdotes, no para los cuidadores.

«Excepto —pensó Tsavong Lah—, si los sacerdotes están aliados con los cuidadores. ¿Cuál será su premio? ¿Una generosa porción de tierra en el mundo que reciban los sacerdotes de Yun-Yuuzhan? ¿Un continente, quizás?».

—Lo meditaré —respondió el Maestro Bélico. Se puso en pie y permitió que Ghithra Dal le trajera su capa. «Y buscaré una segunda opinión. Encontraré a alguien que hable como un cuidador... pero no le deba lealtad a la orden».

«Acudiré a Nen Yim».

Ocupación de Borleias, día 11

Luke Skywalker estaba sentado con las piernas cruzadas en la bodega de carga del *Halcón Milenario*, ahora vacía. En aquella base militar saturada de personal, era un lugar donde poder estar a solas, un lugar donde no perturbar a su hijo.

Se abrió a la Fuerza y flotó en ella. No pensó en la pregunta cuya respuesta esperaba encontrar, era contraproducente para la intuición. Pero, esa vez, las corrientes de la Fuerza lo llevaron donde quería ir.

Podía sentir una manifestación del Lado Oscuro. No lo esperaba a él, no lo llamaba; tenía sus propios intereses, no relacionados con Luke Skywalker. Y en un breve instante, antes de perder el contacto, supo que seguía rugiendo por las destrozadas sendas de Coruscant.

* * *

Han Solo observó cómo su esposa regresaba lentamente a la vida.

No mucho antes, las pérdidas de Anakin y Jacen la habían dejado destrozada, convencida de que todo su trabajo, todos sus esfuerzos, no tenían sentido. Una vez comprendió que no era así, a nivel intelectual por lo menos, los problemas de su hija Jaina en el Sistema Hapes le recordaron a Leia que tenía deberes y obligaciones. Empezó a llevarlos a cabo de la manera más rápida y eficaz posible, pero sin aquella chispa de entusiasmo o aquel sentido del humor que eran parte de la Leia que amaba.

Sus pensamientos volvían a Anakin en cualquier momento del día o de la noche, a cómo sufrió y murió durante su misión en la mundonave yuuzhan vong situada sobre Myrkr. Su aliento y su color desaparecían y tenía que refugiarse en brazos de Han o

acurrucarse dondequiera que estuviera y esperar que el dolor remitiera. Han también sentía la pérdida de Anakin como un puñal clavado en el pecho, pero intentaba no demostrarlo, dispuesto a mantenerse entero por Leia, dispuesto a no derrumbarse como lo hiciera tras la muerte de Chewie.

Pero, ahora, Leia pasaba el tiempo con el datapad conectado a diversas bibliotecas de las naves y a sus archivos personales a bordo del *Halcón Milenario* y el *Sueño Rebelde* —catalogando políticos que le debían favores, reconstruyendo las medidas que otros fundadores de la Alianza Rebelde y ella tomaron al crear las bases del movimiento hacía más de dos décadas—, y algo parecido al entusiasmo volvía a ella. El dolor por la pérdida de Anakin y la incertidumbre por la desaparición de Jacen seguían allí intactos... pero cuando no la abrumaban por completo, parecía más vital, más viva. Más ella misma.

Han dio la bienvenida al cambio aunque no comprendiera del todo la causa; hasta donde él veía, Leia hacía el mismo tipo de trabajo político que había hecho durante décadas.

La exclamación de Leia lo sacó de su ensoñación:

—¿Qué está pasando aquí?

Él se volvió y sonrió abiertamente ante su expresión, al ver el espacio vacío donde estuviera el asiento de Chewbacca.

—Voy a colocar otro asiento más acorde con tu tamaño.

La sonrisa era de sincera diversión por su sorpresa, pero también para ocultar su propia consternación por el cambio de uno de los últimos recuerdos tangibles de la vida del wookiee. Era una de las decisiones más duras que Han había tomado en mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Has terminado de reorganizar toda la galaxia? —preguntó para cambiar de tema.

Ella sacudió la cabeza, fijando la atención en su marido. Se situó a su lado.

—Tengo que mover algunos sistemas solares y quiero llevar a cabo una limpieza del cúmulo estelar Hapes, pero...

—Me parece estupendo —Han tiró de ella, obligándola a sentarse en su regazo—. Podemos empezar con Isolder, ese dolor de cabeza ambulante...

Pero la atención de Leia se centraba en los datos planetarios que mostraban las pantallas del ordenador del *Halcón*.

—¿Qué es esto, Han?

—Coruscant.

—Ya sé que es Coruscant. Quiero decir, ¿para qué estás estudiando el planeta?

Él se encogió de hombros como si no supiera la respuesta, una táctica que solía utilizar mientras decidía qué mentira contarle. No se le ocurrió ninguna que pareciera convincente, y finalmente dijo:

—Es por el asunto de los gemelos, Leia. Los gemelos son sagrados para los yuuzhan vong y, por tanto, Jacen y Jaina lo son. Eso significa que si tienes razón y Jacen todavía sigue con vida, estará en manos de gente importante. Su mundonave principal se encuentra en Coruscant. No hay que ser un genio para deducir que, lo más probable, es que Jacen se encuentre en esa mundonave o en Coruscant.

Ella lo miró seriamente a los ojos.

—No vas a ir hasta allí a buscarlo.

—Podría hacerlo —le dijo a Leia. «Lo haré», se dijo a sí mismo.

—Han, no. Escúchame —aquella no era la voz de Leia dando órdenes, sino suplicando—. No puedes ayudarlo. Si vas, te perderé también a ti.

—Soy tan difícil de perder como la mala reputación.

Leia no mordió el anzuelo, no contestó con cualquiera de la docena de respuestas típicas. Una señal más de que hablaba muy en serio.

—Tienes que entenderlo. No puedo ver a los yuuzhan vong mediante la Fuerza y tampoco a Jacen... pero eso no quiere decir que no vea nada. Todavía me muestra cosas, visiones de vez en cuando. Cuando nos veo a cualquiera de nosotros volviendo a Coruscant mientras sigue en manos de los vong, nos veo fallando en nuestra misión. Nos veo muriendo.

Helado por el tono de voz de Leia, Han agitó su cabeza.

—Alguien tiene que ir.

—Luke. Tiene que ir Luke. Él tiene una oportunidad, nosotros no.

Leia pareció desinflarse, como si admitir que no podía ayudar a su hijo perdido la redujera de volumen. Pero se recuperó enseguida.

—No puedes ayudar a Jacen, pero puedes ayudarme a mí.

—¿Cómo?

—Con la política.

—Sabes lo que siento hacia la política. Y sabes que no soy muy bueno en ese aspecto.

Leia recuperó la sonrisa.

—La Resistencia significa que es hora de llevar a cabo una nueva política. Una política del tipo en que, si alguien te sonrío, es que está planeando clavarte una vibrocuchilla por la espalda. Y tú, en lugar de devolverle la sonrisa, disparas contra él.

—¿En serio? —Han pensó en aquel asunto—. ¿Le disparo sólo una vez o tantas veces como quiera?

—Hasta que se agoten las baterías de tu láser.

—Suenan maravilloso. ¿Dónde está la trampa?

—He aceptado el encargo que me hizo Wedge la otra noche... pendiente de tu aprobación, claro. Una vez establezcamos un plan, viajaremos de sistema en sistema

organizando células de resistencia y reclamando el pago de favores. Una extensión del movimiento Jedi. Probablemente tropezándonos con los yuuzhan vong y con unidades de la Brigada de la Paz.

—Y disparándoles.

—Sí.

Él abrió la boca para preguntar si aquello era lo que realmente quería hacer, mientras uno de sus hijos supervivientes seguía desaparecido y la otra en paradero desconocido en un mundo casi hostil, pero captó su mirada, el destello que tan a menudo caracterizaba a Leia Organa, líder de la Alianza Rebelde en los oscuros días de la primera guerra contra el Imperio.

Aquellos tiempos sacaron lo mejor de algunas personas... personas como Leia Organa Solo. Ahora, los días volvían a ser oscuros. Ahora, a pesar del dolor y la incertidumbre, Leia volvía a ofrecer la mejor versión de sí misma.

Su Leia había vuelto.

—Firmo ahora mismo, señora.

—Bien. Necesitamos a un sinvergüenza como tú.

—¿Ya no tendré que ser encantador nunca más?

Ella se apoyó contra él para darle un beso. Tras ellos, resonó la cantarina voz de C-3PO.

—¡Amo Solo! El mecánico trae su nuevo sillón de copiloto.

Han y Leia se sobresaltaron; entonces, ella esbozó una silenciosa sonrisa.

—Como sinvergüenza reactivado, también puedo dispararle a ese lingote de oro, ¿verdad?

Ella agitó la cabeza.

—¿Así que ésa era la idea?

—Ésa era la idea.

* * *

Danni Quee se incorporó en su asiento y, por un breve momento, no pudo recordar qué la había despertado. Pero volvieron a resonar unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo automáticamente, apartándose el pelo de la cara.

La puerta se deslizó a un lado y Tam Elgrin apareció en el umbral, con las manos extendidas ante él, como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas. Las apoyó en las caderas, pero se lo pensó mejor y las cruzó ante él mientras se agachaba para no chocar contra el marco al dar un paso adelante. La puerta siseó al intentar cerrarse, reconoció la obstrucción del cuerpo en su camino y se abrió de nuevo.

—Hola, Tam. No sabía que pudieras estar en este pasillo.

Él le ofreció una tímida sonrisa y señaló el chip de identificación pegado en la pechera de su camisa.

—Estoy... esto... adscrito al grupo que efectúa reparaciones. Así que puedo estar aquí.

—Ah.

—¿Tienes algo que necesite ser reparado?

La puerta intentó cerrarse de nuevo. Tam la ignoró.

—No, en realidad no —Danni agitó la cabeza—. Suelo realizar yo misma el trabajo de mantenimiento.

—Oh, vale. Bueno, si alguna vez necesitas que te echen una mano, ya sabes, avísame.

—Lo haré.

Tam esperó allí, aguantando un nuevo ciclo de la puerta intentando cerrarse, antes de comprender que la conversación ya había acabado.

—Um, ¿puedo traerte algo? ¿Comida o bebida?

—No, ahora mismo no. Sin embargo, gracias por ofrecerte.

—Bien, entonces me voy.

—Adiós.

—Adiós.

La expresión de Tam cambió de perpleja a dolida. Se retiró de la puerta, frotándose una de sus sienes.

—Ese maldito dolor de cabe...

La puerta se cerró, cortando la última palabra.

Danni se desplomó sobre la mesa. Era la tercera vez en tres días que Tam se desviaba de su ruta para hablar con ella, en su estilo inimitablemente torpe. Era obvio que ella le interesaba, y eso era lo último que necesitaba.

No es que no le gustase, pero sus deberes —el análisis de la tecnología yuuzhan vong, por ejemplo— eran prioritarios. Además, tenía permiso para entrenarse en el uso de la Fuerza, ocasionales misiones con los Caballeros Salvajes, reuniones con los Internos y largas consultas con otros estudiosos de los yuuzhan vong, individuos como Cilghal, la sanadora Jedi de Mon Calamari. Y tenía que dormir, su afición favorita, más apreciada ahora debido a su escasez. Apenas tenía tiempo para las legiones de pilotos, oficiales, técnicos y civiles que pensaban que debía estar interesada en pasar tiempo con ellos.

Con Tam aún resultaba peor. La miraba con sus ojos grandes y necesitados, llenos de una emoción que no sabía cómo interpretar. No era amor, o afecto, o admiración. Era algo parecido al anhelo, sólo que peor.

Si no lo conociera, diría que era desesperación.

Se frotó los ojos en un vano intento por enfocar su visión; entonces, volvió a

concentrarse en sus instrumentos.

* * *

Mientras preparaba la cama, Iella preguntó:

—Wedge, ¿tienes alguna razón para desconfiar de Luke o de Mara? ¿De Tycho quizás?

Wedge se tiró de espaldas sobre la cama con una mueca de dolor, anticipando la acumulación de dolores que le esperaban durante el día.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Hace un par de días, encontré un micrófono en las habitaciones de los Skywalker. Era un trabajo de aficionado, lo escondieron en una pequeña placa de durocemento de su aseo, junto a una cañería de agua. O sea, que sólo podía captar conversaciones que tuvieran lugar en ese aseo individual, y sólo cuando el agua no fluyera a través de la cañería.

—Suena como si nos estuviera espiando alguien que no ha visto suficientes holodramas.

Ella se deslizó junto a él.

—Hoy he encontrado el receptor de escucha en el cuarto de Tycho.

Wedge rió entre dientes.

—¿Sospechas que a Tycho le encanta escuchar durante catorce horas diarias el llanto de un bebé?

—No, claro que no. Pero me lo tomo en serio porque no sé lo que significa. Cuando encuentro rastros de que un agente competente trabaja contra nosotros, sé lo que hay que hacer. Esto... esto es simplemente confuso.

—Quizá nuestro enemigo tenga dos dispositivos de escucha. Uno para escuchar y otro para culpar a Tycho.

—Buena suposición.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Dejar el micrófono, y avisar a Luke y a Mara para que no hablen en el aseo. Escribiré unas cuantas frases clave para que las oiga nuestro espía y veremos lo que sucede.

—Problema resuelto.

Wedge extendió la mano para apagar la luz de la cama.

Ocupación de Borleias, día 15

Había transcurrido casi una semana desde que la llegada de el *Lusankya*

permitiera derrotar a la flota yuuzhan vong. Desde entonces, escuadrones de coralitas y unidades incluso más pequeñas, con base en la capturada estación lunar de Pyria fustigaban a las naves de la Nueva República en órbita y realizaban algún que otro atrevido ataque contra el laboratorio biológico de tierra. Pero dichos ataques parecían poco más que provocaciones para tantear sus debilidades.

Luke Skywalker y un hombre llamado Kell Tainer trabajaban en el Ala-X del primero, arreglando los daños sufridos durante el último ataque. Eran daños menores en el casco y en algunos componentes desprendidos por las sacudidas, pero si permitían que se acumularan, podían terminar por inutilizar al caza de combate.

Tainer era alto y estaba en forma, la delgadez y elasticidad de sus músculos sugería que estaban preparados para actuar, no para exhibirse. El cabello castaño estaba en franco retroceso de su frente, pero caía largo y trenzado por su espalda; llevaba bigote y una cerrada barba. Parecía un minero de asteroides o un mecánico, pero ese aspecto no engañaba a Luke.

—Creí que eras de Inteligencia —comentó Luke. Un fino chorro de lubricante surgió inesperadamente de la pieza en la que estaba trabajando, dejando una marca rojinegra y zigzagueante en mejilla y frente. Apretó la abrazadera y se limpió la cara con un trapo—. Un Espectro, ¿no?

—Se supone que no deberías saberlo —respondió Kell con voz apagada. La parte superior de su cuerpo estaba encajada en el diminuto compartimiento de carga del caza, y balanceaba la inferior por la compuerta de acceso bajo la proa del Ala-X. Daba la impresión de que el caza de combate hubiera decidido convertirse en bestia carnívora y Kell fuera su primera presa—. Ahora tendré que matarte.

Luke sonrió ampliamente.

—¿Qué haces trabajando como mecánico?

—Era mecánico. Trabajé algún tiempo en un taller de reparaciones de Sluis Van, hasta que las fuerzas del almirante Thrawn lo volaron en pedazos. Pero podría preguntarte lo mismo. Se supone que eres un Maestro Jedi. ¿Qué haces trabajando de mecánico?

—La misma respuesta, más o menos. Cuando era niño, en Tatooine, tenía que encargarme del mantenimiento de toda la maquinaria de mi tío. Y éste es mi Ala-X.

—Encaja ahí, maldito... bien. El mecanismo eyector ya debería volver a funcionar. Déjame ajustar ese panel para que no metas los pies en el compartimiento de carga.

—No me gustaría. Aunque mis pies no siempre llegan al suelo.

Luke terminó de sellar la segunda válvula. Sacó la tubería dañada y atornilló la sustituta. Kell se deslizó fuera del compartimiento, como si el carnívoro Ala-X hubiera decidido que no valía la pena engullirlo. Aterrizó de pie, ágilmente para ser un hombre tan grande.

—¿Quieres probarlo? —preguntó al Jedi.

—No, gracias.

—Adelante, entra y Pruébalo. Es la única manera de estar seguros de que funciona.

Luke le echó un vistazo al techo de metal del hangar, situado a cinco metros por encima de sus cabezas.

—No, gracias.

—Aguafiestas —Kell se sujetó al casco de la nave, al borde de la cabina del piloto —la cubierta estaba levantada y podía hacerlo— y se movió con esfuerzo, agachándose dentro de la cabina; la mitad superior de su cuerpo volvió a desaparecer de la vista.

—Eres el marido de Tyria Sarkin, ¿verdad?

—Ah, por eso sabes que soy un Espectro. Sí, lo soy.

—¿Cómo le va?

Kell calló unos segundos. Luke oyó el traqueteante sonido de la llave hidráulica del mecánico.

—Le va bien. Se pasa la mayor parte del tiempo viajando con nuestro chico, Doran, enseñándole las maneras Jedi. Viaja tanto y tan lejos... que probablemente ni siquiera sabe hasta dónde ha llegado la invasión yuuzhan vong. Tenemos una especie de matrimonio a larga distancia. Meses de separación, alternados con extravagantes celebraciones por los reencuentros. Cuando la confirmaste como Caballero Jedi, se pasó meses, años, emocionada como una niña.

—Se lo ganó —Luke terminó de montar la segunda tubería y volvió a abrir las válvulas. La tubería vibró un poco mientras el lubricante pasaba a través de ella, pero resistió.

Luke sabía que Tyria Sarkin había tomado un camino extraño y solitario para una Jedi, pero era un sendero con el que estaba familiarizado, ya que una vez él mismo lo recorrió. Fue hace aproximadamente veinte años, cuando oyó hablar de Tyria por primera vez siendo una piloto de la Nueva República con las habilidades de la Fuerza, pero descubrió que sus poderes eran débiles y su autodisciplina insuficiente para transformarla en una Jedi. Se lo puso fácil y le sugirió que se concentrara en sus habilidades como piloto. Pero, en algún momento, encontró la disciplina que necesitaba y dimitió de las fuerzas aéreas para concentrarse en las disciplinas Jedi. Aprendió básicamente por sí misma viajando y explorando, experimentando e investigando, leyendo los comunicados y consejos que Luke le enviaba, pero sin asistir a la academia instaurada en Yavin 4. Lo más afortunado, pensaba Luke, era que nunca rechazó su guía y su autoridad como hicieron otros, Kyp Durrón por ejemplo; simplemente progresó a su estilo y a su ritmo.

Kell se dejó caer de nuevo al suelo de ferrocemento.

—Terminado.

—Yo también, casi —entonces, Luke sintió una nueva presencia y echó un vistazo hacia la entrada del hangar.

Iella Wessiri estaba allí de pie.

—Reunión de Internos —anunció—. En treinta minutos estándar.

—Los banthas cantan al amanecer —dijo Kell.

—¿Qué? —preguntó Iella, pestañeando de desconcierto.

—Ya sabes. Los banthas cantan al amanecer. ¿Cuál es la respuesta a la contraseña? —Kell le apuntó con su llave hidráulica como si fuera un láser—. ¿Acaso no eres Iella Wessiri, la directora de Inteligencia? Quítate ese enmascarador oogolith o abriré fuego.

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—Mi marido no me había dicho lo pesado que eres —se volvió hacia Luke—. Treinta minutos. Hay noticias.

Y se marchó. Kell mostró una expresión de disgusto.

—Nada de contraseñas, vale. ¿Qué clase de holodrama es éste?

* * *

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó Mara. Su voz no había subido tanto de tono como para traspasar las puertas, pero de repente parecía más aguda. Sobresaltó a Ben, pero el bebé se limitó a mirarla desde sus brazos, gorjeó, miró a Luke y extendió las manos hacia él. Su padre dejó que le cogiera el meñique de su mano natural.

—Que voy a ir a Coruscant.

—¿Por tus visiones?

—Cada vez son peores y más frecuentes. Sea lo que sea lo que suceda allí, está creciendo, fortaleciéndose. O va a crecer y fortalecerse, no sé si estoy viendo el presente o el futuro.

—O el pasado. Quizá ves algo relacionado con el ascenso al poder de Palpatine.

—No —rechazó, agitando la cabeza—. De ser así, las visiones no transmitirían esa sensación de urgencia.

—Bueno, envía a otro. Infiltrarse en la oscuridad es una misión de Inteligencia, no precisamente de un piloto de combate con una espada resplandeciente.

—Quizá tengas razón, quizá debería invitar a algunos tipos de Inteligencia. Pero, dado que es un asunto relacionado con la Fuerza, tiene que ir un Jedi —sonrió tranquilizadamente—. Todo es mejor con un Jedi cerca.

—¿Dónde has aprendido a sonreír así? ¿Has practicado con un holo de Han Solo? Escucha, no tengo objeciones a que vaya un Jedi en esta misión, pero no puedes ser tú. Tú no puedes ir.

—¿Por qué no?

—Porque *yo* no puedo ir. Tengo que quedarme con Ben.

—Tengo que ser *yo*, Mara. La galaxia se cae a pedazos y los Jedi necesitan liderazgo. La mayoría aceptaría a cualquiera líder *excepto* a mí, porque creen que soy una especie de sabio pasivo y prematuramente envejecido que vive en lo alto de una montaña. Creo que para ellos sería bueno enterarse que he liderado una misión en Coruscant. Tendrán que pensar en mi perspectiva y mis opiniones —a Luke se le ocurrió que Leia estaría encantada con el sesgo político de su razonamiento... y entonces se dio cuenta que, una vez más, volvía a jugar en el campo de batalla de Leia, el universo de la política, donde ella era una consumada maestra y él un torpe novato.

—No lo hagas, Skywalker.

—Tengo que hacerlo. Ven *conmigo*.

—Aquí me necesitan.

—Eso es lo que te dictan tus sentimientos. ¿Qué te dicta la Fuerza?

Sus ojos relampaguearon.

—No me dicta nada.

—Entonces, no estás abierta a ella. Tienes miedo de adónde puede conducirte, tienes miedo de que te diga que necesitas separarte un poco de Ben, aunque sea temporalmente.

Mara no permitió que su rostro transmitiera ninguna emoción.

—Te diré lo que me da miedo. Que mi marido se esté convirtiendo en una especie de reseo místico del desierto, al margen de las emociones humanas.

—La oferta sigue en pie hasta que me vaya —suspiró Luke, abandonando la discusión. Señaló la puerta de la sala de conferencias con la cabeza—. Ahora tenemos que reunirnos con los demás.

* * *

Luke se sentó en su silla habitual, al lado de Wedge. Mara, todavía con expresión pétrea, lo hizo junto a Han y Leia.

Nadie hablaba; todos miraban a Iella Wessiri moviéndose a lo largo de una pared, pasando lenta y rítmicamente un dispositivo electrónico. Las luces del aparato parpadeaban con una pauta blanquecina.

Wedge esperó hasta que su esposa terminara, asintiendo con la cabeza para indicar que la sala estaba libre de dispositivos de escucha.

—Hace dos horas —empezó Wedge—, llegó una nave de refugiados procedente del cúmulo estelar Hapes. Formaba parte de una flotilla que se dirigía hacia Hapes en el mayor de los secretos. Pero los yuuzhan vong interceptaron la flotilla y esa nave

fue la única que logró escapar. Esto coincide, palabra por palabra, con las noticias que hoy mismo hemos recibido de Talón Karrde. Los vong se están centrando en rastrear y atacar el tráfico de refugiados.

Sospecho que la flota de la Nueva República bajo el mando directo del Consejo será incapaz de dedicar recursos a este problema, así que tendremos que hacerlo nosotros. Estoy abierto a toda clase de ideas.

—Como primer paso —dijo Luke—, debemos deducir qué se proponen los yuuzhan vong y cómo consiguen información exacta sobre los movimientos de las naves de refugiados. Es posible que se hayan infiltrado en la red de refugiados... en ese caso, querrás que un Jedi viaje en algunos de esos convoyes y busque algún miembro de la tripulación que no sea detectado por la Fuerza.

—Buen punto —admitió Wedge—. ¿Qué más?

Danni Quee alzó la mano al fondo de la sala.

—Podrían estar utilizando alguna clase de criatura para rastrear las naves.

—Otra buena idea —reconoció Wedge—. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Probablemente, una criatura así rastreará las fluctuaciones gravitacionales que señalan la presencia de las naves —consideró Danni—. Puedo construir un dispositivo detector similar al que estoy usando para rastrear las actividades yammosk. Si lo montamos en una nave de refugiados, grabará los flujos gravitacionales y determinará si a bordo viaja una criatura de esas características. Pero si la nave no sobrevive al viaje y no podemos recuperar la grabación, no nos servirá de nada.

Corran Horn tomó la palabra.

—Deberemos asegurarnos que la nave sobreviva. Podemos preparar una sorpresa para los vong, y enviar la nave a distintas misiones hasta que decidan atacarla. Eso tendría un beneficio adicional; si las naves asignadas a esa misión empiezan a desaparecer, puede que se replanteen la operación.

—Bien —dijo Wedge.

—Pero si los yuuzhan vong no están utilizando criaturas para rastrear anomalías gravitacionales, tendremos que seguir buscando el agujero en la seguridad de la red de refugiados. Habrá que eliminar el problema a la antigua usanza —continuó Corran.

—Parece que tenemos varias tácticas a considerar —dudó Wedge—. Necesitaremos un voluntario que coordine todos los equipos, y ese voluntario tendrá que trabajar con Tycho y conmigo para aunar esfuerzos. ¿Alguien se ofrece?

Para sorpresa de todos, la mano de Lando fue la primera en alzarse.

—Creo que ya es hora de dejar en ridículo a los vong —aseguró—. Con mi estilo inimitable, por supuesto.

—Por supuesto —Wedge sonrió abiertamente.

—Necesitaré tener acceso a Talón Karrde, al dispositivo de Danni, a un escuadrón de cazas estelares, quizá a un Jedi o dos, y a mucho brandy. Nunca insistiré lo bastante en la parte del brandy.

Wedge le dirigió una mirada' llena de dudas.

—Creo que podremos proporcionarte lo que necesitas. ¿Algo más?

—Sí, voy a ir a Coruscant —Luke lanzó una mirada de disculpa a Mara—. Allí está pasando algo al margen de las actividades de los yuuzhan vong, y tengo que saber lo que es. Sospecho que, una vez allí, encontraré alguna manera de regresar; pero no sé cómo llegar a la superficie del planeta.

—Inteligencia puede llevarte —informó Iella—. Habíamos pensado enviar un equipo, necesitamos organizar células de resistencia en Coruscant. Podríamos combinar ambas misiones —le dedicó una retorcida sonrisa—. Incluso puedo darte ese mecánico tan molesto.

—Oh, muchas gracias —aceptó Luke, con cara de póquer.

Mundonave del Dominio Lah, órbita de Myrkr

Era un guerrero yuuzhan vong con el rostro tan completamente tatuado y surcado de cicatrices, que aquellas decoraciones ocultaban las arrugas de la edad. Llevaba una armadura de cangrejo vonduun reforzada para ocultar las flaquezas de una senectud activa; en las manos, enrollado como una larga cuerda, tenía un anfibastón poco común, mucho más largo y delgado de lo habitual.

No se veía a menudo un guerrero yuuzhan vong tan viejo. La mayoría solía sufrir una muerte honorable antes de llegar a esa edad.

Caminó por detrás de los negros bancos de coral de su sala de instrucción, por detrás de las filas de sus alumnos, oficiales guerreros vestidos únicamente con un taparrabos. En un extremo de la sala, insectos brillo adoptaron la forma de un planeta y de sus plataformas y pantallas defensivas, más las fuerzas atacantes yuuzhan vong.

—Mirad el cuadrante superior derecho del mundo de Coruscant —ordenó—. Fijaos como la corriente de naves se toma incandescente y desaparece. Esas naves transportaban refugiados enemigos, y han desaparecido porque las dirigimos a una región del espacio protegida por las defensas automáticas pasivas del enemigo. Cuando no pudieron soportar la idea de que sus inocentes parientes estuvieran siendo aniquilados por sus propias defensas, las bajaron y conseguimos entrar en su mundo-santuario —los insectos brillo alteraron su configuración para que la corriente de naves atravesara el escudo, ahora acompañándola de colores que sugerían naves yuuzhan vong—. Ahora bien, ¿cuál era la pieza vital de información que necesitábamos saber para llevar a cabo ese plan?

Por un momento reinó el silencio. Un guerrero joven, de cuerpo escasamente

agraciado con cicatrices o tatuajes, se puso en pie, rígido, dándole la espalda al anciano instructor.

—Necesitábamos saber la localización de sus defensas pasivas.

El viejo yuuzhan vong echó hacia atrás su anfibastón y después lo hizo restallar hacia delante. La puntiaguda cola se clavó en la espalda del guerrero, abriendo un agujero junto al hombro. Mientras el otro recogía su látigo viviente, el agujero empezó a sangrar.

—Siéntate —dijo el anciano—. Acabas de recibir una marca de Czulkang Lah. Todos los que estudian conmigo recibirán varias, consideradlas insignias de honor, una señal de que habéis sobrevivido a la instrucción con Czulkang Lah. Pero los más inútiles de vosotros recibiréis muchas, innumerables marcas, y esa abundancia de cicatrices dirá a otros oficiales que sois idiotas. Os recomiendo que no merezcáis demasiadas. Ahora, ¿quién sabe responder a la pregunta?

Nadie se puso en pie o habló. El anciano guerrero suspiró.

—Todos en pie, todos excepto aquél que tenga valor de aventurar una respuesta.

Todos los estudiantes obedecieron, menos el que todavía estaba sangrando. Czulkang Lah los azotó, metódica y rítmicamente, abriendo dos agujeros en sus espaldas. Los guerreros no gritaron, ninguno dejó escapar otro ruido que no fuera un gruñido ocasional, pero recordarían aquel día y que su temor a ofrecer una respuesta equivocada les hizo merecedores de la ira de su maestro.

Cuando ya había azotado a la mitad del grupo de treinta estudiantes, uno todavía indemne dijo:

—Teníamos que saber que el enemigo los sacrificaría a todos para salvar a unos cuantos. Teníamos que saber cómo pensaban.

—Siéntate —ordenó Czulkang Lah, antes de seguir propinando latigazos y perdonando al que había hablado. Cuando todas las espaldas menos una sangraban, agregó—: Sentaos todos.

—Ahora, *pensad*. Tudrath Dyn tiene razón. Teníamos que conocer su debilidad... y su fuerza, su habilidad para entrenar a grandes guerreros, a pesar de su flaqueza ante el dolor y la muerte, su odioso amor hacia las máquinas... y su correcta evaluación de la efectividad de esas máquinas. Teníamos que *saber*. De otro modo, no los hubiéramos derrotado en Coruscant; de otro modo, no los derrotaremos en ninguna otra parte.

Un guerrero con la espalda ensangrentada se levantó de su asiento.

—¿Puedo hacer una pregunta, Maestro Bélico?

—No soy un Maestro Bélico —le rectificó Czulkang Lah—. No desde hace toda una vida. Sí, puedes preguntar. Castigo las conclusiones equivocadas, no la curiosidad.

—¿Cómo se puede comprender al enemigo sin llegar a pensar como él? Y si

aprendemos a pensar como el enemigo, ¿no seremos infectados por su forma de pensar y nos convertiremos en un peligro para los yuuzhan vong?

—Buena pregunta. Siéntate —Czulkang Lah avanzó hasta situarse frente a sus alumnos—. La respuesta es la que sospechas. Para un táctico teórico, pensar como el enemigo es infectarse con sus errores. Si la infección no es demasiado extensa, el táctico podrá curarse volviéndose a sumergir en nuestras creencias; si la infección es demasiado grande, siempre podrá encontrar una manera de morir honorablemente, sabiendo que su sacrificio nos ha enriquecido. Por tanto, la infección no es un problema... a menos que la contagie a otros. Recordad, y ésta es la lección que el enemigo no comprendió en Coruscant, la supervivencia individual no es importante. Tan pronto os situéis en el lugar de aquellos que desean morir, habréis dado otro paso hacia la sabiduría estratégica —miró más allá de las filas de estudiantes a la figura, una silueta distante, que acababa de entrar en la cámara de coral—. De momento, hemos terminado. Marchaos.

Salieron de la sala silenciosamente, mirando apenas de reojo al visitante, que permanecía en las sombras envuelto en su voluminosa capa.

Cuando no quedó ninguno, Czulkang Lah dio un paso adelante.

—¿Eres tú?

—Padre —saludó Tsavong Lah, abriendo la capa.

Czulkang Lah inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Hijo. ¿Vienes de visita o como Maestro Bélico?

—Como hijo y como Maestro Bélico —Tsavong Lah se movió para acercarse a su padre—. Como hijo te pregunto, ¿cómo te encuentras?

Czulkang Lah desnudó sus dientes; sus líneas rotas e irregulares podían vislumbrarse a través de sus labios cortados, que ahora mostraba claramente.

—¿Cómo crees? Estoy viejo y sin el refuerzo de mi armadura... apenas podría moverme. Los dolores que me aquejan no tienen nada que ver con las marcas que me he ganado durante todos estos años. Sólo soy un pequeño pero honorable prisionero desprovisto de mando, que ruega porque su hijo no muera.

—Eso ha cambiado.

—¿Ya no deseas que enseñe a los jóvenes?

—Deseo que recuperes el mando.

Czulkang Lah no se molestó en ocultar su sorpresa. Se inclinó hacia su hijo, como si esos centímetros menos le permitieran verlo mejor.

—Háblame.

—Hemos sido humillados por una guarnición que defiende cierto mundo en una encrucijada hiperespacial. Borleias. Estoy seguro que lo conoces.

—El Sistema Pyria. El centro organizativo del ataque a Coruscant.

—Exacto. La guarnición defiende ese mundo con salvajismo y tácticas brillantes,

pero no estamos seguros del motivo. El estudio de una de las instalaciones técnicas del sistema pareció indicar que estaban desarrollando algo, una nueva arma. Desgraciadamente, antes de huir, sus científicos pudieron destruir la mayor parte de las pruebas. Ahora están utilizando recursos y tácticas que no podemos explicar, pero que sugieren que tienen algo en marcha. Necesito que alguien vaya allí, descubra el misterio y destruya la guarnición... y que lo haga de tal forma, que nuestra vergüenza se olvide y la suya se tome legendaria.

—No. Busca a otro.

—¿Por qué?

—Cuando tenga éxito, sólo me quedará el regusto amargo de lo que una vez fui. No lo haré a menos que, una vez todo acabe, retenga el mando, que vuelva ser lo que una vez fui.

Tsavong Lah dudó, momento que aprovechó Czulkang Lah:

—Temes que me gane la lealtad de los oficiales, de todo el Dominio Lah, y te arrebaté lo que una vez me arrebataste a mí... pero no lo haré. Hace años me opuse a ti porque me oponía a viajar hasta esta galaxia, me oponía a atacar a estos infieles. *Pero ahora estamos aquí*, y no tengo razón para oponerme a ti, ni para intrigar contra ti. Todo lo que te exijo, es que me des una razón para seguir viviendo.

Su hijo dudó otro momento, antes de asentir.

—Cuando Borleias haya caído, conservarás el mando e historias de nuevas hazañas se sumarán a tu leyenda, como debe ser. De momento, deseo que tomes el mando del Dominio Huí y de todos sus recursos, que vayas al Sistema Pyria y hagas lo que te he descrito.

—Así se hará —un momento después, Czulkang Lah agregó—: Me alegra que vinieras a pedírmelo en persona.

—No importa cuáles sean nuestras discrepancias, sigues siendo un héroe para los yuuzhan vong, y yo tu hijo. No te debo menos.

Punto de encuentro en el espacio profundo

El transporte de personal *Jeolocas* salió del hiperespacio exactamente dónde se suponía que debía hacerlo, tan lejos de cualquier sistema estelar y de cualquier ruta hiperespacial conocida, que lo único que sus ocupantes tendrían que haber visto eran las estrellas y las nebulosas en todo su color y pureza.

En cambio, mientras las vertiginosas líneas del viaje hiperespacial desaparecían y el *Jeolocas* entraba en el espacio real, desde el puente observaron claramente el análogo yuuzhan vong de una fragata, una masa oblonga de reluciente coral yorik rojo y negro a menos de veinte kilómetros, dentro del alcance de sus armas.

El capitán del *Jeolocas*, un joven corelliano que creció oyendo las hazañas de famosos pilotos como Han Solo y Wedge Antilles, sintió de repente que el parentesco compartido con aquellos héroes se desvanecía ante el frío reconocimiento de su propia mortalidad. Por primera vez en su vida, no sintió la ambición de ver una nave espacial enemiga en la retícula de su objetivo, ni de combatir con pilotos enemigos en el calor de la batalla. De hecho, el servicio mercantil le pareció de repente más peligroso de lo que podía soportar.

—Estamos muertos —sentenció con un hilo de voz.

La oficial que se encontraba a su lado, una hembra twi'leko de piel azul pálido, se limitó a sonreír.

—No, a menos que quieras.

—¿Qué?

La miró fijamente, buscando cualquier mínima señal de pena, desconcierto o sorpresa. No vio ninguna, Apenas la conocía —había embarcado un día antes, directamente recomendada por Talón Karrde—, y ahora se dio cuenta de que lo único que *sabía* de ella, su nombre y su expediente, tenían que ser falsos. Echó una mirada a su alrededor, a todo el puente de mando y comprendió que ella había enviado a otros cinco oficiales a realizar diversas tareas antes de abandonar el hiperespacio, dejándolos solos.

—Usted sabía que estarían aquí.

—Sí.

—Pertenece a la Brigada de la Paz. Nos ha vendido...

—No importa quién soy y a qué pertenezco. Sólo importa que haga lo que le diga.

El extrajo su láser. Había practicado durante años, hasta desenfundar tan suave y rápidamente que su movimiento no podía seguirse con la vista. Había practicado hasta que el mismo Han Sólo, si alguna vez llegaba a conocerlo, tendría que sentirse impresionado por su velocidad y su puntería.

Pero ahora, mientras extraía el arma, sintió un dolor agudo en la muñeca.

Miró hacia abajo. Su mano estaba vacía y doblada en un ángulo extraño. Su láser lo tenía la mujer twi'leko y le había colocado el cañón bajo la barbilla. Ahora parecía más seria, como decidiendo si lo perdonaba por intentar matarla. El dolor de su muñeca se extendió hasta el codo y progresó lentamente hacia el hombro mientras la contemplaba sin comprender.

—¿Quiere vivir? —preguntó la mujer.

Él asintió con la cabeza.

Ella volvió a sonreír. Con su mano libre le quitó la gorra de capitán y se la encasquetó en su propia cabeza.

—Entonces, escóndase. No salga hasta que yo lo llame.

Él dio media vuelta y se marchó del puente caminando rígidamente. Por el rabillo del ojo pudo ver, a través del ventanal, que la fragata yuuzhan vong lanzaba una especie de lanzadera.

De repente, la idea de ser menos valiente y atrevido que Han Solo no le importó tanto como solía. Podía ser menos valiente y atrevido que Han Solo el resto de su vida... siempre que el resto de su vida se midiera en años y no en minutos.

* * *

La esclusa de aire se abrió y el guerrero blindado guió a su unidad yuuzhan vong por los odiosos corredores metálicos del transporte.

Le esperaba un solo oficial, una hembra de una especie que ya había visto antes, una especie cuyo nombre no podía recordar; su piel era de un agradable azul dos tonos más luminoso que las bolsas bajo sus ojos, y su cabeza sin pelo se dividía por la parte trasera en dos colas carnosas. Llevaba uniforme azul y gorra, ambos decorados con hilo de oro. A sus pies podía verse un láser.

—Soy Bastori Rak —anunció—. ¿Quién es el capitán?

—Soy yo —la hembra le ofreció una respetuosa reverencia, pero no lo miró a los ojos. Ni mostró miedo.

Bastori Rak dudó un momento. Su táctica habitual durante los abordajes era instigar miedo y dolor en los oficiales para eliminar toda posibilidad de desafío, pero ahora no le planteaban ningún desafío. Era obvio que la hembra ya se sabía súbdita

de los yuuzhan vong. Pensó brevemente en golpearla, por si acaso, pero decidió probar la magnitud de su voluntaria obediencia.

Clavó el extremo puntiagudo de su anfibastón en el láser, atravesándolo y destrozándolo hasta llegar a la cubierta; entonces, agitó su arma para liberarla de los restos del láser.

—¿Qué transportáis y cuál era vuestro destino? —preguntó.

—Íbamos al cúmulo estelar Hapes con una carga compuesta principalmente por refugiados —respondió ella—. Somos siete tripulantes, trescientos veintiséis refugiados, trescientos cuarenta si contamos los que viajan en compartimientos ocultos, así como comida, efectos personales, artículos para comerciar y materiales de entrenamiento Jedi. ¿Quiere que le dé los códigos de seguridad de nuestro ordenador?

—Sí. ¿Y dice que transporta material de entrenamiento *Jeedai*?

—Sí.

—¿Qué clase de materiales?

—No estoy segura, sólo vi el contenido de un barril. Allí había holos de entrenamiento, de historia y filosofía Jedi, agentes infecciosos que transforman seres normales en Jedi, muchos sables láser de su nueva fábrica... ese tipo de cosas.

Por un momento, Bastori Rak sólo pudo boquear de emoción. Visiones de su futuro pasaron brevemente ante sus ojos. Un hallazgo de esta importancia supondría un ascenso, su nombre alcanzaría una fama largo tiempo merecida. Finalmente, consiguió hablar:

—¿Hay *Jeedai* aquí?

—No creo —contestó la mujer tras pensarlo un segundo—. Aunque si hay, supongo que estarán destruyendo los materiales de entrenamiento.

—Llévanos allí enseguida.

Ella se encogió de hombros y tomó el largo corredor que conducía a las profundidades del transporte.

Dos niveles más abajo, en una de las bodegas delanteras, Bastori Rak y sus guerreros contemplaron con repugnancia las altas hileras de contenedores casi idénticos, un obvio producto mecánico, mientras la hembra los guiaba por los pasillos que formaban aquellas cosas.

—Allí —dijo, señalando una zona abierta entre dos hileras donde podían verse contenedores de metal, de un metro de alto y casi un metro de ancho en su punto más grueso, ordenados en filas de cuatro. Cada uno de ellos llevaba una etiqueta: PROPIEDAD DE LA ACADEMIA JEDI. PELIGRO. NO ABRIR.

Bastori Rak sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Podemos moverlos sin peligro?

—Creo que no —opinó la mujer. Sostuvo su mano en alto con la palma hacia el

techo, un gesto que sugirió que estaba pidiendo algo.

—Permítame demostrárselo.

Bastori Rak la observó y se dio cuenta que ahora sí lo miraba a los ojos con expresión burlona.

Por el rabillo del ojo, Bastori Rak vio que algo plateado caía del techo hasta la palma de la mujer.

Era la empuñadura de un sable láser.

—Abraza el dolor, caracortada —escupió la mujer, conectando el arma. Una luminosa hoja plateada de energía cobró vida de repente.

El distintivo siseo del arma hizo que Bastori Rak entrara en acción. Giró su anfibastón en un movimiento de bloqueo.

Su ataque, un tajo lateral, burló el bloqueo. Cortó el villip en miniatura de su hombro y le chamuscó el cuello entre la armadura de cangrejo vonduun de su torso y el casco. Sintió un dolor cegador, demasiado para aceptarlo o ignorarlo, y el anfibastón voló de entre sus dedos mientras se derrumbaba.

Pero no estaba muerto, aún podía ver. Y vio que su segundo al mando atacaba a la mujer, vio que ésta detenía su ataque con elegancia y oyó su risa, vio que la tapa de los barriles *Jeedai* saltaba por los aires mientras sus contenidos se ponían en pie, abriéndose camino a través del delgado metal que los sellaba.

Sus contenidos eran droides, droides bélicos, y tenían sus armas a punto. Los láseres surgieron de ellas, atravesando a sus guerreros.

Todo en su visión era de una blancura cegadora. Luchó por mantenerse despierto, pero no pudo. Murió viendo a sus guerreros caer ante el fuego concentrado de los odiados droides bélicos.

El coronel Gavin Darklighter, sentado en la oscuridad, únicamente visible gracias a las luces de su panel de instrumentos, conectó el comunicador:

—Ésa es la señal. Lanzamiento.

La oscuridad sobre su cabeza se partió, mientras el camuflaje de su Ala-X —un contenedor de carga adosado a la parte superior del casco del transporte—, se abría y desplegaba. A su alrededor, los otros once cazas de combate del Escuadrón Pícaro también estaban siendo liberados, forzando sus impulsores mientras se lanzaban contra la fragata enemiga.

Los yuuzhan vong reaccionaron rápidamente, Gavin tenía que admitirlo. Casi en el mismo momento que el Escuadrón Pícaro despegaba del transporte, los cañones de plasma de la fragata abrieron fuego, lanzando torrentes de material incandescente contra los Ala-X.

—Alerones en posición de ataque y fuego a discreción —ordenó.

Las alas de los doce cazas formaron su característica equis. Antes siquiera de que Gavin centrara el blanco, Nevil y otros dos Picaros ya disparaban sus torpedos de

protones.

Gavin y el resto esperaron un puñado de segundos, imprimiendo un giro a sus naves en un intento por escapar a los disparos de los cañones de plasma; entonces, abrieron fuego con sus láseres. Doce juegos de cuatro láseres enlazados enviaron su energía destructora a través de los veinte kilómetros de espacio en dirección a la fragata, dejando atrás los torpedos de protones... y desapareciendo en los vacíos proyectados por los dovin basal. Éstos reaccionaban ante la primera amenaza que llegaba hasta ellos, creando sus singularidades gravitacionales y engullendo la mayor parte de su energía.

Todavía lo estaban haciendo, cuando los torpedos de protones fulguraron entre el casco de la fragata y ellos. Detonaron: una, dos, tres brillantes explosiones y, mientras la última empezaba a marchitarse, Gavin pudo ver a la poderosa fragata partirse en dos, y cómo cada una de las dos partes escupía escombros llameantes. Los cañones de plasma dejaron de vomitar energía hacia el Escuadrón Pícaro, aunque dos de ellos seguían disparando, enviando su ardiente material al espacio abierto.

—Muerte confirmada, ninguna baja amiga —informó Gavin—. ¿Me recibe, jugador?

El comunicador transmitió el suave tono de Lando Calrissian.

—Recibido, líder Pícaro. Aquí tampoco hemos sufrido ninguna baja. Un plan perfectamente ejecutado.

—Entonces, nos veremos en la base. Líder Pícaro fuera.

Gavin guió al escuadrón en un giro calculado para terminar orientados hacia Borleias. Unos segundos después, saltaron al hiperespacio.

* * *

Lando contempló el campo de batalla que había sido la bodega. Veinte guerreros yuuzhan vong yacían muertos sobre la cubierta, algunos ni siquiera reconocibles como humanoides bípedos. Los quince droides bélicos de Lando y Alema Rar, la Jedi twi'leko, se movían entre ellos, eliminando anfibastones y ocasionales insectos aturdidores y cortadores liberados por los láseres que mataran a sus dueños. Alema silbaba mientras trabajaba.

Lando consultó su datapad y envió una señal para buscar un aparato similar en otra parte de la nave.

—Nada. El dispositivo de Danni no indica ninguna fluctuación gravitacional extraña. Lo que significa que probablemente no haya ninguna criatura yuuzhan vong en esta nave.

Alema asintió con la cabeza y apagó su sable láser.

—Los refugiados deben estar delatándose unos a otros, no sé por qué. Quizá

amenazan a sus familias, quizá los sobornan —se encogió de hombros—. Ya lo averiguaremos.

Lando centró su atención en su droide ayudante.

—Uno-Uno-A, limpiemos esto. Líbrate únicamente de los restos biológicos, no te preocupes por las quemaduras de los láseres. Quédate con una muestra representativa de las armas, mételas en un barril y séllalo. Entonces, llévalo a la lanzadera.

—De acuerdo —aceptó Uno-Uno-A.

—¿Te gustaría celebrarlo? —ésa era Alema. Su sonrisa resultaba curiosa, de una gravedad artificial.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Lando, retrocediendo un paso.

Ella siguió sonriendo.

—Oh —él le devolvió su mejor sonrisa, modulando su voz hasta un tono opaco—. Me adulas, pero soy un hombre casado.

Ella movió la cabeza, como si pensara que la respuesta estaba incompleta.

—Así que declino la oferta —concluyó él.

—Entonces, prepararé la lanzadera —respondió, encogiéndose de hombros, como si no le importase.

Cuando se hubo ido, Lando volvió con 1-1A.

—Recuérdame otra vez la recompensa por ser virtuoso.

—Nunca se lo he recordado antes.

—Era un comentario retórico.

—Ni tampoco le he hablado nunca de tal recompensa antes de no recordárselo.

—Seguía siendo retórico. Si vas a estar hablando así siempre, necesitare actualizar el módulo conversacional.

Oyeron a Alema en la distancia.

—¡Capitán, capitán, dondequiera que esté! ¡Ahora ya puede salir!

Ocupación de Borleias, día 30

Leia despertó a Han. La habitación estaba oscura, y él tuvo la sensación de que apenas habían pasado unos minutos desde que se fuera a dormir. El aturdimiento cayó sobre él como una segunda manta. Se le ocurrió que quizás Borleias nunca se convirtió en un verdadero mundo colonial porque los que vivían allí nunca dormían lo suficiente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué?

—El centro de mando acaba de avisar por el intercomunicador —dijo Leia. Su voz parecía sobreexcitada, con una felicidad que Han no oía desde hacía mucho tiempo—. Jaina acaba de entrar en el sistema y viene hacia aquí. Vis...

El aturdimiento de Han desapareció como el escudo de un caza de combate frente

a un cañón láser y se encontró de pie, tambaleándose hacia el armario de su ropa.

—... tete.

Luke los vio descender del cielo en espiral: un Ala-X, aparentemente bastante castigado, y un carguero hapano en forma de disco; aterrizaron en el mismo lugar donde lo hicieran las naves del Consejo.

Jaina Solo —en cierto modo heredera de la talla de su padre Han, pero con los rasgos engañosamente delicados de su madre y su mata de pelo pegada al cuero cabelludo tras muchas horas bajo un casco— descendió por la rampa del carguero y fue inmediatamente tragada por los abrazos de sus padres. Tras ella, Lowbacca, con la nariz alzada, como intentando olfatear a los amigos entre la multitud, lanzó un retumbante gruñido wookiee de bienvenida mientras Tahiri, Zekk y otros amigos de la academia se saltaban el cordón de espectadores para abrazarlo.

Kyp Durrón descendió de la cabina del Ala-X. Delgado y de cabello oscuro, con afilados rasgos que parecían esculpidos para mostrar permanentemente rabia y descontento, aunque ahora parecían tranquilos. Por una vez no vestía con sus elegantes ropas civiles, sino que llevaba un anónimo uniforme de piloto.

Luke se acercó a Kyp, pero Mara no lo siguió, estaba esperando una oportunidad para hablar con Jaina. Luke saludó al problemático Jedi con una inclinación de cabeza que, esperaba, pareciera amistosa.

—Kyp...

—Maestro Skywalker —extrañamente, no había ironía ni cólera en la voz de Kyp.

—Pareces cansado.

—No, no lo estoy —negó Kyp—. Sólo diferente.

* * *

Prepararon un refrigerio para los recién llegados y se dispusieron a escuchar su relato —un recuento resumido y deslavazado, porque Jaina, Kyp y Lowbacca tendían a interrumpirse mutuamente con correcciones y disquisiciones— de los días pasados en Hapes tras la partida de Han y Leia. Wedge, actuando más o menos de maestro de ceremonias, aportó un participante más; Luke se sorprendió al ver a Jag Fel entrar en la sala.

Fel era un joven alto y enjuto, con el cabello negro casi rapado y una cicatriz que comenzaba en su ceja derecha, ascendía por la frente y desaparecía bajo un mechón de pelo blanco. Era sobrino de Wedge y, nada sorprendente, un gran piloto que había heredado los reflejos de ambas familias, la Antilles y la Fel, criado entre los militaristas Chiss de piel azul, con los que sus padres escogieron vivir. El uniforme negro de Fel recordaba al de los antiguos pilotos imperiales de cazas de combate TIE,

pero su corte era diferente, con cintas rojas a lo largo de la chaqueta y los pantalones. Luke era consciente que Jag había estado en Hapes con Jaina, pero creyó que había partido de allí hacia regiones distantes del espacio.

Han intentó encontrar asientos cerca de Jaina pero, curiosamente, Leia eligió uno lo bastante alejado para darle un poco de distancia, para observar a su hija con cierta perspectiva.

—Así que los yuuzhan vong se están congregando en tomo a Hapes, pero Tenel Ka está allí como Reina Madre —resumió Luke—. Tiene su parte buena y su parte mala. Aunque su flota se haya visto tan reducida y el peligro esté tan próximo, Hapes podría ser un buen aliado para nosotros. Debemos ofrecerle toda la ayuda posible para impedir que los vong realicen nuevas incursiones.

Kyp hizo una agria mueca.

—No creo que Hapes pueda librarse —entonces, miró pensativo a los demás y añadió—: Por otra parte, no quisiera ofender a nadie con mi opinión.

—Tenemos suerte de que todo nos haya salido bien allí —apuntó Luke—. Ta'a Chume podría seguir al mando y ponernos las cosas más difíciles —se giró hacia Jaina—. Hablando en serio, quiero que comprendas que no estoy cuestionando tu decisión. No estoy diciendo que debiste lanzarte contra el detonador termal que significaría un matrimonio con Isolder.

Jaina le ofreció una sonrisa imperturbable.

—Sé lo que quieres decir, tío. Tomé la decisión correcta.

Han se inclinó hacia un lado para poder susurrar a Leia.

—Ha cambiado en el escaso tiempo que ha pasado desde que nos marchamos de Hapes.

Leia asintió con la cabeza, un movimiento imperceptible para todos menos para él.

—Parece más tranquila. Creo que ha solucionado uno de los conflictos que la carcomían por dentro. Pero, sea cuál sea, no está relacionado conmigo. Cuando la estaba abrazando ahí fuera, no conseguía relajarse.

—Ya encontrará la forma de superarlo. Dale tiempo.

Wedge, concentrado en Jaina, preguntó:

—¿Cuáles son ahora tus planes? Todavía estas en la lista de reserva del Escuadrón Pícaro, pero tu situación es única, así que no pienso enrolarte de nuevo si Luke y tú creéis que serás más útil en otra parte. Puedo ponerte en contacto con otro de los grupos de la flota, si es lo que quieres... pero nos iría muy bien tu habilidad como piloto aquí, en Borleias.

Jaina miró a su alrededor. Han vio que sus ojos se detenían muy brevemente en él, en Leia y, curiosamente, en Kyp y Jag.

—Me gustaría quedarme, pero quiero hacer algo. Quiero formar un nuevo

escuadrón de cazas estelares, siempre que pueda reunir suficientes pilotos y material, y practicar algunas tácticas que involucran la Fuerza. Una coordinación basada en la Fuerza.

Luke alzó inquisitivamente las cejas.

—¿Algo así como lo que Joruu C'baoth hizo por Thrawn?

—No hablo de historia antigua, hablo del presente —matizó Jaina, encogiéndose de hombros. Contempló las muecas de reproche que recibía de todos los presentes que pasaban de los treinta años y les ofreció una sonrisa tranquila—. No, no quería que sonara así. Quiero decir, no me refiero a preparar algo a una escala tan grande como C'baoth, sólo un escuadrón de combate. Los yuuzhan vong creen que tengo algún tipo de relación con Yun-Harla, su diosa de la mentira. Me gustaría jugar con ese concepto... y eso significa utilizar métodos engañosos. O que a ellos les parezcan engañosos. Eso, para mí, significa la Fuerza. La Fuerza y los mejores consejos que puedan darme los mejores pilotos, como el tío Luke y el general Antilles.

—No sé mucho sobre esa diosa de la mentira —reconoció Wedge—, pero creo que tiene mucho potencial para la guerra psicológica. Así que me siento inclinado a aceptar la idea. Pero, Jaina, si queremos convencer a los yuuzhan vong de que tienes relación con esa tal Yun-Harla, nosotros también tendremos que tratarte como una diosa.

—Suenas terrible, ¿verdad? —Y Jaina volvió a exhibir una sonrisa.

—No estoy bromeando. Sospecho que implicará un tratamiento especial, hasta el punto de que puedes sentirte aislada. Tendrás que recibir beneficios y consideraciones que no te has ganado, y eso provocará malas relaciones con pilotos que sí se los merecen. Sólo podrás hablar libremente con las personas que conozcan el secreto y sólo en zonas que Inteligencia haya comprobado libres de posibles escuchas. Vas a distanciarte mucho de la gente.

—No será un problema.

Luke se inclinó hacia ella.

—Yo también creo que debería hacerse. Todo lo que pueda desconcertar o debilitar a los yuuzhan vong merece la pena probarse. Y dado que ahora tengo otra misión prioritaria, ¿por qué no le cedemos el mando del Escuadrón Soles Gemelos? Siempre que tú lo apruebes, Wedge.

La cabeza de Jaina se giró como si la hubiera obligado un luchador wookiee.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Y no creo que con eso perdamos simbolismo ante los yuuzhan vong. Imaginaos, Luke Skywalker le cede su escuadrón personal a...

—Un escuadrón con la palabra «gemelo» en su nombre —añadió Jag, casi susurrando.

—Bien visto —aceptó Luke—. En realidad se llama así en recuerdo de Tatooine,

pero ellos no lo saben.

Wedge asintió.

—Jaina podría ganar un poco de experiencia, y además sé algo que ella no sabe. Corran Horn regresa al Escuadrón Pícaro, eso significa que tendríamos dos escuadrones de cazas estelares con Jedi en ellos. Podríamos permitirnos experimentos todavía más extravagantes con las tácticas.

—Yo he volado con un caza desde Hapes —intervino Jag—, pero la idea de aprender tácticas que necesiten coordinarse a través de la Fuerza, y encima jugando con las mentes de nuestros enemigos, es intrigante. Creo que me gustaría unirme al Escuadrón Soles Gemelos.

—Yo también me apuntaría —añadió Kyp Durrón. Han vio un momentáneo brillo de sorpresa en los ojos de Luke.

Wedge no molestó en ocultar la suya.

—¿Estáis seguros de aceptar órdenes de un líder de escuadrón con mucha menos experiencia de mando que vosotros?

—Sí —reconoció Jag—. Sé tanto dar órdenes como recibirlas. Y mi segunda al mando, Shawnkyr Nuruodo, está cualificada para liderar el escuadrón que he traído.

Kyp asintió con la cabeza.

—Sospecho que saldré ganando si analizo y aconsejo en vez de dar órdenes. Si me escuece demasiado, siempre puedo pedir un cambio de destino.

Han sintió la respiración de Leia en su oreja y oyó su susurro.

—Creo que Jaina no es la única que ha cambiado.

—Obviamente, es un Kyp falso —susurró él a su vez—. Tú distráelo y yo le dispararé por debajo de la mesa.

Wedge le dirigió a Jaina una sonrisa, ligeramente teñida de divertida malicia.

—Entonces, de acuerdo. Ya tienes un escuadrón al que reconfigurar como guardia de honor de la encamación de una diosa yuuzhan vong. Eso significa que lo primero a lo que deberás enfrentarte es a un montón de problemas burocráticos. Veré si encuentro un piloto ewok para ponerte las cosas un poco más difíciles. Antes de darte cuenta, tendrás mi edad.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Coruscant

Nen Yim se encontraba de pie por encima del Maestro Bélico, tumbado sobre la mesa. Le producía intranquilidad porque su vida estaba en juego, y todo, incluso el simple hecho de estar de pie mientras Tsavong Lah yacía ante ella, le parecía antinatural.

Era una mujer yuuzhan vong, miembro de la casta de los cuidadores. Como tal, llevaba el tocado viviente típico de su casta y, entre las decoraciones y mutilaciones

vivas se encontraba su mano derecha, que no era con la que nació, sino una mano de ocho dedos, cada uno capaz de actuar como una herramienta útil para su profesión. Su maestra, Mezhan Kwaad, fue condenada por herética, desobedecer a los yuuzhan vong gobernantes y ser despectiva con los dioses, pero Nen Yim aprendió muchos secretos de ella. Pronto fue elegida por el mismo Sumo Señor Shimrra como su cuidadora personal, que la prestó temporalmente al Maestro Bélico.

Bajo una lente curvada —una criatura viviente que ajustaba su forma para conseguir la amplificación que su operadora deseaba— estaba el brazo izquierdo de Tsavong Lah. Nen Yim lo estudió cuidadosamente, notando la aparición de carne en la unión entre el brazo yuuzhan vong y la garra radank, observando la conducta de los devoradores de carroña sobre él. Los veía enormes, del tamaño de la uña de un pulgar, con el vello puntiagudo, las afiladas patas angulosas y las pinzas, siempre ansiosas de excavar a través de la carne.

—¿Y bien? —exigió el Maestro Bélico.

Nen Yim pensó su respuesta, pero tenía poco que perder ofreciéndole la verdad desnuda, así que el retraso no fue largo.

—Poco puedo decir tras un examen tan breve, pero puedo presentar los hechos. Primero, lo que os está pasando, no es un rechazo de injerto que yo haya visto jamás.

—¿Por qué?

—Estas criaturas se engendran para consumir carne muerta. Son muy útiles para limpiar las heridas y están atacando los tejidos necróticos de la unión de ambos brazos, pero debería haber poco o ningún tejido necrótico porque ambos, vuestro brazo natural y la garra de radank se están regenerando. En un rechazo normal, tal como vemos en los Avergonzados, una parte o la otra no logra regenerarse y los devoradores de carroña se extienden a través de esa porción del cuerpo del infortunado hasta que hacen desaparecer la conexión entre la carne original y la nueva carne.

El Maestro Bélico no la interrumpió, así que Nen Yim se sintió segura y continuó:

—Segundo, porque vuestra carne yuuzhan vong se está regenerando a un ritmo más lento que la radank, y como la carne yuuzhan vong se necrosa en la unión de ambas, el efecto es que la garra de radank aumenta de tamaño, ocupando una porción mayor del brazo mientras que la carne original disminuye.

—Eso puedo verlo.

—Pero es antinatural, especialmente antinatural porque, tercero, al crecer, la garra de radank parece estar desarrollando características de radank, como si alguien estuviera recreando lentamente toda la criatura a través de la absorción de vuestro cuerpo. Es una extraña patología.

—Si fuera algo deliberado por parte de un cuidador, ¿por qué lo haría de esta manera?

Nen Yim apartó el dispositivo óptico de Tsavong Lah y lo situó sobre una superficie sembrada con muestras de tejido tomadas del Maestro Bélico.

—Si tuviera que especular, diría que la presencia de los devoradores de carroña es necesaria para convencer a un observador casual, y a todo el que no sea especialista en técnicas cuidadoras, de que el rechazo es inminente; esto requiere el sacrificio de carne a los parásitos. Pero vuestro brazo parece básicamente sano, lo que significa que si el proceso puede detenerse, será tan funcional como si se hubiera trasplantado sin dificultad.

—En otras palabras, aparenta un rechazo pero sin dañarme extensamente.

—Correcto, Maestro Bélico.

—¿Tú podrías hacerme esto? ¿Podrías hacer que un injerto actuara de esta manera?

—Eso creo. Nunca me he detenido a pensar en tal tarea, naturalmente... pero, aparte de utilizar técnicas diferentes diseñadas para cumplir con un fin específico, creo que podría encontrar una manera de hacerlo.

—¿Qué tendrías que hacerle a tu víctima? —Tsavong Lah se sentó, envolviéndose en su capa, y de nuevo quedó por encima de la humilde cuidadora.

—Tendría que preparar el punto donde ambas carnes entran en contacto para que reaccionase a ciertas sustancias. Entonces, una vez el implante se realizara con éxito, debería mantener el suministro de esas sustancias en la unión del implante con la carne original.

Tsavong Lah agitó la cabeza.

—No hay forma de que me suministren tal veneno. Las medidas que tomo para mantener mi comida pura son demasiado extremas.

—¿Os tocan? —las palabras surgieron antes de que pudiera contenerlas, antes de que recordarse que alguien de su nivel no podía realizar una pregunta directa al Maestro Bélico sin cumplir primero con una serie de formalismos rituales. Tragó saliva a pesar del miedo y siguió—: Me disculpo por mi falta de modales. Pero se me ocurre que si tuviera que examinar vuestra lesión rutinariamente, podría introducir esas sustancias directamente. O quizás mediante criaturas especializadas parecidas a los devoradores de carroña, engendradas para transportar esas sustancias y morir, en lugar de consumir carne muerta.

El Maestro Bélico ignoró su falta de protocolo.

—Durante sus exámenes, toca mi carne y la del injerto. ¿Puedes contrarrestar sus esfuerzos?

—No lo sé. Ni siquiera sé con seguridad que esto sea producido por un cuidador. También *podría* ser una señal del disgusto de un dios —Nen Yim se dio cuenta de la impaciencia del Maestro Bélico por su respuesta, y no se detuvo—: Pero, asumiendo que sea el trabajo de un cuidador, primero necesitaría examinar vuestro brazo

inmediatamente después de su visita, para descubrir cualquier nueva sustancia o parásitos que haya podido introducir.

—Se hará como dices —Tsavong Lah le hizo una seña para que volviera a ponerse la pesada capa con la que había ocultado sus rasgos para llegar hasta la cámara—. Serás llevada a unos aposentos. Haz una lista de lo que necesitarás. Si alguien te pregunta porqué estás aquí, le dirás que estas preparando a mi sierva infiel, Viqi Shesh, para ciertos experimentos —como si adivinase los pensamientos de Nen Yim, el Maestro Bélico agregó—: No, no experimentarás con ella, pero ese engaño aplacará a los curiosos.

—Como deseéis, Maestro Bélico —hizo una reverencia y se embozó en su capa.

Ocupación de Borleias, día 37

—¿Qué se supone que estoy viendo? —preguntó Iella. Se encontraba en el despacho de Danni, un poco fastidiada por malgastar un tiempo precioso que necesitaba para su trabajo de Inteligencia.

Danni tecleó algo en el datapad de Iella. Las imágenes volvieron a pasar: guerreros yuuzhan vong en un corredor apenas iluminado. Cargaban contra quien fuera que llevara la holocámara con gritos aterradores y movimientos ligeramente alienígenas.

—Esto es lo que grabó Tam Elgrin. Estaba con un grupo de personas en un edificio de Coruscant, cuando una patrulla yuuzhan vong los descubrió y los persiguió. El era de los últimos del grupo cuando grabó esto. Entonces, apagó la holocámara para concentrarse en la huida y corrió. La mayoría de los demás no consiguió escapar.

—¿Y?

—Hay algo raro en la grabación y en el propio Tam. Se comporta de forma extraña, más de lo normal en alguien que sólo sea tímido o no sepa como interactuar socialmente. Al menos eso pienso, y he estado intentando deducir por qué. He pasado esta grabación una y otra vez; primero, buscando hasta el más mínimo retazo de información sobre las tácticas de caza yuuzhan vong, y después sobre Tam... Y al final comprendí que esa sensación de rareza no tenía nada que ver con los yuuzhan vong.

—Me he perdido.

—Acudí a los Espectros y les pedí que echaran un vistazo, que analizaran la grabación en su tiempo libre.

—¿Tienen tiempo libre? No recuerdo permitirles tener tiempo libre. En fin, ¿qué averiguaron?

—Puede oírse el eco de nueve pisadas en ese vestíbulo. Puedes contar hasta ocho

yuuzhan vong visibles en la grabación, así que el otro tiene que ser Tam.

—Ocho yuuzhan vong y *un* humano —Iella volvió a repasar la grabación repitiéndola infinitamente—. Eso significa que Tam no estaba con el grupo de humanos.

—Exacto.

—¿Por qué mentirnos? —la respuesta encajó antes de que Iella terminara la pregunta—. Porque si admitía que estaba solo, debería tener una explicación realmente buena de cómo consiguió escapar de esos guerreros.

—Premio de nuevo.

—Y eso significa que *no* escapó.

Danni se encogió de hombros.

—Ésa es mi suposición. Pero yo no soy de Inteligencia.

—¿Quieres un traslado?

—No creo que me lo permitieran —respondió, sonriendo. Iella extrajo la tarjeta de datos de su datapad.

—¿Te importa que me quede esto?

—Adelante, ya he hecho copias. Y muchas.

—Buen trabajo, Danni —Iella se levantó y se alejó hacia la puerta— si alguna vez te apetece entrar en el negocio de Inteligencia, házmelo saber.

* * *

—Líder de los Soles Gemelos preparada —informó Jaina—. Todo en verde.

La vibración de los motores de su Ala-X y el quejido de toda clase de artefactos que llenaban el hangar de Operaciones Especiales le produjeron una familiar sensación de bienvenida.

—Gemelo Dos, listo —ése era Kyp—. Voy a volar con una diosa.

—Gemelo Tres, preparado —ése era Jag y, como Jaina había previsto, omitió cualquier sarcasmo o comentario no pertinente.

—*Tiempo Récord*, listos para elevarnos.

Momentos después, los dos Ala-X y el desgarrador de Jag, formaron un trío con el *Tiempo Récord*, el transporte tropas dañado durante la toma de Borleias y después reparado en el planeta, avanzando pesadamente tras ellos. Salieron fácilmente del hangar y se elevaron hacia el cielo estrellado que ya anunciaba el alba.

Jaina lanzó una mirada a estribor, hacia el desgarrador de Jag. Esa variante del caza estelar TIE tenía la esfera de la carlinga redondeada y los dos motores de iones típicos de los cazas e interceptores TIE clásicos, pero de allí donde los motores se unían a la cabina del piloto, emergían cuatro alas en forma de garra. Jaina no sabía si sentirse complacida o irritada ante la incongruencia artística de incluir aquella clase

de vehículo en el escuadrón de Ala-X, e intentó pensar qué decidiría una diosa yuuzhan vong.

Tras varios minutos, mucho después de abandonar la atmósfera borleiana y dirigirse a un sector del espacio pyriano lejos de cualquier actividad naval, conectó su intercomunicador.

—Kyp, recuérdame emitir una orden para que todos los cazas de este escuadrón sean decorados individualmente por sus pilotos. Nada de uniformidad. Y eso incluye a sus astromecánicos.

—Así se hará, diosa.

Jag añadió:

—Llegando a la zona de prácticas en diez, nueve, ocho...

Instantes después, los cazas estelares redujeron la marcha hasta detenerse a una distancia considerable de Borleias y esperaron, flotando en el espacio, hasta que el *Tiempo Récord* los alcanzó.

—¿Cómo piensas decorar tu caza, Jag? —preguntó Jaina.

—Pintaré la carlinga de negro —respondió éste inmediatamente—. Las garras serán plateadas con salpicaduras rojo sangre en ellas. Como si toda la nave fuera una garra de verdad. El color metálico es para incomodar a los vong, claro. Si no, utilizaría otro color más natural.

—¿Y has pensado todo eso, desde que he decidido que todos debemos decorar nuestros cazas?

—No. Ya lo había decidido hace días, cuando calculé que darías esa orden.

¿Hace *días*? Jaina sintió una llamarada de sorpresa e irritación. ¿Cómo se atrevía a predecir sus órdenes de esa manera?

¿Cómo se atrevía a predecirlas con tanto éxito?

Pero dominó el sentimiento. Los Caballeros Jedi necesitaban permanecer serenos. Los líderes de escuadrón no deberían permitir que sus pilotos los pillasen desprevenidos, aunque los pillasen desprevenidos. Apenas sonrió.

—Bueno, es un buen diseño. Lo apruebo.

—Gracias —notó un levísimo tono de burla en su respuesta, y Jaina sintió que su humor se agriaba ligeramente. No era cierto, como pensaban algunos pilotos de la Nueva República, que Jag Fel actuara siempre como si se sintiera superior. Pero sí lo era que siempre parecía descubrir cualquier clase de engaño, siempre parecía saber la verdad detrás de lo que le decían. A nadie le gustaba que le descubrieran sus mentirijillas, que descubrieran lo que había detrás de su imagen.

Por otra parte, eso significaba que a Jag le sería más difícil comportarse como si fuera el siervo de una diosa encamada. Jaina sonrió para sí misma. Encontraría una forma de incomodarlo, de penetrar en su imperturbable forma de ser.

—*Tiempo Récord* situándose en posición —el anuncio a través del

intercomunicador sacó a Jaina de su ensueño.

—Desplegad los señuelos —ordenó Jaina—. Bien, Kyp, demostrémosle a Jag cómo se utiliza la Fuerza.

De una de las bodegas del *Tiempo Récord* surgieron una serie de contenedores. Eran los recipientes más deteriorados que encontraron, de entre todos los que traían suministros para la guarnición del Sistema Pyria, demasiado aplastados o corroídos para seguir usándolos. Ahora, cada uno tenía dos zonas rojas pintadas a los lados y unos sensores adosados a esos blancos. Dieron media vuelta por el espacio a la velocidad de llegada del *Tiempo Récord*.

Jaina hizo que su caza tomara un rumbo que interceptase la ruta de los contenedores en un ángulo de noventa grados.

—Estoy abierto, diosa.

Jaina suprimió una mueca. Debería haber sabido que Kyp estaría preparado para enlazarse con ella mediante la Fuerza, debería haberlo sentido.

Pero se mantenía un poco cerrada. Era mejor así, no quería estar tan estrechamente unida a Kyp, que pudiera sentirla a través de la Fuerza. Terminaría torturándose cuando y si seguía a sus hermanos en la muerte.

Cuando, no si.

Aunque permitió que la ayudara a volver del Lado Oscuro recientemente, aunque incluso lo reconoció como un segundo Maestro Jedi —sin reemplazar a Mara como su verdadera Maestra—, era mejor mantenerlo a cierta distancia.

Pero no podía hacerlo todo el tiempo, así que, aunque con un toque de incomodidad, extendió sus percepciones de la Fuerza hacia Kyp, lo encontró y, en cierto sentido, se fundió con él.

No era un vínculo tan íntimo y eficaz como el que compartían Luke y Mara. Pero, claro, tampoco quería que lo fuera. Esa clase de cercanía no era buena.

Frunció el ceño ante ese pensamiento, preguntándose de dónde había salido y si Kyp lo habría captado, pero no sintió ninguna emoción en él. Indudablemente, no.

—Bien, Jag. Kyp y yo vamos a escoger un objetivo y atacarlo. Los sensores nos dirán si lo hemos hecho al unísono o por cuánto hemos fallado, lo bien o lo mal que nos coordinamos a través de la Fuerza. Por pura diversión, quiero ver cuánto tardas en abrir un agujero en el blanco tras nuestros dos disparos.

—Considéralo hecho.

Se orientaron hacia los contenedores. Jaina y Kyp se movían al unísono, con una precisión sólo posible a través de la Fuerza. Jag los siguió, situándose entre ambos y ligeramente retrasado, maniobrando con tanta rapidez y precisión como le era posible sin la coordinación de la Fuerza.

Jaina eligió su blanco —un contenedor que giraba sobre su eje, dos contenedores a estribor del más cercano a ellos— y disparó. Sus láseres enlazados y los de Kyp

surgieron en lo que pareció el mismo momento exacto, y alcanzaron las dianas rojas simultáneamente, reduciendo ambos lados del contenedor a escoria fundida. Una fracción de segundo después, los de Jag acertaron en el centro del rotante blanco partiéndolo en dos.

—No está mal —Jaina consultó su tablero de comunicaciones—. Cuatro centésimas de segundo entre nuestros dos disparos, Kyp; los tuyos en segundo lugar. Necesitamos mejorarlo. Jag, tú has disparado veintiséis centésimas de segundo después de Kyp. Bastante bien, considerando que no sabías qué blanco elegiríamos.

—En realidad, sí. Deduje que no sería el más cercano, demasiado fácil. Dado que la elección entre los otros dos estaba a un cincuenta por ciento, y cómo volaste a estribor más de la mitad del tiempo, supuse que no escogerías el blanco que venía en esa dirección, así que me centré en el segundo. Claro que, si me hubiera equivocado, habría tardado una fracción de segundo mucho mayor acertar el blanco que habías escogido.

Jaina suspiró con fuerza. Jag estaba decidido a incomodarla prediciendo sus actos, pero dominó de nuevo sus emociones, convirtiéndolas en algo parecido a la serenidad y simplemente pulsó el botón de su intercomunicador como reconocimiento del mensaje.

—Intentémoslo de nuevo —sugirió.

La segunda vez fue muy parecida a la primera. Los disparos de Jaina y Kyp siguieron separados por unas centésimas de segundo; el de Jag, un poco más rápido que el del primer blanco.

—Has supuesto que elegiría el contenedor que sigue nuestro curso. Un blanco menos —dijo Jaina.

—Sí.

—Probemos otra vez.

* * *

Cuando Luke terminaba de preparar su equipo para las actividades del día, Mara entró la habitación. Llevaba a Ben en los brazos, despierto, tirándole del pelo y de los labios, pero toda la atención de Mara estaba puesta en Luke.

—Voy a Coruscant contigo.

Eso detuvo a Luke en seco.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—El tiempo. He tenido tiempo para calmarme, tiempo para pensar. Comprendo que no hay nadie más adecuado que tú para detener al enemigo que amenaza a Ben, y que no hay nadie más adecuado que yo para cuidarte las espaldas —se encogió de hombros y miró el rostro de su hijo.

—Últimamente he pensado que si esperaba hasta que los enemigos de Ben estuvieran delante mismo de mis narices antes matarlos, es que le había fallado.

La expresión de Mara era tan melancólica que Luke sintió un nudo en la garganta.

—Escucha, estaba a punto de ir a la selva con Tahiri para plantar unos cuantos sensores gravimétricos. ¿Quieres acompañarnos?

—¿Crees que a Leia no le importará quedarse con Ben? —preguntó ella a su vez.

—Creo que le encantará.

* * *

Luke, Mara y Tahiri se internaron unos cuantos cientos de metros en la jungla, más allá de la zona de seguridad. Avanzaron entre la espesa selva, haciendo el suficiente ruido como para alertar a cualquier probable observador yuuzhan vong, y llegaron a la primera de las zonas seleccionadas.

Luke se quitó la mochila y de su interior extrajo un pesado martillo de mango corto. Se lo enseñó a Tahiri.

—Ésta era el arma favorita de los Jedi antes de que inventaran el sable láser.

Ella frunció el ceño, con la confusión pintada en sus verdes ojos.

—Es una broma.

—Claro que es una broma. Vamos. ¿El martillo Jedi? —sonrió, antes de buscar a su esposa—. ¿Mara?

Ella sacó una estaca de metal de su propia mochila. Medía casi un metro de longitud y uno de sus extremos era muy ancho. Apoyó en el suelo el otro extremo, el puntiagudo.

—Adelante. Siempre he pensado que los trabajos manuales en los que tienes que golpear pesadas cosas de metal con otras pesadas cosas de metal, es trabajo de hombres.

Con golpes rápidos y fuertes, Luke enterró la estaca hasta que únicamente su cabeza emergía del suelo. Entonces, extendió tierra y hojas encima de ella.

—¿Y eso transmite fluctuaciones gravimétricas? —Tahiri parecía dudar.

—Ajá —Luke guardó el martillo en su mochila y volvió a cargársela a la espalda. Pesaba menos, varios kilos menos que antes. Pretendió no darse cuenta de ello, ni de que el suelo bajo la mochila se agitaba un poco—. ¿Listos?

—Listos —secundó Tahiri. Mara apenas movió la cabeza.

Mientras cambiaban de posición, Luke susurró:

—¿Y bien?

—Creo que nos están vigilando —susurró a su vez Tahiri—. Quiero decir, todo parece tranquilo en lo que refiere a los yuuzhan vong, pero no estoy segura.

—Yo, sí —aseguró Luke—. ¿No captas cómo los insectos han enmudecido hacia

el este, delante de nosotros?

—Yo... —Tahiri parecía avergonzada—. Podría haberlo hecho de haber pensado en ello. Pero no lo hice.

—No te sientas mal. Estabas pensando en los vong...

—Los yuuzhan vong.

—Estabas pensando en los yuuzhan vong en vez de pensar como una Jedi. Supongo que no es fácil concentrarse en ambas cosas a la vez, ¿verdad?

Tahiri negó con la cabeza.

—Los tenemos delante. Espero que no sea el mismo grupo que nos espiaba, no ha tenido tiempo material para adelantarnos.

—Buen trabajo —la felicitó Mara—. ¿Cuándo podemos esperarlos?

—Esperarán hasta que no podamos oír lo que está haciendo el primer grupo en el lugar en donde clavamos las estacas —dijo Tahiri—. Pero estarán impacientes, nos atacarán pronto... ¡Ahora!

Tahiri conectó su sable láser; su chasquido-siseo anunció la aparición de la resplandeciente hoja, justo a tiempo para interceptar un insecto aturridor. El insecto estalló en una explosión de luz y desapareció con un chisporroteo.

Luke encendió el suyo, pero le dio la espalda a Tahiri. Gracias a su visión periférica vio que Mara hacía lo mismo. Los tres esperaron espalda contra espalda, mientras los guerreros yuuzhan vong surgían de la selva.

Eran cinco. Y el primero se dirigió hacia Luke a toda velocidad, confiado en que el primer insecto aturridor hubiera distraído al Jedi. Luke hizo girar su sable láser para interceptar su anfibastón y rodó hacia atrás, haciendo que el yuuzhan vong pasara por su lado en su desenfrenada carrera. «Tuyo» —pensó.

Casi sin mirar, Mara movió su sable láser golpeando la cara del guerrero antes de que pudiera frenar.

El siguiente atacó a Tahiri, con su anfibastón rígido y sujeto con ambas manos. Ella paró el primer golpe y el segundo, y lanzó un puntapié contra la rodilla de su enemigo, pero el impacto de su pie descalzó contra la armadura de cangrejo vonduun no lo frenó en absoluto.

Otros dos atacaron al unísono, saltando contra Mara desde una pantalla de follaje. Ella invirtió su sable láser para que la empuñadura quedara arriba y la hoja abajo, deteniendo los ataques bajos de los anfibastones y usando su arma como un paraguas defensivo. Cuando uno de ellos cambió de táctica, para atacar por alto y sobrepasar su defensa, Mara le dio una patada, una preciso patada que le alcanzó bajo la mandíbula y lo envió de vuelta al follaje.

El último se dirigió hacia Luke. Era más lento, más paciente que sus camaradas. Luke fingió un ataque, y ya preparaba un golpe invertido cuando vio que su oponente alzaba el anfibastón para pararlo... Entonces, algo en la pose y el movimiento del

guerrero disparó una alarma en su mente. Se dejó caer sobre una rodilla y el veneno lanzado por el anfibastón de su enemigo pasó inofensivo por encima de su cabeza.

Inofensivo para él, pero Luke vio como trazaba un arco hacia Tahiri. Ella dio un paso atrás mientras su enemigo atacaba, y el veneno roció la máscara del guerrero, penetrando en ella a través de la abertura de los ojos. El yuuzhan vong gorgoteó, reprimiendo un grito de dolor o de miedo.

Desde su posición agachada, Luke saltó por encima de su antagonista, girando al caer y lanzando una estocada con su sable láser a la cabeza del yuuzhan vong. Éste paró el golpe con su anfibastón y ya estaba apuntando con la cola puntiaguda de su arma al Maestro Jedi cuando aterrizó. Luke lo desvió apenas unos centímetros y la hoja de energía raspó toda la longitud del anfibastón. El guerrero saltó hacia atrás antes de que el sable láser le amputara los dedos.

El enemigo de Tahiri había caído con el veneno fluyendo de un ojo y el humo surgiendo del otro, y ella pudo moverse a tiempo de interceptar al segundo enemigo de Mara cuando volvió a surgir de la espesa selva. Desconcertado por la ferocidad del ataque, el guerrero yuuzhan vong se permitió la retirada. Ambos desaparecieron entre la vegetación.

El enemigo de Luke lanzó la cabeza de la serpiente de su anfibastón. Luke la esquivó y aquella cosa venenosa chasqueó a un pelo de él. Entonces, la mano de Mara se cerró sobre ella, justo tras la cabeza, y dio un tirón. El guerrero cayó hacia delante, desequilibrado durante un letal segundo, y Luke pudo colar su sable láser en un punto vulnerable bajo el casco del guerrero. La carne hirvió. El guerrero cayó.

Luke giró. Mara estaba lanzando el anfibastón capturado contra la cara de su enemigo; el guerrero lo desvió desdeñosamente y alzó su arma.

Luke lanzó su propio sable láser contra el guerrero y añadió un suave toque con la Fuerza para hacer que su vuelo fuera excéntrico, imprevisible. El guerrero logró esquivarlo, pero se distrajo demasiado; Mara tuvo tiempo de clavar su hoja en la juntura del brazo derecho de la armadura, cercenando su brazo completamente. Cuando cayó, ella lo remató de un mandoble en la cara.

Luke movió la mano y su sable láser, ya apagado, voló hasta su mano.

—¿Tahiri?

—Aquí —la chica emergió ilesa de entre los árboles—. Mira lo que llevaba el mío —en su mano tenía una estaca de metal.

Luke frunció el ceño.

—¿Es la que acabamos de clavar?

—No, es otra.

—Éxito —comentó Mara.

—Vamos —dijo Luke—. Antes de que recibamos más visitas.

Se dirigieron al segundo lugar previsto en su plan. Allí clavarían otra estaca, otra

estaca que contenía un sensor, pero que estaba destinada a que los yuuzhan vong la encontraran y la arrancaran.

Porque los sensores importantes estaban en la bolsa de Luke. Cada uno de ellos era un pequeño droide del tamaño de los pequeños droides de reparaciones que podían encontrarse en todas las naves capitales. Contenían los mismos sensores gravimétricos de las estacas, pero también moduladores excavadores programados para salir por la abertura del fondo de la mochila y excavar en el blando suelo. Los yuuzhan vong podían descubrir todas las estacas plantadas y arrancalas... pero había muchas posibilidades de que no encontraran un solo droide excavador.

Luke había luchado contra muchos tipos de seres taimados, pero ahora por lo general se sentía contento de tener personas taimadas de su lado.

* * *

A medida que eliminaban blanco tras blanco, Jaina se volvió más hábil eligiendo objetivos que Jag no podía anticipar; el tiempo entre los disparos de Kyp y de Jag fue creciendo hasta llegar al medio segundo estándar. Jaina sintió que había logrado una ligera victoria. Por lo menos, Jag ya no podía estar seguro de su habilidad para anticipare a ella. Pero el hueco entre los disparos de Jaina y de Kyp seguía siendo el mismo.

—Tengo una idea —dijo Jag—. Sobre esa coordinación de la Fuerza.

Jaina casi se rió.

—Jag, no sabes nada de la Fuerza. Eres tan ciego a ella como tu tío.

—Sí, y mi tío también la hubiera tenido. Yo veo vuestra conexión a través de la Fuerza como una especie de interfaz neuronal entre Kyp y tú. Asumiendo que os permite comunicaros con impulsos a la velocidad de la luz, el impulso activa en ambos el reflejo del disparo. ¿Correcto?

—Es posible.

—Así que, quizá, la diferencia de tiempo entre vuestros disparos es aproximadamente la diferencia entre vuestras reacciones físicas. Tú eres más joven que Kyp. Quizá deberías dudar un poco tras tomar la decisión de disparar, o permitir que Kyp escoja el blanco y sigas su estela.

Jaina miró por encima del hombro, allí donde el desgarrador de Jag flotaba, y le dirigió una mirada llena de dudas.

—Está bien, probemos.

En su siguiente prueba, la diferencia entre los disparos de Jaina y Kyp fue de una centésima de un segundo, aún favorable a Jaina.

Kyp silbó.

—Bien pensado, Fel. Sigamos unas cuantas veces más... —su voz se quebró.

Jaina también lo sintió. Miró fijamente al espacio, en dirección a la estrella Pyria.

—¿Qué sucede? —preguntó Jag.

—Algo... —Jaina cambió su comunicador a la frecuencia de la flota y recurrió a su programa de navegación. Orientó su Ala-X hacia la fuente de su desasosiego para tener una lectura del curso hacia ese punto distante.

—Líder de Soles Gemelos a Control.

—Aquí Control —era la voz de un hombre que hablaba con una desinteresada lentitud.

—¿Tiene algo en este lado del sistema, digamos en un curso aproximado hacia Arkania?

Se produjo un retraso de unos segundos.

—Negativo.

—Pues hay algo... voy a dirigir a mi equipo hacia allí. Manténganse alerta —cambió a la frecuencia de su escuadrón—. Vamos, mortales.

—Como desees, diosa.

Jag respondió con un clic de su comunicador.

Ocupación de Borleias, día 37

Jaina y sus pilotos surcaron el espacio pyriano tan rápido como sus motores se lo permitieron, acercándose al sol del sistema para aprovechar el pequeño impulso gravitacional y lanzándose hacia el origen de la perturbación que Kyp y Jaina habían sentido. La perturbación no disminuyó, sino que creció más clara, más fuerte.

Minutos después, Iella Wessiri conectaba el comunicador del centro de mando.

—¿Qué tenemos?

—No estoy segura. Simplemente es una sensación en la Fuerza.

—Entonces, no pueden ser yuuzhan vong.

—Pero podría estar relacionado con los vong —intervino Jag.

—Cierto.

—¿Podéis enfocar los sensores sobre nuestro curso para ver lo que tenemos delante de nosotros?

—Negativo. El sol se interpone entre nosotros y vuestra ruta. Sin embargo, hemos hecho maniobrar al *Sueño Rebelde* para que os rastreen y anticipen vuestro curso. Debe estar colocándose en posición en estos momentos —Iella calló un momento—. El *Sueño Rebelde* informa de una señal grande y múltiples pequeñas. Las anomalías gravitacionales sugieren que son yuuzhan vong. El general Antilles solicita que le echéis un vistazo, pero tened cuidado.

—Estamos en ello —el general Antilles *solicita*. Jaina agitó la cabeza, Wedge tenía razón. Tardaría en acostumbrarse a toda aquella comedia de pasar por una diosa.

Muy pronto, las distantes anomalías se transformaron en blips, y ella empezó a detectarlos en sus sensores visuales.

El blip más cercano era el análogo yuuzhan vong de una fragata, escoltada por una pantalla de coralitas. Tras ella, a cierta distancia, rodeada por una pantalla de naves capitales yuuzhan vong...

—Control, es una mundonave —advirtió Jaina—. Y grande, incluso para el estándar vong —sintió que tenía la boca seca. No era la mundonave en órbita de Myrkr, la mundonave donde habían muerto Anakin y Jacen, pero ver tan pronto otra de aquellas inmensas naves vivientes la hizo sentirse enferma.

—Entendido, líder Sol Gemelo. Sugiero que regresen.

—Negativo —Jaina hizo una ligera corrección de rumbo para que su caza interceptase la ruta de la fragata—. Necesitamos saber por qué envían una sonda tan pequeña.

La voz de Jag resonó en la frecuencia del escuadrón.

—Esa sonda «tan pequeña» incluye una fragata. Es lo suficientemente grande para causarnos problemas.

—Sí, pero es en ella donde siento la perturbación en la Fuerza —había decidido que la perturbación no tenía el ansia salvaje característica de un voxyn. No, lo que sentía era dolor.

Entonces, pudieron ver a la fragata y su escolta. Tres coralitas se desgajaron de la formación para dirigirse hacia ellos.

—¿Tres? ¿Sólo tres? —Kyp se sintió insultado—. ¿Creen que bastan tres coralitas para acabar con nosotros?

—No —ése era Jag—. Sólo pretenden que reduzcamos la velocidad. Podemos ignorarlos y recibir un poco de fuego de los cañones de plasma, o enfrentarnos a ellos y dejar que la fragata pase de largo.

—Nos enfrentaremos a ellos —ordenó Jaina—. Ya la atraparemos después.

Los coralitas empezaron a disparar.

—Pongamos en práctica nuestras nuevas tácticas —Jaina extendió su percepción de la Fuerza y encontró que Kyp la estaba esperando como una mano extendida. Los tres adoptaron su formación primitiva: los dos Ala-X delante, y el desgarrador TIE detrás, entre ellos. Viraron, rodaron y se deslizaron casi al unísono, eludiendo siempre el plasma y los grutchins.

Jaina escogió un objetivo, el coralita trasero a estribor, y Kyp el momento de disparar. El dovin basal de la nave enemiga creó su vacío directamente frente a los láseres de Jaina, pero los de Kyp destrozaron la proa del coralita, aniquilando al dovin basal. Entonces, Jag perforó la cubierta de la cabina del piloto, abriendo ardientes agujeros por toda ella. El coralita siguió su curso al cruzarse con los Soles Gemelos, mientras que sus dos compañeros giraban en redondo para lanzar otro ataque.

Jaina comprobó el retraso del ataque de Jag en los sensores de a bordo.

—¡Tres cuartos de segundo! Jag, te has dormido.

—Yo diría que te he enseñado a ser un poco más impredecible.

Ella sonrió divertida. Los escudos personales de Jag desviaron la crítica.

—Intentémoslo de nuevo. Quizá con una probabilidad del cincuenta por ciento, Jag acierta esta vez.

* * *

El rumbo de la fragata yuuzhan vong la llevaba cerca de la estrella Pyria, con rumbo opuesto al de Jaina, como si se dirigiera hacia Borleias. Una vez Jaina, Kyp y Jag terminaron con los tres enemigos que los demoraban, se lanzaron en persecución de la fragata, alcanzándola rápidamente.

La fragata dejó la órbita de Pyria y comenzó su acercamiento al planeta. Los sensores de Jaina mostraron que el *Sueño Rebelde* pretendía interceptar su curso; las transmisiones indicaban que escuadrones de caza estelares partían ya del planeta y del *Lusankya*. Era imposible que la fragata se acercara lo suficiente a Borleias para causar un daño significativo.

—La fragata está frenando —informó Kyp—. Y cambia de curso. Supongo que sabe es un intento inútil.

—Espera, espera —advirtió Jag—. Céntrate en el vientre de la nave.

Jaina lo hizo, y vio que aparecía una larga abertura en la parte inferior del casco de la fragata. Era una apertura de aspecto húmedo, tan repugnante como la boca de un hutt que empezase a bostezar.

Mientras miraba, de la abertura se desprendieron formas, cositas diminutas e irregulares que siguieron el curso original de la fragata e incluso la adelantaron debido a la pérdida de velocidad de la nave yuuzhan vong.

Jaina hizo una mueca, las formas se movían. Más armas orgánicas. Y si las liberaban a tanta distancia, hacia Borleias en general y no contra un objetivo militar concreto, probablemente debían ser transformadoras de mundos.

Entonces, comprendió que la perturbación que sentía en la Fuerza viajaba con esas formas. Sintió que su estómago se encogía. Aceleró un poco más, rugiendo hacia la nube de formas, ignorando la fragata y los coralitas mientras se alejaban.

En pocos segundos pudo ver lo que los yuuzhan vong habían descargado.

Eran personas. Sobre todo humanos, pero también sullustanos, y rodianos, y devaronianos. Hombres y mujeres de todas las edades, desnudos...

No, desnudos no. Mientras se acercaba, Jaina pudo ver que algo transparente cubría sus cuerpos, una especie de bolsa cerrada que se inflaba a la altura de sus cabezas. Llevaban una variante del encubridor oogolith, el traje ambiental de los yuuzhan vong. Aquello les proporcionaría unos minutos de vida en el espacio. Podían morir congelados, podían quedarse sin aire y asfixiarse, podían llegar hasta la atmósfera de Borleias y arder durante la reentrada. Por una causa u otra estaban al borde la muerte, apenas a pocos minutos de ella.

Una hembra sullustana vio el Ala-X de Jaina acercarse a ella. Giró la cabeza y miró a la chica con ojos desorbitados por el miedo y una expresión implorante. Jaina sólo pudo devolverle la mirada, impotente.

En ese momento se dio cuenta que Jag estaba hablando.

—... arrojado rehenes. Parecen embutidos en una especie de trajes encubridores

ooglith y están en trayectoria balística hacia Borleias. No creo que la microgravedad del planeta los esté acelerando todavía perceptiblemente. No puedo estimar el tiempo de supervivencia que les proporcionen los trajes. Cuento veintidós, repito dos-dos. Espero instrucciones.

La voz tan calmada, tan clínica, sacó a Jaina de su ensueño. Miró hacia la fragata y los coralitas que se alejaban.

—No lo hagas —era la voz de Kyp, y la sentía a través de la Fuerza al mismo tiempo que la oía por el comunicador—. Están intentando dictar tu respuesta.

—Serenidad —susurró ella. Sintió que si hablaba en voz alta, el volumen abriría un agujero en ella y la rabia que sentía dentro escaparía por él—. El camino del Jedi es la serenidad —buscó mediante la Fuerza, encontró a la hembra sullustana y tiró de ella.

No detectó ningún cambio en su velocidad. Tiró de ella con más fuerza.

—Kyp, ¿puedes salvar a alguno?

—Quizá. Tendría que absorber una tremenda cantidad de energía cinética —la presencia de Kyp en la Fuerza disminuyó mientras se concentraba en el problema. Jaina, en sus sensores, vio que una de las formas reducía su velocidad.

Tiró con más fuerza todavía de la sullustana, y por fin consiguió frenarla un poco.

—Jag, vuelve a Borleias, aquí no puedes hacer nada. Escolta a algunas lanzaderas y...

—Ya he pedido las lanzaderas. Y ya te informaré cuando me considere un inútil. Te recomiendo que me sigas y dejes de intentar frenarlos —el desgarrador de Jag se situó delante de los Ala-X, maniobrando con delicadeza entre la nube de víctimas, situándose a su altura y después adelantándolos ligeramente.

Entonces, con una habilidad rayana en lo imposible, Jag hizo que su desgarrador rotara y se deslizara a un lado, hasta quedar a pocos metros de un humano de piel oscura. Jag dio un golpecito a sus impulsores y el desgarrador frenó, chocando contra el humano a unos veinte o treinta kilómetros por hora; el hombre, aturdido pero no completamente incapacitado, braceó frenéticamente mientras desviaba su trayectoria de Borleias.

El desgarrador volvió a rotar. En cuanto estuvo seguro que la víctima no ardería por culpa del tubo de escape de su motor, Jag volvió a manipular sus impulsores y maniobró hasta quedar junto a una segunda víctima. Chocó contra él tan suavemente como le fue posible, un impacto que pareció romper el brazo de la hembra twi'leko, pero que la lanzó a una trayectoria que evitaría todo contacto con la atmósfera de Borleias.

* * *

El equipo de Jaina pudo visualizar la trayectoria de las veintidós víctimas arrojadas contra la atmósfera de Borleias, pero no salvarlas a todas; cuatro murieron a causa de la exposición al vacío antes de que las lanzaderas pudieran llegar hasta ellas, y el resto fue ingresado en el departamento médico de las instalaciones biológicas, aquejados de exposición al frío en diversos grados de gravedad. Pero ninguno acabó como un repugnante meteorito, ardiendo y consumiéndose en la atmósfera del planeta.

La demostración del equipo de Jaina fue lo bastante notable como para arrancar aplausos del personal de tierra cuando las lanzaderas y ellos aterrizaron pasado el mediodía, pero los pilotos no perdieron la compostura.

Después se enteraron que la mundonave *yuuzhan vong* había frenado hasta situarse en una órbita más lejana que la del planeta más lejano de Pyria, y se mantuvo allí, rodeado por sus naves capitales y sus corralitas.

Wedge vio la llegada de Jaina y sus pilotos a través de la holocámara situada en el hangar de Operaciones Especiales; entonces, la apagó.

—Yo tenía razón —su voz era lo bastante baja como para no llegar muy lejos en la perpetuo jaleo de voces que era el Centro de Operaciones.

—Tenías razón —corroboró Tycho—. Los *vong* han traído sus peores armas y a alguien con un estilo muy personal para utilizarlas.

—Que las víctimas recuperadas, incluso las que no consiguieron sobrevivir y cualquiera que haya estado en contacto físico con ellas, vayan a descontaminación. Que Danni o Cilghal dirijan la operación. Quiero que el desgarrador de Fel sea comprobado y también descontaminado. *Puede* que hayan previsto la táctica de Jag, así que quizá los hayan infectado con algún virus.

Tycho asintió con la cabeza.

—Estoy en ello.

—Una cosa más. ¿Has escuchado las comunicaciones de Jaina, su desesperación por salvar a esas personas?

—Sí.

—Ésa no es una conducta propia del Lado Oscuro de la Fuerza, al menos tal como yo la entiendo. Le hice unas cuantas preguntas a Kyp en privado, y está bastante convencido de que ella ha regresado del Lado Oscuro.

—¿Quieres decir que podemos confiar en ella? —preguntó Tycho—. ¿Lo bastante para que sea una de los Internos?

—Exacto.

El rostro de Tycho no reveló otra emoción que no fuera una cuidadosa consideración de su propia pregunta. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Mi cerebro y mis tripas están de acuerdo. Creo que es digna de confianza. Es una Solo.

—Estoy de acuerdo. Inclúyela en la lista.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Pyria

El piloto yuuzhan vong con la frente absurdamente humana y los tatuajes ocultos mantuvo la reverencia con los brazos cruzados en el pecho a modo de saludo, hasta que Czulkang Lah le hizo un gesto y pudo erguirse.

—¿Tu nombre? —preguntó el anciano guerrero.

—Charat Kraal.

—¿Y eres un piloto del Dominio Kraal y su colonia en el mundo más habitable de este sistema?

—Lo soy, Maestro Bélico.

—No me llames así, el Maestro Bélico es mi hijo. Respóndeme a esto: ¿Por qué tomaste el mando de ciertos elementos de la flota de Wyrpuuk Cha, incitándolos a la rebelión contra su sucesor designado?

Charat Kraal ni siquiera parpadeó.

—Mis objetivos y los suyos divergían. El suyo era salvar los restos de su lisiada flota; el mío, mejorar la situación de los yuuzhan vong en este sistema. Creo que el mío era más importante.

—Entonces, ¿estás seguro de haber hecho un daño considerable a los guerreros infieles y a su maquinaria con los recursos que reclutaste a la fuerza?

—Podría decir que les he causado un daño insignificante. Mi intento era causar un daño insignificante.

Czulkang Lah reprimió una sonrisa. Charat Kraal marchaba hacia su ejecución con las palabras y el valor apropiados de un piloto yuuzhan vong.

—Explícate.

—Antes y después de la llegada de la flota de Wyrpuuk Cha, utilicé mis fuerzas para acosar a los infieles. No porque creyera que podría derrotarlos con los recursos que tenía, sino porque ese acoso revelaba información sobre ellos y sobre sus intenciones —Charat Kraal gesticuló hacia el piloto que lo acompañaba, el piloto sin culpa que debería, si todo iba mal, conducir a la muerte a Kraal. El piloto trajo un villip grabador, una criatura esponjosa casi del tamaño de un torso yuuzhan vong—. Si se me permite...

Czulkang Lah hizo una breve inclinación de cabeza.

Charat Kraal puso el villip grabador en el suelo de la sala de control y le dio un golpecito para despertarlo. Se aplanó hasta tomar la forma de un disco, y entonces empezó a brillar con una cruda luz amarilla. La luz fluyó de él y comenzó a formar imágenes tridimensionales.

Charat Kraal siguió acariciando e instigando a la criatura, y las imágenes

cambiaron. Primero, mostró la imagen de un hábitat grashal, sin duda el hogar primario de Kraal en Borleias, después, imágenes de naves espaciales infieles atacando el planeta, de lanzamientos espaciales nocturnos y de naves capitales infieles en órbita.

Finalmente, apareció una vista etérea del cuartel general infiel, un edificio alto y curvado, con otros edificios periféricos adjuntos y una zona de selva quemada cerca de las construcciones, atestada de naves espaciales.

—Éste es su hábitat —explicó Charat Kraal—. Su general y su personal viven aquí. Dirige todas las operaciones desde ahí y no desde una de las naves triangulares más poderosas y seguras. Muchos *Jeedai* viven ahí, y patrullan constantemente la selva que rodea ese lugar.

—¿Cuántos *Jeedai*?

—Su número me es desconocido... quizá una docena. Pero cada vez hay más. Dos de ellos son Luke Skywalker y su compañera Mara.

—¿Y Jaina Solo?

—También está aquí, aunque su estatus ha variado. Antes, Luke Skywalker parecía ser el *Jeedai* preeminente. Ahora, parece ser ella.

—Continúa.

—Inicialmente, el interés de los infieles por ese lugar me confundía, pero creo que ya lo comprendo. Cuando los Kraal ocupamos este mundo, el interrogatorio de los defensores prisioneros reveló que era un lugar donde realizaban proyectos médicos secretos y creaban nuevas formas de vida. Era, para abreviar, el equivalente infiel de una instalación cuidadora, y si lo defendieron tan ferozmente es porque sospecho que estaban teniendo éxito.

—¿En qué?

—No lo sé. Parece que, sea lo que sea, estaría más seguro en una de sus naves triangulares, así que el proyecto debe realizarse forzosamente en tierra. Eso sugiere que el equipo con el que trabajan es demasiado delicado para trasladarlo, o que la criatura que están creando tiene que desarrollarse en el entorno de un mundo viviente. Y, dado que son maestros en crear armas y utilizarlas, me parece más factible esta última posibilidad.

Charat Kraal adelantó las imágenes proyectadas por el villip, mientras mostraba varias secuencias de despegues de naves espaciales, hasta centrarse en una extraña nave espacial abandonando la instalación biológica. No tenía las suaves líneas de la maquinaria infiel. Parecía el segmento de una tubería de metal, alto como un humano y de veinte metros de longitud, doblado por la mitad en ángulo recto, con otra cañería de un metro de diámetro y cinco de longitud encajada en el ángulo. Una cabina para dos pilotos, parecida a la de un caza estelar, estaba unida al ángulo frente a la tubería pequeña, y los motores iban montados en las partes mayores de la tubería, orientados

en la misma dirección de la tubería más pequeña. Los extremos de la tubería parecían cubiertos por un dispositivo similar a un iris abierto.

—Tienen tres naves como ésta —prosiguió Charat Kraal—. Y una cuarta con tres protuberancias que se extienden en ángulos idénticos, más otra en ángulo recto. La he visto, pero no he podido grabarla. Mis exploradores, que escuchan a los infieles siempre que pueden acercarse a ellos, los llaman «cazas tubería» y dicen que forman parte de una operación llamada «Lanza Estelar». Las tres primeras vuelan muy mal. Son lanzadas al espacio y se sitúan en puntos muy precisos formando los vértices de un triángulo, y la cuarta en el centro de la formación. Entonces, se comunican durante varios minutos. No sé por qué.

—Especula.

Charat Kraal dudó.

—Sólo soy piloto, no un cuidador ni uno de esos científicos infieles. Pero una de mis consejeras, que comprende sus matemáticas mejor que yo, ha analizado lo que están haciendo. Dice que si la protuberancia de la nave central forma un ángulo recto con el triángulo formado por las otras tres naves, ésta apunta al sistema de Coruscant. Quizá sea un dispositivo espía, de comunicaciones o un arma apuntando al su antigua capital.

—Interesante —Czulkang Lah evaluó al piloto un momento.

—Alteza, si puedo... si desea pedir mi muerte por mi arrogancia, solicito poder matarme yo mismo en lugar de ser ejecutado. Así habré conseguido mi gran ambición: servir, aunque sólo sea un instante, a Czulkang Lah.

El viejo yuuzhan vong se permitió mostrar impaciencia.

—Calma, Charat Kraal. Te nombró comandante de escuadrilla y tendrás nuevos soldados con estatus de combatientes. Realizarás misiones especiales para mí, a menudo en colaboración con otros escuadrones. Una de tus tareas será la captura de Jaina Solo; ya te daré otras órdenes más tarde. Me informarás sólo a mí. ¿Comprendido?

—Comprendido, Grandeza —la cara de Charat Kraal se retorció mientras intentaba componer una expresión impasible.

—Vete.

Ocupación de Borleias, día 39

Los pilotos del Escuadrón Soles Gemelos aparcaron los Ala-X, los Ala-E y el desgarrador de Jag, y cruzaron el hangar de Operaciones Especiales hacia el edificio principal, bromeando e intercambiando felicitaciones por no haber sufrido bajas en la misión. Habían escoltado los cazas-tubería de la Operación Lanza Estelar en su viaje al espacio hasta situarse en las posiciones precisamente trazadas, mientras los pilotos

hacían unas cuantas pruebas, y después vuelto a casa sin pérdidas. Los coralitas se mantuvieron lejos sin atacar, simplemente observando lo que hacían... lo que sugería que estudiaban sus actividades. La apuesta era que, no importaba lo lento y cauto que fuera el nuevo comandante yuuzhan vong, no tardaría en tomar medidas contra las naves de la Lanza Estelar.

Jaina se retrasó en el hangar, distanciándose sus pilotos.

«Una supuesta diosa no puede mostrar demasiada familiaridad con sus siervos — se dijo. Y una voz en lo más profundo de su mente, una voz que escuchaba cuando ningún otro Jedi estaba cerca para detectarla, susurró—: Y una mujer condenada tampoco debería tener demasiada familiaridad con la gente que la echará de menos cuando muera».

Se apoyó contra su Ala-X, ignorando el ruido que producían los mecánicos a su alrededor.

Había algo dentro de ella, algo alienígena de lo que no podía desembarazarse. Un odio frío hacia el enemigo. Quizás estaba con ella desde el principio de la invasión yuuzhan vong, desde la muerte de Chewbacca y el efecto que produjo en su padre y en su familia, pero sólo se dio cuenta de su existencia al morir Anakin. La llegada de la mundonave, hacía dos días, y el intento de sembrar la atmósfera de Borleias con víctimas inocentes, había hecho que se emergiera de su interior.

No estaba bien sentir aquel odio. No era el camino correcto para una Jedi. Y no tenía sentido para alguien cuya supervivencia era menos que probable, no con todos los enemigos que iba acumulando. Tenía mejores cosas que hacer que perder el tiempo odiando.

Por otro lado, quizá el odio era algo bueno una piloto estelar; la mantenía enfocada, concentrada, le daba una intensidad muy necesaria en combate.

Pero era doloroso. No quería esa emoción. No la necesitaba. La hizo a un lado y la sepultó bajo el peso de la lógica.

Cuando se calmó, cuando se abrió de nuevo a la Fuerza, sintió una presencia familiar, tranquilizadora. Bueno, se suponía que era tranquilizadora; al menos proyectaba una aura tranquila.

Jaina se volvió y vio que Tahiri se acercaba a ella. Leí dedicó una sonrisa, aunque sabía que resultaba insegura.

Tahiri estuvo a punto de tener una relación seria con Anakin, algún día podría haberse convertido en una Solo. Ahora, eso nunca pasaría, y Jaina pensó que Tahiri se alejaría lentamente flotando, como un planeta que de repente se escapa de la gravedad de su sol. Sabía que debía cuidarla, pero sólo era otra emoción más que amontonar encima de las que ya estaba intentando librarse. Una relación más que mantener, cuando sabía que era mejor alejarse de ellas.

La ropa de Tahiri, y la piel de sus brazos y piernas, estaban decoradas con

manchas verdes, manchas de hojas y hierba, decidió Jaina.

—¿Has estado de patrulla?

—He pasado un par de horas ahí fuera, jugando al escondite con unos cuantos guerreros yuuzhan vong. En realidad, ni siquiera he llegado a verlos. Ellos quizá me hayan visto una vez, ya que tuve que detener un insecto aturridor en pleno vuelo. Al volver, me han dicho que tu escuadrón estaba aterrizando, así que he pensado que quizá querrías charlar un poco.

—No, no especialmente.

—O que quizá querrías relajarte un poco. Unos cuantos Picaros han convertido un tanque biorreactor en una bañera con agua caliente. Ahora están de patrulla, así que nadie la usa...

Jaina agitó la cabeza.

—No tengo tiempo. He de asistir a una reunión con el grupo de Inteligencia, con los Espectros. Hemos de discutir sobre la guerra psicológica y Yun-Harla, la diosa vong de la mentira. Y después tengo que hacer algo que no quiero.

—¿Cómo qué?

—Como hablar con Kyp Durrón. Voy a entregarle el mando del Escuadrón Soles Gemelos.

—¿Acabas de aceptar el cargo y ya piensas dimitir?

—Sólo unas cuantas semanas, espero. Voy a... ya sabes, a acompañar al tío Luke en su expedición.

—Sí.

—Voy a invitarme a mí misma.

Tahiri calló unos momentos. Después, dijo:

—Jaina, no creo que sea una buena idea.

—Supongo que todo el mundo me dirá lo mismo. Pero papá y mamá creen que Jacen está... —sintió que repentinamente se quedaba sin aliento. ¿Por qué era tan difícil decir la palabra *vivo*? Supo la respuesta en cuanto se hizo la pregunta: porque quería creer desesperadamente en lo mismo que Leia creía, pero no acababa de creérselo. No podía permitirse esa esperanza. Tenía un vínculo en la Fuerza con su gemelo, y había sido cortado. Estaba muerto y soñar lo contrario era simplemente una forma de distraerse con un engaño, en un momento en que las distracciones podían ser fatales. Recuperó el aliento y prosiguió—: Creen que Jacen está allí. Tengo que ir... para demostrarles que no es verdad.

—No lo hagas —insistió Tahiri. Su voz transmitía una tranquila urgencia.

—Debo hacerlo.

—No, no debes. De hecho, si vas, hay más posibilidades de que Luke y Mara mueran.

—No confías mucho en mis habilidades.

—Sí, lo hago —Tahiri no parecía disculparse o arrepentirse—. Si simplemente fuera cuestión de habilidades o de poder, enviarías a Kyp Durrón, ¿no?

—No funcionaría. Tío Luke y él tienen demasiados desacuerdos...

—Exacto. Lo que demuestra mi punto de vista. Las habilidades no es lo único que has de tener en cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, está todo ese asunto de los gemelos. Los yuuzhan vong quieren que Jacen y tú estéis juntos, y cualquier cosa que planeen para vosotros no puede ser bueno —Tahiri apartó la vista de ella un momento—. Jaina, todo lo que tengo que hacer es pensar de una cierta manera y me *convierto* en una yuuzhan vong, tanto tiempo como puedo resistirlo. Este asunto de los gemelos no es un interés casual, es una obsesión. Donde existen gemelos, los ojos de los dioses no pueden ver. Los gemelos retuercen la realidad a su alrededor, es una cosa sagrada.

—¿Y qué?

—Digamos que Jacen está vivo, y espero que lo esté. Digamos que vas con el Maestro Skywalker a Coruscant. Aunque no te capturen, es muy posible que te vean o que descubran que estás allí. Entonces, los yuuzhan vong sabrán que ambos gemelos están en Coruscant. Dedicarán *mucho* más tiempo y recursos a encontrar a Jaina Solo del que dedicarían a un simple grupo de invasores, aunque sean invasores *Jeedai* —Jedi—. ¿Me equivoco?

—Bueno... no. Pero podrían no reconocerme.

—Cierto. ¿Estás dispuesta a arriesgar las vidas de Luke y Mara por un «podrían»?

Jaina sintió una creciente desesperación, como en muchos ejercicios al principio de entrenar con tío Luke. Ella le presionaba hasta lograr ponerlo a la defensiva... y entonces comprendía hasta qué punto la habilidad superior de Luke convertía las estocadas de la joven en estrategias extrañas, descompensadas y perdedoras.

Ahora, estaba perdiendo esta discusión. Perdiendo ante Tahiri, que era mucho más joven que ella y estaba consumida por el dolor de haber perdido a Anakin.

—Luke y Mara no están tan unidos como lo estábamos Jacen y yo. Soy su gemela —en el fondo, sabía que aquel argumento era insostenible, que Luke y Mara tenían más habilidad, experiencia y sensibilidad hacia la Fuerza para aquella misión. Pero era el argumento que había escogido y pensaba aferrarse tozudamente a él.

—Así que iré yo en tu lugar.

—¿Tú?

Tahiri asintió, solemne.

—¿Quién mejor, aparte de ti? No conozco a Jacen tan bien como tú, no puedo sentirlo en la Fuerza como tú. Pero lo conozco mejor que cualquier otro Jedi que no tenga un vínculo con él en la Fuerza, tal como lo tuvimos en la mundonave yuuzhan vong. Y nadie, *nadie*, conoce mejor a los yuuzhan vong que yo. Al menos en lo que

respecta a su forma de pensar.

Jaina la miró, incapaz de rebatir sus palabras.

—Creo que... —sentía que el calor de su argumento se enfriaba lentamente y se sumió en un estado reflexivo. Estaba segura de que Luke lo aprobaría—. Creo que dejarás que tus emociones saquen lo mejor de ti.

—Podría decir lo mismo. Lo que nos devuelve al tema principal: ¿Voy yo a Coruscant o no va ninguna de nosotras?

Jaina suspiró, derrotada. Extrañamente, la derrota no la encolerizó ni la irritó. Apenas se sentía más cansada que antes.

—Ve tú —sintió que Tahiri estaba a punto de acercarse a ella para abrazarla, y retrocedió antes de que esa sensación se consumara. No quería que Tahiri se sintiera más unida emocionalmente a ella, sólo conseguiría que sufriera más una vez muriera—. Gracias por preocuparte.

—De nada... pero quizá no me agradezcas la otra cosa que tengo que decirte.

Había algo en la voz de Tahiri, una especie de renuente advertencia, que provocó que la mirara intensamente. La expresión de Tahiri era una mezcla extraña de emociones: preocupación, aprensión, deseos de no herirla...

—Está bien. Suéltalo.

—Primero, créeme, comprendo que lo que voy a decirte no es asunto mío. Pero tengo que decirlo de todas maneras —Tahiri inspiró profundamente para armarse de valor—. Creo que debes dejar de evitar a tu madre.

—¿Evitarla? —la expresión de Jaina era pura incredulidad—. Pero si está en todas partes, me tropiezo con ella una docena de veces al día.

—Ya sabes a lo que me refiero. No la evitas porque eres la defensora de Borleias, evitas a tu madre.

—Eso es ridículo. No la llamo «Leia», u «Oye, tú», o «Esposa de Han cómo-te-llames».

—Has empezado a llamarla «madre», no «mamá».

—¿Ah, sí? —Jaina frunció el ceño, intentando recordar.

Tahiri se quedó contemplándola fijamente, y Jaina tuvo la incómoda sensación de que la chica podía ver a través de la muralla de lógica que había erigido, como si fuera de pulido transpariacero.

Jaina cedió.

—Mira, quiero a mi madre. Pero no tenemos... no sé, esa conexión que comparten la mayoría de las madres y las hijas. Cuando yo era niña, estuvimos separadas tanto tiempo que... Ella intentaba apuntalar el gobierno de la Nueva República, y Jacen, Anakin y yo nos criamos en mundos pequeños con Chewbacca o con Winter, o estábamos en Yavin 4.

—¿Evitas tener esa conexión o simplemente pretendes hacerla enfadar?

—Ésa es una pregunta estúpida.

—Si tú lo dices... Pero puedes hablar con ella cuando quieras y, clic, volverás a estar conectada —las lágrimas inundaron los ojos de Tahiri y tuvo que darse media vuelta—. Hay un momento en que te das cuenta que ya no podrás volver a hablar con alguien al que amas, que se ha ido para siempre. ¿Tienes esa sensación con tu madre? ¿La tiene ella contigo?

También Jaina sintió sus mejillas empapadas de lágrimas. Su decisión de pocos minutos antes la abandonó y extendió la mano hacia Tahiri. Ésta la tomó, y un segundo después estaban abrazadas.

—No, no la tengo —respondió con dificultad. Las palabras tenían problemas para superar el nudo de su garganta—. No la tengo.

—Si tú lo dices... —Tahiri mantuvo el abrazo largos momentos. Después, se apartó sin mirar a Jaina a los ojos— necesito asearme un poco.

Ocupación de Borleias, día 39

Me llamo Sharr Latt, y soy un Espectro.

El hombre era más alto de lo normal y tenía el cabello prácticamente blanco, ligeramente enmarañado. Sus ojos eran azules y su mirada era alegre; sus rasgos pertenecían a ese tipo de humoristas que saben divertir a su público y arrancarle carcajadas. Llevaba pantalones rojos, una camisa azul celeste de manga larga y botas; una amplia tira de tela le servía de cinturón, más decorativo que funcional, y una cinta para el pelo le rodeaba la frente. Su acento pertenecía a la clase baja de Coruscant, y su sonrisa podía interpretarse como burlona o hipócrita... o ambas.

Jaina miró al compañero del hombre. Era un gamorreano, uno de esos humanoides gruesos, de hocico chato y colmillos, que podían encontrarse fácilmente en combates deportivos o en trabajos poco complejos por toda la galaxia. Este gamorreano llevaba una anónima túnica marrón de corte humano.

—¿Y éste también es un Espectro? —preguntó Jaina en broma.

—Lo soy —respondió el gamorreano. Jaina dio un salto. Muchos gamorreanos entendían el Básico pero sus cuerdas vocales no eran muy adecuadas para hablarlo. El gamorreano continuó—: Me llamo Voort saBinring, pero puede llamarme *Piggy*.

Una cierta inflexión mecánica en la voz de *Piggy* hizo creer a Jaina que su discurso estaba siendo controlado artificialmente. Eso explicaría muchas cosas. Para ocultar su súbita incomodidad, agitó sus manos alternativamente antes de preguntar:

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy?

A través de la ventana teñida de azul, Sharr señaló la selva más allá de la zona de seguridad.

—Vamos a salir ahí fuera, buscaremos una charca alimentada por un riachuelo de aguas frescas y nos frotaremos la espalda mutuamente, mientras *Piggy* monta guardia. Veremos qué surge a partir de ahí —se encogió de hombros—. O podemos hablar sobre guerra psicológica y cómo aplicarla a los *yuuzhan vong*.

—Creo que me quedo con la guerra psicológica.

—Sí, me lo imaginaba. Y dado que *Piggy* no estará ocupado protegiéndonos,

espero que pueda enseñarte algunas tácticas de combate con cazas estelares.

Ella dirigió una mirada de sospecha al otro.

—¿Has sido piloto de cazas?

El gamorreano asintió, provocando ondulaciones en su papada y en los michelines de su estómago.

—Sí. Serví con su padre en una campaña.

—Creo que me habló de ti cuando era muy joven. Me contaba una de esas historias tipo: «Cuando crezcas podrás ser lo que quieras». Una de ellas la titulaba: «El gamorreano que se convirtió en piloto de caza». Creí que se la había inventado.

—Desde aquellos días he intentado pasar más desapercibido. No he volado demasiado.

—Me da la impresión que no podrás enseñarme mucho sobre tácticas con cazas estelares.

El gamorreano sonrió, y su boca se ensanchó revelando más y más dientes, mucho más limpios, por cierto, que los de la mayoría de sus congéneres.

—Creo que la sorprenderé —respondió *Piggy*.

* * *

—Su trabajo en el cúmulo estelar Hapes fue bastante bueno —reconoció Sharr. Los tres se encontraban en el último piso del laboratorio biológico. Bajo ellos se extendía el campo de aterrizaje, y más allá la selva hasta donde alcanzaba la vista. El sol del atardecer caía sobre ellos, pero Jaina agradecía el calor tras el frío experimentado aquella mañana en el espacio durante su misión.

Cualquier espía yuuzhan vong que acechara desde el borde de la selva podría verlos, incluso los tendría a tiro, pero los yuuzhan vong no solían utilizar francotiradores.

—«Bastante bueno» —repitió Jaina—. ¿Eso significa que pude hacerlo mejor? —Estaba tumbada boca abajo sobre la protuberancia de un bloque de durocemento, contemplando las naves aparcadas más abajo y los mecánicos que trabajaban en el *Tiempo Récord*. El durocemento vibraba ligeramente debido a la maquinaria de circulación de aire.

Sharr, con la espalda apoyada contra una pared, centraba su atención en un datapad, asintiendo ausente de vez en cuando. Unos metros más allá, *Piggy* permanecía tumbado de espaldas en el tejado con las manos en la nuca y los ojos cerrados, disfrutando del sol. Se había quitado la camisa y su barriga se había expandido tanto, que Jaina sospechó que un deslizador podía aterrizar sobre ella. Se entretuvo imaginando aquel estómago con marcas de aterrizaje pintadas en él.

—¿Cómo? —insistió ella.

—Sus trucos eran buenos, pero no tenían estructura —confesó Sharr, y buscó su mirada—. Los confundía con un truco y acababa con ellos. Y eso era todo. Quizá funcionase una segunda vez, pero después necesitaba buscar otro truco distinto, y otro más, y así indefinidamente. Al menos, es lo que ellos esperarían de su diosa de la mentira.

»El segundo problema es que los yuuzhan vong podían terminar descubriendo fácilmente esos trucos. El de los trazadores, por ejemplo, ése por el que cada nave yuuzhan vong no emitía su señal particular, sino la de *su* caza estelar, y así se dispararan unos a otros creyendo que disparaban contra usted, fue una buena idea. Pero si además hubiera colocado una pequeña carga explosiva que detonarla en el momento preciso, y dejara una quemadura similar a la de un láser... entonces nunca habrían comprendido cómo consiguió que se dispararan mutuamente. Y esa incomprensión, ese desconcierto al no poder averiguar la trampa, los habría llenado de un pánico sobrenatural. A nosotros nos pasaría lo mismo, por cierto.

—Me gusta cómo suena eso de «pánico sobrenatural» —admitió Jaina. Era un pensamiento lo bastante agradable como para no ofenderse con Sharr por criticar sus esfuerzos.

—Queremos que sospechen, pero no que la asocien con Yun-Harla, tomándola por una sacerdotisa o algo parecido, sino que crean que usted *es* ella —Sharr cerró su datapad y lo guardó en un bolsillo—. Todo lo que haga debe dar esa impresión, incluso los detalles insignificantes. De hecho, ahora lo está haciendo.

—¿Cómo? —preguntó, curiosa.

—Una diosa no trabaja. Y aquí está usted, haraganeando a plena vista de todos los pilotos y mecánicos que hay ahí abajo. Una diosa no tiene miedo. Y aquí está usted, a plena vista de los yuuzhan vong, indiferente y despreocupada. Una diosa es superior a los mortales. Y aquí está usted, descansando en un nivel superior al de sus compañeros. Hablando de compañeros, los de las diosas suelen ser extraños. Y aquí está usted, con un gamorreano y un idiota vestido con nauseabundos colores brillantes —Sharr le echó un vistazo a su propia ropa y se estremeció.

—Ya lo capto —dijo Jaina—. Por eso *Piggy* está aquí, aunque todavía no haya hablado sobre tácticas de cazas estelares.

—Muy bien —aplaudió Sharr—. De hoy en adelante, cada minuto de cada hora de cada día estará en el escenario. No *diremos* que es una diosa, simplemente la trataremos como si lo fuera y usted debe actuar de acuerdo con eso.

—Nunca pregunte si puede dar órdenes —apuntó *Piggy*.

—Nunca trabaje... excepto si es el trabajo propio de una diosa —añadió Sharr—. No lleve nunca las cosas usted misma. Si no tiene quien lo haga por usted, contrataremos a alguien.

—No sea sutil en sus movimientos —siguió *Piggy*—. Gesticule ampulosamente,

como si estuviera acostumbrada a dirigir una orquesta.

Jaina hizo una mueca.

—La gente va a odiarme. Dirán que me he vuelto una creída.

—Exacto —Sharr le dedicó otra sonrisa, más sincera pero todavía ligeramente teñida de ironía.

—Pero, en privado...

—En privado, seguirá con la comedia —cortó *Piggy*—. Aunque puede ser sincera con aquél que sea de su absoluta confianza.

—No, no puede —sentenció Sharr.

—Sí, sí puede.

—El experto en guerra psicológica soy yo, y digo que no puede.

—Yo tengo tres veces tu masa y puedo arrancarte la cabeza de un solo mordisco. Y digo que sí puede.

—¿Perdón? —Jaina permitió que su voz sonara un poco estridente—. Por si no lo habéis notado, sigo aquí.

Piggy abrió los ojos y los fijó en ella, antes de intercambiar una mirada con Sharr.

—Nos ha pillado —confesó Sharr a Jaina.

—De hecho, sigue aquí.

—Escuche, alteza —volvió Sharr a la carga.

—No me llames así.

—Tengo que hacerlo. Todos tenemos que hacerlo. Los yuuzhan vong tendrán espías aquí, en nuestro campamento, en nuestra base. Cuanta más gente sea consciente de que realmente no se ha vuelto tan arrogante como una princesa kuati, más probabilidades habrá de que esos espías lo noten. Hable con todas las personas que quiera... pero sea consciente de que, con cada una de ellas, aumentan las posibilidades de que se sepa la verdad.

—El general Antilles ya ha sacado al Escuadrón Soles Gemelos de la estructura militar normal —explicó *Piggy*—. Eso tiene sentido, una diosa no tendría un rango vulgar dentro de la jerarquía de la Nueva República.

—Bien dicho —puntuó Sharr, sacando su datapad y tecleando en él—. Eso significa que podemos hacer que sus pilotos tengan el máximo rango posible, ya que no les afecta la estructura jerárquica normal. Coronel Jag Fel. Maestro Jedi Kyp Durrón —frunció el ceño—. No, no sólo Maestro Jedi. Será Kyp Durrón, el Destructor de Mundos, y aún así un subordinado de Jaina. Para los yuuzhan vong resultará muy significativo —devolvió su atención a Jaina—. ¿Qué opina?

Ella sonrió y esperó que, si algún observador distante la vigilaba a través de su aparato óptico orgánico, le pareciera tan perversa como se sentía.

—Mencionó un porteador, ¿puedo elegir al que quiera como mi criado?

Sharr asintió.

—Eso es lo que significa ser una diosa.

* * *

—No —dijo Jag Fel. No alzó la voz, ni siquiera los miró. Siguió manipulando el tubo de alimentación de la garra de estribor de su TIE, mejorando milímetro a milímetro la alineación del láser.

A su alrededor, los mecánicos se ocupaban de los cazas dañados, los pilotos despegaban con sus transbordadores, los mensajeros se dirigían a sus deslizadores; la cacofonía que los envolvía impidió que sus palabras pudieran ser oídas por nadie más en el hangar.

—Es importante —insistió Sharr, apoyándose en el desgarrador. La intensa mirada de Jag hizo que se irguiera de inmediato—. No nos des alguna excusa idiota apelando a tu orgullo. Muchas vidas pueden depender de ello.

Jaina, un par de pasos más alejada y sin dignarse a hablar directamente con un simple mortal, se limitó a sonreír y a contemplarse despreocupadamente las uñas; no era probable que los espías yuuzhan vong vieran que no las llevaba pintadas, que eran muy cortas y anormalmente sucias.

—Estaré encantado de participar en cualquier plan, siempre que sea el mejor plan para lograr nuestro objetivo —explicó Jag. Se irguió y cerró de una palmada la compuerta que le permitía acceder a los sistemas interiores del desgarrador. Ignoró a Sharr y se dirigió directamente a Jaina—. Y éste no me parece el mejor plan. No tendrías que haberlo aceptado.

Jaina lo miró con frialdad.

—Sí lo es. Sólo que *tú* no quieres aceptarlo.

—No, yo tengo una idea mejor.

Sharr resopló.

—Mejor que la que han tenido un experto en guerra psicológica y un Caballero Jedi juntos. Claro, por supuesto.

—Kyp Durrón —dijo Jag, exhibiendo una sonrisa muy poco amistosa.

La expresión de Sharr cambió mientras meditaba en aquella sugerencia. Jag continuó:

—Para los presuntos espías yuuzhan vong, yo sólo soy un piloto desconocido, un piloto de un planeta que los yuuzhan vong ni siquiera han descubierto todavía. Pero si ven al Maestro Jedi Kyp Durrón haciéndole reverencias, llevando su equipaje o limpiándole las uñas...

Jaina intentó que aquel insulto no se reflejara en su expresión. No creyó haber tenido demasiado éxito.

—... se sentirán impresionados. ¿Ante quién se inclinaría un Maestro Jedi sino

ante una diosa? Eso creará rumores, tanto entre *nuestro* personal como entre el suyo —Jag se volvió hacia ellos y aseguró el cierre de la compuerta.

Más que exponer su opinión, Jag había puesto fin a la discusión. Pero darse media vuelta sin más discusión sería perder puntos. Jaina esperó hasta asegurarse de controlar su tono de voz, de reducir el volumen hasta lo que Leia llamaba «el tono político», y dijo:

—Me gustaría que introdujeras todos los datos del salvamento de hace dos días en un simulador. Quizá más de nosotros aprendamos a salvar gente arrojada al espacio maniobrando con nuestras naves.

Jag dio media vuelta, y la saludó militarmente de una forma tan repentina y meticulosa, que Jaina no pudo detectar ninguna señal de resentimiento o irritación.

—Así se hará, diosa.

Ella devolvió el saludo y se dirigió de vuelta al edificio principal. Sharr no tardó en darle alcance.

—Sólo hace cinco minutos que lo conozco y ya lo odio —aseguró.

Jaina se exasperó. A pesar de su irritación, tenía que admitir —al menos, para sí misma— que Jag tenía razón.

—Oh, no es tan malo.

* * *

La expedición de Luke a Coruscant se aceleró sorprendentemente.

Iella le ofreció los servicios de los Espectros, la célula de Inteligencia con más experiencia en Borleias. Luke se entrevistó con *Rostro* Loran, el líder de la unidad, y ya conocía a Kell Tainer. *Rostro* le presentó a los otros Espectros presentes en Coruscant cuando cayó bajo el ataque yuuzhan vong.

Elassar Targon era un devaroniano de mediana edad, con una extraña forma de caminar a saltos que sugería que era más joven de lo que en realidad era. Llevaba una vistosa chaqueta negra de corte militar, con costuras doradas, cintas rojas y numerosas medallas; las cintas y las medallas se balanceaban al caminar, y él a menudo acentuaba ese efecto realizando gestos circulares.

—Es para alejar la mala suerte —explicaba—. Realmente funciona. Pruébalo.

Pero Luke notó que la camisa, los pantalones y las botas altas hasta la rodilla eran de un negro mate, y sospechó que Elassar podía darle la vuelta a la chaqueta y convertirse inmediatamente en alguien discreto. Es decir, discreto siempre y cuando estuviera rodeado de otros devaronianos.

Baljos Arnjak era humano; hablaba con el acento cortado y preciso de un nativo de Coruscant... o de alguien que presumía de tener ascendencia de allí. Era alto y delgado, pelo oscuro, bigote y barba, que hacían que su pálida piel pareciera todavía

más pálida. Vestía un mono naranja de piloto muy manchado, lo que sugería un mecánico, pero *Rostro* lo presentó como el experto en biología del equipo, un hombre tan especializado en tecnología yuuzhan vong como Danni Quee.

Piggy saBinring era el piloto gamorreano asignado para tutelar a Jaina en tácticas de combate. Quizá el único de su especie que, de niño, había sido modificado por un biólogo que trabajaba para el señor de la guerra Zsinj. El biólogo alteró su estructura cerebral, dotándolo de paciencia y una extraordinaria agudeza para las matemáticas: esto último era necesario para aprender las complejas astronáutica y astronavegación necesarias para ser piloto de cazas estelares.

Sharr Latt era otro nativo de Coruscant de cabello pálido, asignado para trabajar con Jaina en su papel de avatar de diosa de la mentira; *Piggy* y él acababan de volver de su primera sesión con ella.

Bhindi Drayson era humana. Hablaba con la misma intención y el mismo acento que el difunto Jefe de Estado Mon Mothma, sugiriendo que se había educado en Chandrila, el mundo natal de Mon Mothma. Bhindi no era precisamente atractiva, con unos rasgos tan delgados y afilados como una vibrocuchilla, cabello oscuro y ojos que contribuían a dar la imagen de alguien reflexivo y amenazador, aunque Luke no sintiera ningún aura de amenaza en ella, sólo una callada y tranquila atención.

—¿Tiene alguna relación con Hiram Drayson? —preguntó Luke. El almirante Hiram Drayson era un ex oficial militar y líder de Inteligencia. Y amigo de Mon Mothma.

—Soy su hija —reconoció ella.

—Tiene una noble historia familiar.

Ella le dedicó una breve sonrisa.

—Y eso sólo por la parte conocida.

—Bhindi es una de nuestros dos expertos tácticos, el otro es *Piggy* —explicó *Rostro*—, y ha estado estudiando todo lo posible las tácticas yuuzhan vong. Por desgracia, vamos a perderla en Coruscant.

Luke frunció el ceño, preguntándose si *Rostro* era clarividente y sumamente desconsiderado, hasta que comprendió a qué se refería. Se volvió de nuevo hacia Bhindi.

—¿Se quedará allí cuándo nos marchemos?

—Hay que establecer células de resistencia en Coruscant.

Luke reprimió un escalofrío. Llegar a Coruscant ya iba a resultar bastante malo. La idea de quedarse allí, entre enemigos tan antagónicos y alienígenas, quedarse allí deliberadamente, no era agradable. Bhindi parecía ligeramente satisfecha de poder incomodar a un Maestro Jedi.

Los Espectros y Luke se reunían en una cámara profundamente enterrada en el complejo de Borleias; una cámara que por su aspecto impecable, sospechó Luke, los

yuuzhan vong no encontraron durante su ocupación. Cómo la descubrieron los Espectros, no lo sabía; lo único que sabía era que se accedía a ella a través de un panel corredizo en la parte trasera del laboratorio. Aquella cámara también había sido un laboratorio, ya que en los estantes de las paredes quedaban restos de material biomédico. Luke podía ver pletinas de cultivos bacterianos, inyectores, monitores neuronales... incluso, al fondo, un tanque bacta de gran tamaño aunque vacío, con el transpariacero de su compartimiento principal desgastado por el uso; en algunas partes era casi opaco.

Rostro se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la mesa principal de la cámara.

—Bien, enseñémosle lo que tenemos. Kell, tú primero.

El hombre dejó sobre la mesa una bolsa de tela verde, de unos dos metros de longitud. De su interior sacó un objeto parecido a una canoa individual de bastante calado. Era profunda, de unos treinta centímetros de fondo en casi toda su longitud, en sus extremos se adelgazaba hasta los diez. Su parte inferior roja resultaba gomosa y reflectante; Luke tardó unos momentos en estudiarla y descubrir una espesa capa de un material rojizo transparente, adosado a una lisa superficie plateada. La parte superior era de un gris mate, con dos abrazaderas en forma de pie.

Kell dejó caer la pieza sobre la mesa, frente a *Rostro*. Al golpear contra ella hizo un ruido sordo, tenía que ser bastante pesada. *Rostro* le dedicó a Kell una sonrisa sardónica.

—Gracias.

—De nada —Kell dirigió su atención a Luke—. Esto es algo en lo que llevamos trabajando algún tiempo. Lo montamos en un armazón de aspecto similar a un meteorito o un escombros espacial. Unido al armazón, actúa como una vaina individual para penetrar en una atmósfera.

La mirada de Luke fue escéptica.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que puedes descender desde la órbita hasta el planeta sin que la atmósfera te convierta un vapor por la fricción.

—¿Descender viajando en qué?

—En el armazón que mencioné antes. Nada más. El material rojo es un adhesivo que te fija en el interior del armazón y que ni siquiera tiene compuerta. Una persona puede viajar en su interior con un traje que lo proteja del vacío, y los pies sujetos por las abrazaderas —Kell las indicó—. La parte interna escuda contra el calor. Entre el escudo y la parte exterior hay una unidad repulsora muy básica y una célula de energía. El repulsor mantiene el ángulo correcto con la superficie del planeta. Te sumerges en la atmósfera en el ángulo correcto y lo guías hasta la superficie. El casco arde por la fricción con la atmósfera, pero está diseñado para impedir que el calor

calcine a su ocupante. Además, ese calor enmascara su verdadera naturaleza de la mayoría de los sensores, los nuestros y los suyos. Cuando el casco se consume, la superficie plateada sirve de escudo secundario contra el calor; también puede desprenderse, dando así la impresión visual de que eres un meteorito. En otras palabras, pareces y actúas como un escombros espacial atraído por la gravedad del planeta.

—Hasta que te acercas a la superficie del planeta —agregó *Rostro*—. En ese momento, el repulsor funciona por última vez y reduce la velocidad, hasta que impactas lentamente sobre la superficie.

—Impactas —repitió Luke.

—Lentamente.

—¿Y ya se han probado con éxito?

Miró a su alrededor un poco nervioso.

—Bueno, se han *probado*, sí. Cada vez que se prueban, estudiamos todos los datos posibles y la próxima generación de vainas se recuperan un poco más intactas.

—Estamos seguros que esta vez funcionarán perfectamente —añadió Bhindi.

Luke los estudió atentamente, y fue Bhindi la que rompió el silencio, perdiendo su expresión preocupada y dejando escapar una risita.

—Hemos realizado varias incursiones con ellas —apuntó Kell—. Son bastante nuevas, pero Sharr y yo las hemos utilizado dos veces, y *Rostro* y Elassar, tres. Nunca se ha frito nadie.

Luke agitó la cabeza.

—Tengo que decirlo. Me parece la peor idea en mil generaciones de malas ideas.

—Eso es porque todavía no ha oído todas nuestras ideas —aseguró Bhindi.

—Siguiente —interrumpió *Rostro*, haciéndole una inclinación de cabeza a Baljos.

El científico rebuscó en su propia bolsa. De ella extrajo algo que lanzó sobre la unidad de intrusión atmosférica, algo que parecía la piel de una cabeza yuuzhan vong. Rebotó contra la vaina, antes de quedar inmóvil.

—Un enmascarador ooglyth —dijo Luke.

—Casi —corrigió Baljos—. Soy el inventor. Bueno, el diseñador. He trabajado a partir de los enmascaradores ooglyth capturados al enemigo.

—Éste parece la cara de un yuuzhan vong.

—Cada uno es único —aseguró Baljos, asintiendo—. Les he puesto nombres, a éste lo llamo Marca, porque la mayoría de las mutilaciones se realizan mediante una técnica que parece el marcado. Duele un horror cuando te la quitas... pero puedes llevarlo horas o incluso días, a diferencia de los mantos holográficos, cuyas baterías apenas duran unos minutos.

—Esto sí me gusta —aseguró Luke—. Nos ayudará a movernos entre ellos sin ser descubiertos.

—Siguiente —dijo *Rostro*.

Bhindi rebuscó en su propia mochila. De ella extrajo un objeto marrón compuesto por un disco grueso y redondeado en su parte superior, montado sobre un tallo que se hacía más grueso todavía en su extremo. Tenía el tamaño de una cabeza humana.

Luke le echó una mirada de cerca.

—Es una especie de hongo.

—Todos llevaremos uno —aseguró la mujer.

—¿Por si tenemos hambre?

—No es un hongo. Es un droide.

—Me estáis tomando el pelo.

—Se parece a un tipo de hongo muy común en lugares húmedos de Coruscant —explicó Bhindi—. Esperamos que los yuuzhan vong no los destruyan, precisamente porque parecen algo orgánico. De hecho, su capa exterior es orgánica, un tipo de moho. Y sus circuitos están escudados. Tienen un depósito de resina para que puedan pegarse a cualquier superficie y un disolvente de esa misma resina para poder recuperarlos. Son móviles y tienen una batería de sensores muy avanzados, más una programación táctica.

—Eso significa —aclaró Elassar— que pueden moverse sigilosamente, buscar instalaciones yuuzhan vong, entrar en ellas y transmitirse información entre sí. Establecerán una cadena de transmisión hasta la superficie y, el hongo que se encuentre allí, la retransmitirá hasta las estaciones de comunicación supervivientes.

—Es un disparo al azar —reconoció Bhindi—, pero todo fragmento de información puede resultar vital. Tenemos cuatro formas distintas y de varios colores, incluidos dos que los hacen parecer plantas sembradas por los yuuzhan vong. Si descubren uno de los droides y destruyen todos los que se le parecen, los otros podrían sobrevivir.

—Hongos droides. Siempre pensé que el trabajo de Inteligencia era... no sé, algo sofisticado y encantador.

Rostro se rió disimuladamente.

—Eso es lo que me dijiste cuando nos conocimos.

—¿Cuándo nos hemos conocido? —Luke frunció el ceño.

—Fue en... —*Rostro* se lo pensó—. Oh, es verdad, iba disfrazado. No me has reconocido.

—Pero, ¿cuándo fue? Me has despertado la curiosidad.

—No puedo decírtelo.

—Tenemos unas cuantas armaduras de cangrejo vonduun —interrumpió Bhindi—, y unas cuantas armaduras falsas que pueden pasar por verdaderas. Si se acercan lo bastante como para tocarlas, descubrirán que son imitaciones hechas con materiales manufacturados. Y también tenemos montones de tizowym, sus gusanos traductores.

—Y explosivos —añadió Kell—. Muchos explosivos.

—Y un Jedi —apuntó *Piggy* con su rasposa voz.

—Y tres Jedi —corrigió Luke—. Mara y Tahiri vendrán con nosotros. Está bien, decidamos cómo llegaremos hasta la órbita de Coruscant, dónde queremos aterrizar y cuáles son nuestras prioridades. Si estamos tan locos para hacer esto, necesitamos ser tan sensatos como para hacerlo bien.

CAPÍTULO 12

Ocupación de Borleias, día 39

En el vestíbulo de la zona residencial, dónde la mayoría de los Internos tenían sus alojamientos, Jaina se encontró con una multitud: Wedge e Iella, sus hijas, Luke, Mara, el pequeño Ben, los Jedi Kam y Tionne Solusar de la Academia Jedi, Han, Leia y C-3PO. Atestaban la sala en un torbellino de despedidas e instrucciones de último minuto.

—No quiero irme —era Syal, la hija mayor de Wedge. Su voz no sobrepasaba el tono de la simple petición; aunque no podía tener más de diez años, no se quejaba, sencillamente expresaba un sentimiento. Hablaba como le correspondía a una niña educada para pensar, para expresar sus argumentos con lógica y sus emociones con claridad.

—Lo sé —reconoció Wedge. Se arrodilló frente a sus hijas y las abrazó—. Pero vais a un lugar más seguro. Así no tendré que preocuparme por vosotras y podré hacer mejor mi trabajo.

—Nosotros cuidaremos de él —aseguró Kam Solusar a Mara y a Luke, pero ella no parecía escucharlo centrada en su hijo. Mara susurraba a su pequeño, y aunque Jaina se acercó para escuchar lo que decía, no lo consiguió; quizá no estaba utilizando palabras, sino comunicándose directamente con él a través de la Fuerza. Luke los abrazaba a ambos, mirando a su hijo con una expresión interrogante.

La propia expresión de Mara no mostraba el nerviosismo y el retorcido humor que formaban parte de su imagen habitual. No era exactamente una Mara más blanda, pero sí diferente, una Mara poco familiar para Jaina. Ésta se preguntó qué estaría viendo el bebé, rompecabezas ópticos quizá, algo que sólo tenía sentido o era reconocible desde un ángulo de visión específico.

Por un instante, Jaina sintió un destello de emoción; podía ser el suya o de Mara o del bebé, pero le resultaba un sentimiento poco familiar. Envidia, pensó, pero, ¿a quién envidiaba? ¿A Mara o al bebé?

—Hola, hija —era Han, su padre, que al fin se había dado cuenta de su presencia—. ¿Has venido a despedirnos o sólo formas parte de la escolta?

—Uh... Ni siquiera sabía que os ibais. Formo parte de la fuerza de choque

principal.

Wedge soltó a sus hijas y se puso en pie.

—Jaina, éste es el primer viaje para llevar a estudiantes Jedi y a algunos niños civiles, como mis hijas, a una nueva zona segura. Han, he ordenado a Nevil y a Corran que os hagan de escoltas.

—Vaya, pensé que podría darle a mi hija unas cuantas lecciones de vuelo. Seguro que las necesita.

Jaina no mordió el anzuelo y apenas se encogió de hombros. En otro momento, quizá.

Con extraordinaria suavidad y mal disimulada renuencia, Mara le entregó su hijo a Luke. Se inclinó para besar la frente a Ben, y dio media vuelta... no lo bastante rápido como para que Jaina se perdiera el ramalazo de dolor en su rostro. Después, se encaminó hacia sus habitaciones con largas zancadas y los tacones de sus botas resonando de una manera que parecía absolutamente normal, como si no ocurriera nada fuera de lo común.

—Vamos, jóvenes corellianos —Han dio la espalda a la multitud, se agachó un poco y miró por encima de su hombro—. ¿Quién quiere que lo lleve hasta el *Halcón Milenario*?

—¡Yo! —gritó Myri, más cerca de Han que su hermana. Saltó sobre su espalda, y él pasó los brazos bajo las rodillas de la niña para llevarla con mayor comodidad, antes de fruncirle el ceño a C-3PO.

—¿Preparado, lingote de oro?

—Estoy tan preparado para partir como lo estaba al principio de esta discusión, hace cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

—No, montón de chatarra. Quiero decir, que hagas lo mismo que yo —Han se encorvó un poco más, dando énfasis a su postura.

—Como desee, pero no veo para que... —C-3PO se inclinó, imitando la posición de Han y añadiendo un «¡Oh!» cuando Syal, sonriendo abiertamente, saltó sobre su espalda.

—Eso es —aprobó Han—. No tengas miedo de usar el látigo, Syal, es terco y caprichoso.

—Protesto, señor. Son adjetivos que no se ajustan adecuadamente a mi conducta...

Han se puso en movimiento, encabezando la salida del vestíbulo, pero miró de reojo a Jaina.

—Debí suponerlo. Pesa tanto como un wampa.

—¡No es verdad! —protestó Myri.

Jaina vio cómo se alejaban por el pasillo, seguidos por Syal y C-3PO. ¡Ella había montado sobre su padre tantas veces! La última... ¿cuándo fue? Sólo hacía unos

cuantos años. Le dijo que ella había crecido demasiado o que él se estaba volviendo demasiado viejo. Probablemente, otra mentirijilla de Han Solo.

La reunión del vestíbulo se estaba disolviendo. Leia acompañó a Wedge y a Iella hacia el vestíbulo principal del complejo, diciendo:

—Tenemos que hablar sobre algún material adicional.

Luke la siguió con el pequeño Ben en sus brazos, llevándose a Kam y a Tionne.

Y Jaina se quedó sola. Siguió el camino de Mara hasta la puerta de los aposentos de los Skywalker y llamó.

—Adelante —oyó que decían. Y entró.

Mara se hallaba de pie, en el centro de la habitación principal. Todo el mobiliario había sido colocado contra las paredes, dejando en medio un gran espacio vacío, sin duda para que Mara y Luke se ejercitasen o meditasen. Quizá estuviera realizando uno de esos ejercicios, pues tenía la cara un poco sonrojada y el pelo desarreglado.

—Creo que es mal momento —dijo Jaina—. No sabía que se marchaban.

—No importa. Se llevan a los alumnos Jedi a un nuevo escondite. A algún lugar donde estén seguros mientras el *Ventura Errante* siga aquí. Ben va con ellos, y los chicos de Wedge, y Tare —Mara se encogió de hombros y pareció que iba a agregar algo, pero no lo hizo.

—¿Te encuentras bien?

—Me siento como azotada por el viento. Apenas puedo respirar.

La repentina franqueza, que Mara pareciera a punto de perder el control, eran enervantes. Jaina buscó palabras de consuelo, de ayuda, pero comprendió la ridiculez, la futilidad del intento. No tenía ninguna experiencia con la que compararlo.

Excepto la pérdida de Anakin y Jacen, pero no era lo mismo. Por una parte eran sus hermanos, no sus hijos; por otra, aquella pérdida era permanente. Alejó aquellos pensamientos.

—Podrías ir con ellos —apuntó.

—No creas que no lo he pensado. No creas que no voy a pensarlo hasta el momento en que tus padres despeguen. Incluso después de que lo hagan —Mara trago saliva con dificultad—. Pero mi trabajo aquí y la misión en Coruscant son más importantes que mis sentimientos. Si no me quedo y hago algo que se supone que debo hacer, los yuuzhan vong pueden dar otro paso hacia la victoria. Y eso podría suponer la diferencia entre que Ben tenga una galaxia donde pueda crecer con normalidad... o no tener ninguna. Si sólo hiciera lo que *quiero*, Ben podría acabar muerto. O esclavo de los yuuzhan vong. No puedo permitirlo.

Los ojos de Mara estaban cerrados, pero tenía el control... al menos, el control físico. Nada podía controlar la angustia que sentía.

Jaina lo captó a través de la Fuerza, un flujo de dolor tan descontrolado como el agua que se vierte por un dique destrozado. Aquello no sólo bañó a Jaina sino que, de

repente, se encontró sumergida en él.

«Años sólo el frío del espacio en su corazón la mano del Emperador vengar su muerte y entonces Luke por qué odia convertirse en Ben tan pequeño tan pequeño como nunca lo será ni volverá a serlo otra vez no merezco ser su madre».

Rodeó a Jaina y la aplastó como lo harían los anillos de una serpiente. Se tambaleó hacia la puerta, pero Mara, con los ojos todavía cerrados, no pareció darse cuenta.

Jaina resistió el impulso de volver con su mentora y abrazarla para confortarla. Antes o después tendría que saldar cuentas, como tuvieron que hacerlo sus hermanos, y era mejor que Mara no tuviera divididas sus emociones. Al alejarse de Mara, permitía que se concentrase en su familia más cercana.

La puerta se cerró tras ella, pero la oleada de pensamientos y emociones de Mara persistió. Jaina se alejó, empezando a recuperar el aliento, pero el dolor de su mentora seguía dentro de ella, mezclándose con su propio dolor por la pérdida de sus hermanos y deseó poder evitar sentirse herida de aquella manera.

El dolor se iba desvaneciendo con cada paso. Al final del pasillo, allí dónde éste se cruzaba con el pasillo principal que llevaba al sector administrativo, volvió a ser ella misma... pero con los pensamientos y emociones girando a su alrededor como las nubes de escarabajos-piraña de Yavin 4.

Poco después, a su alrededor, los cazas y las naves espaciales del hangar de Operaciones Especiales rugían, gimoteaban o volvían a la vida; los sonidos y las vibraciones recoman su cuerpo a pesar del aislamiento de su Ala-X y su mono de piloto. Por regla general encontraba aquello cómodamente familiar, incluso tranquilizador, como si todo lo que se viera afectado por el ruido y la vibración estuviera en una sola mente con un solo objetivo, pero ahora la distraía. No podía concentrarse.

El *Halcón Milenario* estaba a la vista, y pudo distinguir a sus padres en la cabina de pilotaje. Leia también la vio a ella y le sonrió. Jaina le respondió ausente, forzado una sonrisa.

Los cazas de su propio escuadrón la rodeaban, con Kyp y Jag flanqueándola. Pudo ver a Kyp revisando su aparato, mirando a un lado y a otro de su tablero de mandos. Jag ya había terminado y se reclinaba relajado en su asiento.

Algunos la querían; otros, por lo menos, la respetaban. Sentirían dolor cuando muriera como sus hermanos, pero ella tenía que controlarse, tenía que mantenerlos a distancia para que la picadura de ese dolor fuera menor cuando la perdieran.

Hacía tiempo que Kyp le sugirió que se convirtiera en su aprendiz. Si aceptaba, Mara no se lo tomaría muy bien, pero quizá su enfado las mantuviera alejadas y así no se sentiría tan afectada cuando Jaina muriera. Y si se convertía en la aprendiz de Kyp, insistiría en mantener la distancia que se supone debe haber en una relación

maestro-aprendiz y así evitaría que siguiera expresando un interés personal por ella.

Eso dejaba a Jag. Si las cosas fueran distintas, no sabía lo que podría haber llegado a significar para ella, pero sospechaba que buscar una respuesta a esa pregunta era una de las razones por las que él se unió al escuadrón. Pero él era muy disciplinado, demasiado acostumbrado a perder seres queridos para verse drásticamente afectado si Jaina moría. Se recuperaría.

Se recostó en el asiento, más tranquila. Tenía un plan para todas aquellas personas a las que su desaparición podía afectar. Cuando se ajustaran las cuentas, todos soportarían su pérdida un poco mejor, un poco más fácilmente.

Su intercomunicador cliquéó. Era Kyp, una transmisión directa piloto a piloto a través de sus respectivos astromecánicos.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sólo estaba usando una técnica de calma.

—Pues no creo que funcione, puedo sentirte desde aquí. Estás confusa.

—No, no lo estoy. Sólo lo parece —para cortar la conversación, cliquéó la frecuencia del escuadrón—. Líder de Soles Gemelos a escuadrón. Tengo los cuatro motores a plena potencia, listos para elevarse.

—Aquí Dos, cuatro encendidos y esperando objetivo.

—Sol Gemelo Tres, listo.

—Cuatro, motor de estribor muestra un flujo de potencia anormal, pero preparado para el baile...

Un minuto después, el código de encendido iluminó su tablero. Los Soles Gemelos fueron los primeros en salir del hangar, rodeando la extraña nave que los defensores de Borleias llamaban cazas-tubería. Se detuvieron sobre la zona de seguridad y esperaron que se desplegaran los demás escuadrones.

Luego llegaron los Picaros, con la ausencia de Nevil y Corran, y los Caballeros Salvajes, con sus respectivos cazas-tubería. El cuarto fue el Escuadrón Luna Negra, el escuadrón de Ala-E que previamente había protegido la luna de Pyria VI bajo el mando del capitán Yakown Reth; ellos escoltaban el caza-tubería triangular, la pieza central de los experimentos de la Operación Lanza Estelar. Finalmente salió el *Halcón Milenario*, con sus dos escoltas Ala-X del Escuadrón Pícaro y un carguero. El hangar quedó prácticamente vacío.

Jaina cambió la frecuencia de su comunicador para sintonizar la de la flota.

—Líder de Soles Gemelos a Control. Misión de prueba lista para despegar.

—Soles Gemelos, aquí Control. Puede despegar. Buena suerte.

Jaina guió a los Soles Gemelos y sus cazas-tubería en una trayectoria suave por la atmósfera de Borleias. Nadie estaba completamente seguro de cuánta tensión podían llegar a soportar los cazas-tubería experimentales. Tras cada misión de prueba, los mecánicos se abalanzaban sobre los vehículos, con sus segmentos angulados y su

cabina de un viejo Ala-Y, y los remendaban para otro lanzamiento. Nadie se atrevía a sugerir que aquella fuera una batalla perdida, pero Jaina sabía que los vehículos experimentales estaban absorbiendo demasiados recursos de mantenimiento. Esperó que el proyecto tuviera suficiente éxito para justificar todo aquel esfuerzo.

Los escuadrones alcanzaron la órbita planetaria y tomaron rumbos diferentes, navegando a puntos distintos del Sistema Pyria... todos menos el *Halcón* y los cazas que lo escoltaban, que permanecieron en órbita.

* * *

Tam Elgrin entró en tromba en su camarote de la lanzadera y manipuló el villip oculto. El dolor volvía torpes sus dedos; necesitó varios intentos hasta abrir el dispositivo y acariciar la superficie para que extendiera y tomara la forma de su controladora.

—Habla —ordenó la mujer.

—Jaina Solo acaba de despegar —dijo Tam. Con cada palabra, su dolor de cabeza se aliviaba un poco—. Y se ha llevado a todo su escuadrón. Pude colocar esa cosa, ese insecto, en su Ala-X mientras estaba en el hangar. Lo pegué en un costado, como me ordenaste —se había vuelto muy bueno obedeciendo órdenes. Poco antes, caminó hasta el límite de la zona de seguridad permitido a los civiles y usó su holocámara para grabar la desolación de aquel destrozado paisaje, mientras esperaba que los guerreros yuuzhan vong le lanzaran un paquete. Era un pedazo de material transparente, semejante a la gelatina, lleno de insectos, gusanos y cosas que no podían escapar excepto cuando él lo apretaba con los dedos para liberarlos. Las siguientes comunicaciones del villip le dijeron qué hacer aquellas criaturas.

—Excelente. Lo estás haciendo muy bien, Tam.

Las alabanzas de su controladora, su tono de ánimo, hicieron que Tam se sintiera mejor. Se odió por ello.

—¿Algo más? —preguntó su controladora.

—Nada —su dolor de cabeza desapareció.

—Avísame cuando hayas tenido oportunidad de evaluar la moral de la guarnición tras la muerte de Jaina Solo —dijo la mujer.

Entonces, el villip se invirtió. Tam cerró el recipiente y se puso en pie temblando.

Ahora tenía una idea de cómo funcionaba la correa que llevaba puesta. Cuando no conseguía cumplir las órdenes, empezaba el dolor.

Y si seguía fracasando, empeoraba. Cuando informaba de un éxito, disminuía. Pero, dado que su controladora no podía saber si había tenido éxito o no, a menos que él informara, el único estímulo del dolor sólo podía ser su propio reconocimiento del fracaso. Al sentirse culpable, alguna parte de su cerebro se conectaba; al encontrarse

bajo un tipo determinado de tensión, alguna hormona se descargaba en su torrente sanguíneo y activaba los dolores de cabeza.

No tenía ninguna duda de que el dolor, si aumentaba lo suficiente, podría matarlo. Así se lo habían dicho. Lo sentía crecer hasta el pinito que creer que le iba a estallar la cabeza, que sufriría un aneurisma fatal.

Si tan sólo pudiera encontrar una forma de no pensar en el dolor, de no sentirse culpable o de no reconocer el fracaso para que el dolor nunca volviera... pero, con sólo pensar en ello, sus sienas empezaron a latir y el dolor volvió.

Se desplomó derrotado. Ni siquiera le permitían pensar en tales cosas.

Era un esclavo y siempre lo sería.

Dejó la lanzadera para volver a su trabajo.

* * *

Han se irguió en su asiento de piloto y contempló las estrellas de una forma desacostumbrada.

—¿En qué piensas? —preguntó Leia desde el sillón de copiloto.

Han la miró. Parecía más cómoda en aquel asiento especialmente instalado para ella. Al menos, no iría de un lado a otro durante las maniobras.

—Ya me conoces —sonrió—. Yo no pienso.

—*Te conozco*. ¿En qué pensabas?

—Pensaba en lo que pasará cuando finalmente nos libremos de los vong. Pensaba en volver a ser un comerciante.

—Sí, eras todo un comerciante.

—A mi manera lo era. Y pensaba que alguien con *tus* habilidades y *tus* contactos podría ser un valioso activo para mi negocio.

Apenas lo miró un momento, con una expresión a medio camino entre la diversión y la ofensa.

—¿Quieres que sea una contrabandista?

—Sí, ¿por qué no? Dijiste que habías terminado con la política. Quizá deberías seguirme a mí unos cuantos años, como yo te seguí a ti cuando estabas ocupada gobernando la galaxia.

—No me seguiste, estabas de visita.

—Bien, eso es lo más parecido a seguir a alguien que puedo soportar. Seguro que tú lo harías mejor que yo.

—Puede que ya no sea una política, pero sigo siendo honrada.

—Ama Leia, capitán Solo... —eran los tonos musicales de C-3PO.

Han y Leia miraron a la parte trasera de la cabina, donde el droide de protocolo se hallaba de pie con su habitual postura de nerviosa timidez.

—¿Qué pasa? —preguntó Han.

—Son los niños, señor. Me estaba preguntando qué clase de juegos y entretenimientos debo buscar para ellos. Es que... bueno, se aburren.

—No pueden aburrirse todavía. Sólo hace dos minutos que hemos despegado.

—Han tarda por lo menos tres.

Han le disparó una mirada furiosa.

—Saca el tablero del holojuego.

—Ya lo hice, señor, pero parecen pensar que es algo anticuado.

—¿Anticuado? Es uno de los pocos sistemas *nuevos* que instalé en el *Halcón* —frunció el entrecejo. Era nuevo cuando lo instaló hacía... oh, casi tres décadas.

Leia sonrió al ver su expresión.

—Deja que los más jóvenes se entrenen con los sables-láser contra el control remoto. Puede que no quieran, que digan que es anticuado, pero diles que el propio Luke se entrenó con él y enséñales su puntuación para que intenten mejorarla. A los mayores... mmm, ponles algunas simulaciones en los láseres cuádruples y déjalos que practiquen.

Han asintió con la cabeza.

—Algo así.

—Si no quieren trabajar con el equipo viejo, diles que es una lección de historia.

—Sí, ama Leia.

El droide desapareció. Han la contempló fijamente.

—Leia, sigue así y tendrás que volver caminando.

Ella solo le sonrió.

* * *

El Escuadrón Soles Gemelos llegó a su posición en una región vacía del espacio pyriano. Los doce miembros del escuadrón se dividieron en cuatro tríos y se alejaron de la zona central, mientras los cazas-tubería quedaban atrás, maniobrando para situarse en el punto matemático exacto que exigían los coordinadores de la Operación Lanza Estelar. Dirigieron sus sensores hacia el exterior para captar lo más pronto posible cualquier intrusión yuuzhan vong.

Ocasionales comentarios en voz baja crepitaban en los intercomunicadores, ajustados a la frecuencia del escuadrón. En las cuatro posiciones de la misión Lanza Estelar no pasaba nada... nada que los cazas-tubería detectaran.

—Me gusta tu diseño —era Kyp, y Jaina ajustó el intercomunicador para que el volumen de su voz resultase más alto que el de los demás. Miró hacia abajo y descubrió que de nuevo le estaba enviando un mensaje privado a través de su astromecánico.

Jaina volvió a mirar a través de la cubierta de su cabina hacia el Ala-X de Kyp, que flotaba a pocos metros a estribor. También la miraba.

—¿Qué diseño? —preguntó ella.

—El del color de tu Ala-X. Me parece muy efectista.

—Oh, vale —había pintado su Ala-X de un blanco brillante y dibujado en cada flanco la imagen de un voxyn al galope. Todas aquellas bestias reptilesacas, diseñadas por los yuuzhan vong para detectar y matar Jedi, murieron gracias a la expedición de jóvenes Caballeros Jedi a la mundonave que orbitaba alrededor de Myrkr, y Jaina los recordaba con desprecio... habían asesinado a demasiados de sus amigos y colegas. Pero, cuando Sharr le sugirió la idea, le gustó. Le gustaron las señales contradictorias que enviaba, apreciaba su ambigüedad. ¿Significaba que se identificaba con una criatura creada por los yuuzhan vong? Ella era una Jedi, ¿acaso colaboraba en su destrucción? ¿Admiraba la ferocidad de aquellos animales? Su presencia simbólica en una nave espacial confundiría a los yuuzhan vong. De momento estaba confundiendo a los combatientes de la Nueva República y a los Jedi que no pertenecían a los Internos.

El Ala-X de Kyp también estaba recién decorada con un diseño que debía de resultarle tan incómodo como el voxyn a Jaina. A ambos lados del fuselaje había pintado un sol convirtiéndose en supernova, un recordatorio para los yuuzhan vong de que él era Kyp Durrón y que hacía años destruyó mundos enteros con una superarma llamada el Triturador de Soles. En aquella época estaba dominado por la rabia, y no era lo bastante maduro para reprimirla. Incluso hoy día, mucha gente seguía pensando que debía pagar por sus crímenes contra esos mundos imperiales — pagar el precio definitivo, su vida—, pero Luke Skywalker discrepaba y, con los años, Kyp encontró una incómoda e incompleta redención en su papel de Jedi.

Por un momento, Jaina pensó añadir: «A mí también me gusta tu diseño». Eso confundiría a Kyp, ayudaría a mantenerlo a raya. Pero se ablandó y mantuvo la boca cerrada.

—Contacto en tres-tres-siete —era la voz de Gavin Darklighter por la frecuencia del escuadrón.

—Aquí los Caballeros Salvajes. También tenemos contacto de naves llegando desde el Borde —la voz de Danni.

Un momento después, el capitán Reth informó que el Escuadrón Luna Negra tenía otro contacto.

El cuadro de mandos de Jaina todavía no señalaba naves enemigas, pero tres contactos simultáneos contra las otras tres unidades que protegían los vehículos de la Lanza Estelar sugerían que ella no tardaría en avistar coralitas. Cambió a la frecuencia del escuadrón.

—Abrid bien los ojos —advirtió.

—Ooohh —era la voz mecánica de *Piggy*, que volaba como Sol Gemelo Cinco y hacía la evaluación táctica del escuadrón—. Quería dormir un rato más —su voz se volvió repentinamente alerta, como si hubiera comprendido que no apreciarían su broma—. Quiero decir, oír es obedecer, Grandeza.

Jaina sonrió ampliamente. Si estuviera liderando el escuadrón como una unidad militar, tendría que llamarlo al orden por hacer comentarios no pertinentes por el intercomunicador, pero se suponía que los pilotos de los Soles Gemelos tenían su propia idiosincrasia.

—Líder de Lanza Estelar a todos los escuadrones, estamos preparados para la prueba de disparo.

Jaina cambió a la frecuencia de la flota.

—Líder de Lanza Estelar, aquí líder de los Soles Gemelos. Fuego a discreción.

A varios kilómetros de distancia, los extremos de las dos protuberancias mayores de los cazas-tubería brillaron hasta volverse incandescente. Un brillante rayo de luz roja, un láser de un metro de circunferencia, saltó de uno a otro. Pero no fue una corta llamarada de energía, como el láser de un caza normal, sino que mantuvo su emisión imperturbable.

Se cruzaron informes que indicaban que los otros dos vehículos que formaban el triángulo de la Lanza Estelar, también habían disparado.

—Dos minutos para el impacto... un minuto cuarenta y cinco segundos... un minuto treinta segundos para el impacto...

Las cuatro naves de la Lanza Estelar iban provistas de holocomunicación únicamente auditiva para coordinarse a mayor velocidad que la de la luz, y sus respectivos escuadrones de escolta eran capaces de enviar sus propios comunicados a través de esos holos.

Jaina se desinteresó momentáneamente de la cuenta atrás para concentrarse en los pilotos de los cazas. Los Picaros, los Caballeros Salvajes, y los Luna Negra informaban de la llegada de escuadrones enemigos, aunque los sensores indicaban que no se aproximaban a velocidad de ataque. Parecían hacerlo de una forma más lenta, más deliberada.

—Quince segundos para el impacto... Impacto. Tenemos conexión positiva en ambos lados con el Vehículo Dos, con el Vehículo Tres... con el Vehículo Uno. Todas las conexiones son positivas. ¡Fuego la unidad central!

Detrás de Jaina, los cazas-tubería dispararon a través de la protuberancia central, la que seccionaba con las demás en ángulo recto; entonces, también emitieron un rayo láser de un metro de espesor. En el momento del disparo, el director del proyecto empezó a transmitir:

—Estimación: un minuto veintidós segundos para impacto... un minuto quince...

—Caballeros Salvajes en combate —la voz de Danni Quee sonaba tensa—. Nos

atacan dos escuadrones de coralitas.

—Aquí también. Dos escuadrones —el líder de los Luna Negra, el capitán Reth, parecía más tranquilo que Danni—. Táctica de ataque estándar.

—Los Picaros bajo presión de dos escuadrones completos más —la voz de Gavin Darklighter tomó un tono ligeramente divertido—. Corrección, dos escuadrones incompletos más.

Jaina frunció el ceño ante el cuadro de mandos de sus sensores. ¿Por qué los yuuzhan vong no los atacaban a ellos? No tenía sentido atacar sólo a tres de las cuatro posiciones de la Lanza Estelar. Si lo que pretendían era apoderarse de un caza-tubería para estudiarlo, deberían estar atacando sólo a una... o bien a las cuatro a la vez.

Entonces vio un blip casi en el límite de sus sensores.

—Enemigos a la vista —informó—. Soles Gemelos, dividíos en tríos. Listos para entrar en combate.

* * *

Han y Leia escuchaban el tráfico de comunicaciones entre las naves de la Lanza Estelar... siempre que les era posible, debido a los chillidos de entusiasmo que llegaban desde las torretas del *Halcón Milenario*, dónde los aprendices de Jedi practicaban desviando supuestas explosiones y disparando contra blancos ficticios generados por el ordenador. Ambos podían escuchar también las inútiles protestas de C-3PO.

—Parece que ahí atrás están bastante distraídos —comentó Leia.

—Sí, eso parece —Han conectó el intercomunicador interno—. Kam, Tionne, dejad eso, volved a vuestros asientos y abrochaos los cinturones. Vamos a saltar al hiperespacio dentro de un minuto —un momento después, pudieron escuchar la voz profunda de Kam Solusar dirigiendo a los bulliciosos pasajeros.

—¿Puedo sentarme aquí?

Han y Leia miraron hacia atrás para ver a Tare de pie, en la compuerta de la cabina de pilotaje. El chico parecía inseguro, infeliz.

—¿No quieres estar con los demás? —preguntó Leia. No tendremos mucho tiempo para hablar contigo, cariño.

Tare agitó la cabeza.

—Son mejores que yo en todo. Incluso Syal y Myri.

Leia intercambió una mirada con Han, y éste se aclaró la garganta.

—Claro, chico. Siéntate detrás de mí. Y abróchate bien el cinturón.

* * *

Los dos escuadrones de coralitas se lanzaron directamente contra los Soles Gemelos. Cuando éstos se dispersaron en cuatro tríos de naves, los coralitas hicieron lo propio en cuatro equipos de seis, un equipo para cada trío.

—Procedimiento estándar —ordenó Jaina, y viró hacia uno de los seis coralitas que los perseguían, el que encabezaba la formación. Conectó con Kyp mediante la Fuerza, y lo sujetó tan fácilmente como estrecharía la mano de un camarada. Entonces, esperó que seleccionara un objetivo.

Lo hizo y dispararon casi al unísono; Jag disparó una fracción de segundo después. Los láseres de Kyp encontraron el vacío generado por el coralita, los de Jaina impactaron en la proa, y los de Jag destrozaron la cubierta de la cabina. Quedaban cinco naves enemigas.

Cuando se disponía a realizar otra pasada, Jaina le echó un vistazo a los sensores. Mostraban a todos los coralitas en furioso combate con los cazas; las seis naves que atacaban al segundo trío, en el que iba *Piggy*, ya se habían reducido a cinco, y los otros dos grupos seguían indemnes. Nadie estaba atacando a los cazas-tubería, que seguían vertiendo energía láser en tres direcciones... no, en una sola dirección. Las dos cañerías mayores se habían apagado, dejando sólo la menor para dirigir el haz de energía hacia el centro de la formación.

Un chorro de proyectiles de los cañones de plasma pasó a unos cincuenta metros de su Ala-X, cerca para los estándares de una batalla espacial, pero no lo suficiente para preocuparla. Los pilotos de aquellos coralitas no eran los mejores que los yuuzhan vong podían ofrecer; de eso estaba segura por la dificultad que tenían para mantener la persecución de los cazas y por el hecho de que sus disparos no se acercaban lo suficiente para asustarlos. Incluso los mensajes entre los pilotos hacían pensar en una ausencia de peligro real; las voces de los Escuadrones Pícaro y Luna Negra eran tensas, pero no tanto como en un combate más desafiante.

Jaina guió su trío de cazas en un amplio giro que los dejó ante sus perseguidores, pero también al alcance de los Soles Gemelos Siete a Nueve. Le envió a Kyp un pequeño parpadeo de confirmación a través de la Fuerza; escogió otro objetivo y disparó. El piloto de la nave elegido viró y consiguió proyectar su vacío, interceptando los láseres de Jaina y Kyp, pero Jag, disparando con un ángulo ligeramente distinto y un ligero retraso, evitó el vacío y rasgó todo el vientre de la nave. El coralita giró alocadamente, sin control, y se alejó de la zona de combate.

—Es una trampa —avisó *Piggy*. Jaina vio que el mensaje le llegaba directamente a través de su astromecánico, ninguno de los demás pilotos podía oírlo—. Recomiendo volver a la base.

Jaina frunció el ceño. Los cinco coralitas que perseguían su trío de cazas habían adoptado una formación de cuña, con el más intrépido como punta de lanza.

—Explícate, *Piggy*.

Ella buscó a Kyp, sintiendo por un momento su mano en los mandos del Ala-X. Jaina se ocupó de sus propios mandos y los de Jag simultáneamente, y ambos Ala-X redujeron la velocidad y ganaron altitud relativa respecto a sus perseguidores. Jag, sin conexión con la Fuerza, saltó hacia delante.

Jaina dio la señal a Kyp. Él apuntó al primer coralita y disparó junto con ella. Jag, en su más maniobrable desgarrador, invirtió el curso en un giro completo que habría dejado sin control a un Ala-X y disparó contra la proa del enemigo. El dovin basal de la nave creó su vacío para anular los láseres de Jag, pero el fuego combinado de Jaina y Kyp lo hizo trizas, lanzando resplandecientes pedazos de coral yorik en todas direcciones.

Jaina y Kyp mantuvieron el fuego, concentrándose en el lado de babor de la formación coralita. Jag se mantuvo a estribor, disparando al mismo blanco. Sus láseres fueron interceptados por las manchas de oscuridad del vacío, pero no los de los otros dos Ala-X. En pocos instantes las dos naves, aunque no destruidas, estaban inutilizadas por el impacto de los láseres y la pérdida de atmósfera. Jag realizó un rizo y se colocó a la cola de Jaina y Kyp, mientras el trío se situaba tras la formación de coralitas.

Entretanto, *Piggy* seguía hablando. Y hablando y hablando.

—Escucha las intercomunicaciones. Hemos sido atacados por fuerzas lo bastante sofisticadas como para simultanear ataques contra los tres escuadrones, pero no saltaron contra nosotros hasta que los otros tres ya estaban enzarzados en combate. Es una táctica diseñada para fijarnos en nuestras posiciones y tenernos ocupados con los coralitas mientras preparan algo.

—Recibido —Jaina lanzó unas cuantas ráfagas contra el coralita que tenía delante. Al concentrarse en las palabras de *Piggy*, había relajado su conexión con Kyp mediante la Fuerza.

Tenía razón. Todas las pruebas apuntaban a que el nuevo comandante yuuzhan vong era sagaz y experimentado. Nunca prepararía un ataque tan sofisticado con pilotos de segunda categoría, excepto si se trataba de una distracción, un farol o una trampa.

Pero no podían huir siempre que se enfrentaran una trampa. Los yuuzhan vong reconocerían la táctica y se aprovecharían de ella.

—*Piggy*, les enfriaremos los ánimos —dijo—. Quiero que transmitas la advertencia, resumida, por todas las frecuencias de la flota. Intenta parecer atemorizado, ¿de acuerdo?

—Recibido —un segundo después, su voz apareció en la frecuencia de la flota, a un volumen superior y más ansiosa—: Grandeza, aquí Sol Gemelo Cinco. Presiento que nos están tendiendo una trampa. Tenemos que huir.

Jaina resopló ante la melodramática advertencia y respondió apropiadamente.

—Tranquilo, *Piggy*. Ten fe. Has presentado su trampa. Veremos si ellos presienten la mía.

«Ahora —se dijo—, sólo tenemos que deducir lo que intentan hacer, impedirselo y hacer algo peor. Fácil».

«Sí, claro».

El láser que surgía de la protuberancia menor del caza-tubería se apagó. Había cumplido con su parte en la operación. Cambió a la frecuencia del escuadrón.

—Lanza Estelar Uno, sal de aquí. Vuelve a la base.

—Recibido. Lanza Estelar Uno en camino.

Ocupación de Borleias, día 39

Los chorros de energía láser de las Lanzas Estelares Uno, Dos y Tres convergieron en la Lanza Estelar Prima, el caza-tubería con tres protuberancias formando ángulos iguales. Cada chorro entró por una de las aberturas.

La última protuberancia de Lanza Estelar Prima, la que apuntaba hacia el sistema de Coruscant disparó, canalizando los tres rayos láser de un metro de espesor, hacia la antigua sede del gobierno de la Nueva República a varios años luz de distancia.

* * *

Jag había hecho blanco contra una de las naves de estribor. Eso dejaba dos dañadas y una ileso de las seis que les atacaran. Los sensores de Jaina mostraban que uno de los pilotos de su escuadrón, Sol Gemelo Diez, flotaba impotente, pero el Once informó que el Diez seguía vivo.

Pero en sus sensores de largo alcance había algo más, dos enormes puntos rojos que se acercaban a gran velocidad desde direcciones opuestas, frenando al entrar en la zona de combate.

Eran del tamaño adecuado para ser el análogo yuuzhan vong de las corbetas; mientras Jaina los observaba, de los blips se desgajaron muchos blips más pequeños: lanzaban sus coralitas.

—Ya está aquí la segunda oleada —notificó a su escuadrón—. Picaros, Lunas Negras, Caballeros Salvajes, esperad refuerzos.

Recibió tres respuestas, pero apenas se dio cuenta mientras su trío de cazas se anotaba varias muertes rápidas entre los coralitos ilesos y en uno de los dañados. Los últimos pilotos supervivientes de los seis yuuzhan vong originales dieron media vuelta para refugiarse entre el flujo de refuerzos coralitos.

Jaina les permitió escapar. Otros supervivientes de los dos primeros escuadrones yuuzhan vong también se retiraban en dirección a sus refuerzos. Ninguno de ellos parecía preocuparse por las Lanzas Estelares o por el inmovilizado Soles Gemelos Diez. Jaina intentó pasar revista a la situación en los pocos segundos disponibles.

—Pícaros, ¿os han tendido la misma trampa a vosotros?

—Negativo, líder Gemelos.

—Los Caballeros Salvajes seguimos con los escuadrones originales, aunque están intensificando la resistencia.

—Lo mismo para los Lunas Negras, Gemelos.

—Son interceptores, líder Gemelos —era la voz de *Cerdito*—. No han venido por las Lanzas Estelares... han venido a por ti.

—Trázanos un curso para salir de aquí, *Piggy*. Y lejos del rumbo de las Lanzas Estelares.

Un segundo después, el curso apareció en el ordenador de navegación de Jaina. No los llevaba a través de la zona de espacio abierto, y Jaina se preguntó por qué *Piggy* ignoraba la opción más lógica... y entonces comprendió que *precisamente* lo había hecho porque era la opción más lógica, y la que los yuuzhan vong esperaban que tomaran. Además, seguro que había visto otras cosas que ella no percibía en ese momento.

Se orientó hacia el vector de huida y forzó sus motores hasta máxima aceleración, con el resto de los Soles Gemelos siguiendo su estela. Por delante, los coralitas yuuzhan vong empezaron a congregarse en su ruta de huida; por detrás, más naves enemigas aceleraban en su persecución. Sus sensores indicaron que los once Soles Gemelos se enfrentaban a un número cinco veces mayor de coralitas.

* * *

A un microsalto de distancia, una fracción de año luz fuera del sistema solar de Pyria, Han y Leia atendían al tráfico de holocomunicaciones de la zona de combate donde se encontraba su hija.

—Voy a volver —gruñó Han.

La cara de Leia parecía tan cenicienta como el ánimo de Han. Sacudió lentamente la cabeza.

—No podemos ayudarla.

—Y un cuerno no podemos. Conseguiré su vector de huida y abriré un agujero al otro lado, antes de que los vong se enteren de lo que ocurre.

—Bien. ¿Quieres que se lo diga a nuestros pasajeros, a los niños?

Han lanzó un gruñido inarticulado. Se sentó con los músculos tensos, escuchando lo que podía pasarle a su hija.

* * *

—La hemos fastidiado —dijo Wedge. Como en todas las misiones importantes, estaba de pie en la sala de control, junto al holograma que mostraba la zona de combate.

Tycho asintió con la cabeza, malhumorado, sin responder a las palabras de Wedge.

No hacía falta. Los dos habían estudiado todos los detalles de la misión y de la respuesta yuuzhan vong. En un momento determinado, éstos habrían podido ir tras los vehículos de la Lanza Estelar y, en teoría, los pilotos de los cazas-tubería podían desprender las cabinas —que contaban con motores propios, aunque rudimentarios—, y escapar, destruyendo el resto de la nave con un primitivo sistema de autodestrucción que no podía verse afectado por las contramedidas enemigas, dejando únicamente algunas pistas para que los yuuzhan vong descubrieran lo que estaba pasando.

Todo ello asumía que el objetivo yuuzhan vong serían las Lanzas Estelares. Ahora, en cambio, parecía ser Jaina Solo.

Y, como sólo el escuadrón de Jaina era atacado de aquella manera, significaba que los espías yuuzhan vong en Borleias, o en su órbita, la habían identificado y deducido correctamente su curso, sugiriendo que tenían más medios de los que Wedge y Tycho suponían.

—¿Cuánto tiempo tardarían los refuerzos en llegar hasta ella? —preguntó Wedge.

—Dos minutos para situar la fragata *Marea Lunar* en posición, aunque sólo conseguiremos que la destruyan. Y cinco minutos para la fuerza de choque que tenemos apostada a la sombra de Borleias.

Wedge sopesó los datos, sin olvidarse que parte de esos datos eran tripulaciones, seres vivos que pilotaban las naves involucradas. ¿Cuántas vidas valía Jaina Solo? Más importante todavía, ¿cuánto daño causaría a sus planes corroborar la costumbre de la Nueva República, considerada una debilidad por los yuuzhan vong, de arriesgar y probablemente condenar a muchas personas para salvar a un número menor?

—Ordena a la *Marea Lunar* que se coloque en posición... pero que no salte hasta que nosotros demos la orden, que esperen a la fuerza de choque a menos que digamos lo contrario.

Tycho asintió y volvió a concentrarse en el tablero de comunicaciones.

Gracias a décadas de disciplina, Wedge fue capaz de ocultar el nudo que sentía en su estómago por la decisión tomada, y rezó para que no tuviera que confesar a Han y Leia que había condenado a su hija.

* * *

—Puedo sacar al escuadrón de este lío —aseguró Jag.

—¿Te importaría compartir esa información? —preguntó Jaina.

—Demasiado tiempo, Diosa. ¿Confías en mí?

Jaina pensó en la pregunta una fracción de segundo y descubrió que sí. Si decía que sabía cómo salvarlos, lo haría.

—Te entrego el mando —accedió.

—Kyp y tú lanzad bombas-sombra. Que las bombas me sigan a varios metros de distancia, tan cerca como podáis manejarlas. Ya sabréis cuando soltarlas. Y quedaos atrás, dadme un margen de varios kilómetros —sin esperar autorización, Jag aceleró y se adelantó a la formación de los Soles Gemelos.

Jaina sintió una ligera confusión en Kyp, una especie de interrogación. Le ofreció un encogimiento de hombros mental. Armó y lanzó una bomba-sombra, la atrapó con la Fuerza y la envió tras la estela de Jag. Detectó un esfuerzo similar en Kyp, su bomba-sombra iba por delante de la suya.

Los coralitas más cercanos ya estaban prácticamente sobre Jag, pero él giró a estribor casi en ángulo recto, como sólo un piloto TIE podía hacerlo, y se dirigió directamente hacia uno de los interceptores yuuzhan vong, el situado entre su posición y la seguridad de Borleias.

Los coralitas también giraron para seguir a Jag y Jaina aprovechó para abrir fuego, rociándolos con intermitentes láseres rojos, alejándolos de Jag; vio como los disparos de sus compañeros penetraban entre la nube de naves y uno de los yuuzhan vong explotó en pedazos.

Iba a ser difícil. Tenía que volar, disparar y controlar su bomba-sombra mediante la Fuerza... y esto último era lo más difícil, porque Jag volaba como sólo un piloto de TIE o Ala-X podía hacerlo, esquivando los cañones de plasma de los interceptores tan ágil y acrobáticamente, que el principal peligro era cruzarse sin querer en el camino de un proyectil de plasma en lugar de que uno lo buscase y lo encontrase. Mantener la bomba-sombra tras él resultaba una tarea casi imposible.

Entonces, sintió que Kyp llegaba hasta ella a través de la Fuerza y pudo vislumbrar su técnica; vio a Jag como una presencia viva en la Fuerza y a dos cosas no vivas que eran sus bombas-sombra; Kyp los interconectaba como si los tres estuvieran en una misma burbuja de modo que, siempre que Jag se movía, prácticamente arrastraba la bomba con él. Kyp proporcionaba la energía pero Jag, sin saberlo, las dirigía. Jaina intentó hacer lo mismo, conectar su propia bomba con Jag... para darse cuenta que todavía no había desarrollado el mismo grado de control que Kyp; al menos, ahora su bomba-sombra seguía a Jag con más eficacia.

Tenía a los coralitas en su cola. Jaina concentró la mayor parte de la energía de reserva de su Ala-X en los escudos traseros y se concentró en revolotear como un escarabajo-piraña, impidiendo que los pilotos yuuzhan vong tuvieran un blanco fácil. Los pilotos de su escuadrón hicieron lo mismo.

Jag había incrementado su velocidad varios kilómetros, y ante él se interponía la masa del interceptor yuuzhan vong. Los escuadrones de corallitas, dispersados para cortar todas las rutas de huida posibles a los Soles Gemelos, estaban congregándose de nuevo, pero la maniobra de Jag los había pillado desprevenidos. Desde un punto de vista lógico, era lo más estúpido que podían hacer los pilotos de la Nueva República.

Jag enfiló su proa directamente hacia la proa de la nave capital, el nódulo donde se concentraban sus dovin basal —los dovin basal que arrastraban la nave a través del espacio, que proyectaban los vacíos que absorbían el fuego enemigo, que generaban fluctuaciones gravitacionales en el hiperespacio para guiar a las naves en su transición al espacio real—, y así impedir que el interceptor saltase al hiperespacio. Y, por fin, Jaina comprendió el plan de Jag.

Sus maniobras evasivas se hicieron más firmes, más rápidas, más aleatorias a medida que se acercaba al interceptor y sus baterías de cañones de plasma abrían fuego contra él. Jaina, gracias a su percepción de Jag a través de la Fuerza, pudo sentir la adrenalina que corría por sus venas, algo que nunca habría supuesto dada su conducta aparentemente tranquila en todas las situaciones.

—Llegando al punto crítico para soltar las bombas —informó Jag, con un tono de voz tan indiferente como si pidiera una comida que no esperase comer—. Tres, dos... —su desgarrador empezó a vomitar láser en una pauta espiral, con los vacíos del interceptor absorbiéndolos avariciosamente. Jaina pudo ver esos vacíos concentrándose ante el desgarrador de Jag, anticipándose a su ataque.

Anticipándose. Jag era tan bueno anticipándose, prediciendo, que podía utilizar esa anticipación como un arma contra sus enemigos.

—... uno. Soltadlas.

El desgarrador dio un giro tan cerrado como sólo era capaz de darlo un TIE, pero siguió disparando sus láseres contra el costado del interceptor. Los vacíos se movieron para anular los disparos.

Jaina dio un tirón a la Fuerza para desprender su bomba-sombra de la estela de Jag, manteniéndola en su curso original anterior al giro. Kyp hizo lo mismo con la suya. Un vacío apareció repentinamente ante Kyp.

Pero la bomba de Jaina detonó a pocos metros del nódulo del dovin basal. Sintió un ramalazo de alarma de Jag, pero no desapareció de sus percepciones.

Viró alrededor del moribundo interceptor, rociando de láser a un par de corallitas que se acercaban por delante, ligeramente a babor, y a sus disparos se unieron los de sus compañeros de escuadrón. Ambas naves enemigas quedaron reducidas a pedazos de coral yorik supercalientes en cuestión de segundos... y, de repente, entre su escuadrón y Borleias no quedó sino espacio abierto y vacío. Se acercaban corallitas desde ambos lados, pero ninguno podía tomar un curso de intercepción capaz de

alcanzar a sus Ala-X. Jaina lanzó un suspiro de alivio.

De repente, se le cortó la respiración. Los sensores indicaban que su unidad constaba sólo de diez blips. Sol Gemelo Tres no regresaba con ellos. Buscó en el tablero de sensores y descubrió que Jag se había quedado atrás, cerca del agonizante interceptor, volando en un ángulo que lo llevaba hacia la masa de coralitas.

—Gemelo Tres, aquí Líder. ¿Qué diablos haces?

—Lo siento, Líder, me rozó una singularidad y el tirón alteró mi rumbo —la voz de Jag parecía dolida—. Me he quedado sin escudos. Ya me reuniré con vosotros más tarde.

Era una bravata de piloto. Casi dos escuadrones enteros de coralitas convergían hacia Jag desde todas direcciones. Ningún vector le permitiría aprovecharse de la superior velocidad de su desgarrador para esquivar al enemigo; tendría que abrirse camino peleando y, sin escudos, no tenía la más mínima posibilidad de lograrlo. Su habilidad podría darle unos segundos, quizá un minuto. Después, estaría muerto.

Jaina vaciló. Jag era uno de sus pilotos. No podía dejarlo atrás. Simplemente, no podía.

Pero Kyp seguía en contacto con ella gracias a la Fuerza. Y lo escuchó por el intercomunicador:

—No, Jaina. Si regresas, tirarás por la borda todo lo que ha hecho por ti, por nosotros. *No puedes dejar que te capturen.*

—Lo sé —reconoció ella. Su voz sonó débil. Vio como el coralita más cercano a Jag ya lo tenía a tiro. Él retomó un vuelo evasivo; el blip que lo representaba en el tablero de sensores se volvió borroso mientras el sistema intentaba seguir sus movimientos.

—Vámonos —sugirió Kyp. Su voz era solemne, y ella pudo sentir que su pesar era sincero.

—Sí —aceptó Jaina—. Soles Gemelos, estableced un curso hacia Borleias. Saltad en cuanto podáis. Dejad que la masa del planeta os saque del hiperespacio —vio como Sol Gemelo Once saltaba casi inmediatamente; Tilath ya debía tener el rumbo programado.

Los demás saltaron en los segundos siguientes. Todos menos Kyp y ella, mientras el blip de Jag se veía rodeado por una nube cada vez más espesa de puntos rojos.

—Te estoy esperando —avisó Jaina. Apenas podía oír su propia voz. Una niebla parecía extenderse ante sus ojos, una nube de ruido blanco ante sus orejas.

—Te estoy esperando —respondió Kyp.

—Juntos, entonces —Jaina aspiró profundamente, sin dejar de observar cómo la red de coralitas se cerraba en torno a Jag. Estaban dirigiéndolo, dejándole una pequeña salida en una sola dirección, la que le acercaba inexorablemente hacia el otro interceptor—. A la de tres. Uno, dos, tres... *salto.*

Ninguno de los dos Ala-X saltó.

—Maldita sea, Kyp, vuelve a casa —Jaina tiró del timón, haciendo girar su Ala-X de vuelta al campo de batalla, de vuelta a los coralitas que la perseguían. Y, en ese momento, descubrió que la niebla y el ruido blanco desaparecían.

—Jaina, *no* —Kyp se había quedado con ella—. No puedes hacer eso. No puedes salvarlo y no puedes suicidarte.

—Cállate —Jag no estaba muerto. Todavía volaba y todavía tenía el dedo en el gatillo. No moriría, ella lo sacaría de allí. Ella lo salvaría.

El primero de los perseguidores de Jaina abrió fuego, pero no con sus cañones de plasma. El espacio que la rodeaba pareció vibrar repentinamente a causa de los grutchins, los insectos excavadores capaces de desmantelar una nave. Retorció el timón, dejando que la Fuerza guiase sus maniobras evasivas, y redirigió parte de su energía a los escudos delanteros. De momento no había oído ninguno de los distintivos «pings», característicos del impacto de un grutchin.

—Jaina, aquí el coronel Celchu. Envío esta transmisión a través de tu astromecánico. El general Antilles te da una orden directa. No vuelvas a entrar en zona de combate. Vuelve a la base, ¿entendido?

Parte de ella lo entendió. Parte de ella sabía que Wedge Antilles había llegado a la conclusión que Jag Fel estaba perdido y no quería aceptar la débil oportunidad que Jaina Solo le ofrecía para salvar a su propio sobrino. Así de malo parecía.

—No me hable de posibilidades, sé que son mínimas —respondió, casi en un susurro. Hizo un bucle intentando esquivar el primer escuadrón de perseguidores, pero sin poder librarse del segundo.

Ahora le disparaban grutchins desde dos direcciones a la vez.

—No pensaba hablar de posibilidades —por una vez, Tycho parecía desconcertado.

—Bien.

* * *

Kyp se mantuvo obstinadamente junto a Jaina, mientras disparaba sus láseres con tanta regularidad como le era posible. Ella no lo hacía. Su mente estaba en otra parte, ni siquiera reconocía a los coralitas como amenazas. Sólo sus reflejos impedían que los grutchins cayeran sobre ella. Kyp se encargó de un coralita que se aproximaba, destrozando primero su dovin basal y sembrando de láser el cuerpo principal de la nave. Revisó los sensores. Sólo quedaban cuarenta y nueve coralitas y el interceptor.

Entonces, quedaron cuarenta y ocho. El número de los blips descendió y una pequeña luz se apagó cerca de Jag. Pero éste se hallaba terriblemente cerca del interceptor.

Entonces, la respuesta llegó hasta Kyp.

—Jaina, puedo salvarlo pero necesito tu ayuda.

Sintió un parpadeo procedente de ella.

—¿Cómo? —preguntó.

—Apunta directamente a la proa del interceptor. Sigue recta y pasa a través de la nube de cazas que rodea a Jag para darle un respiro. Y protégeme a mí, también estaré demasiado ocupado disparando.

—Kyp, el truco de la bomba-sombra no funcionará de nuevo. Estarán sobre aviso.

—No es eso lo que pensaba. ¿Confías en mí?

—Sí. Adelante.

Intercambiaron posiciones. Jaina abrió fuego de repente con sus armas, y Kyp dejó que sus reflejos se encargaran de volar evasivamente mientras su mente se concentraba en otra tarea.

Luke Skywalker lo hizo una vez un par de años atrás, se lo oyó mencionar a otro Jedi. Nadie más lo había intentado desde entonces porque Luke quedó tan agotado que casi llegó al colapso, y un Jedi raramente acepta una técnica que los deje tan desfallecidos.

Ahora se encontraban más allá de la segunda ola de coralitas, dirigiéndose hacia la nube que rodeaba a Jag. Más allá de él, estaba el segundo interceptor. Kyp sabía que otras naves convergían hacia Jaina y hacia él, pero no se molestó en mirar sus sensores. No era relevante.

Y supuso que no se agotaría tan terriblemente como Luke. Era más fuerte en la Fuerza que Luke Skywalker.

Desde que se conocieron, supo que era más poderoso que el legendario Maestro Jedi. Pero ésta vez era la primera que se lo decía a sí mismo sin sentir un poco de orgullo. Era más fuerte y punto. Normalmente, no importaba; ahora, sí.

Llegaron hasta el borde de la nube de coralitas que rodeaba a Jag. Jaina y Kyp esquivaron las naves que se habían vuelto contra ellos y su fuego graneado. De repente, se encontraron en medio de ellas, con el desgarrador de Jag delante y el interceptor más allá.

Ausente, sin apenas apuntar, Kyp apretó el gatillo de sus láseres. Los rayos rojos se dirigieron hacia el interceptor, y un vacío cambió de posición para absorberlos.

Intentó sentir la presencia de aquel vacío gracias a los amplios sentidos que le proporcionaba la Fuerza. No podía captar a los yuuzhan vong o a sus criaturas, pero sí las distorsiones espaciales, pequeños núcleos de incorrección donde no debería haber nada.

Captó algunos, pero no podía distinguir el del interceptor del de los coralitas, y los sobrecargados sensores no traducían exactamente las direcciones y las distancias. Sólo podía deducir que los vacíos más lejanos pertenecían a coralitas.

Armó un torpedo de protones y lo disparó. Sentía cómo, en cuestión de segundos, su presencia física devoraba la distancia entre el interceptor y él proyectil... y cómo éste era tragado por otro vacío.

Captó su entrada en el vacío y qué singularidad, de las muchas que percibía, se lo había tragado.

Y se asió a ese vacío, concentrando sobre él todas sus habilidades y disciplinas de la Fuerza.

Era como utilizar una delgada vara de metal para empujar un deslizador. Demasiada presión y la doblaría inútilmente; demasiado poca y no obtendría ningún resultado. Tenía que encontrar la presión correcta para moverlo y mantenerla así...

Por un momento, lo único real en el universo fueron Jaina, el vacío y él. Hasta que el vacío empezó a moverse lentamente, dio la vuelta y retrocedió en dirección opuesta.

Entonces volvió a ser él mismo, estaba en la cabina de pilotaje mirando el flanco desprotegido del interceptor. El vacío había retrocedido y tocado la nave, y ahora ésta se alargaba hacia él, extendiendo hacia la singularidad lo que parecía una protuberancia flexible de coral yorik.

Las partes del interceptor más cercanas al vacío aceleraron hacia sus fauces y la tensión empezó a desgarrar las zonas más lejanas, dejando escapar gases y atmósfera al espacio. La increíble gravedad de la singularidad no permitía que la fuerza de los motores liberara la nave y se tragaba porciones cada vez mayores, comprimiéndolas, desgarrándolas. En un instante, el interceptor desapareció en el vacío.

Kyp se sintió aniquilado, agotado hasta la médula, como si hubiera corrido durante días enteros gracias únicamente a la Fuerza y ahora pudiera descansar. Su cuadro de mandos emitía una señal sonora y le dedicó una mirada.

—He recibido un impacto —informó—. Creo que de un grutchin.

De hecho, una parte de su cabina a estribor empezaba a teñirse de negro y a emitir un humo acre. Ociosamente, extrajo su sable láser del cinturón y orientó la punta hacia la zona ennegrecida.

Un segundo después, el metal se partió y los ojos del insecto se asomaron al interior de la cabina. Kyp conectó el sable láser y la hoja de energía se incrustó en la criatura. Lo apagó. No oyó ningún ruido, ya que casi toda la atmósfera de la cabina había desaparecido por el agujero en esos pocos instantes. Con su traje de vuelo activado, el escudo de energía mantenía la atmósfera a su alrededor, protegiendo su piel de la presión exterior.

—Problema de grutchin resuelto —susurró.

—Lo siento —se disculpó Jaina.

Kyp contempló sus sensores. Jaina, Jag y él estaban saliendo de la zona comprometida, con una veintena de coralitas persiguiéndolos.

Pero también vio una nube de luces amistosas, una nube que pertenecía al Escuadrón Pícaro y a una nave capital, la *Marea Lunar*, acercándose desde el giro galáctico.

—Vayamos en esa dirección —sugirió Kyp.

—Ésa sí es una idea inteligente, Kyp —aceptó Jaina—. Gracias.

—No tiene importancia.

* * *

Agotado y pálido, Han se sentó en su asiento, obligándose a respirar profundamente. Leia no tenía mejor aspecto que él.

—La educamos así, Han, nos guste o no.

—Lo sé.

—Así que ahora no podemos criticarla.

—¿Desde cuándo la lógica anula mi derecho a quejarme? Sobre todo cuando hace algo tan estúpido.

—Han...

—Estas últimas horas he envejecido veinte años. Veinte años, Leia.

—Empiezas a parecerme a C-3PO.

Él frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Dedícate a pilotar. Cuánto antes lleguemos a las Fauces, antes podremos volver.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Coruscant

El rayo láser de un metro de diámetro surgió de las profundidades del espacio e impactó contra la mundonave de Tsavong Lah.

Lo golpeó con la fuerza de una batería de turboláseres, trazando un surco en la superficie de coral yorik, sobrecalentándolo hasta dejarlo marcado con una profunda cicatriz.

Menos de un segundo después, un vacío se materializó bajo el rayo, interceptándolo y tragándose todo el daño. El vacío permaneció mientras el láser siguió cayendo. Un minuto después, el ataque cesó y el vacío desapareció.

En la cámara de control de la mundonave, Tsavong Lah recibió la noticia del ataque con perplejidad.

—¿Extensión de los daños? —preguntó.

—Mínimos —respondió Maal Lah—. Y ya se están regenerando. Dentro de un día sólo quedará una cicatriz de combate.

—Y no has encontrado el vehículo o el emplazamiento desde el que dispararon.

—No, Maestro Bélico. Aunque parece que lo hicieron desde más allá de la órbita del planeta más alejado del sistema, y que tardó un tiempo considerable en alcanzar nuestra mundonave.

—Demostrando que tienen bastantes observadores en el planeta y que esos observadores tienen bastante equipo de comunicaciones como para seguir la posición de esta mundonave mientras permanece en órbita —Tsavong Lah se encogió de hombros—. ¿Por qué hacer esta demostración de poder sin obtener prácticamente ninguna ventaja?

—No lo sé, Maestro Bélico.

Tsavong Lah pensó en todo aquello, apenas distraído por las sensaciones que le transmitían los parásitos que se abrían camino por la carne de su brazo. Un pensamiento descorazonador llegó de improviso hasta él.

—Rastrea el curso del láser.

—Ya lo hemos hecho, Maestro Bélico.

—Rastréalo más allá del sistema de Coruscant. ¿Qué otros sistemas planetarios se

encuentran a lo largo de esa línea?

Maal Lah gesticuló hacia uno de los analistas. Segundos después, le llevó la respuesta.

—El Sistema Pyria —dijo Maal Lah.

—Abre el villip de mi padre. Y tráeme a Viqi Shesh.

Ocupación de Borleias, día 39

Aunque las puertas del hangar de Operaciones Especiales estaban abiertas, y el Escuadrón Pícaro maniobraba a través de ellas para aterrizar, Jaina, Kyp y Jag se dirigieron a la zona de seguridad, a pocas docenas de metros de la entrada. Un oficial los esperaba allí, un oficial que Jaina reconoció: el coronel Celchu.

Su corazón no podía hundirse en su pecho, ya lo tenía en alguna parte de los tobillos, pero sintió que descendía los últimos centímetros hasta los dedos de sus pies.

Cuando los pilotos descendieron de sus cazas, Tycho los estudió con la mirada.

—¿Algún herido? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza. Kyp, aunque ileso, se apoyó pesadamente contra el ala de su nave y Tycho le dirigió una segunda mirada.

—Usted, vaya abajo —ordenó secamente.

—Encantado —Kyp miró a Jaina—. Con tu permiso, Grandeza.

—Descansa un poco, Kyp.

Tycho se volvió hacia Jaina.

—El general Antilles quiere verte. Ahora.

—Lo suponía.

—¿Y a mí? —se interesó Jag.

—Después. Aunque quiere que os felicite por esa táctica de la bomba-sombra. Dado que las bajas no pueden otorgarse a más de dos personas, cree que la del primer interceptor os debe ser adjudicada a vosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Jaina—. Yo firmo.

—Yo también —aceptó Kyp.

Caminaron hasta el laboratorio biológico. Kyp procuró no tambalearse mientras se alejaba hacia sus habitaciones.

Tycho dejó que Jaina y Jag entraran en la oficina de Wedge, antes de decirles que esperasen cinco minutos.

—De acuerdo —aceptó Jaina.

Tycho se fue al despacho interior, dejándolos con el droide de protocolo.

—Necesito hablar contigo —susurró Jag a Jaina—. En privado.

Jaina no pudo deducir lo que pensaba, debido a su comportamiento tranquilo y controlado, pero tenía una buena idea.

—Siguiendo por el pasillo, hay una sala de conferencias.

—Servirá.

Sabía lo que iba a decirle. Su rostro palidecería por la furia, resaltando la cicatriz de su frente, pero él la cortaría para decirle: «Abandonaste tu misión por un solo piloto. Pusiste en peligro el resto de tu escuadrón y casi estropeaste el plan. Nadie merece la pena correr ese riesgo. Ni yo, ni siquiera tú. Eres un absoluto fracaso como líder y como oficial».

Le diría eso, y ella no encontraría palabras para defenderse... porque tendría razón.

Él la miraría fijamente, con una expresión a medio camino entre el cálculo analítico y la experiencia, y le diría lo que pensaba de ella. Entonces, él daría media vuelta y se marcharía. Encontraría una unidad que comandar, una unidad que actuara según sus normas profesionales.

Sintió un agudo dolor en el estómago, como si se hubiera tragado un vibrocuchillo y sus movimientos lo hubieran conectado. Pero se mantuvo entera. Tenía que ser capaz de mirarlo a los ojos cuando empezase la reprimenda verbal que se merecía.

Llegaron a la sala de conferencias y abrieron la puerta; su interior era fresco y oscuro. Jag encendió las luces, cerrado la puerta tras Jaina.

Ella lo enfrentó, deseando que sus sentimientos no se reflejaran en su expresión.

—Sé lo que vas a decirme —confesó.

—No creo —extrañamente, su cara no era la máscara que esperaba. Parecía inseguro, distinto del Jag Fel al que estaba acostumbrada.

—Vas a decirme que lo estropeé todo. Vas a censurar mis actos hasta que no pueda seguir soportándolo y entonces te marcharás —su garganta se cerró, provocando que perdiera el control de las últimas palabras, que le sonaron demasiado altas y estridentes.

—No. Ambos sabemos que tus decisiones no se ajustaron al sentido común o a una estrategia eficaz. No hace falta que lo discutamos siquiera. Lo que tengo que saber... —dudó, y eso hizo que pareciera más inseguro todavía que antes—. Lo que *tengo* que saber es: ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Tienes que saberlo. Sólo tú puedes saberlo —se acercó un poco más a ella y no para intimidarla; le miró fijamente a los ojos, como si esperara encontrar una respuesta, cualquier respuesta, escrita con letras diminutas en sus pupilas—. Contéstame.

—Yo... yo... —su voz enronqueció hasta estar segura que no podría seguir, pero finalmente surgieron las palabras, unas palabras que parecían venir de una niña—. Todos se mueren y... —las lágrimas nublaron su visión—. Todos se mueren sin que

yo pueda impedirlo. Y no quería que tú murieras.

—Las lágrimas fluyeron, y Jag se transformó en un bloque de uniforme negro con un bloque de piel pálida sobre él. Ya no podía distinguir su expresión, pero sabía que sería de perplejidad, o hastío, o sincero desprecio...

Entonces, Jag la tomó por los hombros y la acercó a él, dejando que apoyase la cabeza contra su pecho, haciendo que su propia cabeza descansara sobre la de la chica, un abrazo que la sobresaltó tanto, que estuvo a punto de dar un salto atrás. Pero no lo hizo, sino que se apoyó en él, medio derrumbada, con las piernas incapaces de sostenerla. Y, aunque no sollozó, las lágrimas corrieron por su rostro, empapando su uniforme.

—No pienso morirme —aseguró él.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no piensas morirme?

—Porque no quiero morirme —inclinó la cabeza, y de repente ella estaba besándolo, abrazándolo con tanta fuerza que casi podía provocar un vacío entre los dos.

Su confusión no desapareció, pero a ella se le unió una sensación de ingravidez, como si hubiera dejado atrás su Ala-X. También experimentó un repentino alivio de la presión, la insufrible presión que nunca había sentido, que no sabía que estaba ahí hasta que desapareció.

* * *

Gavin Darklighter salió del despacho de Wedge. Éste y Tycho miraron cómo Jag entraba y saludaba.

—Conozco a Jaina Solo desde que era pequeña —dijo Wedge—. Y tú, ni siquiera te pareces a ella.

Jag mantuvo su mirada fija en la pared, por encima de la cabeza de Wedge.

—He venido en su lugar, señor.

—¿Te ha pedido ella que lo hagas?

—No, señor. Le dije que descansara un poco, que yo hablaría con usted y arreglaría las cosas.

—Arreglar las cosas —Wedge intercambió una mirada con Tycho, pero su segundo al mando se refugió tras su cara de sabacc—. ¿Necesito arreglar algo, Fel?

—Eso creo, señor, aunque no por culpa suya. Si puedo contestar a una pregunta con otra, ¿cuántos años tenía usted cuándo discrepó por primera vez con un oficial al mando para después descubrir que tenía razón?

—Veinte. Que es cuando tuve un oficial al mando.

—Yo tengo esa misma edad, señor, y quisiera hacerle una recomendación antes de que hable con Jaina Solo.

—Muy bien. Tranquilo, siéntate. Oigamos lo que tienes que decir.

Jag obedeció y por fin miró a su tío a los ojos.

—Señor, creo que intentar disciplinarla sería como golpear una barra-de metal cuando está al rojo.

—Quieres decir que cambiaría su forma.

—Sí, señor. Y no para bien.

—¿Y su fiabilidad en combate? Necesito apartarla de la línea de mando, no piensa racionalmente.

—Eso sería como disciplinarla, señor, probablemente con los resultados que he predicho. Le recomiendo que no lo haga.

—¿A pesar de que ha desobedecido una orden deliberadamente y arriesgado una misión prioritaria por un interés puramente personal?

—Sí, señor —Jag se aclaró la garganta—. Señor, yo volaría de nuevo con ella mañana, y no por gratitud. Creo que lo que sucedió hoy fue una anomalía. Estoy seguro que no volverá a pasar.

—¿Te importa decirme por qué?

—Sí, señor.

Wedge dejó que silencio se instalara entre ellos y que durase unos largos segundos.

—¿Sabes? Desde el punto de vista de la cadena de mando, no puedo seguir tu recomendación, a pesar de apreciar tu opinión y tu experiencia. Es el tipo de cosas que mina la disciplina. Pero ya hemos dado órdenes para demostrar que Jaina recibe un tratamiento especial. Digamos que esto sería una variedad extrema de ese tratamiento especial que prefería discutir con ella, pero aquí estás tú.

—Sí, señor.

—Está bien, seguiré tu recomendación. Ya conseguiré mis respuestas en otro momento —Wedge se inclinó hacia delante, en una postura más casual—. Ahora, permíteme que prescinda un segundo de mi rango, Jag, y confiese la alegría que siento por lo que has hecho hoy.

Jag esbozó una sonrisa.

—Gracias, señor... digo... Wedge.

—Todavía te resulta difícil dirigirte a mí informalmente, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—Bien. Eso me proporciona un recurso más para incomodar a un sobrino sabelotodo —Wedge suspiró—. Tengo que volver al trabajo, así que haz tú lo mismo.

—Señor —convertidos una vez más en superior e inferior, Jag se puso en pie, saludó y se marchó. Cuando la puerta se cerró tras él, Tycho dijo:

- Ha sido interesante.
- Ha discutido una de mis órdenes deliberadamente —apuntó Wedge.
- Sí, ha sido muy sutil.
- Incluso astuto —asintió Wedge.
- Creo que todavía haremos de él un piloto rebelde.

Las Fauces

Han navegó por la zona peligrosa de las Fauces con la gracia, intuición y delicada habilidad que mostraba siempre que era necesario... pero que prefería emplear cuando nadie miraba, ya que un vuelo de esa clase, cuidadoso, meticuloso, iba en contra de su imagen de piloto arrogante y descuidado. Tras el *Halcón Milenario*, en fila india, seguían dos *Ala-X* y un carguero, reproduciendo meticulosamente sus cambios de curso.

Las Fauces, de lejos, sólo eran visibles como una enorme mancha de color con oscuras singularidades que absorbían gases. Era una convergencia de agujeros negros situados aleatoriamente, que cerraban casi por completo una zona del espacio. La extrema distorsión gravitatoria y lumínica provocada por el efecto de los campos superpuestos hacía casi imposible que la luz escapara y era una trampa letal para cualquier nave que intentase entrar o salir mediante una ruta directa. Los senderos hasta su interior eran complicados y sinuosos, bordeando zonas increíblemente peligrosas por el tirón gravitatorio de los agujeros negros. Sólo un piloto muy bueno podía navegar por ellas, sólo un piloto extraordinario podía encontrar una nueva.

Hoy, Han iba a lo seguro, siguiendo una de las rutas conocidas, cuyo conocimiento sólo estaba al alcance de muy pocos. Leia sabía que, muy posiblemente, Han era capaz de descubrir alguna nueva, pero, ahora, con una nave llena de niños y adolescentes, y con los *yuuzhan vong* en el cercano sistema de Kessel, no era momento para ponerse a explorar.

Han hizo la última corrección de rumbo y se dirigió hacia Refugio, la estación espacial situada en el centro del espacio protegido por las Fauces. Respiró aliviado tras muchos minutos de tensión y dijo:

—Ahí está. Más fea que nunca.

Refugio era una colección ad hoc de estructuras reunidas por Lando Calrissian y un grupo de consejeros y patrocinadores en los que confiaba. Junto a la nueva estructura seguían los restos de las instalaciones originales, una serie de planetoides huecos que albergaron a los obreros y técnicos que fabricaban las superarmas imperiales, más componentes de viejas estaciones espaciales, módulos arrancados de naves de carga y protuberancias cuyo origen Leia no podía identificar.

En pocos minutos aterrizaron en la zona de ataque designada, un añadido en

forma de domo —cuya base tenía un diámetro cuatro veces mayor que el *Halcón Milenario* y cuya superficie, de un plateado mate decorado con manchas de óxido, indicaba una antigüedad similar— que no existía la última vez que estuvieron allí, hacía varias semanas. Mientras descendían por la rampa, vieron que les esperaba una mujer alta, cuya elegancia y ropas oscuras delataban la aristocracia... y aquellos tiempos y lugares lejanos en los que los aristócratas disfrutaban de los beneficios de su estación.

Leia se adelantó a la fila de niños Jedi y la abrazó.

—¡Tendrá! No sabía que estuvieras aquí.

La esposa de Lando le devolvió la sonrisa.

—Y casi no me encuentras. He traído materiales y he pasado los últimos días asegurándome de que todo esto funcione.

—¿Qué materiales? —preguntó Han.

Tendrá hizo un gesto con la mano abarcando todo el hangar y, por extensión, el resto del domo.

—Esto. Es un módulo para el espacio profundo utilizado por los terraformadores. Tiene su propio generador de gravedad, incluso un viejo motor hiperespacial. Estuvo almacenado en el Sector Corporativo un montón de generaciones y pude comprarlo por... bueno, por menos de lo que vale.

—¿Y ahora es el corazón de la sección Jedi de Refugio? —se interesó Leia.

—Sí. Me he asegurado que algunas de las zonas donde originalmente se almacenaban los materiales para la terraformación sean convertidas en salas de entrenamiento. Estamos cortos de suministros...

—Nosotros hemos traído —dijo Han—. En el *Halcón* y en el otro carguero. Comida, maquinaria de fabricación, células de energía y combustible, grabaciones... —su mirada recayó en los niños Jedi que se dispersaban por el hangar mirando los contenedores y la nave de Tendrá, el *Pretendiente*—... y mocosos.

—¡Eh! —Valin Horn, el hijo de Corran, se detuvo a un par de metros y frunció el ceño—. Yo no soy un mocoso.

—No, el mocoso de la familia Horn es tu padre.

Valin sonrió.

—Le diré lo que has dicho cuando lo vea.

—Sí, hazlo. Ve a explorar, busca un rancor o algo así, y hazlo pedazos —Han volvió su atención a Tendrá—. Si estás a punto de partir, danos tiempo para darle un repaso general al *Halcón* y te escoltaremos hasta el exterior.

—¿No pensáis quedaros?

—Hay demasiado por hacer en Borleias: sacar a tu marido de los líos en que se mete, ver cómo nuestra hija se *mete* en líos... —Han intercambió una mirada de resignación con Leia—. Así que nos iremos enseguida.

—Estaré preparada en media hora —Tendrá le dedicó otra sonrisa y regresó a su nave, con sus tacones levantando ecos en el suelo metálico del hangar.

Leia suspiró.

—Lo que habría dado por ser tan alta como ella.

—Tengo mil créditos que dicen que ella siempre hubiera querido ser un poco más bajita. Y otros mil que dicen que si las dos os ponéis a discutir lo mucho que envidiáis la altura de la otra, la conversación derivará en que vuestros maridos son un dolor de cabeza para vosotras.

—No apuesto. Nuestros maridos son un dolor de cabeza.

—Bueno, de todas formas eran créditos imperiales. ¿Lista para ayudarme con el *Halcón*?

—No, primero necesito despedirme... —Leia echó un vistazo general al hangar, identificando a cada una de las personas que allí había—. A propósito, ¿dónde está Tare?

—Tengo mil créditos que dicen que se ha escondido a bordo del *Halcón*.

—Han, *basta*.

Han le dedicó una sonrisa, sabiendo que ella la encontraría insoportable, y conectó su intercomunicador.

—Lingote de oro, ¿dónde está Tare ahora?

Un segundo después se oyó la voz de C-3PO, claramente dolida:

—Está en la cúpula del cuadriláser superior, acurrucado en el asiento para que no lo encuentren. Y, señor, yo tengo un nombre.

Momentos después, llegaron allí a través del hueco del turboláser.

—¿Tare? —llamó Leia—. ¿Quieres bajar?

—No —respondió el chico. Ni siquiera se inclinó para asomar la cabeza.

—Es la hora, Tare —Leia empleó su tono de voz más amable—. El primero que elija habitaciones, conseguirá las mejores.

—Y entonces tendré que estar con ellos. Con los Jedi.

—Los Jedi no tienen nada malo. Yo soy una Jedi.

—Sí, pero tú eres diferente. Tú no me das escalofríos. Quiero volver a Borleias contigo.

—Aquí estarás más seguro, Tare —apuntó Han.

El chico por fin miró por encima del brazo de su sillón. Contempló a Han con una expresión que combinaba la piedad con la condescendencia, una mirada tipo «No tienes ni idea de lo que estás hablando».

—No, no lo estaré —respondió—. Esos caras cortadas están buscando Jedi. Si vienen aquí buscando Jedi los encontrarán a ellos y también me encontrarán a mí.

—No les llames caras cortadas, no está bien —le reprochó Leia.

—Además —añadió Tare, desapareciendo de nuevo de la vista—, aunque ellos no

vinieran y vinieran otras personas a buscar a los niños Jedi, nadie vendrá a por mí.

—Claro que vendremos a por ti —dijo Han.

—No, no vendréis. La única razón por la que sigo vivo es porque me parezco a Anakin Solo. Y cada vez que miráis, sé que os lo recuerdo y os duele. Hasta yo soy capaz de verlo.

Han miró a Leia y vio como palidecía, hasta que la rodeó con sus brazos.

—¿Le has enseñado tú a discutir? —susurró Han.

—Nadie le ha enseñado —dijo, devolviéndole el susurro—. Todos los niños discuten como políticos profesionales. Lo que pasa, es que no todos los políticos profesionales pueden llorar en respuesta.

—Bien, ¿qué hacemos?

Ella se encogió de hombros.

—Quizá no deberíamos dejarlo aquí, en un lugar donde todos los niños tienen poderes con los que no puede competir... excepto las hijas de Wedge, que manipularán a los administradores de Refugio para conseguir todo lo que se propongan.

—¿Entonces? ¿Lo llevamos de vuelta a Borleias para que se enfrente con el peligro de los vong? ¿Lo embarcamos en una nave de refugiados en la que no conozca a nadie? Por lo menos, aquí conoce a Kam y a Tionne.

—No lo sé, Han.

—Pero... tú lo sabes *todo*.

—Sólo por comparación con mi marido.

—Ouch —Han dejó de susurrar—. Oye, chico.

—¿Qué? —Tare lo miró por encima del brazo de su asiento.

—No te cases nunca.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no te pongas tú mismo la correa. De momento, vuelves a Borleias con nosotros.

Los ojos del muchacho se abrieron como platos.

—¿De verdad?

—De momento, chico —Han dejó que el enfado se notase en su voz—. Y no vuelvas a aprovecharte del «me parezco a Anakin». Nunca más, ¿entendido?

La expresión de Tare se congeló.

—Sí, señor.

—Recuerda mi cara, chico. Te lo estoy diciendo muy en serio —Han atrajo a Leia junto a él para dirigirse a la cabina—. Ya buscaré cómo convencerle la próxima vez.

—Tengo mil créditos que dicen que no lo conseguiremos.

Ocupación de Borleias, día 47

Era medianoche, pero el laboratorio biológico nunca dormía realmente. Tam podía oír movimiento por los pasillos laterales, conversaciones distantes, un retumbar en las paredes que señalaba el despegue de una patrulla de cazas estelares.

Pero ese pasillo estaba comparativamente tranquilo. Guardado día y noche para impedir la entrada de personal no autorizado, a esa hora se encontraba vacío.

Tam hizo una pausa frente a la puerta del laboratorio de Danni Quee, meciéndose nerviosamente adelante y atrás, acompasando los latidos de su corazón. Pero una pausa significaba retrasar el cumplimiento de sus órdenes, y los débiles latidos anunciadores de un nuevo dolor de cabeza se unieron al ritmo de su corazón.

Dejó escapar una maldición y se alejó hasta la pared opuesta a la puerta. Una vez allí tanteó con la punta de los dedos su superficie, cerca del techo, hasta que encontró una parte resbaladiza, como si alguien hubiera rociado aceite.

No era aceite, era algo yuuzhan vong, otro de los seres vivos que le habían dado. Tenía una textura muy parecida a la del villip, lisa y resbaladiza. Lo frotó hasta que encontró un pliegue, el punto de activación, y lo acarició con más deliberación. Después se limpió la mano en la camisa.

La mancha de la pared cambió de color. Aunque sabía que seguiría siendo plana como una hoja de plastifino, le dio la impresión de que ganaba profundidad, transformándose en un duplicado del pequeño teclado de seguridad azul junto a la puerta de Danni.

Como si fuera una holograbación, apareció una mano y pulsó unos cuantos números en el teclado. Era la mano de una mujer, joven, sin arrugas, probablemente la propia mano de Danni. Tam memorizó la secuencia y miró el visor que mostraba las teclas pulsadas.

No coincidía. Repitió las letras y los números que había visto pulsar, y vio que dos diferían del visor.

Eso significaba... ¿qué? O había leído mal las teclas mientras las pulsaban o el visor mostraba una lectura incorrecta.

Asintió con la cabeza, satisfecho. Era una medida de seguridad. Una grabación

del visor daría una contraseña que no funcionaría o alertaría a Seguridad de una posible intrusión. Sólo la memoria visual de Tam, bastante buena y exacta, una de las razones por las que se había convertido en operador de holocámara para empezar, lo había salvado de caer en esa trampa.

Deseó haberlo hecho. Deseó haber fallado.

Y la intensidad del dolor de cabeza aumentó.

Tocó el grabador yuuzhan vong y observó como se volvía transparente. Entonces, tecleó la contraseña —la verdadera contraseña— en el pequeño teclado y la puerta se hizo a un lado.

Tam se quedó congelado. Dentro del cuarto, a dos metros de él, Danni Quee estaba sentada frente a su mesa habitual... pero inmóvil, con la cabeza gacha y los colores del monitor bailando juguetonamente por su pelo.

Danni no se movía mas que al ritmo de su respiración, y Tam se obligó a entrar en el despacho.

Estaba oscuro, la única iluminación era la de los monitores y la luz de la mesa, y no había nadie más que Danni. Tam rodeó la mesa hasta quedar de pie junto a ella, procurando no rozar nada; si se movía lo bastante despacio, compensaría su torpeza natural, la torpeza que causó el tropezón cuando lo perseguían en Coruscant. La torpeza que causó su captura. Su esclavitud.

El monitor de Danni mostraba algo, un objeto facetado como una gema. La pantalla estaba llena de escritura, de terminología técnica que no comprendía, frases como «índice de reflectividad», «refracción», y «multiplicador de potencia».

Entornó los ojos. Veía bien, pero tenía que entornarlos para alertar a la pequeña criatura que ahora compartía la órbita ocular con su propio ojo. Era hora de despertarlo y empezar a grabar. Sintió que la cosa se agitaba y su estómago se contrajo cuando la náusea se alzó en su interior.

Tam se movió a través del laboratorio, mirando todas y cada una de las otras pantallas, notas escritas a mano y datapad. En la mesa que se encontraba junto a Danni, vio un par de tarjetas de datos; despacio, silenciosamente, sacó su propio datapad, insertó las tarjetas, las copió y las devolvió a sus posiciones originales.

Ya no tenía nada más que hacer aquí.

Su dolor de cabeza aumentó todavía más. No, por lo visto sí podía hacer algo más. Sus órdenes eran conseguir información... y ayudar a los yuuzhan vong en cualquier forma posible, siempre que no comportara su descubrimiento y captura.

Danni Quee estaba allí. Mientras siguiera dormida, Tam podría con ella. Era enemiga de los yuuzhan vong y eliminarla ayudaría a sus amos.

No tenía manera de sacarla del laboratorio biológico, con ella a cuestas ni siquiera llegaría al vestíbulo. No, para anularla como amenaza, tenía que matarla.

Además, podía hacerlo de forma que no recayera ninguna sospecha sobre él. En

un bolsillo llevaba un paquete de material que contenía un insectocortador. Podía liberar a la criatura y lanzarla contra Danni. La haría pedazos.

Y él volvería a la lanzadera y recibiría felicitaciones.

Permanecía de pie y su dolor de cabeza empeoraba. Se maldijo a sí mismo. Con sólo pensar una manera de ayudar a los yuuzhan vong, se veía obligado a llevarla a cabo o sufrir las consecuencias. Danni Quee tenía que morir ahora.

Se situó tras ella. No se molestó en preguntarse qué hubiera pasado de haberla conocido en circunstancias diferentes. Él era grande, torpe y se expresaba con dificultad; ella, una mujer inteligente y guapa, marcada con el sello del destino. Aunque estuvieran juntos en un planeta abandonado, no pasaría nada. Terminarían siendo amigos, sólo buenos amigos.

Tam extendió una mano para tocar uno de sus rizos rubios, ahora coloreados de escarlata por la luz de la pantalla. Entonces, metió la mano en el bolsillo y encontró el insectocortador.

Se quedó de pie, sin hacer nada. El dolor se incrementó hasta afectar incluso a su respiración, que se volvió entrecortada.

El problema era que, no importaba lo mucho que deseara acabar con el dolor, éste seguiría presente. Sabía que Danni Quee merecía vivir y sabía que él merecía morir.

Dio media vuelta. El dolor se disparó como si un clavo metálico le atravesara ambas sienes a la vez. Se tambaleó y tuvo que apoyar una mano en el suelo para no desplomarse.

Pero el dolor no lo mataría. Luchó contra él, se levantó y trastabilló hasta la puerta. Tuvo que apoyarse varios segundos contra el marco hasta reunir suficientes fuerzas para continuar. Entonces, pudo abrir la puerta y salir.

Mientras caminaba tambaleándose, sintiendo el incesante martilleo dentro de su cráneo, se recordó que llevaba a su controladora los datos solicitados, que su misión principal había sido un éxito. Y el dolor disminuyó.

Pero sólo un poco.

* * *

En cuanto la puerta se cerró tras Tam, Danni levantó la cabeza.

Tecléo una orden y la pantalla cambió para seguir a un Tam que se alejaba pasillo abajo.

Cuando estuvo lo bastante lejos, conectó el intercomunicador.

—Se ha ido —susurró—. Ha estado memorizando o grabando todo lo que tenía en las pantallas.

—¿Ha dejado algo? —la voz de Iella no era un cuchicheo, pero el volumen del intercomunicador estaba muy bajo.

—No lo sé. Empezaré a analizar las grabaciones. Corto.

—Buen trabajo. Corto.

Danni pasó la primera de las grabaciones hechas por las holocámaras situadas en puntos ocultos por todo el despacho, moviendo los hombros nerviosamente. No estaba segura de lo que Tam habría hecho en los largos minutos en los que estuvo de pie directamente tras ella, y estaba desesperada por asegurarse de que no dejó criaturas yuuzhan vong en su despacho.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Coruscant

Tsavong Lah, sentado en el centro de la sala de operaciones, rodeado por analistas y consejeros, entre imágenes formadas por insectos brillo y criaturas grabadoras, bancos de villip y filas de guardias, escuchaba los informes.

La mayoría de ellos procedía de Maal Lah y Viqu Shesh. Cuando terminaron, Tsavong Lah supo que algunas cosas nunca cambiaban. Normalmente, habrían sido Nom Anor y Vergere los que comparecieran ante él, interpretando los datos y ofreciendo consejo; ahora, con Nom Anor y Vergere realizando otras tareas, sus papeles los representaban otros: un guerrero yuuzhan vong y una inteligente hembra de una especie menor.

—Es una *superarma* —aseguró Maal Lah, utilizando la palabra básica en lugar del equivalente yuuzhan vong—. Tienen experiencia en crear ingenios capaces de viajar más rápido que la luz y destrozar mundos enteros. Ésta es una nueva muestra de ello.

—Esto es obra de Danni Quee —añadió Viqu—. Tiene que serlo, es la única capaz de integrar la tecnología yuuzhan vong y de la Nueva República de esa manera. Voy a hacer que ese idiota de Tam sufra por no matarla cuando tuvo la oportunidad.

Tsavong Lah alzó un dedo. Viqu se mordió la lengua.

—He oído herejías —clamó Tsavong Lah—. Primero, los trabajos de los yuuzhan vong no son tecnología. Nunca deben ser llamados así.

Aparentemente herida, aunque Tsavong Lah sospechó que simplemente actuaba, Viqu bajó la cabeza.

—Lo siento, Maestro Bélico. No conozco una palabra que abarque ambas disciplinas.

—Quizá encuentres una durante tu castigo. Segundo, nuestros trabajos no pueden combinarse con ninguna tecnología infiel. Los dioses nunca lo permitirían.

Viqu y Maal Lah intercambiaron miradas, fue el segundo el que se atrevió a corregir al Maestro Bélico.

—Eso no es del todo correcto, ya se ha hecho. Sabemos que, hace algún tiempo, Anakin Solo reconstruyó su sable láser con un cristal lambent... y parece que explicó

esa técnica a otros antes de morir. Este nuevo dispositivo también está relacionado con un cristal lambent.

—Prosigue.

Maal Lah hizo un gesto a Viqi, y ella volvió a activar las criaturas grabadoras de la mesa que había tras ella. Éstas empezaron a brillar, mostrando una de las imágenes que Tam Elgrin había grabado. Maal Lah señaló la imagen que estaba en la pantalla de Danni.

—Eso es un cristal lambent. Mejor dicho, su diagrama. Según la información que grabó el agente de Viqi, está creciendo artificialmente en un laboratorio situado en las profundidades del edificio. Según otra información obtenida de estas imágenes, intentaron hacer crecer el cristal en sus naves, pero sólo pueden crecer en gravedad real o en la creada por un dovin basal... la gravedad artificial de su tecnología infiel los estropea.

Tsavong Lah exhibió una expresión de repugnancia.

—¿Así que sus *Jeedai* tendrán más sables láser? No lo permitiremos.

—Es algo peor que eso, Maestro Bélico. El diagrama representa un cristal lambent tan alto como uno de nuestros guerreros.

—¡Tan alto como...! ¿Qué obscenidad pueden producir con tal...? —y entonces, Tsavong Lah supo lo que pretendían. Se descubrió de pie, temblando de rabia, pero no recordaba haberse movido—. Traedme el villip de mi padre —ordenó.

En apenas segundos, ya miraba en el villip la borrosa pero reconocible simulación de los rasgos de su padre. Impaciente, Tsavong Lah abrevió los saludos de rigor para poder hablar del tema que le interesaba:

—Ya sé qué es su proyecto Lanza Estelar, es otra de sus malditas superarmas. La luz coherente que proyectan esos vehículos es focalizada por un cristal lambent gigante que están creando en las profundidades de su laboratorio. Cuando lo consigan, el rayo tendrá poder suficiente para destruir una mundonave. El ataque que hemos sufrido hace poco era una prueba, quizá para centrar el rayo en el blanco.

—Interesante —respondió su padre.

—No podemos permitir que perfeccionen ese dispositivo —siguió el Maestro Bélico—. Así que prepara un ataque total contra esa instalación y destrúyela. De inmediato.

Czulkang Lah calló largos momentos. El villip que representaba su rostro quedó tan inmóvil, que Tsavong Lah se preguntó si no estaría fallando. Entonces, su padre habló de nuevo.

—Hacer eso sería un error estratégico —advirtió Czulkang Lah—. Aún no hemos calibrado las tácticas de nuestro enemigo ni sus recursos. Su repertorio de sorpresas nos es parcialmente desconocido. En el mejor de los casos, nuestras pérdidas serán impropriadamente altas; en el peor, un ataque tan prematuro nos obligará a sacrificar

muchos guerreros inútilmente... y hasta podríamos perder la batalla. Es demasiado pronto, hijo mío.

—Ya te he dado mis órdenes —escupió Tsavong Lah.

Los rasgos de su padre asumieron una expresión que transmitía: «Esperaba algo mejor de ti», una expresión que Czulkang Lah dedicaba siempre a los estudiantes que le habían fallado por última vez. Nunca antes se la había dirigido a Tsavong Lah, y el Maestro Bélico dio un involuntario paso atrás.

Pero Czulkang Lah no dijo nada, ni una sola palabra que pudiera avergonzar a su hijo. En cambio, aceptó:

—Así se hará.

—Que los dioses sonrían tus actos —le deseó Tsavong Lah. Hizo un gesto a uno de sus oficiales que acarició el villip, invirtiéndolo.

El Maestro Bélico se irguió, respirando pesadamente. La desaprobación de su padre, tan implacable, había sido como un golpe físico para él.

Cuando logró controlarse, se volvió hacia Maal Lah.

—Cuando Borleias caiga, ya no será el hogar de los Kraal. Será entregado a los sacerdotes de Yun-Yammka como refugio para su orden, en agradecimiento por los favores que nos concede su dios.

Maal Lah asintió con la cabeza y también dijo:

—Así se hará.

«Eso enfurecerá a los sacerdotes de Yun-Yuuzhan —pensó el Maestro Bélico—, y si realmente hay conspiradores en su orden y los cuidadores están contra mí, pronto lo descubriré —miró su brazo izquierdo—. Muy pronto».

Ocupación de Borleias, día 48

—Tiene todas las características de un ataque masivo —sentenció Tycho.

Wedge, Iella y él se encontraban ante el holograma del centro de mando. Éste combinaba las lecturas de los sensores terrestres de toda la guarnición, incluidos los sensores gravimétricos que Luke había plantado en la selva más allá de la zona de seguridad, e incorporaba a tiempo real los datos que suministraban los cazas durante las patrullas.

En el centro del holograma, una enorme señal estaba marcada como «Base». Fuera, a una distancia de cientos de kilómetros en todas direcciones, se veían masas de blips rojos; Iella contaba dieciséis grupos separados.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Uno o dos grupos están desembarcando personal, vehículos, todo lo que necesita una fuerza invasora —explicó Wedge—. Los otros son meras distracciones. Intentan dividir nuestra atención entre los diferentes grupos, pensando en que

haremos un esfuerzo desesperado por deducir cuál es su zona de desembarco, y se supone que nos pondremos nerviosos porque no podremos averiguarlo.

—«¿Se supone?» —repitió Iella, extrañada—. ¿Significa que no es así? ¿Que no vamos a hacer eso?

Wedge agitó la cabeza.

—Oh, estamos mandando exploradores a todos estos sitios, pero tienen órdenes de dejarse ver, permanecer alertas y, si van a por ellos, salir corriendo. No queremos perder pilotos por una información que realmente no necesitamos.

—¿Es que no importa dónde desembarquen?

—No importa.

—¿Por qué?

—Porque, en algún momento de los próximos dos días nos atacarán *aquí*... y eso es exactamente lo que queremos que hagan.

—Y cuándo lo hagan, ¿con quién se enfrentarán? ¿Con la Nueva República o con la Alianza Rebelde?

Wedge y Tycho intercambiaron una mirada y sonrieron abiertamente.

—Con ninguna de las dos —confesó Wedge—. Se enfrentarán con un enemigo que hasta ahora no han tenido el disgusto de combatir. Van a enfrentarse con el Imperio.

—Y no les va a gustar —añadió Tycho.

Entonces, le hablaron de la Operación Martillo del Emperador.

Ocupación de Borleias, día 48

Esta vez, cuando el *Halcón Milenario* llegó a Borleias, lo hizo en mitad de la noche, sin fanfarrias ni más comité de bienvenida que un puñado de encargados del repostaje. Leia vio como Han lanzaba un suspiro de alivio ante la ausencia de ceremonia.

Han llevó a Tare en busca de alojamiento... los que ocuparan los alumnos Jedi ya habían sido adjudicados a otros residentes y Han, aunque el chico le gustaba, no quería que se quedara con ellos. Leia fue en busca de su hija.

El Ala-X de Jaina estaba en el hangar de Operaciones Especiales, con un equipo de mecánicos trabajando en él, pero Leia no pudo encontrarla en sus habitaciones ni en la cámara de incubación que ahora servía como sala de descanso a los escuadrones de Operaciones Especiales, el Pícaro, los Caballeros Salvajes, los Soles Gemelos y el Luna Negra.

Leia no podía llamar a Jaina por el intercomunicador, no quería darle la impresión de la controlaba, aunque deseara hacerlo desesperadamente. Al no tener suerte en su búsqueda, volvió a sus propias habitaciones.

Y allí encontró a Jaina. Estirada en la cama de lado, con su mono de piloto, sus botas y parte del equipo al pie de la cama. Estaba dormida y Leia se tomó un momento para contemplarla.

Aunque Jaina comandaba una de las naves más letales de la Nueva República, derribando enemigos uno tras otro, sus rasgos estaban relajados mientras dormía y parecía tan inocente como una niña. Pero ya no era una niña. Era una mujer joven y su niñez le había sido arrebatada. Un fuerte dolor atenazó el corazón de Leia. «Deberíamos estar muy lejos de aquí —pensó—. Han y Jaina y Anakin y yo. Y Luke y Mara y el pequeño Ben. En un campo de flores. En Alderaan».

Moviéndose despacio y silenciosamente para no despertar a su hija, se tendió en la cama y la rodeó con un brazo. Era esa cercanía lo que Jaina ya no le permitía en aquellos tiempos. Escuchó, demasiado pronto, el cambio en la respiración de su hija. Estaba despertando.

Jaina miró a Leia a la cara, y le ofreció una leve y soñolienta sonrisa.

—Lo siento. No quería despertarte.

—No importa —Jaina tiró del brazo de Leia para que estrechara todavía más su abrazo—. A veces, desde que os marchasteis, vengo aquí porque sé que puedo captar vuestra olor. Estáis aquí aunque no lo estéis.

Leia reprimió una expresión de incredulidad. Aquellas palabras no parecían corresponder a Jaina, a la persona en que se había convertido los dos últimos años.

—¿Estás bien?

Jaina agitó la cabeza.

—Creo que no. Creo que ya no sé quién soy.

—¿Por todo ese asunto de la diosa?

—No. Eso no me confunde lo más mínimo, sólo se trata de un juego de confianza. No, el problema es sobre ser una Jedi. Gracias a eso, tengo tan claro como el cristal lo que debo hacer y lo que debo decir en todo momento... Pero el resto de mí no tiene claro nada de nada —su expresión, que Leia podía ver en ángulo, parecía deprimida.

Leia se rió entre dientes.

—Jaina, he luchado con el mismo problema desde que era un poco mayor de lo que tú eres ahora, y *todavía* no tengo una buena respuesta. A veces soy una Jedi y a veces no. Las enseñanzas Jedi dicen que debes alejar el miedo, pero como política, tengo experimentar el miedo. No sólo el mío, sino el de mis aliados y el de mis antagonistas. Si no puedo sentirlo, si no puedo convertirme en ellos en cierto sentido, no puedo predecir de qué manera reaccionarán cuando surjan problemas. En ocasiones, ser una Jedi va completamente contra tus otros objetivos. La metodología es demasiado diferente —acarició suavemente el pelo de su hija, intentando alejar sus tormentos en silencio.

—Eso también forma parte del problema —confesó Jaina—. Tardé mucho en darme cuenta. Tengo miedo.

—Es conveniente que tengas miedo. Te rodeas de cosas temibles, tener miedo te mantiene viva.

Jaina agitó la cabeza.

—No es eso. No tengo miedo de morir, tengo miedo de *sobre-vivir*... y llegar al final de la guerra para descubrir que estoy sola. Que todos aquellos a los que conocía y amaba han desaparecido.

—Jaina, eso no pasará.

—Ya está pasando. Quiero decir, parte de mí murió al morir Anakin, pero con Jacen fue incluso peor. Por muy atrás que me remonte en mi memoria, no importaba lo que pasara, no importaba lo que saliera mal, me daba la vuelta y allí estaba Jacen. Podíamos estar escondidos en un mundo lejano o perdidos en Coruscant o vagabundeando por regiones de Yavin 4 que ninguna criatura ha visto jamás, allí estaba Jacen. Nunca me aburría, nunca tenía miedo, nunca estaba sola. Cuando lo perdimos, me sentí partida por la mitad. Una mitad de mí desapareció —afluyeron las lágrimas y Jaina se las enjugó.

—Jacen no ha muerto —aseguró Leia—. Sé que tiene problemas, pero está vivo. Si hubiera muerto, lo sabría, lo sentiría. Sentí la muerte de Anakin.

Los hombros de Jaina no se relajaron, prefirió no discutir ese punto. En cambio, dijo:

—Me sigue obsesionando la idea de que debería hacer planes de futuro y, últimamente, me asalta con más frecuencia. Pero no puedo hacerlo, no puedo hacer planes para crear un hogar cuando puede que mañana ya no esté aquí, o hacerme una carrera en un servicio que puede desaparecer de la noche a la mañana, o pasar tiempo con personas que están esperando entablar batalla contra los vong.

—Lo sé. Es como hace tantos años, cuando Palpatine parecía ser una fuerza imparable y siempre estábamos huyendo, y tu padre era un hombre tan ridículamente atractivo que siempre parecía estar a punto de abandonarnos. Y, ¿sabes lo que aprendí entonces?

—¿Qué?

—En tiempos como éstos, haces planes de futuro vinculándote con la gente. Sabes que quizá no todos sobrevivan, pero los que lo consigan formarán parte de tu vida para siempre. Cuando te caigas, ellos te recogerán; cuando tengas hambre, ellos te darán de comer; cuando estés herida, ellos te curarán. Y tú harás lo mismo por ellos. Ése es tu futuro. Me han arrebatado *mundos enteros*... pero no mi futuro.

Jaina permaneció callada, aparentemente meditando en las palabras de Leia. Finalmente, rodó sobre su espalda para mirar a su madre a los ojos.

—Me alegra que hayas vuelto esta noche. Parte de la razón por la que vine aquí,

fue porque quería decirte una cosa. Quería que supieras que por fin lo he comprendido.

—¿Comprendido? ¿Qué has comprendido?

—Hace unos días estuve charlando con Mara, y eso me preocupó. Pero finalmente comprendí por qué nos alejaste a Jacen, a Anakin y a mí cuando éramos pequeños, por qué nos mantuviste alejados incluso cuando estábamos en Coruscant. No soy tonta, siempre supe el motivo. Las responsabilidades —Jaina pareció perderse en la distancia por un momento—. Pero nunca comprendí realmente lo mucho que debiste sufrir por ello.

—Oh, nena. Claro que sufrí. Intenté decírtelo una y otra vez. Pero no hay palabras que puedan describir ese dolor.

—Lo sé —Jaina se sentó en la cama y Leia la soltó—. Ahora, debo irme. Tengo informes que redactar y... bueno, cosas que hacer, cosas de diosa —abrazó a Leia con una fuerza feroz—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Jaina.

Ocupación de Borleias, día 49

Wedge, volando en el Ala-X de Luke, trazó un amplio arco en una órbita planetaria baja. Muy lejos, por debajo de él, se extendía la inmensa selva de Borleias. Tiró del timón y cerró un círculo completo. Recorrió el arco de 360°, contemplando a través de la cubierta de la cabina un cielo estrellado, la selva, y nuevamente el campo de estrellas, mientras la fuerza centrífuga, a pesar del compensador inercial del Ala-X lo hundía más y más en el acolchado de su sillón de piloto.

Sonrió al nivelar la nave.

—Es bueno saber que no has perdido facultades, aunque ya no vuelas en misiones de combate, ¿no crees?

Los pitidos de R2-D2 llegaron a través del tablero de comunicaciones. Sonaron como si estuviera de acuerdo, pero no de forma entusiasta.

—No te preocupes, Erredós, Luke volverá. No hay nadie en toda la galaxia que sepa mejor cómo sobrevivir en situaciones adversas que Luke Skywalker.

R2-D2 emitió otra señal sonora, pero esta vez su tono pareció algo más animado. Entonces, una voz llegó hasta él por el sistema de comunicaciones, la de Tycho.

—General, hay novedades.

—Te escucho.

—Durante la última media hora, más o menos, hemos recibido algunas lecturas extrañas de los sensores. Son lecturas anómalas más allá de la zona de seguridad, y cada vez son más frecuentes.

—¿Tus sospechas?

—Yo diría que ha comenzado el ataque. Y atacan desde todas direcciones.

—Ya era hora. Avisa al equipo de Luke que se prepare para despegar, que salga aprovechando la confusión del ataque. Yo ya estoy volviendo —Wedge puso rumbo al laboratorio de biología.

* * *

—¿Estás seguro de esto? —Luke lanzó una mirada escéptica hacia Lando.

Éste asintió con la cabeza, muy tranquilo.

—Lo estoy. De vez en cuando necesito recordarle al universo que soy un piloto condenadamente bueno. Con gente como Han, su hija y tú pululando por aquí, todos tienden a olvidarlo.

Se hallaban en la zona de seguridad, frente al *Tiempo Récord*, el transporte de la primera oleada de la invasión en alcanzar la superficie de planeta.

Siete semanas antes, el *Tiempo Récord* era una anticuada nave de carga que funcionaba de forma relativamente fiable para su edad. Entonces, al participar en aquella misión de combate, aterrizó en Borleias y sufrió daños tan graves que casi quedó hecha pedazos. Ahora, tras semanas de reparaciones a cargo de los mecánicos de la guarnición, la piel de sus dos secciones principales estaba tan irregularmente parcheada que casi hacía daño a la vista, y las barras de refuerzo para conectar ambas secciones acentuaban la sensación de que todo el conjunto se partiría por la mitad en cualquier momento.

—¿Intentas tomarme el pelo? —Luke repitió su mirada escéptica—. Eres uno de los dos hombres que volaron la segunda *Estrella de la Muerte*. No tienes nada que demostrar.

Lando se encogió de hombros. Recorrió su túnica con una mano para eliminar las arrugas. Era de un rojo oxidado, mangas largas, suave al tacto, y le había costado más de lo que podía ganar en todo un año. Complementaba elegantemente una capa de color crema que le llegaba hasta la cadera. Quería tener buen aspecto en su funeral o en su triunfante retomo a Borleias.

—Está bien, me has pillado. Se trata del timo en sí, Luke. La gente ha oído hablar de mí, ven lo que hago y creen que sólo me mueve el dinero. Y el dinero me encanta, por supuesto, me gusta tanto que incluso he llegado a aceptar trabajos honrados para conseguirlo —le dedicó a Luke un escalofrío burlón—. Pero eso es secundario, lo que realmente importa es el juego en sí. Coge a alguien que cree tenerte atrapado, pásalo a través de la maquinaria de tu mente y de tus habilidades, y sácalo por el otro extremo absolutamente exprimido, pero absolutamente convencido de que te ha timado, tanto, que incluso está deseando ser bueno contigo, ser generoso... y entonces te das cuenta que has logrado algo grande —hizo un gesto hacia la nave.

Como en respuesta, una compuerta se desprendió cerca del puente, junto a una serie de sensores, rodó por el inclinado casco y cayó sobre el duro cemento con un sonido metálico que levantó ecos en la selva—. Esto es un timo. Vamos a utilizar ese montón de basura para convencer a los yuuzhan vong que hemos puesto todas nuestras esperanzas en él. Harán exactamente lo que queremos que hagan —en esos breves momentos serán nuestros siervos personales, aunque si lo supieran se suicidarían— y nunca sabrán lo mucho que nos han ayudado... hasta que decidamos explicárselo. Eso es más dulce que cualquier vino, Luke.

—Si tú lo dices... —Luke lanzó una mirada dura a la nave, estudiando de dónde se había desprendido la compuerta para que los mecánicos la fijaran de nuevo—. ¿Y quién será tu copiloto?

—No quiero ningún copiloto. Sólo mi oficial de armamento. CYV Uno-Uno-A. Luke frunció el ceño.

—¿No es uno de tus droides bélicos?

—Sí.

—¿Y vas a utilizar esta misión como prueba de campo para un droide?

—Exacto.

—No me parece buena idea.

Lando volvió a encogerse de hombros.

—Seré el capitán de ese montón de chatarra. Es mi elección. Wedge lo ha autorizado.

—A veces creo que estás tan loco como Han —Luke consultó su reloj—. Será mejor que me reúna con mi equipo, tenemos preparativos de último minuto.

—Aquí estaré —Lando observó a Luke mientras se marchaba.

No tenía interés en realizar pruebas de campo con su droide en una misión así, no. Lo que pasaba era que no tenía fe en su habilidad para salir vivo de esta operación y no quería arrastrar a la muerte a ningún ser vivo.

Era una mala, tenebrosa idea. Pero no le había contado a Luke sus verdaderos motivos para tener un oficial de armas droide. Sonrió. Luke no era el jovencito ingenuo que Lando conociera. Engañarlo hoy día era mucho más difícil, pero siempre resultaba un placer intentarlo.

Caminó por la rampa hasta la bodega que sus droides y él ocupaban desde hacía tantos días. Permaneció de pie, alejado de las chispas que flotaban por todo el recinto, no quería quemarse la túnica.

La bodega había sido dividida en dos partes mediante un mamparo provisional. En el tercio delantero, suspendido por una abrazadera de metal que colgaba del techo, podía verse un caza Ala-B, viejo pero —lo garantizaba el equipo de reparaciones— fiable.

La parte trasera estaba llena de pedruscos. Bueno, no eran exactamente piedras.

Colgando también de cables había restos, muchos de ellos pedazos de coralitas derribados. Coralitas *muertos*, se recordó. Los habían ahuecado unos voluntarios que después decidieron que nunca más hurgarían en las entrañas de una nave espacial orgánica. Ahora apenas quedaba el caparazón exterior de los fragmentos, cada uno capaz de albergar a uno o dos miembros del equipo de Luke. Había más restos, piezas de naves yuuzhan vong y de la Nueva República, y pedazos de permeocemento. Al presionar un botón desde el puente de mando de Lando o un intercomunicador que llevaba Luke, se activaría un compensador de inercia montado en el mamparo opuesto a la puerta de la rampa, que expulsaría de la nave todos aquellos restos junto al equipo de infiltración.

Lo que generaba las chispas era la última soldadura final del mamparo colocado entre las partes delantera y trasera de la bodega. Lando lo aprobó. Quería que fuera resistente. Lo último que necesitaba era que aquellos restos chocaran contra su Ala-B y lo destrozaran.

No estaba tan familiarizado con los Ala-B como le gustaría, pero el vehículo debería ser capaz de volver a casa con él y su droide... si podían llegar desde el puente hasta la bodega. Si tenía tiempo. Si no, se lanzaría en una vaina de escape. Sería capturado por los yuuzhan vong. Esclavizado y torturado.

No, decidió. Si no podía llegar al Ala-B, no recurriría a la vaina. Pilotaría la nave hasta la superficie de Coruscant. Y tendría un aspecto inmejorable mientras lo hacía.

* * *

Lando estaba en el puente cuando el equipo de Luke subió por la rampa temporal hasta la bodega. Eran Luke y Mara, Tahiri, algunos Espectros que apenas conocía — el calvo, el alto, el devaroniano, el barbudo flacucho, y la mujer de aspecto severo— y una sorpresa final, Danni Quee.

No debería sorprenderse. Tenía que haber sabido que la científica insistiría en formar parte de la misión para averiguar qué estaba ocurriendo con la terraformación de Coruscant y descubrir todo lo posible sobre los yuuzhan vong.

R2-D2 esperó al final de la rampa. Lando sabía que Luke no se lo llevaría con él; el droide astromecánico no era lo bastante móvil para moverse por el difícil terreno que encontraría el equipo de infiltración y, si los yuuzhan vong lo capturaban, sería víctima segura de su ira.

El pequeño droide se inclinó hacia atrás, como si se apoyara para mirar fijamente el rostro de Luke, y Lando pudo imaginar los ruiditos lastimeros y los tonos musicales que estaría emitiendo. Luke se detuvo en lo alto de la rampa, aún dentro del alcance de la holocámara de R2-D2, y se volvió hacia su compañero. Su gesto era conciliador, tranquilizador.

—Muy triste, ¿verdad? —comentó Lando.

Su propio compañero droide, CYV 1-1A, alzó la mirada de los sensores.

—Triste —confirmó, pero sin la menor inflexión en su voz.

—¿Preparado para enfrentarte al peligro?

—Estoy preparado —afirmó CYV 1-1A—. Claro yo estoy preparado. Estoy programado para estar preparado. Siempre preparado. Nunca inseguro al enfrentarme al peligro.

Lando frunció un poco el ceño. Parecía como si el droide bélico hubiera aprendido algunos manierismos de un droide de protocolo como C-3PO. Pero CYV 1-1A aún no disponía de los módulos lingüísticos que le ayudasen a desarrollar idiosincrasias así. Oh, bueno. Ya se preocuparía cuando volvieran. Conectó su comunicador.

—Control de Borleias, aquí *Tiempo Récord*. Preparado para el despegue.

—Espere nuestro permiso. El ataque yuuzhan vong está previsto para dentro de media hora.

—¡Eh! ¿Qué posibilidades tengo de explotar antes de salir de la atmósfera?

—Hum, aproximadamente un uno por ciento, señor.

—Apuesto mil créditos a que por lo menos llego a la órbita.

—Acepto, señor. Apuesto diez créditos.

—Ah, ¿y cómo piensas cobrar la apuesta si ganas?

Sólo le contestó el silencio. Lando sonrió abiertamente a CYV 1-1A, pero el droide se limitó a devolverle la mirada.

* * *

La alarma resonó en todo el laboratorio biológico, los hangares temporales construidos en el exterior y la zona de seguridad. Los pilotos se dirigieron corriendo hacia sus cazas estelares. Los directores de misión se situaron en sus puestos y empezaron a coordinar las unidades.

Jaina, mientras corría hacia el hangar de Operaciones Especiales, chocó con un hombre grandote que se cruzó en su camino, haciéndola tambalearse y fijando sobre ella unos ojos suplicantes. Era joven, nada feo pero de apariencia torpe, despeinado y la mirada más inyectada de sangre que había visto en ningún ser humano, peor que la de su padre o la de Lando tras una noche de borrachera.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —preguntó la chica.

El hombre agitó la cabeza.

—Voy a morir —sus palabras eran lentas, dolientes.

—Entonces, necesitas ayuda —sacó su intercomunicador. A su alrededor, pilotos y tripulaciones corrían por el hangar en busca de los vehículos aparcados en la zona

de seguridad.

—Soy un espía yuuzhan vong y voy a morir. Se supone que debo capturarte ahora con los bichos que llevo en el bolsillo y llevarte al borde de la zona de seguridad. Pero no voy a hacerlo.

—Gracias... supongo —Jaina conectó el intercomunicador—. Líder de Soles Gemelos a Control. Estoy delante del hangar de Operaciones Especiales con un civil. Está... euh, sufriendo y necesita ayuda médica inmediata.

—Recibido, Sol Gemelo.

—He ganado —el hombre exhibió una sonrisa amplia, idiota. De repente, un borbotón de sangre surgió de su nariz, recorrió sus labios y se derramó en el suelo—. No tengo que hacer lo que me ordenan. Todo lo que pueden hacerme, es matarme.

—Sí, claro —intentó rodearlo. Cualquiera que fuera su situación, tenía que llegar hasta su Ala-X.

—He quitado el insecto de tu Ala-X —gritó, mientras Jaina se alejaba—. Así que no te preocupes.

—No lo haré —prometió ella. Y volvió a correr tras sus pilotos.

* * *

Tam la vio alejarse.

Supo que no lo había creído. Todos conocían refugiados descentrados tras la caída de Coruscant. Debía de parecer uno de ellos.

Tardó cierto tiempo en llegar a esa conclusión. A cada latido de corazón, otro clavo parecía atravesarle el cráneo y enterrarse en lo más profundo de su cerebro. Ya no quedaba espacio para el cerebro. Por eso le era tan difícil pensar.

Pero era importante que alguien creyera en él, así podrían deshacer lo que él había hecho desde que llegara a Borleias.

El personal médico corría hacia él. Nunca sería capaz de hacerles una confesión completa, no antes que el dolor lo devorase por completo y muriera. Pero tampoco necesitaba hacerla. Rebuscó en sus bolsillos y su mano derecha sacó el recipiente gelatinoso que aún contenía la mitad de los insectos yuuzhan vong; su izquierda sacó la tarjeta de datos, aquella en la que había escrito: «En caso de mi muerte».

De repente, estaba mirando al cielo. No había sentido el impacto de la caída. Dejó la bolsa y la tarjeta de datos sobre su pecho, donde estaba seguro que las encontrarían.

El cielo se llenó de caras, hombres y mujeres que decían cosas que no entendía. Les sonrió para tranquilizarlos. Quizá pudieran salvarlo. Pero si no lo conseguían, era importante que comprendieran que no los culpaba, que no se enfadaba con ellos.

Estaba intentando formar las palabras para decirles todo eso cuando la

inconsciencia lo reclamó.

* * *

Jaina se dejó caer en la cabina de su Ala-X. Todavía algo conmocionada por su encuentro con aquel loco, empezó a repasar la lista de control. Su astromecánico, una unidad R2 blanca grisácea con líneas de color borgoña, ya estaba en posición.

—Oye, no te lo he preguntado —saludó Jaina—. ¿Cómo te llamas?

Su tablero de comunicaciones trinó y una línea de texto apareció en él.

NO TENGO NOMBRE. MI DESIGNACIÓN ES R2-B3.

—¿No tienes nombre? Eso es terrible. Nunca serás famoso si no tienes nombre. ¿Quieres uno?

ME GUSTARÍA.

—¿Qué tal Capi? Tengo una amiga piloto que se llama Capstan.

—SOY CAPI.

—Bien, Capi. Pásame las lecturas del motor.

Jaina repasó su lista a la velocidad de costumbre, pero esta vez tuvo paciencia para terminarla. *Sabía* que Jag lo habría hecho por ella; ni siquiera tenía que buscar confirmación a través de su ventanal, aunque lo hizo. Lo vio recostado contra su asiento, relajado. Le envió una sonrisa y le enseñó el pulgar.

Él levantó la visera de su casco y le devolvió la sonrisa. Una media sonrisa con la mitad izquierda de su boca, breve pero animosa, sólo para ella. Entonces, bajó la visera y volvió a convertirse en un piloto más.

Aquella expresión provocó que algo se agitara en su estómago. «No puedo olvidar que se ha criado entre los Chiss —se dijo—, pero sigue siendo un corelliano».

* * *

Unos metros más allá, Kyp Durrón presenció el intercambio de miradas. Apartó la suya, y se concentró en la lectura del diagnóstico de su nave.

Desde Hapes, Jaina mantenía la distancia con Kyp. Con todos. Ahora, era obvio que Fel había atravesado su guardia.

«¿Será así a partir de ahora? —se preguntó—. Deja que su interés por él siga su curso, y después mantente cerca cuando necesite a un amigo que la consuele». Deseó detestar a Jag. Eso haría las cosas más fáciles.

Otra voz, otra mente se interpuso. «Antes de tomar ninguna decisión, quizá deberías decidir qué significa ella para ti».

Hizo una mueca. Eso requería más sinceridad de la que quería experimentar.

Porque sabía que no estaba enamorado de Jaina Solo. Sólo le gustaba estar con ella.

Era inteligente, valiente, guapa. Fuerte en la Fuerza. Importante para la Nueva República. Él podría hacerla feliz.

¿Por qué querría hacerlo? Sospechaba que era porque *nunca* había sido feliz, y su dolor, que podía sentir a través de la Fuerza cada vez que se conectaban, lo llamaba incluso cuando ella se engañaba pensando que podía hacerlo desaparecer manteniendo el universo entero a raya.

Pero él ya se había interesado por ella antes de la pérdida de Anakin y Jacen. Entonces, ¿por qué?

Quizá era por Han. Le debía tanto a Han, desde el momento que lo conoció hacía años, desde que Han lo ayudó trayéndole del lugar oscuro donde estuvo cuando destruía mundos enteros. No estaría vivo de no ser por Han. Si Jaina era feliz, Han sería feliz. Era una fórmula simple.

Además, él había pagado esa deuda, o parte de ella. Ayudó a Jaina a desandar los pasos que había dado hacia el Lado Oscuro, y volvería a ayudarla siempre que lo necesitara.

—Sol Gemelo Dos... —era la voz de Jaina, artificialmente dulce, y sacó a Kyp de su ensoñación.

—¿Sí?

—¿Situación, por favor? Todos los otros Soles Gemelos están preparados para despegar.

—Oh. Uh, yo... —examinó rápidamente sus lecturas. Había terminado de repasar su nave automáticamente, con el autopiloto puesto, y ni siquiera había registrado el hecho—. Preparado para despegar. Lo siento, Grandeza.

—Despegue en diez, nueve, ocho...

Kyp sonrió tristemente. Una actuación perfecta para un Maestro Jedi.

CAPÍTULO 16

Ocupación de Borleias, día 49

Todos los escuadrones de Operaciones Especiales han despegado —informó Iella por encima del clamor de la sala de mando.

—Tenemos contacto —añadió Tycho—. Las naves capitales de los yuuzhan vong se acercan a Borleias por la cara opuesta del planeta.

—El comandante Davip —otra vez Iella— pide permiso para sacar al *Lusankya* de su órbita geosincrónica y atacar al enemigo antes de que lleguen a nuestra posición.

Wedge le sonrió.

—Claro que lo pide. Dile que no y trasmítele los detalles de la Operación Martillo del Emperador.

—Hecho.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Pyria

—No están enviando sus fuerzas a la órbita —dijo el villip de Czulkang Lah—. En cambio, sus naves capitales sí envían escuadrones de cazas pequeños a la atmósfera.

El villip con la cara de su hijo respondió:

—Eso significa que son conscientes de que nuestras fuerzas terrestres se acercan.

—Correcto. Por lo visto, no desactivamos todos sus sensores de tierra y no hemos podido engañarlos.

—No te ofreceré consejo, eres Czulkang Lah. Los aplastarás a pesar de su pronta reacción.

Czulkang Lah permaneció en silencio. Una contestación sincera, su estimación de que los infieles tenían reservada alguna sorpresa para las tropas yuuzhan vong, de que quizá no ganaran la batalla de hoy, sólo causaría turbación en el Maestro Bélico.

Tras unos momentos de torpe silencio, Tsavong Lah agregó:

—Feliz batalla —y su villip se invirtió.

* * *

El Escuadrón Soles Gemelos tomó posiciones unos kilómetros al norte del laboratorio biológico, a suficiente altura como para que los disparos de los yuuzhan vong de tierra, tuvieran que viajar varios segundos antes de alcanzarlos. Sus pilotos —doce de nuevo, ya que Pastav Rone había salido de los tanques bacta—, esperaban.

Los Caballeros Salvajes formaron al este, el Escuadrón Luna Negra al oeste, y los Picaros al sur; otros escuadrones procedentes de los destructores estelares acudían para rellenar los amplios huecos del círculo defensivo.

A la piloto Jaina no le gustaba la espera. Agitó la cabeza y se convirtió en la Jedi Jaina, para quien la paciencia era un estilo de vida.

Pero, ni siquiera como Jedi, podía calmar lo que la estaba devorando.

El miedo del que hablara con Leia había regresado. Lo mantenía controlado, pero seguía presente. Y además sentía preocupación por Jag, por Kyp, por los demás pilotos, por los amigos, incluso por Capi.

Ahora lo sentía claramente. Supuso que la acompañaba desde su regreso de Hapes, pero ella creó una capa a su alrededor que lo mantuvo aislado y a distancia, en sordina. Ahora, esa capa había desaparecido.

Y, extrañamente, el miedo no le importaba. Durante las últimas semanas no se sentía lo bastante viva, lo bastante presente. Ahora, sí. La preocupación, el miedo, el dolor por los demás, le indicaban que se hallaba entre seres vivos, entre su propia especie, que formaba parte de todo aquello que le preocupaba. Podía decirse que eran emociones negativas, pero ahora las agradecía porque le recordaban quién era y la importancia de lo que estaba haciendo.

Ese pensamiento la paralizó. En cierto sentido, era similar a lo que decían sobre los yuuzhan vong, cuya predilección por el dolor físico les parecía tan alienígena. De repente, casi lo comprendía. Para ellos, el dolor era una prueba de que estaban vivos.

«Bien —se dijo—, voy a darles unas cuantas pruebas más».

Su comunicador cliqueó con la voz del controlador principal:

—Coralitas llegando a la órbita geosincrónica. Los escuadrones del *Lusankya* y del *Sueño Rebelde* les hacen frente.

Jaina movió los dedos frenética e inconscientemente. Necesitaba estar dónde se entablaba la batalla. Volvía a ser la piloto Jaina.

Se obligó a esperar. Pero sabía que no tendría que hacerlo mucho más.

* * *

—Intrusión detectada en el cuadrante oriental.

Al capitán Reth no hacía falta que se lo advirtieran. Dos kilómetros por delante de

su Ala-E, los amplios y oscilantes lomos de dos rakamat, los reptiles gigantes que los yuuzhan vong utilizaban como vehículos de combate terrestres y transportes de tropas, coronaban el dosel de la selva mientras se aproximaban.

Reth conectó su comunicador.

—Aquí líder de los Luna Negra. Enemigo avistado —cambió a la frecuencia del escuadrón—. Lunas Negras Dos a Ocho, venid conmigo. Daremos un par de pasadas y veremos qué ocurre. Nueve y Diez, cread un cortafuego en su camino y extendedlo a su alrededor.

Sus pilotos confirmaron la recepción mediante clics. Nada de charla innecesaria. Le gustaba así. Piso a fondo el acelerador y empezó a vomitar fuego sobre las fuerzas enemigas.

* * *

Jaina roció de láser el rakamat más próximo a su posición. Había tres, con sus lomos espinosos visibles a una distancia de dos kilómetros y medio.

Los láseres de Kyp y Jag se unieron a los suyos. Todos fueron absorbidos por los vacíos creados por su objetivo. Lo mismo ocurría con el fuego que los otros dos tríos del Escuadrón Soles Gemelos lanzaban contra los otros dos rakamat. Jaina aceleró hacia las fuerzas enemigas, con sus pilotos secundando la maniobra.

—Proyectan más vacíos de lo normal —observó Jag—. Esos rakamat están reforzados.

Los doce pilotos pasaron por encima de la formación enemiga y viraron en redondo para otra pasada. Mientras lo hacían, plasma enemigo surgió de los cañones, los rakamat y el terreno sobre el que volaban. Los chorros eran anchos al principio, sólo pretendían calibrar la distancia, pero rápidamente se centraron en los cazas.

—Tienen coralitas a nivel de tierra —dijo *Piggy*, innecesariamente—. Están usando la selva para absorber nuestro fuego y mantener sus posiciones ocultas.

Jaina manipuló los alerones de estribor de su Ala-X y viró justo a tiempo de eludir un chorro de plasma.

—¿Qué recomiendas?

—Seguir con lo que estamos haciendo... o hacer lo mismo que ellos.

—Interesante. *Piggy*, toma el mando del escuadrón y sigue con el ataque aéreo. Jag, Kyp, venid conmigo.

Se alejó del escenario de la batalla, rumbo al laboratorio biológico.

* * *

—Hágalo rápidamente, comandante —un primer plano de Wedge llenaba el holograma de la sala de comunicaciones privada del comandante Davip—. Aquí estamos bastante ocupados.

—Señor, esa Operación Martillo del Emperador...

—¿Algún problema con ella?

—No con el plan en sí, señor, es... interesante. Potencialmente muy eficaz, pero... —Davip luchó contra lo que iba a decir—. Señor, no tengo la total confianza en que mi tripulación pueda ejecutarla con la precisión que necesita. ¡Algo así no se ha hecho en veinte años! Señor, estoy al mando de una tripulación de novatos, y eso podría costarle la vida.

Wedge asintió con la cabeza, mostrando una expresión de simpatía.

—Novatos. Comprendo. A mí también me ha pasado.

—No sé por qué el Alto Mando me dio esta increíble colección de...

—Yo, sí. Para que todos murieran aquí y así privar a la armada de la Nueva República de oficiales y tripulaciones que les puedan causar problemas. Incluido usted. Incluido yo —Wedge se encogió de hombros—. Las órdenes siguen en pie, comandante. Puede encontrar la forma de convencer a su tripulación de que lleve a cabo la maniobra, en cuyo caso los que estamos aquí abajo sobreviviremos... o no, y entonces moriremos. Ahora, escuche: ser comandante del *Lusankya* ya no es el paso para una promoción. Es un paso hacia la oscuridad y una jubilación temprana, y si no aprende a pensar más allá de lo que exige su entrenamiento, es que se lo merece. El *Lusankya* será su último destino, Davip, a menos que hoy cumpla con su trabajo. ¿Más preguntas?

Davip agitó la cabeza, sin molestarse en ocultar una expresión dolida.

—No, señor.

—Antilles fuera —el holograma del general se disolvió en la nada.

Davip abandonó la sala y volvió al puente del *Lusankya*, a la pasarela situada sobre y entre los enormes bancos de oficiales y técnicos en sus puestos de combate.

Desde la pasarela, y a través de los ventanales delanteros, disponía de una vista increíble de los coralitas y los cazas estelares enzarzados en duelos individuales, un poco más allá del alcance de las armas del destructor estelar. La misma superficie de la pasarela era tan nueva, tan limpia, tan blanca...

Como la mente de Davip en aquel momento. Siempre le gustaron las cosas limpias y nuevas.

Quizá así era él. Quizá necesitaba un poco de suciedad y desorden. Suciedad y sangre, confusión e incertidumbre.

Llamó a su oficial jefe de armamento.

—Transfiera el mando de uno de uno de los turboláseres designados al Martillo del Emperador a mi estación. Que sea el del oficial con peor promedio de acierto en

las simulaciones.

—Sí, señor.

Algunos de los oficiales, aquellos cuyas tareas actuales no les exigían una atención plena, lo miraron con una evidente confusión en sus rostros. Supuso que estaba haciendo algo que no había hecho nunca. Había emitido una orden que no tenía un sentido obvio e inmediato.

Dirigió su atención al oficial de comunicaciones.

—Abra una línea a todas las estaciones de armamento designadas para el Martillo del Emperador. Necesito hablar con ellas ahora mismo.

—Sí, señor —el oficial tecleó la orden rápidamente y cabeceó para confirmárselo.

—Aquí el comandante Davip. Asumo personalmente el mando de uno de los láseres del Martillo del Emperador. Durante esta operación, cualquier artillero cuya puntería sea peor que la mía, está acabado. Él o ella será transferido inmediatamente a la superficie del planeta al terminar la batalla y adscrito a los grupos que tendrán que ocuparse de los cadáveres de nuestras bajas. Ésa será su tarea durante toda nuestra estancia en este sistema y no se aceptará ninguna petición de traslado. Eso es todo —hizo un asentimiento de cabeza al oficial de comunicaciones para indicar que había terminado.

Ese oficial y los que habían estado mirándolo permanecieron inexpresivos, como si hubieran comprendido que recibían órdenes de un bantha parlante con uniforme de oficial.

Él sonrió abiertamente. Vaya, si hubiera sabido lo divertido que era desconcertar a sus subordinados, lo habría intentado muchos años atrás.

* * *

Los Ala-X de Jaina y Kyp casi se arrastraban por la jungla paralelos al suelo, con sus repulsores gimoteando a causa de la desacostumbrada exigencia de volar casi rozando la superficie planetaria. Mientras avanzaban, la proa de los cazas de combate chocaba contra las ramas, los helechos y la vegetación... no precisamente en silencio, decidió Jaina, pero al menos invisibles desde el aire.

El desgarrador de Jag no estaba a la vista; los sensores le decían que lo tenía aproximadamente a doscientos metros delante de ella e incrementando la distancia. El desgarrador, más compacto, estaba mejor preparado para avanzar en aquel ambiente sin enmarañarse en el espeso follaje.

Y con el caza de Jag, flotando tras ella a una distancia de no más de cuatro metros, iban dos bombas-sombra armadas, sostenidas en el aire mediante la Fuerza. Jaina sudaba con la concentración dividida entre mantener el control del vuelo y el de la bomba-sombra. Una vez más envidió el fácil control de Kyp en todo lo relacionado

con la Fuerza.

Lo fundamental era no involucrar sus propios actos y motivaciones.

—He conseguido posarme entre la vegetación, justo al lado de un río —advirtió Jag—. Una especie de refugio de cazador. Tengo bastante buena visibilidad. Si quieres, puedes depositar las bombas detrás de mí. Con suavidad.

Jaina lo hizo, agradecida por el descanso.

—¿Crees que estamos cerca de ellos?

—Bastante cerca, los estoy viendo a unos veinte metros a estribor. Llevan dos grupos de esclavos reptiloides escoltando a los coralitas. Sus naves avanzan a un metro del suelo y no veo vacíos activos... Sospecho que están usando los suyos para reforzar a los rakamat. Sólo veo cinco naves, pero su formación sugiere toda una línea. Espera —calló unos segundos—. Las vibraciones en el casco indican que uno o más rakamat avanzan en esta dirección. Creo que estamos muy bien situados. —Jaina oyó un fuerte «bang» y una corta risa de Jag—. Nada. Un árbol acaba de recibir el impacto de un láser.

—Intenta que no te acierten a ti con los escudos bajados, tonto.

—Buen consejo, no lo había pensado. Espera un segundo.

—¿Qué sucede?

—Estoy viendo un rakamat... Creo que lo tengo a tiro. Es enorme y derriba cuanto árbol se cruza en su camino. ¿Quién quiere intentarlo?

—Yo —dijo Kyp.

—Bien. Levanta una bomba-sombra, muévela diez metros hacia delante y bájala despacio... Ya veo la bomba. Muy bien. Vale, muévela hacia delante poco a poco... un poco a la derecha... no, no tan a la derecha... ¡Alto! ¿Puedes retrasarla un metro y desplazarla un poco a la derecha?

—No funcionará —advirtió Kyp—. No es lo mismo ver la vegetación que captarla a través de la Fuerza. Sólo puedo percibir las cosas.

—Sí, sí puedes —aseguró Jaina—. ¿Puedes dirigir ese movimiento a través de los movimientos de su mano?

—Bueno, sí... Pero no mejorará si sigo sin ver nada.

Jaina sonrió abiertamente.

—Kyp, redirige tus controles a la nave de Jag.

—Hecho. ¿Y ahora qué?

—Jag, utiliza el mando de tu nave como si fuera el joystick de un videojuego y dirige con él el movimiento de la bomba-sombra. Kyp, mantén tu mano en el timón... y controla la bomba-sombra según los movimientos de su mano.

—Uauh —Kyp parecía impresionado—. Está bien, juego.

—Muy amable por tu parte —ironizó Jag—. No eres el único sentado a pocos metros de un torpedo de protones armado y dirigido por un ciego en un montaje

bidireccional. En fin, ahí voy.

Jaina hizo descender su Ala-X, apoyándolo sobre el tren de aterrizaje, y cruzó los dedos.

—¡Eh, funciona! —susurró Jag—. Mi control es un poco chapucero, pero mucho mejor que recibir instrucciones verbales. Ya he pasado los árboles... la estoy bajando a pocos centímetros de tierra. Bien, Kyp, estamos mejorando. Crúzala hacia delante, despacio... Detente ahí, bájala. Bien. Está justo en el camino del rakamat. Ahora puedo verlo claramente y hay otro tras él, un poco a babor. El más cercano se encuentra aproximadamente a unos treinta metros; el segundo, estimo que a unos veinte metros tras él.

—Adelante. Acerca la segunda bomba —ordenó Jaina a Kyp.

* * *

Reth guió a su escuadrón en otra pasada y maldijo en voz baja. Ya había perdido dos Ala-E, uno por impacto directo y otro por daños en un motor, que lo envió renqueante de vuelta a la base. Le quedaban ocho. Las fuerzas terrestres yuuzhan vong se movían debajo de él; los reptiloides, los coralitas y los rakamat eran bastante visibles desde lo alto, pero absorbían el fuego de su escuadrón con impunidad. Y ahora, los coralitas emergían de tierra para atacarlos.

Y eran muchos. Docenas de naves. Cientos o miles de reptiloides.

Y los rakamat. Un escuadrón de Ala-E no bastaría para hacerles mella.

Cambió la frecuencia de mando.

—Control, aquí líder Luna Negra. Nos enfrentamos a una fuerza muy superior. No nos irían mal algunos refuerzos.

La voz que le respondió era la de Iella Wessiri.

—Líder de Lunas Negras, aquí Control. Todas nuestras fuerzas terrestres están combatiendo. Luche a la defensiva y retírese sin dejar de hacerles frente.

—Recibido, Control —Reth rechinó los dientes. Aquello no acabaría bien, sería otro Hoth, otro Dantooine, y ni siquiera tendrían la oportunidad de contar sus muertos.

* * *

Jag observó desapasionadamente al reptiloide a través de la cubierta de su cabina. El otro se quedó mirándolo fijamente, con la boca abierta sugiriendo rabia o sorpresa, calibrando el tamaño del desgarrador.

—Calculo diez segundos antes de que el yuuzhan vong deduzca que estoy aquí.

—Entonces, sal de ahí. Vuelve con nosotros.

—No, hacen falta más de diez segundos para que el rakamat se sitúe en posición. Necesitamos cronometrar esto exactamente.

—No, vuelve ahora. ¿Confías en mí?

—No es justo usar mi propio argumento contra mí.

El reptiloide se agitaba frenético, gritando algo hacia la línea más adelantada de coralitas. Jag activó los escudos, oyó y sintió el martilleo del motor a través del casco del desgarrador. Hizo rodar su nave hacia atrás como una pelota, girando sobre su eje direccional para terminar mirando en dirección contraria, y pisó a fondo el acelerador.

Tras él, su escondite explotó cuando los disparos de cañones de plasma llovieron sobre él. Los árboles que lo rodeaban estallaron hechos astillas, mientras los coralitas empezaban la persecución.

* * *

Jaina se permitió ir a la deriva, manteniéndose en contacto con las distantes formas de vida.

Podía sentirlos, podía sentir el colectivo, y a cada pocos momentos aparecía un nuevo grupo a cierta distancia del anterior, emitiendo un segundo o dos de miedo mientras el mundo se agitaba a su alrededor. Eran insectos, lagartos y otras formas de vida nativas de Borleias, y estaba segura de sentir su miedo como sentía el impacto de los pies gigantes del rakamat que hacían temblar la tierra a su alrededor.

También podía sentir la bomba-sombra que controlaba, aunque con un conjunto de sensibilidades distintas de la Fuerza.

Los dos juegos de sensaciones se estaban aproximando.

Sintió un toque de Kyp. «Espera» —decía.

Más cerca, más, y en ese momento prácticamente se juntaron. «Ahora» —transmitió mentalmente, y activó su bomba-sombra. Abrió los ojos.

El fuego hizo erupción en la distancia, un fuego que propulsó hacia el cielo las toneladas de carne carbonizada que antes eran los rakamat. La onda de choque destrozó los árboles más cercanos y agitó los más lejanos, provocando un leve temblor allí donde se encontraban Jaina y Kyp.

—Bien, Gemelos —gritó ella—. Volvamos y tratemos con ellos a larga distancia. Y reunámonos con Jag.

—Soles Gemelos, aquí Control —de hecho, era la voz de Wedge—. Negativo, negativo. Retiraos.

—Retirada, entendido —Jaina luchó consigo misma, antes de asumir su tono más regio—. Queremos saber por qué somos convocados cuando estamos ganando.

—Porque estáis conteniendo el ataque yuuzhan vong.

Ella perdió sus modales divinos.

—¿*Qué?* ¡Creí que es lo que se suponía que debíamos hacer!

Wedge se rió a carcajadas.

—Diosa, como de costumbre, estás haciendo tu trabajo demasiado bien.

Sistema de Coruscant

El *Tiempo Récord* surgió del hiperespacio cerca de Coruscant, lo bastante cerca para que el planeta llenara la mayoría de su ventanal delantero.

Lando empezó a transmitir inmediatamente.

—Superviviente de la Célula Treinta y Ocho, aquí Rescate Dos. Entramos en órbita, preparados para la recogida. Diríjase a la Zona A-Diecinueve. Corto.

No hubo respuesta, naturalmente. No existía ningún superviviente de la Célula Treinta y Ocho. No existía ninguna Zona A-Diecinueve. Nadie estaba conectado a esa frecuencia del comunicador.

—Los sensores indican que se acerca el análogo de una fragata —informó CYV 1-1A.

—Levanta los escudos y empieza a disparar —Lando trazó un curso que los alejaría de las naves capitales yuuzhan vong de la zona; un curso que, en teoría, también los acercaría al borde de la atmósfera de Coruscant. Miró los números y se escapó una mueca. La fragata estaría sobre ellos antes de que alcanzaran la posición. El *Tiempo Récord* iba a sufrir bastantes daños.

Conectó de nuevo la unidad de comunicaciones.

—Superviviente de la Célula Treinta y Ocho, aquí Rescate Dos. ¿Por qué no contesta? ¿Por qué no contesta? —pulsó el botón de apagado y sonrió a 1-1A.

—¿Qué opinas de eso?

Uno-Uno-A empezó a disparar meticulosamente con los turboláseres de la nave, a una distancia demasiado grande para ser eficaz.

—El análisis de las palabras transmitidas sugieren un alto contenido emocional. Desde una perspectiva de búsqueda y rescate, parece un civil muy estresado.

—Bien. ¿Y si lo repito? ¿Demasiado cliché o crees que ya basta?

—Eso queda fuera del alcance de mi programación —Uno-Uno-A siguió disparando—. La fragata está lanzando corallitas. Acabo de destruir uno.

—Sugiero que destruyas un segundo.

—Acabo de destruir un segundo.

—Sugiero que destruyas un tercero.

—Si me permite la pregunta, ¿está simplemente dando órdenes a un subordinado o burlándose de mí?

—Estoy burlándome de ti, Uno-Uno-A. Lo que sea para divertirme.

—Acabo de destruir un tercero.

—Sugiero que...

—Acabo de destruir un cuarto.

* * *

Luke esperó en la oscuridad de la bodega.

Atada a sus pies tenía la unidad de descenso que le habían dado los Espectros. El fondo estaba unido con adhesivo a su vaina, parte de un casco coralita al que le habían dado forma oblonga aplicando creativamente durocemento y pintura. La compuerta estaba cerrada.

Él llevaba una armadura al estilo yuuzhan vong; no de verdadero cangrejo vonduun, sino una simulación. Imaginaba que no debía ser apropiado que un hombre con una mano mecánica y un utilísimo sable láser llevara la verdadera armadura; pero sospechaba que en el futuro tendría que vestirse con cualquier vestimenta yuuzhan vong demasiado a menudo y demasiado rápidamente.

Sobre la armadura yuuzhan vong tenía un traje de aislamiento, uno grande y voluminoso, tan antiguo que nadie lo echaría en falta cuando lo hiciera trizas al aterrizar.

Buscó a Mara con la Fuerza y la sintió, captó su presencia viva. Ella hizo lo propio, un gesto ausente; Luke sabía que su mente estaba en otra parte: en su misión, en su hijo...

La voz de Lando llegó por los auriculares de sus cascos.

—Estamos llegando al punto de lanzamiento —la nave y toda la zona de carga, se estremecieron—. Lo siento, eso ha sido un poco de plasma —su voz fue reemplazada por la de 1-1A por un momento:

—Acabo de destruir un sexto.

Entonces, Lando volvió a hablar:

—Corta la cuenta, ¿vale? Um, realizaremos una maniobra lateral dentro de un minuto y saldréis disparados. Si os encontráis en medio del vacío antes, seguid sin mí.

—Acabo de destruir un séptimo.

—Te he dicho que...

—Estoy aprendiendo a burlarme de usted.

* * *

Lando se puso un casco de piloto. Su túnica elegante y su capa ocultaban un mono de piloto más normal, y verificó las conexiones para asegurarse que estaba listo para sellarlo en caso de pérdida de presión. Una masa de plasma se había abierto camino a través del transpariacero del ventanal delantero, y (el aire siseaba al escaparse por el agujero.

Ahora, el *Tiempo Récord* recibía una sacudida cada pocos segundos. La sección de cola soportaba la mayor parte del fuego de los cañones de plasma que los escudos apenas podían contener —de los coralitas perseguidores y de la fragata—, mientras la sección delantera sufría impacto tras impacto de un solo coralita.

Pero ya estaban casi en posición. Lando conectó el micrófono del casco.

—Llegaremos a la zona del lanzamiento en quince segundos. No habrá cuenta atrás. Cuando estemos allí, os lanzaré al exterior.

—Que la Fuerza te acompañe, Lando.

—Que la suerte te acompañe a ti, Luke.

Lando apagó el intercomunicador y volvió a centrarse en los mandos.

La maniobra era delicada. Hizo que el desgarrado carguero girara lentamente a babor, dejando que el lado de estribor enfrentara la parte soleada del planeta.

—Prepárate, Uno-Uno-A.

Y pulsó el interruptor, recientemente instalado y etiquetado:

YA.

El compensador de inercia de la nave saltó como un loco. Aunque fuertemente sujeto a los brazos de su sillón y atado a él, Lando se sintió lanzado hacia la derecha. Oyó la sujeción de su asiento a la cubierta crujir quejosamente debido a la súbita presión.

Los explosivos colocados alrededor de la sección delantera de la nave estallaron. No eran explosivos muy potentes, sólo lo suficiente para justificar la dispersión de pedazos de casco y humo en todas direcciones. Desde fuera, parecería que el *Tiempo Récord* sufría una serie de explosiones internas.

El humo y los escombros ocultaron la puerta de la bodega de estribor, que debía haberse abierto por la maniobra y la pérdida de gravedad artificial. Lando vio el indicador de que, efectivamente, la puerta estaba abierta y que la presión atmosférica era cercana a cero.

Miró por el ventanal de estribor. Allí, una nube de escombros giraba sobre sí misma en torno al carguero, cayendo directamente hacia la superficie de Coruscant mucho más abajo.

Conectó de nuevo el micrófono del casco.

—Superviviente de la Célula Treinta y Ocho, ésta es la última transmisión de Rescate Dos. Lamento no poder recogerlo. Más suerte la próxima vez —sabía que ese mensaje sería captado por una nave exploradora de la Nueva República, situado al borde del sistema de Coruscant y retransmitido a Wedge Antilles. Significaba que Luke y su grupo habían sido desembarcados con éxito.

Se giró hacia 1-1A.

—Todo ha salido bien. Ahora, vámo...

Una descarga de plasma procedente de la fragata impactó en el centro del arco que unía las dos secciones del *Tiempo Récord*. Éste se partió, y la onda de choque recorrió toda la longitud de la nave. Esta vez, la sujeción de la silla de Lando se rompió, haciéndola rebotar por los aires con el piloto todavía atado a ella. Sin gravedad artificial, ascendió hasta golpear el techo del puente, rebotó en él y flotó hacia el agujero del tamaño de un puño del ventanal delantero.

—Lástima, tenía un buen presentimiento —se quejó.

* * *

Luke se sintió de repente ingrátido hasta que una súbita aceleración lo expulsó de la bodega de carga en dirección al planeta. O eso esperaba.

Verificó las lecturas de los sensores pegados ante él sobre la superficie de la vaina. Mostraban un curso... correcto. Número de vainas... correcto. Todos sus camaradas seguían con él. Mientras miraba, se activó el compensador de inercia de la unidad, haciéndole rotar de forma que sus pies apuntaran hacia Coruscant. Pequeños impulsos de los repulsores lo mantendrían junto a los demás.

Agitó la cabeza, descontento. No le gustaba viajar en vehículos pequeños si no estaba a los mandos. Y éste sólo podía llamarse vehículo interpretando muy generosamente la definición de esa palabra.

* * *

Lando se liberó de su sillón y le dio un puntapié al ventanal. La patada lo alejó de allí, pero también provocó grietas allí donde su talón había golpeado, grietas que no sólo se extendieron hasta el agujero del plasma sino también en otras direcciones.

Uno-Uno-A se impulsó hacia la puerta, en una trayectoria que le haría pasar junto a Lando. Al hacerlo, lo cogió por la cintura; la masa añadida de Lando apenas influyó en la dirección y juntos alcanzaron el dintel. Ancló los pies en él y, con la mano libre, destrozó la puerta de metal.

La atmósfera tras él escapaba por el agujero del ventanal, atrayendo a Lando, pero

1-1A se limitó a abrirse paso a través de la destrozada puerta hasta el pasillo que llegaba hasta ella.

—Buen trabajo —reconoció Lando.

—¿Es una burla o un cumplido?

—Ninguno de los dos, en realidad. En este caso, es un eufemismo de «gracias», que es lo que quería decir. ¿Puedes llevarnos hasta la bodega? Porque parece que esa última explosión nos ha empujado hacia la atmósfera y en unos segundos nos convertiremos en polvo de carbono.

—De nada —Uno-Uno-A volvió a dar otro puntapié y flotaron ingravidos pasillo abajo.

* * *

Ahora, a pesar de las promesas de los Espectros, el calor empapaba la unidad de descenso y se transmitía a la vaina, penetrando en Luke a través de su traje ambiental, de su armadura, empapándolo de sudor desde el cuero cabelludo a los dedos de los pies.

El tablero de sensores pestañeó. Más allá, vio como la superficie interior de la vaina cambiaba del negro al rojo, al amarillo... y las llamas empezaron a lamerlo, llamas que crecían y se extendían.

Luke sabía que la fricción tenía que estar causando un agujero en el fondo de su vaina. Sintió una vibración en sus pies, mientras los repulsores incrementaron su rendimiento para mantener la estabilidad de la unidad.

Se produjo un fogonazo y la parte superior de la vaina desapareció abruptamente. Luke se encontró en medio de una columna de fuego, desprendiendo llamas amarillas de los bordes de la unidad de descenso; no podía ver nada más allá de él. Por un momento, le vino a la memoria un recuerdo de veinticinco años atrás, la visión de los restos humeantes de su tío Owen y de su tía Beru, yaciendo sobre la arena frente a su casa de Tatooine.

Se obligó a apartar la imagen de su mente y ganar un poco de perspectiva. «Si yo lo estoy pasando mal —pensó—, ¿cómo lo estará pasando una adolescente como Tahiri?».

Luke sintió un traqueteo bajo los pies, una repentina desaceleración, y flexionó las rodillas para absorber el golpe. La desaceleración era constante y las llamas empezaron a disminuir, a vacilar.

Pocos instantes después, pudo ver su entorno a través de ellas. Mara estaba a menos de diez metros de él, aunque no podía verle la cara debido al traje ambiental y la armadura yuuzhan vong. Los demás también estaban cerca.

Se encontraban a menos de dos kilómetros de la superficie del mundo y seguían

cayendo, pero ya no a velocidad terminal.

Y aunque había vivido en Coruscant muchos años, aquella no era la superficie que recordaba. Gigantescos edificios aparecían volcados, semidestrozados sobre las estructuras que los rodeaban. Todo parecía teñido de verde, una sombra de color venenosa. Al menos, las nubes anaranjadas en la distancia, plenas de lluvia y relámpagos, eran las mismas. Una imagen de familiaridad reconfortante.

—Un paseo interesante, Granjero —la voz de Mara le llegó clara por el intercomunicador, libre de cualquier interferencia provocada por la fricción atmosférica de su descenso.

Luke reprimió una risita.

—No ha estado mal.

—¿*Rostro*? —era la voz de Tahiri, débil, llena de emoción. Luke hizo una mueca. Mara y él tendrían que transmitirle un poco de seguridad.

—¿Sí?

—¡*Quiero una!* Quiero una de estas vainas cuando volvamos. ¡Oh, menudo descenso! ¿Podemos repetirlo?

Luke agitó la cabeza y sintió que Mara estallaba en carcajadas.

* * *

Uno-Uno-A tuvo que utilizar su láser en la puerta principal de la bodega de carga. Una vez desapareció hecha jirones, la atmósfera del pasillo casi los impulsó volando al interior de la propia bodega, pero el droide bélico los sujetó rápidamente.

Lando asomó la cabeza, el Ala-B parecía intacto. La puerta de la rampa estaba abierta, quizá volatilizada, y más allá podía ver el espacio estrellado; el espacio y, entre los escombros de la nave girando con ella, a un coralita que seguía disparando contra el carguero.

El frío empezó a penetrar en los huesos de Lando.

—Vamos.

Un minuto después, mientras los bordes exteriores del *Tiempo Récord* empezaban a brillar por la fricción con la atmósfera, el Ala-B de Lando surgió del hangar alejándose del coralita perseguidor, de la fragata y de las demás naves que preferían terminar con su tarea. 1-1A permaneció silencioso en el asiento del copiloto, mientras Lando trazaba un curso que los ocultaría en la masiva sombra de Coruscant, hasta llegar a un punto desde donde poder saltar al hiperespacio, no importaba el destino, y ponerse a salvo.

Miró al droide bélico.

—Y lo hemos hecho con estilo —sentenció.

—Eso es una burla, ¿verdad?

Borleias

El laboratorio de biología estaba a la vista. Jaina podía ver a sus compañeros de escuadrón, a los cazas y los bombarderos supervivientes de los otros once escuadrones defendiéndolo, disparando rabiosamente contra la selva, más allá de la zona de seguridad. Apuntó sus láseres a blancos distantes, coralitas. Vio una fragata yuuzhan vong a una docena de kilómetros, sobre la zona defendida por el Escuadrón Pícaro. La fragata estalló en un amasijo de fuego y sangre cuando un torpedo de protones encontró su objetivo. Pero había más fragatas, más naves capitales, todas convergiendo hacia el laboratorio.

Agitó la cabeza. Las fuerzas yuuzhan vong eran demasiado numerosas, los defensores no resistirían el asedio.

Hasta entonces, había estado maldiciendo silenciosamente a Wedge Antilles. Cada vez que ella tenía éxito en alguna de sus incursiones contra el enemigo, Wedge o uno de los suyos le ordenaba retirarse cien metros o medio kilómetro. Era como si no quisieran ganar. Pero ahora se daba cuenta que demasiado éxito por su parte sólo serviría para aislar a los Soles Gemelos del resto de unidades, habría condenado a sus pilotos y a ella. Probablemente era mejor que se retirara al mismo ritmo que los demás escuadrones.

La mente de la diosa Jaina despertó y frunció el ceño. «Retirarse al mismo ritmo». Consultó sus sensores. Era exactamente lo que estaba pasando. Las fuerzas de la Nueva República se habían retirado a posiciones donde podían hacerse fuertes y reforzado las débiles, y ahora, todas las unidades se encontraban un kilómetro dentro de la zona de seguridad.

—Jag, tengo que pedirle disculpas a tu tío —reconoció.

—¿Por qué?

—Te lo diré después.

—A todas las unidades, retírense a la zona de seguridad —ordenó Iella—. A todas las unidades, retírense a la zona de seguridad. Tienen quince segundos. Catorce. Trece.

Jaina retrasó a su escuadrón, tomando posiciones directamente sobre la zona de aterrizaje, frente al laboratorio biológico, disparando sus láseres contra la dirección de la que venían.

—Escuadrón Soles Gemelos en posición.

Usando sus repulsores, se deslizó a babor y un chorro de plasma pasó rozándola y estrellándose contra los paneles de transpariacero azul del edificio.

Otros comandantes de unidad urgieron a sus hombres mientras la cuenta atrás se acercaba al final, pero no todos lo consiguieron. Jaina hizo una mueca de dolor. No

podía soportar que alguno de los suyos permaneciera en la jungla, y sabía que así era. Algunos pilotos habían sido derribados, pero podían estar vivos.

—Cero —anunció Iella—. Mantengan la posición.

Y empezó a llover.

Pero no llovía agua. Llovían columnas de energía destructora, un fuego masivo procedente de baterías de turboláseres desde lo alto, brillantes agujas de luz que acribillaban la selva que rodeaba la zona de seguridad.

Las descargas de turboláseres destrozaban la vegetación, lo destrozaban todo. Los árboles se convertían en nubes de humo. Los charcos y corrientes de agua se transformaban en nubes de vapor sobrecalentado. Algunos disparos destellaron a través de esas nubes, pero los manipuladores de vacíos no los vieron llegar, no pudieron mover los vacíos a tiempo.

Jaina se sentía transfigurada. Aquello era un bombardeo orbital, aquello era para lo que se habían construido los destructores estelares imperiales, pero que ningún destructor estelar bajo el mando de la Nueva República había hecho *nunca*. Jaina había oído hablar de ello, pero sólo históricamente, como algo de los viejos tiempos, como algo de lo que nadie tenía que preocuparse.

Y ahora lo estaba viendo. El *Lusankya* estaba cumpliendo el propósito para el que fue creado, antes incluso de que Jaina naciera.

Durante cuatro minutos llovió muerte desde lo alto, en un círculo que rodeaba pulcramente la zona de seguridad. Entonces se detuvo, y el constante tronar, gritos proferidos por cuerpos compuestos principalmente de agua súbitamente hirviendo, los bramidos de los distantes rakamat muriendo, se extinguieron.

Jaina dio un saltó cuando su comunicador volvió a la vida.

—Fuerzas terrestres —era Wedge—, comiencen la limpieza.

Coruscant

Los repulsores de las unidades de descenso se activaron para la parte final del viaje. Todos los miembros del grupo de Luke se posaron en el mismo tejado salvo Kell Tainer, que aterrizó correctamente, pero la superficie de durocemento se desintegró y terminó tres pisos más abajo.

—Estoy bien —gritó—. Eh, se han dejado algunos holodramas que no he visto.

Luke descartó su traje ambiental chamuscado y los demás hicieron lo mismo. Echó una mirada alrededor. En la distancia, podía ver cuatro coralitas; no volaban en su dirección, pero si los pilotos miraban hacia ellos los verían.

—Ocultémonos —dijo—. Elimínad todos los escombros del agujero que ha hecho Kell.

Mara, de alguna manera elegantemente salvaje con su armadura de cangrejo

vonduun aunque sin el casco, contempló el paisaje. Sus labios se curvaron en una amarga sonrisa.

—Bienvenido al hogar.

—Esto no es un hogar —rectificó Luke, agitando la cabeza—. Me pregunto si alguna vez volverá a serlo.

Mundonave yuuzhan vong, órbita de Pyria

Czulkang Lah pestañeó. ¿Cómo no conocía ese uso particular de las naves triangulares de los infieles?

Nom Anor, decidió. Nom Anor había sido espía de los yuuzhan vong en esta galaxia durante décadas. Y en todos esos años, como el idiota que era, no logró descubrir que los gemelos eran bastante comunes entre los humanos, algo de poco interés para ellos, y ese fallo les había costado caro... había permitido la noción de que Jacen y Jaina Solo eran gemelos sagrados, convirtiéndolos en un arma a manos de los infieles.

Ahora, parecía obvio que Nom Anor falló al no informar al mando militar yuuzhan vong de una táctica crítica utilizada por las mayores naves capitales del enemigo. Imperdonable. Imperdonable.

—Ordena a las naves capitales y a los coralitas que combaten en órbita que regresen —ordenó a su ayudante—. La batalla ha terminado.

—No podemos hacer eso —susurró el oficial—. Hemos sido avergonzados. Hemos fallado.

—Si no puedes vivir con ello, busca una manera de suicidarte —respondió Czulkang Lah—. Así encontraré un ayudante que tenga inteligencia además de valor.

Le dio la espalda. Tenía que darle a su hijo noticias desagradables.

Borleias

Cuando cayó la noche, Jaina terminó de revisar su nave. Salió de su Ala-X y le dio una palmadita afectuosa, saludó a Capi y se dirigió hacia la salida del hangar.

Jag la estaba esperando como solía hacer habitualmente. Lucía la ligera sonrisa que Jaina sospechaba que sólo ella podía ver.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Calrissian ha vuelto de Coruscant. V como es Calrissian, está dando una fiesta para la familia y los amigos. Y los amigos de los amigos. Y para cualquiera que le parezca interesante. Dice que tiene coñac preinvasión. ¿Te atreves a ir?

Jaina empezó a negar con la cabeza, una negativa que se había vuelto como una

segunda naturaleza para ella desde que llegó a Borleias, pero se contuvo a tiempo. Lo cogió del brazo y le sonrió.

—Me encantaría.

